

SALMAN RUSHDIE

F U R I A

El profesor Malik Solanka, historiador de ideas retirado, irascible fabricante de muñecas y, desde su reciente quincuagésimo quinto cumpleaños, célibe y solitario por su propia (y muy criticada) elección, se encontró viviendo en sus años plateados en una edad dorada. Al otro lado de la ventana, un verano largo y húmedo, la primera estación cálida del tercer milenio, se cocía y sudaba. La ciudad hervía de dinero. Los alquileres y los precios de los inmuebles nunca habían sido tan altos, y en la industria de la confección se decía comúnmente que la moda nunca había estado tan de moda. A cada hora abría un nuevo restaurante. Grandes almacenes, representaciones y galerías luchaban por satisfacer la disparada demanda de productos cada vez más rebuscados: aceite de oliva de edición limitada, sacacorchos de trescientos dólares, 4x4 personalizados, los últimos programas antivirus, servicios de compañía que ofrecían contorsionistas y mellizas, instalaciones de vídeo, arte *outsider* y chales del peso de una pluma, hechos con perillas de cabras montesas extinguidas. Había tanta gente arreglando su apartamento que los artefactos y accesorios de calidad se cotizaban mucho. Había listas de espera para baños, picaportes, maderas duras importadas, chimeneas falsamente antiguas, bidés y lápidas de mármol. A pesar de las recientes caídas del índice Nasdaq y de las acciones de Amazon, la nueva tecnología traía a la ciudad de cabeza: todavía se hablaba de puestas en marcha, ofertas públicas iniciales, interactividad, del inimaginable futuro que acababa de empezar a empezar. El futuro era un casino, y todo el mundo jugaba y todo el mundo esperaba ganar.

En la calle del profesor Solanka, jóvenes blancos de mucha pasta holgazaneaban con prendas holgadas en porches rosados, simulando, con estilo, indigencia mientras aguardaban la herencia multimillonaria que sin duda llegaría muy pronto en cualquier momento. Había una joven alta, de ojos verdes, con pómulos centroeuropeos abruptamente inclinados que captaron especialmente su vista sexualmente abstinentemente pero todavía mujeriega. El pelo de ella, de punta y rubio rojizo, sobresalía a estilo payaso por debajo de una gorra de béisbol negra *Voodoo* de D'Angelo; ella tenía los labios llenos y sardónicos y se reía tonta y desconsideradamente tras una mano rutinaria, mientras el pequeño Solly Solanka, a la antigua usanza, *dandy* y dando vueltas a un bastón, con jipijapa y traje de lino crema, daba su paseo de la tarde. Solly: la identidad universitaria que nunca le había preocupado pero de la que no había conseguido desprenderse por completo.

-¿Señor? ¿Me disculpa, señor? -La rubia lo estaba llamando, con un tono imperioso que insistía en recibir respuesta. Sus sátrapas se pusieron en alerta, como una guardia pretoriana. Ella estaba infringiendo una norma de la vida de la gran ciudad, infringiéndola descaradamente, segura de su poder, confiada en su territorio y su pandilla, sin miedo a nada. Era solo fresca de chica bonita; no gran cosa. El profesor Solanka se detuvo y volvió el rostro para mirar a la ociosa diosa del umbral, que, desconcertantemente, procedió a interrogarlo: Usted anda mucho. Quiero decir que, cinco o seis veces al día, lo veo andando por alguna parte. Yo estoy aquí, lo veo llegar, lo veo irse, pero no hay perro, y no es lo mismo que si volviera con amiguitas o productos. Además, las horas son raras: no es posible que vaya a un trabajo. Por eso me pregunto: ¿por qué está siempre fuera, andando solo? Hay un tipo que golpea a las mujeres con un trozo de hormigón por toda la ciudad, quizá lo haya oído, pero si yo creyera que es usted un bicho raro, no le estaría hablando. Y tiene usted acento británico, lo que lo hace también interesante, es verdad. Algunas veces hasta lo hemos seguido, pero usted no iba a ningún lado, solo vagaba, solo cubría terreno. Tenía la impresión de que buscaba algo y se me ha pasado por la cabeza preguntarle qué puede ser. Solo estoy siendo amable, señor, solo relaciones de buena vecindad. Usted es una especie de misterio. En cualquier caso, para mí lo es.

Una ira súbita se alzó en él.

-Lo que quiero gritó bruscamente- es que me dejen en paz.

Su voz temblaba con una rabia mucho mayor de lo que merecía la intromisión, la rabia que lo asustaba siempre que le corría por el sistema nervioso como una inundación. Al oír su vehemencia, la joven retrocedió, retirándose al silencio.

-Hombre -dijo el más corpulento y más protector de la guardia pretoriana de ella, su amante sin duda y su centurión rubio oxigenado-, para ser un apóstol de la paz, le sobran ganas de guerra.

Ella le recordaba a él a alguien, pero no podía acordarse de quién, y ese pequeño fallo de memoria, ese «instante de senectud» lo sacaba de quicio. Por fortuna ella no estaba ya allí, nadie estaba cuando volvió del Carnaval del Caribe con el sombrero mojado, y empapado hasta los huesos, después de haber sido sorprendido de improviso por un aguacero de lluvia dura y caliente. Pasando junto a la Congregation Shearith Israel en Central Park West (una ballena blanca de edificio con un frontón triangular soportado por cuatro macizas columnas corintias, cuatro), el profesor Solanka, correteando bajo el aguacero, recordó a la chica de trece años recientemente bar-mizvahada que había visto fugazmente por la puerta lateral, aguardando con el cuchillo en la mano la ceremonia de la bendición del pan. Ninguna religión ofrece una ceremonia del Recuento de las Bendiciones, reflexionó el profesor Solanka: se hubiera podido pensar que los anglicanos, al menos, se les hubiera ocurrido una. El rostro de la chica resplandecía a través de la oscuridad acumulada, con sus rasgos jóvenes y redondos totalmente seguros de lograr las más altas esperanzas. Sí, una época de bendiciones, si querías utilizar palabras como «bendiciones»; lo que a Solanka, escéptico, no le interesaba.

En la cercana Amsterdam Avenue había una veraniega fiesta al aire libre de barrio, un mercado callejero que hacía buen negocio a pesar de los chaparrones. El profesor Solanka pensó que en la mayor parte del planeta los géneros apilados en aquellos montones de rebajas hubieran llenado los estantes y escaparates de las *boutiques* más exclusivas y los almacenes de más alta categoría. En toda la India, China, África y una gran parte del continente de América del Sur, quienes tenían tiempo y billetera para la moda -o, más sencillamente, en las latitudes más pobres, para la simple adquisición de cosas hubieran matado por aquella mercancía callejera de Manhattan, lo mismo que por la ropa desechada y las telas de adorno que podían encontrarse en las opulentas tiendas de segunda mano, la porcelana defectuosa y las gangas de diseño que se podía encontrar en los centros comerciales del centro. América insultaba al resto del planeta, pensó Malik Solanka a su estilo anticuado, al tratar esa prodigalidad con el indiferente encogimiento de hombros de los injustamente acaudalados. Pero Nueva York se había convertido en esa época de abundancia en objeto y meta de la concupiscencia y las ansias del mundo, y el «insulto» solo *hacía* que el resto del planeta tuviera más deseos que nunca. En Central Park West, los coches de caballos iban de un lado a otro. El tintineo de las campanillas de los arneses se parecía al de las monedas en la mano.

La película de la temporada pintaba la decadencia de la Roma imperial de César Joaquín Phoenix, en la que el honor y la dignidad, por no hablar de las acciones o distracciones de vida o muerte se encontraban solo en la ilusión, recreada por ordenador, del gran circo de los gladiadores, el anfiteatro Flavio o el Coliseo. También en Nueva York había circos además de pan: un musical sobre leones adorables, una carrera de bicicletas en la Quinta Avenida, Springsteen en el Madison Square Garden con una canción sobre los cuarenta y un disparos de la policía que mataron al inocente

Amadou Diallo, la amenaza del sindicato de policías de boicotear el concierto del «Boss», *Hillary* (Clinton) c. *Rudy* (Giuliani) un funeral cardenalicio, una película sobre dinosaurios adorables, la comitiva de vehículos de los dos candidatos presidenciales en gran parte intercambiables y, desde luego, nada adorables (Gush, Bore), *Hillary* (Clinton) c. *Rick* (Lazio), las tormentas eléctricas que cayeron sobre el concierto de Springsteen en el Shea Stadium, una inauguración cardenalicia, una película de dibujos sobre gallinas británicas adorables y hasta un festival literario; y además una serie de desfiles «exuberantes» que festejaban a las muchas subculturas étnicas, nacionales y sexuales y terminaban (a veces) con cuchilladas y agresiones a (normalmente) mujeres. El profesor, que se consideraba igualitario por naturaleza y urbanitas de la rama «el campo es para las vacas», los días de desfile marchaba sudorosamente mano a mano con sus conciudadanos.

Un domingo iba codo con codo con orgullosos gays contoneantes de escurridas caderas, al fin de semana siguiente bailoteaba con una chica portorriqueña de culo gordo que llevaba por sostén la bandera nacional. Entre esas multitudes no se sentía objeto de intrusión; al contrario. En las muchedumbres había un satisfactorio anonimato, una ausencia de intrusiones. A nadie le interesaban los misterios. Todo el mundo estaba allí para librarse de sí mismo. Esa era la inarticulada magia de las masas, y esos días en que se liberaba de sí mismo eran casi el único objetivo en la vida del profesor Solanka. Aquel lluvioso fin de semana en particular había un ritmo de calipso en el aire, no solo las canciones de adiós y de burros de Harry Belafonte que recordaba con cariño un tanto culpable Solanka («*Te lo digo y no hay más que hablar / no ates mi burro ahí / va a saltar y rebuznar / ino ates mi burro ahí!*»), sino la auténtica música satírica de los polemistas-trovadores Banana Bird, Cool Runnings, Yellowbelly, en directo desde Bryant Park y en *ghetto-blasters* colgados del hombro, de un lado a otro de Broadway.

Sin embargo, cuando llegaba a casa de un desfile, al profesor Solanka lo invadía la melancolía, su tristeza secreta habitual, que él sublimaba en el ámbito público. Al mundo le pasaba algo. Habiéndolo abandonado a él la optimista filosofía de paz y amor de su juventud, no sabía ya cómo resignarse a una realidad cada vez más falsa (en ese contexto, detestaba la palabra «virtual», por lo demás excelente). Las cuestiones del poder hacían presa en su mente. Mientras la ciudadanía recalentada comía todas aquellas variedades de loto, ¿quién sabía lo que estaban haciendo impunemente los dirigentes de la ciudad... no los Giuliani y Safir, que tan despreciativamente respondían a las quejas de mujeres maltratadas hasta que los vídeos de los incidentes, hechos por aficionados, aparecían en las noticias de la tarde, no aquellos títeres burdos, sino los grandes que estaban siempre allí, alimentando continuamente sus insaciables deseos, buscando la novedad, devorando la belleza y siempre, siempre queriendo más? Los reyes del mundo nunca encontrados pero siempre presentes el ateo Malik Solanka evitaba conceder a esos fantasmas humanos el don de la omnipresencia, los césares petulantes y letales, como diría su amigo Rhinehart, los Bolingbroke fríos de corazón, los tribunos dando por el Coriolano al alcalde y al comisario de policía. .. El profesor Solanka se estremeció ligeramente ante esta última imagen. Se conocía lo suficiente para ser consciente de la ancha veta escarlata de vulgaridad de su carácter; sin embargo, aquel chiste grosero lo escandalizaba al pensar en él.

Los dueños de los títeres nos hacían saltar y rebuznar a todos, se inquietó Malik Solanka. Bailamos como marionetas, ¿quién tira de los hilos?

El teléfono estaba sonando cuando entró por la puerta de la casa, con la lluvia goleándole aún del ala del sombrero. Respondió con irritación, arrancando de su base el aparato inalámbrico del vestíbulo del apartamento. «Sí, ¿qué pasa?» La voz de su

mujer llegó hasta sus oídos por un cable tendido sobre el lecho del océano, o quizá en aquellos días en que todo estaba cambiando fuera un satélite muy alto sobre el océano, no podía estar seguro. En aquellos días en que la era de las pulsaciones estaba cediendo ante la de los tonos. En que la época de lo analógico (lo que era hablar también de la riqueza del lenguaje, de la *analogía*) estaba cediendo ante la era digital, la victoria definitiva de los números sobre las letras. Siempre le había gustado la voz de ella. Quince años antes, en Londres, había telefoneado a Morgen Franz, un amigo editor que, por casualidad, no estaba en su despacho, y Eleanor Masters, que pasaba, cogió el vociferante instrumento; ella y él no se conocían, pero acabaron hablando una hora. Una semana más tarde, cenaron en casa de ella, sin que ninguno de los dos aludiera a lo poco apropiado de un lugar tan íntimo para una primera cita. Siguieron quince años de vivir juntos. De modo que se enamoró de la voz antes que del resto de ella. Esta había sido siempre su anécdota favorita sobre ellos mismos; ahora, naturalmente, en el brutal período de después del amor, en que se reinventaba el recuerdo como sufrimiento, en que las voces en el teléfono era todo lo que habían dejado, se había convertido en una de las más tristes. El profesor Solanka escuchó el sonido de la voz de Eleanor y, con cierto disgusto, se la imaginó fraccionada en pequeños paquetes de información digitalizada, aquella voz baja y adorable devorada primero y regurgitada luego por algún ordenador central situado probablemente en algún lugar como Hyderabad (Deccán). ¿Cuál es el equivalente digital de encantadora?, se preguntó. ¿Qué dígitos codifican la belleza, qué dedos numéricos que encierran, transforman, transmiten, descodifican y de algún modo, en ese proceso, no agarran, o ahogan su alma? No por la tecnología, sino a pesar de ella, la belleza, ese fantasma, ese tesoro, pasa sin menoscabo a través de las nuevas máquinas.

-Malik. *Solly*. -(Esto último, para fastidiarlo)-. No me escuchas. Te has metido dentro de tu cabeza en uno de esos *riffs* tuyos, y ni siquiera has registrado el hecho simple de que tu hijo está enfermo. No has registrado el simple hecho de que tengo que despertarme cada mañana y oírle preguntar -pregunta insoportable- por qué no está su padre en casa. Por no hablar del hecho más simple de todos, concretamente que, sin una pizca de razón ni un ápice de explicación plausible, nos abandonaste, te largaste al otro lado del océano, traicionándonos a todos los que te necesitamos y queremos más, todavía, maldito seas, a pesar de todo.

Era solo un poco de tos, el chico no tenía nada que pusiera en peligro su vida, pero ella tenía razón; el profesor Solanka se había retirado dentro de sí mismo. En aquella pequeña cuestión telefónica lo mismo que en el asunto, más importante, de su vida en otro tiempo juntos y ahora separados, su matrimonio fue considerado indisoluble, la mejor pareja que había conocido nunca ninguno de sus amigos; y de su paternidad conjunta de Asmaan Solanka, ahora un chico de tres años increíblemente guapo y de buen carácter, producto de cabello milagrosamente rubio de unos padres morenos, al que habían llamado de una forma tan celestial (*Asmaan*, n., m., *lit.*, el cielo, pero también, *fig.*, el paraíso), porque era el único cielo en que ambos podían creer incondicionalmente y sin reservas.

El profesor Solanka se disculpó con su mujer por su distracción, y entonces ella lloró, un ruido fuerte y graznante que le oprimió el corazón, porque no era, en modo alguno, un hombre sin corazón. Aguardó silenciosamente a que ella parara. Cuando lo hizo, le habló con su estilo más elaborado, negándose negándole a ella el más mínimo atisbo de emoción.

Acepto que lo que he hecho tiene que parecerte inexplicable. Recuerdo, sin embargo, lo que tú misma me enseñaste sobre la importancia de lo inexplicable -aquí ella le colgó, pero él terminó la frase de todos modos en, ah, Shakespeare.

Conclusión no escuchada que evocó la visión de su mujer desnuda, Eleanor Masters quince años antes en toda su gloria de cabello largo y veinticinco años, echada desnuda con la cabeza en las rodillas de él y un ejemplar maltrecho de las *Obras completas*, encuadernado en cuero azul, puesto boca abajo sobre su felpudo. Esa había sido la conclusión indecorosa pero dulcemente rápida de aquella primera cena. Él había traído el vino, tres costosas botellas de Tignanello Antinori (¡tres! Prueba evidente de la desmesura de un seductor), mientras que ella había asado una pierna de cordero para él y sirvió también, para acompañar a la carne con aroma a comino, una ensalada de flores frescas. Llevaba un vestido negro y corto y se movía ágilmente, y descalza, por un apartamento muy influido por el diseño y la artesanía del grupo de Bloomsbury, y que alardeaba de un loro enjaulado que imitaba la risa de ella: una gran risa para una mujer tan delicada. Su primera y última cita a ciegas, y ella resultó ser totalmente igual a su voz; no solo bella sino inteligente, de algún modo confiada y vulnerable a la vez, y una gran cocinera. Después de comer muchas capuchinas y de beber copiosamente el tinto de Toscana de él, ella empezó a explicarle su tesis doctoral (estaban ya sentados en el suelo de su sala de estar, repantingados en una alfombra tejida a mano por Cressida Bell), pero los besos la interrumpieron, porque el profesor Solanka, como un cordero, se había enamorado tiernamente. Discutirían alegremente durante sus años buenos y largos sobre cuál de los dos había hecho el primer movimiento, ella siempre negando acaloradamente (pero con ojos brillantes) que hubiera podido ser nunca tan atrevida, él insistiendo -aunque sabía que no era cierto- en que ella «se le había echado encima».

¿Quieres oír esto o no? Sí, había asentido él, acariciando con la mano un pecho pequeño y finamente cincelado. Ella puso su mano sobre la de él e inició su argumentación. Su tesis era que, en el fondo de cada una de las grandes tragedias había preguntas sin respuesta sobre el amor y que, para que esas obras tuvieran sentido, teníamos que tratar de explicar esos inexplicables, a nuestro modo. ¿Por qué Hamlet, que amaba a su padre muerto, aplazaba interminablemente su venganza, mientras que, amado por Ofelia, la destruía? ¿Por qué el rey Lear, amando a Cordelia más que a ninguna de sus hijas, era incapaz de oír el amor en la sinceridad de ella en su escena inicial, siendo así presa de la falta de amor de sus hermanas? ¿Y por qué Macbeth, un hombre viril que amaba a su rey y a su patria, era llevado tan fácilmente por la erótica pero sin amor Lady M. hacia un maléfico trono de sangre? El profesor Solanka en Nueva York, sosteniendo aún en la mano el inalámbrico, recordó sobrecogido el desnudo pezón erecto de Eleanor entre sus dedos en movimiento; y también la extraordinaria respuesta de ella al problema de Otelo, que para ella no era la «malignidad gratuita» de Yago sino la falta de inteligencia emocional del Moro, «la increíble estupidez de Otelo en el amor, la estúpida escalada de sus celos que lo induce a asesinar a su esposa, supuestamente amada, con la más endeble de las pruebas». Esta era la solución de Eleanor-: *Otelo no ama a Desdémona*. La idea se me ocurrió sencillamente un día. Fue una auténtica bombilla. Dice que la ama, pero no puede ser cierto. Porque, si la ama, el asesinato no tiene sentido. Para mí, Desdémona es la mujer-trofeo de Otelo, su posesión más preciada y la que más prestigio le da, la prueba material de su alta posición en un mundo de hombres blancos. ¿Comprendes? Ama eso *en* ella, pero no *a* ella. El propio Otelo, evidentemente, no es negro, sino un «moro»: un árabe, un musulmán, su nombre es probablemente una latinización del árabe Attal-lah o Ataul-lah. De forma que no es una criatura del mundo cristiano del pecado y la redención sino del universo moral islámico, cuyas polaridades son el honor y la vergüenza. La muerte de Desdémona es un «crimen de honor». Ella no tenía que ser culpable. Bastaba con la acusación. El ataque a su virtud era incompatible con el honor de Otelo. Por eso no la escuchó, ni le dio el beneficio de la duda, ni la perdonó, ni hizo nada de lo que un hombre que ama a una mujer hubiera hecho. Otelo solo se

ama a sí mismo, a sí mismo como amante y dirigente, lo que Racine, un escritor más ampuloso, hubiera llamado *suflamme*, su *gloire*. Para él, ella no es siquiera una persona. La ha cosificado. Es su estatuilla Oscar-Barbie. Su muñeca. Por lo menos eso fue lo que argüí y me dieron el doctorado, quizá solo como premio al descaro, a mis simples agallas.

Tomó un buen trago de Tignanello, luego arqueó la espalda y, echando los brazos al cuello de él, lo atrajo hacia sí. La tragedia se desvaneció de los pensamientos de ambos.

Todos aquellos años más tarde, el profesor Solanka estaba bajo una ducha caliente, calentándose después de su paseata empapada con los juerguistas del calipso y sintiéndose un pedante y un imbécil. ¿Qué se imaginaba, dándose y dando a sus miserables acciones aires shakespearianos? ¿Se atrevía realmente a ponerse al lado del Moro de Venecia y el rey Lear, a comparar los humildes misterios de él con los de ellos? Esa vanidad era sin duda razón más que suficiente para el divorcio. Debía llamarla a su vez y decírselo, corno disculpa. Pero también eso sería dar una nota falsa. Eleanor no quería el divorcio. Incluso ahora, quería que él volviera. «Sabes perfectamente -le había dicho más de una vez, que si decidieras renunciar a eso, a esa estupidez tuya, todo sería estupendo. Sería tan estupendo. No puedo soportar que no lo hagas.»

¡Y esa era la mujer que había dejado! Si ella tenía algún defecto era que no le gustaba chuparla. (La excentricidad de él era que aborrecía que le tocaran la cabeza durante el amor.) Si ella tenía algún defecto era que tenía un sentido del olfato tan fino que le hacía sentirse como si apestara toda la casa. (Como resultado, sin embargo, él había empezado a lavarse más.) Si ella tenía algún defecto era que compraba cosas sin preguntar siquiera lo que costaban, rasgo extraordinario en una mujer que, como suele decirse, no era rica por casa. Si ella tenía algún defecto era que se había acostumbrado a que la mantuvieran, y podía gastar en Navidad más dinero del que la mitad de la población ganaba en un año. Si ella tenía algún defecto era que su amor de madre la cegaba para el resto de los deseos humanos, incluidos, para ser francos, los del profesor Solanka. Si ella tenía algún defecto, era que quería más hijos. Que no quería otra cosa. Ni por todo el oro de Arabia.

No, no tenía defectos: la más tierna, la más solícita de las amantes, la madre más extraordinaria, carismática e imaginativa, la más fácil y más gratificante de las compañeras, no muy, pero sí buena conversadora (véase aquella primera conversación) y buena conocedora no solo de la comida y la bebida sino también del carácter humano. Recibir una sonrisa de Eleanor Masters Solanka era sentirse sutil, agradablemente halagado. Su amistad era una palmadita en la espalda. Y si gastaba con liberalidad, ¿qué? Los Solanka estaban inesperadamente en buena posición, gracias a la popularidad mundial casi escandalosa de una muñeca de sonrisa pícaro y esa despreocupación desenfadada que empezaba a llamarse «actitud», y de la que Asmaan Solanka, nacido ocho años más tarde, parecía asombrosamente la encarnación viva, con su cabello rubio, ojos oscuros y buen carácter. Aunque era un chico muy chico, interesado por las excavadoras gigantes, las apisonadoras, los cohetes espaciales y las locomotoras, y se sentía cautivado por la determinación «sé que puedo, sé que puedo, sabía que podía, sabía que podía» de Casey Jones, la indomable locomotora que tiraba del circo en *Dumbo*, a Asmaan lo tomaban constante, exasperantemente, por niña, probablemente por su hermosura de largas pestañas, pero posiblemente también porque recordaba a la gente la anterior creación de su padre. La muñeca se llamaba Cerebritito.

El profesor Solanka, a finales de los ochenta, desesperaba de la vida académica, su estrechez, sus luchas internas y en definitiva su provincianismo.

La tumba abre su boca para todos, pero cuando se trata de profesores universitarios abre la boca de aburrimiento -declaró a Eleanor, añadiendo de forma innecesaria, habida cuenta de cómo les fueron las cosas-, prepárate para ser pobre.

Luego, para consternación de sus compañeros, pero con la aprobación sin reservas de su mujer, renunció a su puesto permanente en el King's College de Cambridge -en donde había estado investigando el desarrollo de la idea de la responsabilidad del Estado hacia y por sus ciudadanos, y la idea paralela y a veces contradictoria del yo soberano y se trasladó a Londres (Highbury Hill, a corta distancia del estadio del Arsenal). Poco después se metió en, sí, la televisión; lo que provocó, como era de prever, mucho desprecio envidioso, especialmente cuando la BBC le encargó que preparara una serie de programas de medianoche sobre historia popular de la filosofía, cuyos protagonistas serían la demasiado conocida colección de muñecas intelectuales, hechas todas por él mismo.

Aquello era sencillamente demasiado. Lo que había sido una excentricidad tolerable en un colega respetado resultaba una insensatez intolerable en un desertor cobarde, y los intelectualillos, grandes o pequeños, se burlaron unánimemente, antes de que se emitieran siquiera, de la serie *Las aventuras de Cerebritito*. Luego se transmitió y, en una temporada, para asombro general y disgusto de los criticastros, pasó de ser un placer secreto de círculos sofisticados a un clásico de culto con una base de admiradores satisfactoriamente joven y en rápida expansión, hasta que finalmente tuvo el honor de pasar al codiciado espacio de después de las noticias de la noche. Allí floreció para convertirse en un éxito de pura cepa, y hora de máxima audiencia.

Era sabido en el King's que en Amsterdam, a sus veintitantos, Malik Solanka - que estaba en la ciudad para hablar de religión y política en un instituto más bien izquierdista financiado con dinero de Fabergé- visitó el Rijksmuseum y se extasió ante aquellos grandes tesoros de casas de muñecas meticulosamente amuebladas según las épocas, descripciones únicas de la vida interior de Holanda a través de los siglos. Estaban abiertas por delante, como si las bombas les hubieran arrancado la fachada; o como pequeños teatros, que él completaba al estar allí. Él era su cuarta pared. Empezó a verlo todo en Amsterdam como una miniatura: su propio hotel en el Herengracht, la casa de Anne Frank, aquellas mujeres de Surinam increíblemente bien parecidas. Era un truco de la mente ver a la vida humana pequeña, reducida a un tamaño de muñeca. El joven Solanka aprobaba los resultados. Era de desear un poco de modestia sobre la escala del esfuerzo humano. Una vez que habías movido ese conmutador en tu cabeza, lo difícil era seguir viendo como antes. Lo pequeño es hermoso, como acababa de empezar a decir Schumacher.

Día tras día, Malik visitaba las casas de muñecas del Rijksmuseum. Nunca en su vida había pensado en hacer nada con las manos. Ahora tenía la cabeza llena de cepillos y pegamento, trapos y agujas, tijeras y cola. Se imaginaba papel pintado y telas de adorno, soñaba con ropa de cama, accesorios de baño de diseño. Después de unas cuantas visitas, sin embargo, le resultó claro que simples casas no le bastarían. Sus ambientes imaginarios debían estar habitados. Sin personas no tenían sentido. Las casas de muñecas holandesas, a pesar de toda su complejidad y belleza, y a pesar de su capacidad para amueblarle y decorarle la imaginación, le hacían pensar en el fin del mundo, algún extraño cataclismo en el que los muebles hubieran quedado ilesos mientras todas las criaturas que alentaban eran destruidas. (Eso era unos años antes de la invención de esa última venganza de lo inanimado sobre lo vivo: la bomba de

neutrones.) Después de haber tenido aquella idea, el lugar empezó a darle asco. Comenzó a imaginar salas traseras del museo llenas de montones gigantescos de cadáveres en miniatura: pájaros, animales, niños, sirvientes, actores, señoras, señores. Un día salió del gran museo y nunca volvió a Amsterdam.

A su regreso a Cambridge, comenzó inmediatamente a construir microcosmos propios. Desde el principio, las casas de muñecas fueron productos de su idiosincrásica visión personal. Al principio eran extravagantes, incluso fabulosas; la ciencia ficción se sumerge en la mente del futuro y no en la del pasado, que había sido capturado ya y de forma inmejorable por los maestros miniaturistas de los Países Bajos. La etapa de ciencia ficción no duró mucho. Solanka aprendió pronto el valor de trabajar, como los grandes toreros, más cerca del toro; es decir, de utilizar el material de su propia vida y su entorno inmediato y, mediante la alquimia del arte, hacerlo extraño. Su idea, que Eleanor hubiera llamado «el momento en que se enciende la bombilla», llevó por fin a una serie de muñecas de «Grandes Mentes», que formaban a veces pequeños *tableaux*: Bertrand Russell aporreado por la policía en una concentración pacifista durante la guerra, Kierkegaard yendo a la ópera en el intermedio para que sus amigos no creyeran que trabajaba demasiado, Maquiavelo sometido a la atroz tortura conocida por el *strappado*, Sócrates, bebiendo su inevitable cicuta, y el favorito de Solanka, un Galileo de dos caras y cuatro brazos: un rostro musitaba entre dientes la verdad, mientras un par de brazos, escondidos en los pliegues de su ropa, ocultaba un pequeño modelo de la tierra girando alrededor del sol; el otro rostro, abatido y penitente bajo la severa mirada de los hombres de hábito rojo, abjuraba públicamente de sus conocimientos, mientras el segundo par de brazos agarraba firme y devotamente un ejemplar de la Biblia. Años más tarde, cuando Solanka se fue de la universidad, esas muñecas trabajarían para él. Ellas y la insaciable buscadora del conocimiento que creó para que fuera su entrevistadora en la televisión y sustituyera al público, la muñeca Cerebritito, viajera en el tiempo, que se convirtió luego en estrella y se vendió en enormes cantidades en todo el mundo. Cerebritito, su Candide puesto al día y consciente de la moda, pero todavía idealista, su Sir Valiente por la Verdad vestido de guerrillero urbano, una chica Basho de pelopincho que viajaba, con el cuenco de mendigar en la mano, hasta el Norte Profundo del Japón.

Cerebritito era lista, atrevida, se interesaba auténticamente por la información profunda, por lograr una sabiduría de buena ley; no tanto un discípulo como un agente provocador con una máquina del tiempo, incitaba a las grandes mentes de todas las épocas a hacer revelaciones sorprendentes. Por ejemplo, el novelista favorito del siglo XVII del herético Baruch Spinoza no era otro que P. G. Wodehouse, coincidencia asombrosa, porque, naturalmente, el filósofo favorito del inmortal y contoneante mayordomo Reginald Jeeves era Spinoza (que nos cortó los hilos, que permitió que Dios se retirase del puesto de marionetista divino y creyó que la revelación no era un acontecimiento situado por encima de la historia humana sino dentro de ella. Spinoza que nunca llevaba camisas ni corbatas inapropiadas). Las Grandes Mentes de *Las aventuras de Cerebritito* podían ser también saltadores de épocas. El pensador árabe ibérico Averroes, como su homólogo judío Maimónides, era un gran admirador de los Yankees.

Solo una vez Cerebritito fue demasiado lejos. En una entrevista con Galileo Galilei, ofreció al gran hombre, al estilo soplacervezas y sueltachorradas de las nuevas *ladettes*, chicas desenvueltas y extrovertidas, su propio punto de vista «no me jodas» de sus problemas. «Hombre, yo no hubiera aceptado aquello sin protestar -se inclinó hacia él y dijo con pasión. Si algún papa hubiera querido obligarme a hacerlo, yo habría empezado una revolución, joder. Hubiera prendido fuego a la casa. Hubiera quemado hasta los cimientos, joder, aquella ciudad.» Bueno, las palabrotas se

suavizaron «joder» pasó a ser «diablos» en una fase temprana de la producción, pero ese no era el problema. Incendios y el Vaticano eran demasiado para los que mandaban en las ondas y Cerebritito, por primera vez, sufrió las entumecedoras indignidades de la censura. Y no pudo hacer nada al respecto, salvo, quizá, mascullar la verdad con Galileo: Y sin embargo, se mueve también. Yo también haría que todo ardiera...

Salto atrás a Cambridge. Hasta los primeros esfuerzos de *Solly* Solanka sus estaciones espaciales y estructuras domésticas parecidas a vainas de habichuela para su montaje en la Luna mostraban una originalidad e imaginación que, según la sonora opinión de sobremesa de un especialista en literatura francesa que estaba trabajando sobre Voltaire, se encontraba «refrescantemente absenta» de sus obras eruditas. La ocurrencia provocó una gran carcajada en todos los que lo oyeron.

Tampoco, por cierto, demasiado condenadamente largo. Nada que ver con tus grandes toques para puertas, tu Tolstoi, tu Proust. Libros cortos que no te den dolor de cabeza. Los grandes clásicos contados de nuevo brevemente como literatura barata. *Otelo* actualizado como *Los crímenes del Moro*. ¿Qué te parece?

Aquello fue demasiado. Animado por el champaña de cosecha de los Waterford-Wajda ninguno de sus padres había considerado apropiado ir a Bombay para asistir a su graduación, y Tontón había insistido generosamente en servirle una copa y rellenársela con frecuencia, Solanka prorrumpió en una protesta apasionada contra las absurdas propuestas de Krysztof, suplicándole seriamente que se evitaran al mundo las efusiones literarias de Waterford-Wajda, escritor: Por favor, nada de sagas que amenacen confusamente al país: *Brideshead* al estilo de *El castillo*. *Metamorfosis en el castillo de los Blanding*. Piedad. Más aún, en lo relativo a los escarceos sexuales, refrénate. Tú eres más Alex Portnoy que Jackie Susann, la cual dijo, recuerda, que admiraba el talento del señor Roth pero no le gustaría darle la mano. Sobre todo, desiste de tus clásicos éxitos de taquilla. ¿*El secreto de Cordelia*? ¿*Las incertidumbres de Elsinor*? Oh, oh, oh.

Después de varios minutos de esas tomaduras de pelo amistosasinamistosas, Tontón transigió afablemente:

-Bueno, entonces quizá sea director de cine. Estamos a punto de ir al sur de Francia. Probablemente necesitan allí directores de cine.

Malik Solanka había tenido siempre debilidad por el chalado de Tontón, en parte por su capacidad para decir cosas así, pero también por su alma fundamentalmente buena y abierta, oculta tras todos aquellos rebuznos elegantes. Además, Solanka estaba en deuda con él. En la residencia de Market Hill del King's College, en una fría noche de otoño de 1963, Solanka, a sus dieciocho años, necesitaba auxilio. Se había pasado todo el primer día en la universidad en un estado de acojonamiento extremo y desmesurado, incapaz de levantarse de la cama y viendo demonios. El futuro era como una boca abierta que esperaba devorarlo como Cronos devoraba sus hijos, y el pasado -los lazos de Solanka con su familia se habían deteriorado de mala manera-, el pasado era una olla rota. Solo quedaba aquel presente intolerable, en el que creía no poder funcionar en absoluto. Era mucho más fácil quedarse en la cama y subirse las mantas. En su moderna habitación sin carácter, de madera noruega y ventanas de marco de acero, se atrincheró contra lo que pudiera depararle el porvenir. Hubo voces en la puerta; no respondió. Las pisadas iban y venían. Sin embargo, a las siete de la tarde, una voz distinta de cualquier otra más fuerte, más melodiosa y totalmente segura de

recibir respuesta- gritó: ¿Ha perdido alguien un jodio baúl con un extraño nombre de morángano?

Y Solanka, sorprendiéndose a sí mismo, dijo lo que pensaba. De esa forma terminó aquel día del terror, de cesación temporal de las funciones vitales, y comenzaron sus años universitarios. La horrible voz de Tontón, como el beso de un príncipe, había roto el hechizo.

Los bienes terrenales de Solanka habían sido entregados por error en la residencia de Peas Hill. Krys -todavía no se había convertido en Tontón encontró un carro y ayudó a Solanka a subir al carro su baúl y guiarlo hasta su verdadero hogar, y luego arrastró al desventurado propietario del baúl a una cerveza y una cena en el salón del colegio universitario. Después se sentaron juntos para oír al deslumbrantemente brillante rector del King decirles que estaban en Cambridge para «tres cosas: ¡Intelecto! ¡Intelecto! e ¡Intelecto!». Y que en los próximos años aprenderían más, más que en cualquier supervisión o sala de conferencias, en el tiempo que pasaran «en los cuartos ajenos, fertilizándose mutuamente». La risotada de Waterford-Wajda, imposible de no oír -JA, ja, ja, JA- hizo añicos el silencio estupefacto que siguió a la observación. Solanka lo adoró por aquella carcajada irreverente.

Tontón no se convirtió en novelista ni en director de cine. Hizo sus investigaciones, consiguió su doctorado, se le ofreció en su día un puesto de *fellow* en la universidad y lo agarró con el aire agradecido de alguien que ha resuelto para siempre la cuestión del resto de su vida. En esa expresión, Solanka entrevió al Tontón que había detrás de la máscara de niño mimado, al joven desesperado por huir del mundo privilegiado en que había nacido. Solanka trató de inventar para él, a modo de explicación, una madre vaciamente interesada por la vía social y un padre zafio y bruto, pero su imaginación lo abandonó; los padres que había conocido en realidad eran perfectamente agradables y parecían querer mucho a su hijo. Sin embargo, Waterford-Wajda se había sentido sin duda desesperado, e incluso, borracho, había hablado de la *fellowship* del King como de una «maldita cuerda de salvamento, la única que tengo». Y eso cuando, a juzgar por los criterios ordinarios, tenía tantas cosas. El coche veloz, la batería, la finca de Roehampton, las relaciones con los Tatler. Solanka, con una falta de compasión que luego lamentó mucho, le dijo a Tontón que no se revolcara tanto en el barro de la autocompasión. Tontón se puso rígido, asintió, lanzó una larga carcajada JA-ja-ja-JA y no volvió a hablar de asuntos personales en muchos años.

La cuestión de la capacidad intelectual de Tontón siguió estando, para muchos de sus colegas, sin respuesta: la adivinanza Tontón. Parecía muy tonto con mucha frecuencia un apodo que nunca se le quedó, porque era demasiado cruel hasta para la gente de Cambridge, era el de Pooh, el oso inmortal de cerebro pequeño, pero su rendimiento académico le valió muchos ascensos. La tesis sobre Voltaire que le consiguió el doctorado y le proporcionó la pista de lanzamiento para su fama ulterior parecía una defensa de Pangloss, tanto de su excesivo optimismo inicial leibniziano de valor imaginativo como de su ulterior adhesión a un quietismo encerrado en sí mismo. Eso iba tan profundamente en contra de la corriente distópica, colectivista y políticamente comprometida de los tiempos en que escribía, como para resultar para Solanka y para otros, seriamente escandaloso. Tontón daba una serie de conferencias anual con el título «*Cultiver son jardin*». Pocas conferencias en Cambridge -la de Pevsner, la de Leavis, ninguna más habían congregado muchedumbres comparables. Los jóvenes (o, para ser exactos, los más jóvenes, porque Tontón, a pesar de su atuendo de carcamal, no había terminado su juventud) iban para interrumpir y

abuchear, pero se marchaban más silenciosa y pensativamente, seducidos por su profunda amabilidad natural, por aquella inocencia infantil y la certidumbre de ser escuchado que la acompañaba, y que había sacado a Malik Solanka de sus miedos del primer día.

Los tiempos cambian. Una mañana de mediados de los setenta, Solanka entró sin ser notado en la parte de atrás del aula de su amigo. Lo que lo impresionó entonces fue la forma en que su propia irritabilidad muy distinta, casi pitonesca, lo desarmaba. Si se le miraba, se veía a un petimetre vestido de tweed, irremediablemente desconectado de lo que entonces se llamaba todavía el *Zeitgeist*, el espíritu de la época. Pero si se le escuchaba se oía algo muy diferente: una beckettiana desolación envolvente.

No esperéis nada, ¿sabéis? les decía Tontón lo mismo a los radicales de izquierdas que a los peludos con collares, agitando un ejemplar de *Candide* que se caía a pedazos-. Eso es lo que dice la Biblia. La vida seguirá siendo como es. Terrible noticia, lo sé, pero así son las cosas. No se puede decir nada mejor. La perfectibilidad del nombre, podría decirse, es un chiste malo de Dios.

Diez años antes, cuando diversas utopías, la marxista, la hippy, parecían estar a la vuelta de la esquina, cuando la prosperidad económica y el pleno empleo permitían a los jóvenes inteligentes sus fantasías brillantes e idiotas de *erewhons* marginados o revolucionarios, hubieran podido lincharlo o, al menos, reducirlo al silencio con sus abucheos. Pero aquella era la Inglaterra de después de la huelga de los mineros y la semana de tres días, una Inglaterra cuarteada a imagen del gran soliloquio del Lucky de *Godot*, en la que, en pocas palabras, se veía encogerse y menguar al hombre, y aquel momento de optimismo dorado, en que el mejor de los mundos posibles parecía estar a la vuelta del camino, se estaba desvaneciendo deprisa. La respuesta estoica de Tontón a Pangloss -alegraos del mundo, con todas sus imperfecciones, porque es lo único que tenéis, y por eso alegría y desesperación son términos intercambiables- estaba imponiéndose rápidamente.

A Solanka mismo le afectaba. Mientras luchaba por formular sus pensamientos sobre el problema perenne de la autoridad y el individuo, oía a veces la voz de Tontón que lo azuzaba. Eran tiempos de estatismo, y en parte era Waterford-Wajda quien le permitía no seguir a la manada. El Estado no podía hacerte feliz, le susurraba Tontón al oído, no podía hacerte bueno ni sanar un corazón roto. El Estado administraba escuelas, pero, ¿podía enseñar a los niños a amar la lectura, o era esa su misión siquiera? Había un Servicio Nacional de Salud, pero ¿qué podía hacer con el alto porcentaje de personas que iban al médico sin necesidad? Había una política estatal de la vivienda, sin duda, pero las buenas relaciones de vecindad no eran un problema gubernamental. El primer libro de Solanka, un pequeño volumen titulado *Lo que necesitamos*, una exposición de las cambiantes actitudes en la historia europea hacia el problema del Estado frente al individuo, fue atacado por ambos extremos del espectro político y descrito más adelante como uno de los «pre/textos» de lo que se llamaría *thatcherismo*. El profesor Solanka, que aborrecía a Margaret Thatcher, admitía culpablemente la parte de verdad que había en lo que sentía como una acusación. El conservadurismo *thatcheriano* era la contracultura equivocada: compartía la desconfianza de su generación hacia las instituciones del poder y utilizaba su lenguaje de oposición para destruir los antiguos bloques, para dar el poder no al pueblo, significara eso lo que significara, sino a una red de amigos opulentos. Era una economía de filtración ascendente, y la culpa era de los sesenta. Esas reflexiones contribuyeron grandemente a la decisión del profesor Solanka de abandonar el mundo del pensamiento.

A finales de los setenta, Krzysztof Waterford-Wajda era un poco estrella. Los académicos se habían vuelto carismáticos. La victoria de la ciencia, en que la física se convertiría en la nueva metafísica, y la microbiología, no la filosofía, se enfrentaría con la gran cuestión de lo que significa ser humano, estaba todavía un poco lejos; la crítica literaria era lo que tenía más *glamour*, y sus titanes daban zancadas de continente a continente con las botas de siete leguas para pavonearse por un escenario cada vez más amplio. Tontón recorría el mundo con sus propios efectos de brisa que agitaban sus rizos revueltos y prematuramente plateados hasta cuando estaba bajo techo, como los de Peter Sellers en *The Magic Christian*. A veces, delegados ansiosos lo confundían con el poderoso Derrida, pero él rechazaba el honor con una sonrisa inglesa de automenosprecio, mientras sus cejas polacas se fruncían ante el insulto.

Ese fue el período en que nacieron las dos grandes industrias del futuro. La industria de la cultura reemplazaría en los decenios siguientes a la de la ideología, convirtiéndose en «primaria», de la forma en que solía serlo la economía, y produjo toda una nueva *nomenklatura* de comisarios culturales, una nueva generación de *aparatchiks* contratados en grandes ministerios de definición, exclusión, revisión y persecución, y una dialéctica basada en el nuevo dualismo de la defensa y el ataque. Y si la cultura era el nuevo secularismo del mundo, su nueva religión era la fama, y la industria -o, mejor, la iglesia- de la celebridad daría un trabajo significativo a una nueva *ecclesia*, una misión proselitizadora destinada a conquistar esa nueva frontera, construyendo sus deslumbrantes vehículos de celuloide y sus cohetes de rayos catódicos, desarrollando nuevos combustibles hechos de chismorreos y llevando a los Elegidos a las estrellas. Y, para cumplir los requisitos más oscuros de la nueva fe, había de vez en cuando sacrificios humanos, y caídas abruptas con las alas quemadas.

Tontón fue una víctima temprana al estilo Ícaro. Solanka lo veía poco en sus años dorados. La vida nos separa con sus acontecimientos aparentemente casuales y cuando, un día, sacudimos la cabeza como si despertáramos de un ensueño, nuestros amigos se han convertido en extraños y no pueden ser ya recuperados: «¿Es que no hay nadie aquí que conozca al pobre Rip van Winkle?», preguntamos quejosamente, y nadie lo conoce ya. Así pasó con los dos viejos compañeros de universidad. Tontón estaba ahora casi siempre en América, se habían inventado para él alguna cátedra en Princeton, y al principio hubo llamadas telefónicas de un lado a otro, luego tarjetas de Navidad y cumpleaños, y luego silencio. Hasta que, un tarde suave y agradable del verano de Cambridge, en 1984, cuando aquel antiguo lugar era su propio libro de cuentos más perfecto, una mujer americana llamó a la puerta exterior, de roble, de las habitaciones del profesor Solanka anteriormente ocupadas por E. M. Forster en la escalera «A», encima del bar de los estudiantes. Se llamaba Perry Pincus; era de hueso fino, morena, de grandes pechos, sexualmente atractiva y joven, pero por fortuna no suficientemente joven para ser estudiante. Todas esas cosas hicieron rápidamente una buena impresión en la conciencia melancólica de Solanka. Él se estaba recuperando del fin de un primer matrimonio sin hijos, y Eleanor Masters estaba en algún lado en el futuro.

-Krzysztof y yo llegamos ayer a Cambridge -dijo Perry Pincus-. Estamos en la Garden House. O, mejor dicho, yo estoy en la Garden House. Él está en Addenbrooke's. La noche pasada se cortó las muñecas. Ha estado muy deprimido. Preguntó por usted. ¿Me podría dar algo de beber?

Entró y observó el entorno con aprecio. Las casas, pequeñas y más bien anchas, y las figuras humanoides sentadas por todas partes, figuras diminutas en las casas, desde luego, pero también otras fuera, sobre los muebles del profesor Solanka, en los

rincones de sus habitaciones, figuras blandas y duras, masculinas y femeninas, y también más bien anchas. Perry Pincus estaba cuidadosamente aunque muy-maquillada, con los párpados cargados por pestañas postizas negras y pesadas, y llevaba un completo atuendo de batalla de seductora: un conjunto breve y ceñido, y tacones de aguja. No era el atavío usual en una mujer cuyo amante acaba de intentar suicidarse, pero ella no se disculpó. Perry Pincus era una joven literata inglesa a la que le gustaba follarse a los famosos de su mundo, cada vez menos enclaustrado. Como adepta de los encuentros casuales, las consecuencias (esposas, suicidios) no le interesaban. Sin embargo, era inteligente, animada y, como todos nosotros, creía ser una persona aceptable, quizá incluso buena. Después de su primer lingotazo de vodka -el profesor Solanka guardaba siempre una botella en el congelador- dijo con naturalidad:

-Es depresión clínica. No sé qué hacer. Es un encanto, pero yo no valgo para que se me peguen los hombres con problemas. No soy del tipo enfermera. Me gustan los tipos que saben arreglárselas.

Después de dos lingotazos dijo:

-Creo que él era virgen cuando me conoció. ¿Es posible? No lo admitió, claro. Dijo que en su país era un buen partido. Eso resulta cierto, desde el punto de vista financiero, pero tampoco soy del tipo avariento.

Después de tres lingotazos dijo:

-Lo único que quería siempre era que se la chupe o, alternativamente, darme por el culo. Lo que me parecía bien, sabe, lo que fuera. Me ocurre mucho. Ese es uno de mis atractivos: chico con tetas. Atrae a los tipos sexualmente confusos. Créame. Lo sé.

Después de cuatro lingotazos, dijo:

-Hablando de sexualmente confusos, profesor, magníficas *muñecas*.

Él decidió que tenía hambre, pero no tanto, y la convenció amablemente para que bajara las escaleras hasta King's Parade y entrara en un taxi. Ella lo miró fijamente por la ventanilla con los ojos corridos y una expresión desconcertada, luego se echó hacia atrás, cerró los ojos y se encogió levemente de hombros. *Lo que fuera*. Luego se enteraría él de que, a su modo, Perry «Pinchaculo» era famosa en el circuito literario mundial. Hoy en día se podía ser famoso por cualquier cosa, y ella lo era.

A la mañana siguiente visitó a Tontón, no en el hospital principal, sino en un antiguo edificio de ladrillo de buen ver que se alzaba en terrenos verdes y frondosos, a cierta distancia por la Trumpington Road: como una casa de campo para desahuciados. Tontón estaba de pie junto a una ventana fumándose un cigarrillo, con un pijama recién planchado de raya ancha bajo lo que parecía su viejo batín académico, una cosa gastada y manchada que quizá desempeñaba el papel de mantita de niño inseguro. Tenía las muñecas vendadas. Parecía más pesado, más viejo, pero su maldita sonrisa de sociedad seguía allí, expuesta. El profesor Solanka pensó que si sus propios genes lo hubieran condenado a llevar esa máscara todos los días de su vida, hacía tiempo que habría estado también allí con las muñecas vendadas.

La grafiosis del olmo dijo Tontón, señalando los tocones de árboles-. Aterrador. Los olmos de Inglaterra, perdidos para siempre. *Perdidos para siempre*.

El profesor Solanka no dijo nada. No había venido a hablar de árboles. Tontón se volvió hacia él y fue al grano.

-No esperes nada y no te decepcionarás, ¿eh? -murmuró, pareciendo juvenilmente avergonzado. -Hubiera debido hacer caso de mis propias conferencias.

Solanka siguió sin responder. Entonces, por primera vez en muchos años, Tontón dejó de lado la farsa de antiguo alumno de Eton. Tiene que ver con el sufrimiento dijo de plano. Por qué sufrimos todos tanto. Por qué hay tanto sufrimiento. Por qué no podemos detenerlo. Puedes construir diques, pero siempre se filtra a través, y un día los diques ceden. Y no soy solo yo. Quiero decir que soy yo, pero es todo el mundo. ¿Por qué sigue y sigue? Nos está matando. Quiero decir a mí. Me está matando.

-Eso suena un poco abstracto -aventuró el profesor Solanka amablemente.

-Sí, bueno. -Aquello había sido claramente un repente. Las placas deflectoras habían vuelto a su sitio. -Siento no dar la talla. Ese es el problema de ser el Oso de Cerebro Pequeño.

-Por favor -pidió el profesor Solanka-. Cuéntamelo.

-Eso es lo peor -dijo Tontón-. No hay nada que contar. No hay causa directa ni próxima. Te despiertas un día y no eres parte ya de tu vida. Ya sabes. Tu vida no te pertenece. Tu cuerpo no es, no sé como hacerte sentir la fuerza de esto, *tuyo*. Es solo vida, viviéndose a sí misma. Tú no la tienes. No tienes nada que ver con ella. Eso es todo. No parece mucho, pero créeme. Es como si hipnotizas a alguien y lo convences de que hay un montón de colchones debajo de su ventana. No ve ninguna razón para no saltar.

Lo recuerdo, o una versión menor -asintió el profesor Solanka, pensando en aquella noche de Market Hill, hacía tiempo-, Y tú fuiste el que me liberaste. Ahora me toca hacer lo mismo contigo.

El otro negó con la cabeza.

-Me temo que no es algo de lo que te liberas.

La atención que le prestaban, la celebridad, habían agravado grandemente la crisis existencial de Tontón. Cuanto más se convertía en una personalidad, tanto menos se sentía persona. Finalmente había decidido retirarse a los claustros de la vida académica tradicional. ¡Se acabó el Derridadá *Magic Christian* trotamundos! Se acabó la *actuación*. Vigorizado por aquella decisión nueva, había vuelto a Cambridge con la *grupi* literaria Perry Pincus, desvergonzada mariposona sexual, creyendo realmente que podría vivir con ella y construir una vida estable en torno a aquella relación. Tan ido estaba.

Krzysztof Waterford-Wajda sobreviviría a tres intentos de suicidio más. Luego, solo un mes antes de que el profesor Solanka se quitara la vida metafóricamente, diciendo adiós a todos y a todo lo que quería y emprendiendo el camino de América con una muñeca de pelopincho en los brazos -una versión especial limitada de la Cerebrita de la primera época, en mal estado, con la ropa desgarrada y el cuerpo dañado-, Tontón murió de repente. Tenía tres arterias muy atascadas. Una simple operación de *bypass* hubiera podido salvarlo, pero se negó a ella y, como un olmo

inglés, se derrumbó. Lo que quizá, si se quiere buscar esa clase de explicaciones, ayudó a desencadenar la metamorfosis del profesor Solanka. El profesor Solanka, recordando en Nueva York a su amigo muerto, se dio cuenta de que había seguido a Tontón en muchas cosas: en algunas de sus ideas, sí, pero también a *le monde médiatique*, a América, a la crisis.

Perry Pincus había sido una de las primeras en intuir el vínculo entre ellos. Había vuelto a su San Diego natal y ahora enseñaba, en un departamento local, la obra de algunos de los críticos y escritores que había conocido carnalmente. Pincus 101 lo llamaba ella, descarada como siempre, en uno de sus mensajes anuales de Felices Fiestas que nunca dejaba de enviar al profesor Solanka. «Es mi colección personal de grandes éxitos, mis *Top Twenty* -escribía, añadiendo, un tanto cortantemente. Usted no está en ella, profesor. No puedo andar por la obra de un hombre sin saber qué entrada prefiere.» Sus felicitaciones iban acompañadas invariable, incomprensiblemente, de un juguete de peluche de regalo: un ornitorrinco, una morsa, un oso polar. A Eleanor le habían divertido mucho siempre aquellos paquetes anuales de California.

-Como no te la follaste -informó al profesor Solanka su esposa-, no puede pensar en ti como amante. Por eso trata de convertirse en tu madre. ¿Qué se siente siendo el pequeñito de Perry Pinchaculo?

En su cómodo apartamento subarrendado del Upper West Side, un dúplex de primero y segundo pisos hermoso y de techos altos, que alardeaba de paneles de roble y de una biblioteca que hablaba mucho a favor de sus propietarios, el profesor Malik Solanka sostenía una copa de zinfandel tinto Geyservill y se lamentaba. La decisión de irse había sido totalmente suya; sin embargo, echaba de menos su antigua vida. Dijera Eleanor lo que dijera por teléfono, la ruptura era casi con seguridad irreparable. Solanka nunca había pensado en sí mismo como en alguien que da la espantada o renuncia fácilmente, pero se había quitado más pieles que una serpiente. País, familia y no una mujer sino dos habían quedado atrás. Y también, ahora, un niño. Quizá el error fuera considerar su última salida como insólita. La dura realidad era quizá que no estaba actuando en contra de su naturaleza sino de acuerdo con sus dictados. Cuando se situaba de pie desnudo ante el espejo sin adornos de la verdad, así era como él era realmente.

Sin embargo, como Perry Pincus, creía ser una buena persona. Las mujeres lo creían también. Sintiendo en él una ferocidad de compromiso que rara vez se encuentra en los hombres modernos, las mujeres se permitían con frecuencia enamorarse de él, sorprendiéndose -¡aquellas mujeres informadas, cautelosas!- de la velocidad con que se lanzaban a unas aguas emocionales realmente profundas. Y él no las defraudaba. Era amable, comprensivo, generoso, inteligente, divertido, adulto, y las relaciones sexuales eran buenas, eran siempre buenas. Esto es para siempre, pensaban ellas, porque podían ver que él lo pensaba también; se sentían queridas, atesoradas, seguras. Él les decía a cada una que era amistad lo que él tenía en lugar de lazos familiares y, más que amistad, amor. Eso sonaba bien. De manera que bajaban la guardia y se relajaban con todo aquel buen rollo, sin ver nunca lo retorcido que había en él, la espantosa torsión de su duda, hasta el día en que él se abrió bruscamente y el *alien* salió de su estómago, enseñando sus múltiples filas de dientes. Nunca veían que llegaba el fin hasta que las golpeaba. Su primera mujer, Sara, que tenía un don para la expresión gráfica, lo dijo así: «Fue como un asesino con un hacha».

-Tu problema es -dijo Sara incandescentemente hacia el final de su última pelea que en realidad solo estás enamorado de esas muñecas de mierda. El mundo en miniatura inanimada es casi lo único que puedes soportar. Un mundo que puedes hacer, deshacer y manipular, lleno de mujeres que no responden, de mujeres a las que no te tienes que follar. ¿O es que las haces ahora con cono, con conos de madera, conos de goma, conos inflables de mierda que chillan como globos cuando la metes o la sacas? ¿Tienes un harén de muñecas de tamaño natural para follar escondido en un cobertizo en alguna parte? ¿Es eso lo que encontrarán cuando te detengan un día por violar y hacer pedazos a alguna niña de ocho años de pelo dorado, a alguna pobre muñeca viva de mierda con la que hayas jugado, tirándola luego? Encontrarán un zapato de ella en un seto y describirán en la tele una minifurgoneta y yo lo estaré mirando y tú no estarás en casa y yo pensaré, Cristo, conozco esa furgoneta, es en ella donde lleva de un lado a otro sus juguetes de mierda cuando va a esas reuniones de pervertidos de «yo te enseño mi muñeca si me enseñas la tuya». Yo seré la mujer que nunca supo nada. Seré la esposa de mierda con cara de vaca en la tele, obligada a defenderse solo para defenderme a mí misma, mi propia estupidez inimaginable, porque, después de todo, yo te elegí.

La vida es furia, pensó él. La furia -sexual, edípica, política, mágica, brutal nos empuja a nuestras alturas más nobles y a nuestras profundidades más bajas. De la furia vienen la creación, la inspiración, la originalidad, la pasión, pero también la violencia, el dolor, la pura destrucción sin miedo, el dar y recibir golpes de los que nunca nos recuperamos. Las Furias nos persiguen; Shiva *danza*, su furiosa danza para

crear y también para destruir. ¡Pero olvídate de los dioses! Sara despotricando contra él representaba al espíritu humano en su forma más pura y menos socializada. Eso es lo que somos, lo que nos civilizamos para disfrazar: el aterrador animal humano que llevamos dentro, el exaltado, trascendente, autodestructivo y desenfrenado señor de la creación. Nos alzamos mutuamente a las cumbres de la alegría. Nos arrancamos mutuamente un jodido miembro tras otro.

Se llamaba Lear, Sara Jane Lear, una especie de pariente lejana del escritor y acuarelista, pero no había en ella ni rastro de las inmortales rimas disparatadas del bufonesco Edward. *¡Qué bien conocer a esta Sara, que tantas cosas recuerda! La gente la encuentra rara, peor será que se pierda.* El poema revisado no suscitó ni una sombra de sonrisa. «Imagínate cuántas veces me ha recitado la gente esos mismos versos y perdona que no me sienta impresionada.» Tenía un año más que él o cosa así y estaba escribiendo una tesis sobre Joyce y el *nouveau roman*. En su piso de Chesterton Road, un «amor» -que en retrospectiva parecía más miedo, un mutuo agarrarse al salvavidas del otro mientras se ahogaban en la soledad de los veintitantos- lo hizo abrirse camino dos veces por el *Finnegans Wake*. Y también por las adustas páginas de Sarraute, Robbe-Grillet y Butor. Cuando levantaba la vista con abatimiento de los grandes montones de frases lentas y oscuras, la descubría mirándolo desde el otro sillón, volviendo hacia él aquel rostro anguloso de máscara de demonio, bello pero astuto. La Señora de Ojos Astutos de las Marismas. Él no sabía interpretar su expresión. Hubiera podido ser desprecio.

Se casaron demasiado rápidamente para pensarlo y, casi inmediatamente, se sintieron atrapados por el error. Sin embargo, permanecieron juntos durante varios años miserables. Después, cuando contó la historia de su vida a Eleanor Masters, Solanka presentó a su primera mujer como la que tenía más estrategias de salida, la jugadora con más probabilidades de dejar el juego. «Renunció pronto a todo lo que deseaba más. Antes de descubrir que no estaba a la altura.» Sara había sido la actriz de teatro universitario más destacada de su generación, pero se había quedado allí, abandonando para siempre el maquillaje y el público, sin una lamentación. Más tarde abandonaría también su tesis y conseguiría un trabajo en publicidad, emergiendo de la crisálida de su guardarropa de intelectual y desplegando unas espléndidas alas de mariposa.

Eso fue poco después de que su matrimonio terminara. Cuando Solanka lo descubrió se puso furioso, por poco tiempo. ¡Todas aquellas lecturas fatigosas para nada! Y no sólo lecturas.

-Gracias a ella -dijo rabioso a Eleanor-, vi *El año pasado en Marienbad* tres veces en un día. Nos pasamos un fin de semana entero practicando el maldito juego de cerillas a que juegan allí. «No puede ganar, lo sabe» «Si no puede perder no es un juego» «Oh, puedo perder, pero no pierdo nunca». Aquel juego. Gracias a ella lo tengo metido en la cabeza, pero ella se ha largado al universo de «si lo tienes, muéstralo». Yo estoy aquí metido en los condenados *couloirs* de la novela francesa y ella en un impresionante vestido de Jil Sander, en una oficina del piso cuarenta y nueve esquina a la Sexta Avenida, sacándose, no me cabe duda, un pasión.

Sí, pero para que conste, fuiste *tú* quien la plantó -señaló Eleanor-. Encontraste a la siguiente y diste a Sara como coche usado: la dejaste lisa y llanamente. Por supuesto, nunca hubieras debido casarte con ella, lo que es tu única excusa. Esa es la gran pregunta sin respuesta sobre el amor que te hace tu reina Lear: ¿en qué diablos estabas pensando? Además, te llevaste lo que merecías cuando la siguiente, la valquiria

wagneriana de la Harley, te plantó por aquel compositor, ¿cómo se llamaba? -Ella conocía la respuesta perfectamente, pero era una historia que a los dos les gustaba.

-Un Rummenigge de mierda -sonrió Solanka, calmándose-. Ella trabajaba como ayudante en una de sus tres-orquestas-y-un-tanque-Sherman y él le envió un telegrama. *Por favor abstente de toda relación sexual hasta que podamos examinar el fuerte lazo que evidentemente nos une.* Y al día siguiente un billete sólo de ida para Munich, y ella desapareció en la Selva Negra durante años. No fue feliz sin embargo -añadió él. -No sabía lo que era bueno, comprendes.

Cuando Solanka dejó a Eleanor, ella añadió una posdata amarga a esas reflexiones:

-En realidad, me gustaría oír a las dos partes de esas historias -le dijo durante una difícil llamada telefónica-. Quizá fueras un hijoputa sin corazón desde el principio.

Malik Solanka, paseando solo hacia el programa doble de medianoche de Kieslowski en el Lincoln Plaza, trataba de imaginarse su propia vida como una película del *Decálogo*. Un corto sobre Deserción.

¿Qué Mandamientos se podría decir que su historia ilustraba o como prefería el experto en Kieslowski que presentó los episodios de la semana anterior interrogaba? Había muchos Mandamientos contra los pecados de comisión indebida. Codicia, adulterio, lujuria, esas cosas eran anatemizadas. Pero, ¿dónde estaban las leyes contra los pecados de omisión indebida? No Serás un Padre Absentista, No Cambiarás de Vida Sin una Buena y Puñetera Razón, Cabrón, y Lo que has Alegado Hasta Ahora No Basta Ni de Lejos. ¿Qué Coño Te Crees? ¿Que Puedes Hacer Lo Que Quieras? ¿Quién Cojones Te Imaginas Que Eres: Hugh Hefner? ¿El Dalai Lama? ¿Donald Trump? ¿En qué Sam Hill Art Estás Actuando? ¿Eh, muchacho? ¿¿¿Eh???

Sara Lear estaba probablemente en aquella misma ciudad, pensó de pronto. Ahora estaría en sus cincuenta y muchos, un pez gordo con una cartera de acciones en alza, los números secretos para reservar una mesa en Pastis o Nobu, y un sitio de fin de semana al sur de la autopista en, ah, Amagansett. Gracias al cielo no había necesidad de averiguar su paradero, ir a verla, felicitarla por la vida que había elegido. ¡Cómo habría cacareado! Porque habían vivido juntos lo suficiente para presenciar la absoluta victoria de la publicidad. En los setenta, cuando Sara renunció a la vida seria por la frívola, trabajar en Publicilandia había sido un poco vergonzoso. Se lo confesabas a tus amigos bajando la voz y la vista. La publicidad era una estafa, un engaño, el enemigo bien conocido de la promesa. Era -horrible idea en aquella época- puro capitalismo. Vender cosas era algo *bajo*. Ahora, todo el mundo -escritores eminentes, grandes pintores, arquitectos, políticos- quería meterse en aquello. Alcohólicos reformados hacían propaganda del alcohol. Todo el mundo, y todo, estaba en venta. Los anuncios se habían convertido en colosos, trepando como King Kong por las paredes de los edificios. Más aún, eran queridos. Cuando estaba viendo la tele, Solanka seguía bajando el sonido en las pausas comerciales, pero todos los demás, estaba seguro, lo subían. Las chicas de los anuncios -Esther, Bridget, Elizabeth, Halle, Gisele, Tyra, Isis, Aphrodite, Kate- eran más deseables que las actrices de los *shows* que había en medio; diablos, los *chicos* de los anuncios -Mark Vanderloo, Marcus Schenkenberg, Marcus Aurelius, Marc Anthony, Marky Mark eran más deseables que las actrices de los *shows*. Y, además de presentar el sueño de una América idealmente bella en la que todas las mujeres eran nenas y todos los hombres Marks, después de hacer el trabajo básico de vender *pizza*, 4 x 4 y «No Puedo Creer que No Sea Mantequilla», más allá de la administración del dinero y de los nuevos bipbip de los

*puntocom*s, los anuncios calmaban el dolor de América, su dolor de cabeza, sus gases, su pena, su soledad, el dolor de la infancia y de la vejez, de ser padre y de ser hijo, el dolor de ser hombre y el dolor de ser mujer, el dolor del éxito y el del fracaso, el buen dolor del atleta y el mal dolor del culpable, la angustia de la soledad y de la ignorancia, el tormento agudo de las ciudades y el dolor sordo, demencial de las llanuras desoladas, el dolor de querer sin saber lo que se quiere, la agonía del vacío clamoroso dentro de cada yo vigilante y semiinconsciente. No era de extrañar que la publicidad fuera popular. Hacía mejores las cosas. Te mostraba el camino. No era parte del problema. Resolvía cosas.

De hecho, había un redactor publicitario que vivía en el edificio del profesor Solanka. Llevaba tirantes rojos y camisas Hathaway, y hasta fumaba en pipa. Se había presentado a sí mismo aquella tarde junto a los buzones del vestíbulo, mientras sostenía una serie de diseños arrollados. (¿Qué pasaba con la soledad de Solanka, se preguntó silenciosamente el profesor, que al parecer obligaba a sus vecinos a perturbarla?)

-Mark Skywalker, del planeta Tatooine.

Lo que fuera, como habría dicho Perry Pincus. A Solanka no le interesaba aquel joven de corbata de pajarita, con gafas y muy poco parecido a un caballero Jedi y, como ex aficionado a la ciencia ficción, despreciaba la ópera del espacio, muy poco intelectual, del ciclo de *La guerra de las galaxias*. Pero había aprendido ya a no discutir lo autoinventado. Había aprendido también a omitir el «profesor» al dar su nombre. La enseñanza aburría a la gente, y el formalismo era una forma de abusar de la propia posición. Aquel era el país del diminutivo. Incluso los grandes almacenes y los sitios de comer se tomaban confianzas rápidamente. A la vuelta de la esquina podía encontrar Andy's, Bennie's, Josie's, Gabriela's, Vinnie's y Freddie & Pepper's. El país de la reserva, del eufemismo y lo no dicho lo había dejado atrás, en conjunto una buena cosa. En Hana's (material médico) se podía entrar tranquilamente y comprar un SUJETADOR PARA MASTECTOMÍA. Lo increíble estaba allí en el escaparate, con letras rojas de un pie de alto. Así que, de todas formas, replicó: «Solly Solanka», en tono neutro, sorprendiéndose al utilizar aquel apodo que no le gustaba; entonces Skywalker frunció el entrecejo: ¿Es usted correligionario?

Solanka no conocía el término y así lo dijo, disculpándose. -Oh, entonces no lo es -Skywalker asintió-. Lo pensé, quizá por lo de Solly. Y también, perdone, por algo en su nariz.

El significado de la palabra desconocida se hizo rápidamente evidente por el contexto y suscitó una pregunta interesante, que Solanka se abstuvo de hacer: o sea, ¿había judíos en Tatooine?

-Es usted británico, verdad -siguió Skywalker. (Solanka no entró en sutilezas poscoloniales y migratorias)-. Me lo dijo Mila. Hágame un favor. Échele una ojeada a esto.

Era de suponer que Mila fuera la joven emperatriz de la calle. Solanka observó con agrado la eufonía de sus nombres: Mila, Malik. Cuando la joven lo descubriera, seguro que no podría dejar de decírselo. Él se vería obligado a señalar lo evidente, es decir, que los sonidos no eran significados y aquello era un simple eco interlingüístico del que no tenía por qué deducirse nada y, desde luego, no una relación humana. El joven publicista desenrolló los diseños y los extendió sobre la mesa del vestíbulo.

Quiero que me dé su opinión sincera explicó Skywalker. Se trata de una campaña de imagen de una sociedad.

Los diseños mostraban imágenes a doble página de los famosos rascacielos de la ciudad en el crepúsculo. Solanka hizo un gesto vago, sin saber qué responder.

La leyenda -le sugirió Skywalker.- ¿Le parece bien? Todas las fotografías llevaban el mismo rótulo: EN AMERICAN EXPRESS INTERNATIONAL BANKING CORPORATION NUNCA SE PONE EL SOL.

-Bueno. Es bueno -dijo Solanka, sin saber si era realmente bueno, mediano o espantoso. Era de suponer que siempre había una oficina de la American Express abierta en alguna parte del mundo, de forma que la afirmación era probablemente verdad, aunque, ¿de qué le servía a nadie en, digamos, Londres saber que los bancos seguían abiertos en Los Ángeles? Todo eso se lo guardó, adoptando una expresión, esperaba, juiciosa y aprobadora. Pero Skywalker, evidentemente, quería más.

-Como británico -le sondeó-, ¿cree que los británicos se sentirán insultados?

Aquello era un auténtico enigma.

-Quiero decir por el imperio británico. En el que nunca se pone el sol. No pretende ser ofensivo. De eso es de lo que quiero estar seguro. De que la frase no parecerá un insulto al glorioso pasado de su país.-

El profesor Solanka sintió que una enorme irritación se alzaba en su pecho. Experimentó un vivo deseo de gritar a aquel tipo del apodo malditamente idiota, insultarlo y quizá darle realmente una bofetada. Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y, en tono desapasionado, asegurar al serio y joven Mark con atuendo de David Ogilvy clonado que era poco probable que ni los coroneles de cara más congestionada de Inglaterra se molestaran por aquel texto trivial. Luego se apresuró a ir a su apartamento, cerró la puerta con el corazón palpitante, se recostó en la pared, cerró los ojos, jadeó y se estremeció. Sí, aquella era la otra cara de la moneda de su nuevo ambiente hola, cómo está, directo, a la cara, SOSTEN PARA MASTECTOMIA: aquella nueva hipersensibilidad cultural, aquel miedo casi patológico a ofender. Muy bien, lo sabía, todo el mundo lo sabía, la cuestión no era esa. La cuestión era, ¿de dónde venía toda aquella ira? ¿Por qué lo sorprendían con la guardia baja, una y otra vez, unos ataques de rabia que casi aplastaban su voluntad?

Se dio una ducha fría. Luego, durante dos horas, estuvo echado en su alcoba en sombras, con el aire acondicionado y el ventilador del techo a toda pastilla para luchar contra el calor y la humedad. Controlar la respiración lo ayudaba, y utilizó también técnicas de visualización para relajarse. Imaginó que la ira era un bulto material, un trozo blando, oscuro y palpitante, y trazó mentalmente un triángulo alrededor. Luego fue reduciendo lentamente el triángulo hasta que el bulto desapareció. Aquello funcionó. Sus latidos volvieron a ser normales. Encendió la televisión de la alcoba, un monstruo runruneante y traqueteante que databa de una generación de tecnología anterior, y miró a El Duque en su montículo, su actuación sorprendente e hiperbólica. El lanzador se enroscó hasta tocar casi la nariz con la rodilla, y luego se desenrolló como un látigo. Incluso en aquella temporada desigual y casi presa del pánico del Bronx, Hernández inspiraba calma.

El profesor Solanka cometió el error de poner brevemente la CNN, en donde no había más que Elian. Al profesor Solanka le asqueaba la eterna necesidad que tenía la

gente de tótems. Un niño había sido rescatado de un salvavidas en el mar, su madre se había ahogado e, inmediatamente, había comenzado la histeria religiosa. La madre muerta se había convertido casi en la Virgen María y había carteles que decían ELIAN, SÁLVANOS. El culto, nacido de la necesaria demonología de Miami -según la cual Fidel Castro el Demonio, Hannibal el Caníbal Castro, devoraría vivo al niño, le arrancaría su alma inmortal y se la tragaría con unas habas y un vaso de vino- creó inmediatamente también un sacerdocio. El horrible tío, obsesionado por los medios de comunicación, fue ungido papa del Elianismo, y su hija, la pobre Marisleydis, con su «agotamiento nervioso», era exactamente del tipo que, en cualquier momento, empezaría a dar testimonio de los primeros milagros del niño de siete años. Incluso había un pescador. Y naturalmente apóstoles, que se extendían por el mundo: el fotógrafo que vivía en el dormitorio de Elián, la gente de la televisión agitando contratos, las editoriales haciendo lo mismo, la propia CNN y otros equipos de noticias con sus platos de transmisión y sus micrófonos velludos. Entretanto, en Cuba, el niño era transformado en un tótem muy distinto. Una revolución agonizante, una revolución de viejos y barbas descuidadas, hacía del niño la prueba de su renovada juventud. En esta versión, Elián surgido de las aguas se convertía en imagen de la inmortalidad de la revolución: una mentira. Fidel, el anciano infiel, pronunciaba discursos interminables con la máscara de Elián.

Y durante mucho tiempo el padre, Juan Miguel González, se quedó en su ciudad natal de Cárdenas sin decir mucho. Decía que quería que le devolvieran a su hijo, lo que quizá era digno y quizá bastante. Al pensar en lo que haría él mismo si sus tíos y primos se interpusieran entre él y Asmaan, el profesor Solanka partió un lápiz en dos. Luego cambió de canal para volver al partido, pero era demasiado tarde. El Duque, refugiado cubano él también, no pensaría como Solanka en aquel asunto. Aquella mente, en la que Asmaan Solanka y Elián González se confundían y juntaban, se estaba recalentando otra vez, señalando que, en su propio caso, no había parientes que pudieran interponerse entre Solanka y su hijo. Había logrado la ruptura sin asistencia exterior. Mientras una rabia impotente ascendía dentro de él, utilizó otra vez sus técnicas bien aprendidas de sublimación, dirigiendo su ira hacia fuera, a la muchedumbre ideológicamente trastornada de Miami, transformada por experiencia en lo que él aborrecía más. Su huida de la intolerancia los había hecho intolerantes. Gritaban a los periodistas, insultaban a los políticos que no estaban de acuerdo con ellos, amenazaban con el puño a los coches que pasaban. Hablaban de los males del lavado de cerebro, pero su propio cerebro estaba evidentemente sucio.

-¡No lavado sino manchado! -se descubrió Solanka chillando realmente al lanzador cubano de la tele. Vuestras vidas os han manchado el cerebro. Y a ese niño del columpio, con cien cámaras metiendo el hocico en su confusión: ¿qué le decís de su padre?

Había tenido que pasar por todo aquello otra vez: los temblores, las palpitaciones, la dificultad para respirar, la ducha, la oscuridad, el jadeo, la visualización. Sin drogas; se había prohibido el acceso, y evitaba también a los médicos del cerebro. El gánster Tony Soprano podía ir al psiquiatra, pero, que lo follaran, era un personaje de ficción. El profesor Solanka había decidido enfrentarse solo con sus demonios. El psicoanálisis y la química le parecían como hacer trampas. Si quería vencer realmente en el duelo, si quería derribar sobre la lona y enviar al infierno al demonio que se había apoderado de él, tenía que ser solo los dos, con el culo al aire, sin restricciones, una pelea a muerte sin guantes de boxeo.

Había anochecido cuando Malik Solanka se consideró en condiciones de salir del apartamento. Trastornado, pero fingiendo desenfado, se dirigió al programa doble de

Kieslowski. Si hubiera sido un ex combatiente de Vietnam o incluso un reportero que hubiera visto demasiadas cosas, su comportamiento habría sido más comprensible. Jack Rhinehart, poeta americano y corresponsal de guerra al que conocía desde hacía veinte años, hasta ahora, si lo despertaba un teléfono, normalmente lo hacía pedazos. No podía evitar hacerlo y solo estaba medio despierto cuando lo hacía. Jack tuvo un montón de teléfonos, pero aceptaba su destino. Le habían hecho daño, y se consideraba afortunado por que la cosa no fuera peor. Pero la única guerra en que había estado el profesor Solanka era la vida misma, y la vida había sido buena con él. Tenía dinero y lo que la mayor parte de la gente consideraba una familia ideal. Tanto su mujer como su hijo eran excepcionales. Sin embargo, había estado sentado en la cocina en plena noche con el asesinato en el cerebro; un asesinato real, no metafórico. Incluso había subido las escaleras con un cuchillo de trinchar y permanecido por un momento terrible y mudo junto al cuerpo durmiente de su esposa. Luego se había dado la vuelta, había dormido en la alcoba sobrante y, por la mañana, había hecho el equipaje y cogido el primer avión para Nueva York, sin dar una sola razón. Lo que había ocurrido no admitía razones. Tenía que poner un océano, al menos un océano, entre él y lo que casi había hecho. De manera que Ms. Mila, la emperatriz de la calle séptima oeste, había estado más cerca de la verdad de lo que ella sabía. De lo que sabría nunca.

Estaba en la cola del cine, sumido en sus pensamientos. Entonces la voz de un joven sonó detrás de su oído derecho, vergonzosamente alta, sin preocuparse de quién la escuchaba, contando su historia a un compañero pero también a toda la cola, a la ciudad; como si a la ciudad le importara. Vivir en Metrópolis era saber que lo excepcional era tan corriente como un refresco sin calorías, que la anormalidad era la norma de palomitas de maíz:

De forma que por fin la llamé, y le digo algo así como hola, mamá, qué pasa, y ella me dice, ¿quieres saber quién está cenando con nosotros aquí en Ningunaville, quién está aquí al lado comiéndose el rollo de carne de tu madre, tenemos a Santa Claus, eso es? Santa Claus sentado ahí mismo en la cabecera de la mesa en donde la culebra mofeta comadreja de tu padre solía sentar su estúpido culo de mierda. Lo juro. Quiero decir que son las tres de la tarde y ella está ya desvariando. Eso fue lo que me dijo, palabra por jodida palabra. Santa Claus. Yo digo, Claro, Mamá, y dónde está Jesús. Y ella me responde, Para ti *el señor Jesús S. Cristo*, jovencito, y debes saber que el señor Jesús S. Cristo se está comiendo el pescado. De forma que fue todo lo que pude soportar y dije algo así como Hasta luego, mamá, saluda a esos señores, que tengas unas felices.

Y, con la voz masculina, se oyó una risa de mujer dura y horrorizada. JA-ja-ja-JA.

En ese momento, en una película de Woody Allen (una parte de *Maridos y mujeres* se había filmado de hecho en el apartamento alquilado por Solanka), los que iban a entrar al cine se habrían unido a la conversación, tomando partido, contando anécdotas personales para rivalizar con la que acababan de oír o superarla, y encontrando precedentes del monólogo de la madre furiosa y loca en el último Bergman, en Ozu, en Sirk. En una película de Woody Allen, Noam Chomsky o Marshall McLuhan, o quizá ahora Gurumayi o Deepak Chopra, habrían salido de detrás de una palmera enmacetada y pronunciado unas palabras de comentario empalagoso y refinado. La difícil situación de la madre sería brevemente un tema de meditación para el angustiado Woody: ¿tenía ella visiones todo el día o solo a la hora de comer? ¿Qué medicamentos tomaba? ¿Se indicaban en el frasco debidamente los efectos secundarios? ¿Qué quería decir aquello de que ella proyectara probablemente tontear

no con uno sino con dos importantes iconos? ¿Qué diría Freud de aquel triángulo sexual insólito? La necesidad de aquella mujer tanto de tener cosas envueltas como regalo como de salvar su alma inmortal, ¿qué nos decía sobre ella? ¿Qué nos decía sobre América?

Además, si eran hombres reales los que estaban en la habitación con ella, ¿quiénes eran? ¿Tal vez asesinos fugados, escondidos en la cocina de aquella pobre señora, empapada de *bourbon*? ¿Estaba en peligro? De otro modo, como pensadores sin prejuicios, ¿no deberíamos admitir la posibilidad, al menos teóricamente, de que se hubiera producido un doble milagro? En cuyo caso, ¿qué clase de regalo de Navidad le pediría Jesús a Santa Claus? Y, muy bien, el Hijo de Dios estaba dando cuenta del atún, pero ¿habría suficiente rollo de carne para todos?

Mariel Hemingway prestaría a todo aquello una atención detenida pero insulsa; luego, con la misma rapidez, se olvidaría para siempre. En una película de Woody Allen, la escena se habría filmado en blanco y negro, ese proceso sumamente irreal que había llegado a representar el realismo, la integridad y el arte. Pero el mundo es en color y el guión está peor escrito que en las películas. Malik Solanka se volvió bruscamente; abrió la boca para protestar, y se encontró mirando a Mila y a su amigo, que parecía un centurión tres cuartos. Al pensar en ella, él los había conjurado. Y detrás de ellos estaba inclinados, encorvados, agachados, en pose el resto de la indolente tropa de los escalones.

Tenían un aspecto espléndido, admitió Solanka; su uniforme Hilfiger de día había sido abandonado por un estilo muy diferente y más pijo, basado en la clásica ropa de verano blanca y tostada de Calvin Klein, y todos llevaban gafas de sol a pesar de la hora. En los multiplex pasaban un corto publicitario en el que un grupo de vampiros a la moda -gracias al Buffy de la tele, los vampiros eran populares- estaban en una duna con sus Ray-Ban, esperando que amaneciera. El que se había olvidado de las gafas se freía cuando los rayos del sol le daban y sus compañeros se reían cuando explotaba, enseñando los colmillos. JA-ja-ja-JA. Quizá, pensó el profesor Solanka, Mila & Co. eran vampiros y él un idiota sin protección. Salvo, claro, que eso significara que era también un vampiro, un refugiado de la muerte, capaz de desafiar las leyes del tiempo... Mila se quitó las gafas de sol y lo miró provocativamente a los ojos, y enseguida él recordó a quién se parecía.

-Qué te parece, es el señor Garbo, que quiere estar solo -estaba diciendo el centurión oxigenado, malévolamente, indicando que estaba preparado para todo el jaleo que el decrepito profesor Solanka quisiera organizar. Pero Malik se había quedado atrapado por la mirada de Mila.

-Oh, vaya -dijo. Oh, vaya, perdóneme, es Cerebritito. Perdóneme, pero es mi muñeca.

El centurión gigantesco estimó que se trataba de una manifestación poco clara y, por consiguiente, inaceptable, y la verdad era que en los modales de Solanka había algo más que sorpresa.

-No te preocupes, Greta -dijo el grandote, poniendo la palma de una mano enorme contra el pecho de Solanka y aplicando una presión impresionante; Solanka retrocedió tambaleándose y tropezó con la pared.

Pero la joven llamó a su perro de ataque.

Está bien, Ed. Eddie, realmente no pasa nada.

Solo entonces, felizmente, la cola empezó a moverse con rapidez. Malik Solanka se apresuró a entrar en la sala y se sentó a cierta distancia del grupo vampírico. Mientras la luz se apagaba, vio aquellos ojos verdes penetrantes que lo miraban fijamente través de la multitud de la sala de arte y ensayo.

Estuvo fuera toda la noche, pero no podía encontrar paz, ni siquiera caminando a altas horas, ni mucho menos en la hora ya animada de después de amanecer. No había altas horas de la noche. No podía recordar su ruta exacta, tenía la impresión de haber cruzado la ciudad y vuelto a Broadway o sus alrededores, pero podía recordar el puro volumen de ruido blanco y de color. Podía recordar el ruido bailando en formas abstractas ante sus ojos ribeteados de rojo. La chaqueta de su traje de lino gravitaba pesada, húmedamente, sobre sus hombros, pero, en nombre de la rectitud, de cómo debían ser las cosas, no se la quitó; y tampoco se quitó el jipijapa. El ruido de la ciudad aumentaba casi diariamente. O quizá era su sensibilidad a ese ruido la que estaba llegando al borde del alarido. Los camiones de la basura, como cucarachas gigantes, se movían por la ciudad, rugiendo.

Pasaron las horas. Los personajes de Kieslowski siguieron con él. ¿Cuáles eran las raíces de nuestros actos? Dos hermanos, distanciados entre sí y de su padre fallecido, se volvían casi locos por obra de su colección de sellos, de valor incalculable. Decían a un hombre que era impotente y descubría que no podía soportar la idea de que su amante esposa tuviera un futuro sexual sin él. Los misterios nos gobiernan a todos. Sólo vislumbramos sus rostros velados, pero su fuerza nos empuja hacia delante, hacia la oscuridad. O hacia la luz.

Cuando dobló para entrar en su calle, hasta los edificios comenzaron a hablarle al estilo sonoro de los supremamente seguros, de los que rigen el mundo. La Escuela del Santísimo Sacramento hacía proselitismo en latín grabado en la piedra. PARENTES CATHOLICOS HORTAMUR UT DILECTAE PROLI SUAE EDUCATIONEM CHRISTIANAM ET CATHOLICAM PROCURANT. El sentimiento no golpeó una cuerda sensible de Solanka. En el portal siguiente, un sentimiento más propio de galletita china, inscrito en letras doradas, destacaba en un imponente portal Cecil B. DeMille-asirio. Si UN AMOR FRATERNAL MANTUVIERA UNIDOS A TODOS LOS HOMBRES, QUE HERMOSO SERIA EL MUNDO. Hacía tres cuartos de siglo, aquel edificio, espeluznantemente hermoso al estilo más chillón de la ciudad, había sido dedicado, en su piedra angular, «al Pitiantismo», sin ningún reparo por el choque entre la metáfora griega y la mesopotámica. Ese saqueo y mezcolanza de los almacenes del imperio de ayer, ese crisol o *métissage* de poderes pasados, era el verdadero indicador de su poderío actual.

Pytho era el antiguo nombre de Belfos, el hogar de Pitón, que luchó con Apolo; y, más famosamente, del Oráculo de Belfos, del que la Pitia era la sacerdotisa que profetizaba, una criatura de éxtasis y frenesíes. Solanka no podía imaginar que ese fuera el significado de «pitio» que pretendieron los constructores: dedicado a convulsiones y epilepsias. Tampoco una casa tan épica podía destinarse a la humilde - grandiosa, poderosamente grandiosa y humilde- práctica de la poesía. (Verso pitio es el escrito en hexámetros dáctilos.) Probablemente se quiso hacer alguna referencia apolínea a Apolo en su doble encarnación musical y atlética. Desde el siglo VI antes de la Era Común, los Juegos Píticos, uno de los festivales del gran cuarteto panhelénico, se habían celebrado en el tercer año del ciclo olímpico.

Había competiciones musicales y deportivas y se recreaba también la gran batalla del dios y la serpiente. Tal vez algo de aquello debían haber conocido los que construyeron ese santuario al semiconocimiento, aquel templo dedicado a la creencia de que la ignorancia, respaldada por suficientes dólares, se convierte en sabiduría. El templo de Boobus Apolo.

Al diablo con aquel batiburrillo clásico, exclamó en silencio el profesor Solanka. Porque una deidad mayor lo rodeaba por todas partes: América, en la hora más alta de su poder híbrido y omnívoro. América, adonde había venido para borrarse. Para estar libre de lazos y, de esa forma, también de ira, miedo y dolor. Trágame, rogó en silencio el profesor Solanka. Trágame, América, y dame la paz. Al otro lado de la calle, enfrente del falso palacio asirio Pythia, el mejor simulacro de la ciudad de un *Kaffeehaus* vienes estaba abriendo sus puertas. Allí se podía encontrar el *Times* y el *Herald Tribune* metidos en un bastidor de madera. Solanka entró, se tomó un café fuerte y se dejó arrastrar al eterno juego de imitación de aquella ciudad, fugaz entre todas. Con su traje de lino, ahora alborotado, y su jipijapa, hubiera podido pasar por uno de los *habitués* más pobres del café Hawelka de la Borotheergasse. En Nueva York nadie miraba demasiado atentamente, y pocos ojos estaban acostumbrados a las viejas sutilezas europeas. El cuello blanco de la manchada camisa blanca de Banana Republic, las pardas sandalias polvorientas, la barba de tejón en desorden (ni cuidadosamente recortada ni delicadamente brillantada) no llamaban la atención allí. Hasta su propio nombre, había tenido que reconocer siempre, sonaba vagamente centroeuropeo. Qué lugar, pensó. Una ciudad de semiverdades y ecos que, de algún modo, dominaba el mundo. Y sus ojos, de un verde esmeralda, te miraban al corazón.

Al acercarse al mostrador de la vitrina refrigerada de grandes tartas austríacas, pasó por alto una Sacher de aspecto excelente y pidió en cambio una ración de Linzertorte, recibiendo en respuesta una mirada de total incompreensión hispana, lo que lo obligó a señalarla con exasperación. Finalmente pudo sorber y leer.

Los periódicos de la mañana estaban llenos del informe sobre el genoma humano. Lo llamaban la mejor versión existente del «libro radiante de la vida», frase que se utiliza a veces para calificar a la Biblia y a veces a la Novela; aunque esta nueva radiancia no era en absoluto un libro sino un mensaje electrónico por la Internet, un código escrito en cuatro aminoácidos, y el profesor Solanka no era muy experto en códigos, nunca había conseguido aprender ni el inglés al revés elemental, por no hablar de semáforos ni del ahora difunto Morse, salvo lo que todo el mundo sabía. Punto punto punto raya raya raya punto punto punto. *SOS*. (*Help*, o sea, en gainglesajer, *elp-hay*.) Todo el mundo especulaba sobre los milagros que seguirían al triunfo genómico, por ejemplo los miembros suplementarios que podríamos decidir tener para resolver el problema de cómo sostener un plato y un vaso de vino y comer al mismo tiempo en un bufé; pero para Malik las únicas dos certidumbres eran, primera, que cualquier descubrimiento que se hiciera vendría demasiado tarde para serle de ninguna utilidad y, segunda, que ese libro que lo cambiaba todo, que transformaba la naturaleza filosófica de nuestro ser, que contenía un cambio cuantitativo en nuestro autoconocimiento tan inmenso como para ser también un cambio cualitativo- era un libro que nunca podría leer.

Aunque los seres humanos habían sido excluidos de ese grado de comprensión, podían consolarse pensando que todos estaban sumidos en el mismo barrizal de ignorancia. Ahora que Solanka sabía que alguien, en alguna parte, conocía lo que él no conocería nunca, y además estaba muy consciente de que lo que se sabía era importante conocerlo, sentía la sorda irritación, la lenta cólera del necio. Se sentía como un zángano o como una hormiga obrera. Se sentía como uno de esos miles que

arrastraban los pies en las antiguas películas de Chaplin o Fritz Lang, los seres anónimos condenados a romperse el cuerpo en la rueda social mientras el conocimiento ejercía su poder sobre ellos desde lo alto. La nueva era tenía nuevos emperadores, y él sería su esclavo.

-Señor. *Señor*.

Una mujer joven estaba sobre él, incómodamente próxima, con una falda de tubo azul marino por la rodilla y una elegante blusa blanca. Llevaba el cabello rubio tirantemente echado hacia atrás. Tengo que rogarle que se vaya, señor.

El personal del mostrador hispano estaba tenso, dispuesto a intervenir. El profesor Solanka se sintió sinceramente perplejo: -¿Hay algún problema, señorita?

-Claro que hay un problema, señor. El problema es que está usted utilizando palabrotas, expresiones obscenas, y muy fuerte. Diciendo lo que no se puede decir, diría yo. Que ha estado gritando. Y ahora, sorprendentemente, pregunta cuál es el problema. Señor, el problema lo es usted. Vayase ahora, por favor.

Por fin, pensó Solanka aunque lo estaban echando a patadas, un momento de autenticidad. Por lo menos hay una austríaca aquí. Se levantó, se envolvió en su abrigo lleno de bultos y se fue, con el sombrero inclinado pero sin sentirse nada inclinado a dejar una propina. No había explicación para la extraordinaria afirmación de aquella mujer. Cuando todavía dormía con Eleanor, ella lo acusaba de roncar. El se encontraba a mitad de camino entre la vigilia y el sueño y ella lo empujaba diciendo: date la vuelta. Sin embargo, estaba consciente, tenía que decir, podía oírla hablar y, por consiguiente, si hubiera estado haciendo alguna clase de ruido, lo habría oído también.

Al cabo de algún tiempo, ella dejó de perseguirlo y él durmió profundamente. Hasta el momento en que, otra vez, no pudo. Aquello otra vez no, no ahora. Ahora cuando, otra vez, estaba consciente y tenía en los oídos toda clase de ruidos.

Cuando se acercaba a su apartamento, vio a un trabajador que colgaba en un andamio por fuera de sus ventanas, haciendo reparaciones en el exterior del edificio y, en punjabi sonoro y vibrante, gritaba instrucciones y chistes verdes a su compañero, que se estaba fumando un *bidí* abajo en la acera. Malik Solanka telefoneó enseguida a sus caseros los Jay, ricos granjeros orgánicos que se pasaban los veranos en el norte del Estado con su fruta y sus verduras, para quejarse enérgicamente. Aquel barullo brutal era intolerable. Su contrato de arrendamiento especificaba claramente que los trabajos serían no solo externos sino también silenciosos. Además, el retrete no funcionaba bien; trocitos de materia fecal volvían a aparecer flotando después de tirar de la cadena. Del humor que estaba, aquello le causaba un disgusto desproporcionado con el problema, y expresó con vehemencia sus sentimientos al señor Simon Jay, propietario amable y desconcertado de su apartamento, que había vivido allí felizmente durante treinta años con su esposa, Ada, había criado a sus hijos en aquellas habitaciones, los había enseñado a hacer sus necesidades en aquellos mismos retretes y había pasado cada día que ocupó el apartamento con un placer simple e ilimitado. Tirar de la cadena por segunda vez resolvía invariablemente el problema, admitió el profesor Solanka, pero aquello no era admisible. Debía venir un fontanero, y enseguida.

Sin embargo, el fontanero, como los trabajadores de la construcción punjabíes, era un hombre comunicativo, un octogenario llamado Joseph Schlink. Erguido, nervudo, con el pelo canoso de Albert Einstein y los incisivos de Bugs Bunny, Joseph

entró por la puerta impulsado por una especie de altivez, para anticiparse en las represalias.

No me diga nada, ¿eh? Quizá piense que soy demasiado fiejo, o quizá no, no pretendo leer el pensamiento, pero no encontrará un fontanero mejor en la zona de los tres Estados, y además tenso como un piolín, como me llamo Schlink. -El acento espeso, imposible de mejorar, del judío alemán trasplantado. ¿Le difierte mi nombre? Pues ríase. Ese caballero, el señor Simón, me llama Kozina Schlink, para la señora Ada soy también Cuarto de Banyo Schlink, que me llamen Schlink el Bismarck, no me molesta, estamos en un país libre, pero en mi oficio no tengo sentido del humor. En latín, el *humor* es una humedad del ojo. Por citar a Heinrich Boíl, premio Nobel mil novecientos setenta y dos. En su tipo de trabajo, él dice que es útil, pero en mi chapuza induce a error. Nada de ojos húmedos para mí, ¿eh?, ni de soffocos en mi bolsa de herramientas. Me gusta hacer el trabajo rápido, y cobrarlo también rápido, me sigue. Como decía el *skoartzfr* de la película, ensényeme la pasta. Después de pasarme una guerra taponando agujeros en un submarino nazi, ¿cree que no puedo arreglar esa pequenya bobada?

Un fontanero instruido con una historia que contar, comprendió Solanka, hundido. (Como un submarino, estuvo a punto de decirse.) Y aquello cuando estaba casi demasiado cansado para permanecer derecho. La ciudad le estaba enseñando una lección. No había escapatoria de las intrusiones, del ruido. Había atravesado el océano para separar su vida de la vida. Había venido buscando silencio y encontraba un estrépito mayor que el que había dejado atrás. El ruido estaba ahora dentro de él. Tenía miedo de ir al cuarto en donde estaban las muñecas. Quizá empezaran a hablarle también. Quizá cobrasen vida y parloteasen y chismorreasen y gorjeasen hasta que las hiciera callar de una vez para siempre, hasta que se viera obligado por la ubicuidad de la vida, por su empecinada negativa a retirarse, por el simple maldito insoportable y estallante volumen del tercer milenio, a arrancarles aquellas cabezas de mierda.

Respirar. Hizo un lento ejercicio de respiración circular. Muy bien. Aceptaría la verborrea del fontanero como una penitencia. Lidar con ella sería un ejercicio de humildad y autocontrol. Era un fontanero judío que había escapado a los campos de exterminio sumergiéndose. Sus habilidades como fontanero hicieron que la tripulación lo protegiera, dependieron de él hasta el día en que se rindieron, y entonces fue libre y vino a América, dejando atrás o, por decirlo de otro modo, trayendo consigo sus fantasmas.

Schlink había contado la historia mil veces antes, miles de miles. Brotaba de él en frases y cadencias hechas.

Solo tiene que imaginárselo. Un fontanero en un submarino es ya un poco cómico, pero además está la ironía, la *psychologische* cornplejidad. No tengo que explicárselo. Aquí estoy. He fido mi fida. Y he respetado mi cita, ¿eh?

Una vida novelística, tuvo que admitir Solanka. Cinematográfica también. Una vida que podría ser un largometraje de presupuesto medio. Dustin Hoffman quizá como fontanero, y el capitán del submarino, ¿quién? Klaus Maria Brandauer, Rutger Hauer. Pero probablemente ambos papeles irían a parar a actores más jóvenes cuyos nombres no conocía Malik. Incluso aquello se iba desvaneciendo con los años, los conocimientos cinematográficos de los que siempre se había enorgullecido tanto.

-Debería escribirlo y registrarlo -le dijo a Schlink, hablando demasiado alto. Es, como suele decirse, una gran idea. *U-571* encuentra a *La lista de Schindler*. Quizá una

comedia de dos filos como las de Benigni. No, más dura que las de Benigni. Llámela *El judío submarino*.

Schlink se puso rígido; y, antes de prestar toda su ofendida atención al retrete, volvió hacia Solanka su mirada triste y disgustada:

Nada de *humor* dijo. Como le dije. Siento decirle que es usted un hombre poco respetuoso.

Y, en la cocina de abajo, la limpiadora polaca Wislawa había llegado. Iba incluida en el subarriendo, se negaba a planchar, dejaba intactas las telarañas en los rincones y, después de marcharse, se podía trazar una línea con el dedo en el polvo del mantel. En el aspecto positivo, tenía un carácter agradable y una gran sonrisa, llena de encías. Sin embargo, si se le daba media oportunidad, y hasta si no se le daba, también ella se lanzaba a la narrativa. El poder peligroso e irreprimible del cuento. Wislawa, católica devota, había visto su fe profundamente trastornada por una historia aparentemente cierta que le contó su marido, que la había sabido de su tío que la había sabido de un amigo de confianza que conocía a la persona interesada, un tal Ryszard, el cual, durante muchos años había sido el conductor personal del Papa, naturalmente antes de que fuera elegido para la Santa Sede. Cuando llegó el momento de esa elección, Ryszard, el chófer, llevó al futuro Papa a través de Europa, una Europa que estaba en el gozne mismo de la Historia, en el vértice de grandes cambios. Ah, ¡qué camaradería la de aquellos dos hombres, los sencillos placeres y molestias humanos de un viaje tan largo! Y, cuando llegaron a la Ciudad Santa, el eclesiástico fue tapiado con sus iguales y el conductor lo esperó. Finalmente se vio el humo blanco, se alzó el grito de *habemus papam*, y entonces vino un cardenal todo vestido de rojo, descendiendo por una escalera enorme y ancha de escalones de piedra amarilla, despacio y a estilo cangrejo, como un personaje de Fellini, y al final de las escaleras aguardaban el cochecito humeante y su excitado conductor. El cardenal llegó secándose la frente y resoplando hasta la ventanilla del conductor, que Ryszard había bajado en espera de la noticia. Y por eso el cardenal pudo comunicarle el mensaje personal del nuevo Papa polaco: -Estás despedido.

Solanka, que no era católico, no era creyente, no estaba muy interesado en la anécdota aunque fuera cierta, no estaba ni remotamente convencido de que lo fuera, no estaba ansioso de arbitrar el combate de la limpiadora con el diablillo de la duda que había echado una llave de grecorromana al cuello del alma inmortal de ella, hubiera preferido no hablar en absoluto con Wislawa y que ella se deslizara por el apartamento dejándolo sin mancha y habitable, con la ropa lavada, planchada y plegada. Sin embargo, a pesar del desembolso de más de ocho mil dólares mensuales de alquiler, incluida limpiadora, el destino le había servido una mano muy difícil de jugar. Sobre el tema del puesto reservado a Wislawa en el cielo, ahora en peligro, sinceramente no deseaba hacer comentarios; sin embargo, ella volvía sobre él continuamente.

Cómo besar el anillo de un Santo Padre como ése, es de mi propio pueblo pero, Dios, enviar a un cardenal y así, tan frívolamente, darle la patada. Y, si no hay Santo Padre, qué pasa con sus sacerdotes, y si no hay sacerdotes, qué pasa con la confesión y absolución, y a mis pies se abren las puertas de hierro del Infierno.

El profesor Solanka, al que se le acababa la paciencia, se sentía cada día más tentado de decir algo poco amable. El Paraíso, pensaba en decirle a Wislawa, era un lugar del que sólo los más famosos y altos de Nueva York tenían el número secreto. Como gesto de espíritu democrático, a algunos mortales ordinarios se les dejaba entrar

también; llegaban con expresión debidamente reverencial, la expresión de quien sabía que realmente, sólo por aquella vez, había tenido suerte. El contento de ojos como platos de aquella multitud de precarios aumentaba la hastiada satisfacción de la camarilla y, naturalmente, del Amo en persona. Era sumamente improbable, sin embargo, siendo lo que eran las leyes de la oferta y la demanda, que Wislawa resultara uno de los escasos afortunados de los asientos para el público general, las tribunas descubiertas, bañadas por el sol, de la eternidad.

Eso y mucho más se abstenía de decir Solanka. En lugar de ello, señalaba las telarañas y el polvo, y era respondido sólo por aquella sonrisa llena de encías y un gesto de incompreensión cracoviana. Trabajo para la señora Jay mucho tiempo. Esa respuesta, desde el punto de vista de Wislawa, limpiaba todas las quejas. Después de la segunda semana, Solanka renunció a preguntar, limpiaba él mismo los manteles, se deshacía de las telarañas y llevaba sus camisas a la excelente lavandería china que había en la esquina misma de Columbus. Pero el alma de ella, su inexistente alma, seguía insistiendo intermitentemente en su descuidado cuidado pastoral.

La cabeza de Solanka comenzó a dar vueltas levemente. Privado de sueño, salvaje de pensamiento, se dirigió a su alcoba. Detrás de él, a través del aire húmedo y espeso, podía oír a sus muñecas, vivas ahora y farfullando tras su puerta cerrada, cada una de ellas contando a las otras en voz alta su «historia anterior», relatándoles cómo llegó a ser. El relato imaginario que él, Solanka, había inventado para cada una de ellas. Si una muñeca no tenía una historia, su valor en el mercado era escaso. Y lo mismo que con las muñecas pasaba con los seres humanos. Eso fue lo que trajimos en nuestro viaje a través del océano, cruzando fronteras, por la vida: nuestro pequeño almacén de anécdotas y de lo que ocurrió después, nuestro érase una vez privado. Éramos nuestras historias y, cuando moríamos, si teníamos suerte, nuestra inmortalidad estaría en alguno de esos relatos.

Esa era la gran verdad a la que Malik Solanka había plantado cara. Era precisamente su historia anterior la que quería destruir. No importaba de dónde venía, ni quién, cuando el pequeño Malik apenas sabía andar, había abandonado a su madre, dándole así autorización para, años más tarde, hacer él lo mismo. Al diablo los padrastros y los empujoncitos en la coronilla de un niño y el ponerse elegante y las madres débiles y las Desdémonas culpables y todo el equipaje inútil de la sangre y de la tribu. Había venido a América, como tantos antes que él, para recibir la bendición de ser Ellis Islandado. Dame un nombre, América, haz de mí un Buzz, Chip o Spike. Báñame en amnesia y vísteme de tu poderosa ignorancia. ¡Alístame en tu tripulación, en tu J. Crew, y dame mis orejas de ratón! Déjame que no sea ya un historiador sino un hombre sin historias. Me arrancaré de la garganta mi mentirosa lengua materna y hablaré en cambio tu mal inglés. Escanéame, digitalízame, irrádíame. Si el pasado es la vieja Tierra enferma, entonces, América, sé mi platillo volante. Llévame al confín del espacio. La Luna no está suficientemente lejos.

Sin embargo, a través de la ventana de la alcoba, que ajustaba mal, seguían entrando las historias. ¿Qué harían Saúl y Gayfryd «ella se convirtió en la Copa Stanley de las mujeres-trofeo cuando las mujeres-trofeo eran tan corrientes como los Porsches» ahora que sólo les quedaban los últimos 40 o 50 millones de dólares?... Y ¡hurra, Muffie Potter Ashton está embarazada!... ¿Y no era Paloma Huffington de Woody quien se llevaba tan bien con S. J. «Yitzhak» Perelman en Gibson's Beach, Sagaponack?... Y ¿has oído lo de Griffin y su Dahl grande y bella?... ¿Cómo? ¿Nina intenta lanzar *mparfurri*? Pero, querida, si está acabada, ha empezado a oler a *animal atropellado*. .. Y Meg y Dennis, que acaban de mudarse a Separateville, se están peleando no solo por la colección de CD sino también por el gurú... ¿Qué actriz de

renombre de Hollywood ha estado murmurando que la elevación de una nueva estrella joven tiene orígenes extraños que implican a la jefa de unos estudios importantes?... ¿Y habéis *leído* lo último de Karen, *Muslos finos para toda la vida*?... ¡Y que Lotus, el club nocturno mas *cool*, rechazó el jolgorio de cumpleaños de O. J. Simpson! ¡Sólo en América, chicos, sólo en América!

Con las manos en los oídos, y llevando puesto todavía su estropeado traje de lino, el profesor Solanka se durmió.

El teléfono lo despertó al mediodía. Jack Rhinehart, el destructor de teléfonos, invitaba al profesor Solanka a ver el cuarto de final de la Euro 2000, Holanda-Yugoslavia, en un canal de televisión de pago.

Me alegra sacarte de esa guarida de topo, dijo Rhinehart. Pero si tienes intención de animar a los serbios, quédate en casa.

Solanka se sentía más fresco hoy: menos abrumado y, sí, necesitaba un amigo. Incluso en aquellos días de retiro seguía teniendo esas necesidades. Un hombre santo en lo alto del Himalaya podía pasarse sin fútbol en la tele. Solanka no era tan limpio de corazón. Se quitó el traje con que había dormido, se duchó, se vistió rápidamente y se dirigió al sur. Cuando bajó del coche al llegar al edificio de Rhinehart, una mujer con gafas de sol entró en él con prisas, empujándolo y, por segunda vez en otros tantos días, tuvo la inquietante sensación de que la extraña era alguien que conocía. En el ascensor la identificó: la mujermuñeca de «apriétame y hablo» cuyo nombre era el sinónimo actual de infidelidad chabacana, Nuestra Señora de la Lengua.

Cristo, Monica, dijo Rhinehart. Me tropiezo con ella todo el tiempo. Por aquí se solía ver a Naomi Campbell, Courtney Love o Angelina Jolie. Ahora es Minnie Mouth. Así está el patio, ¿eh?

Rhinehart llevaba años tratando de divorciarse, pero su mujer había convertido negárselo en la obra de su vida. Habían sido una pareja guapa, de ébano y marfil perfectamente contrastados; ella larga, lánguida, pálida; él igualmente largo, pero afroamericano negro como el betún, y por cierto hiperactivo: cazador, pescador, conductor los fines de semana de coches muy veloces, corredor de maratón, rata de gimnasio, jugador de tenis y, últimamente, gracias a la aparición de Tiger Woods, también golfista obsesivo. Desde los primeros tiempos de su matrimonio, Solanka se había preguntado cómo un hombre con tanta energía podía manejar a una mujer con tan poca. Se habían casado ostentosamente en Londres -Rhinehart, durante la mayor parte de sus años de guerra había preferido vivir fuera de América- y, en un palacio de cerámica y mosaico alquilado para la ocasión a una organización benéfica que lo administraba como centro de reinserción social de personas con problemas mentales, Malik Solanka había pronunciado un discurso de padrino de tono espectacularmente equivocado -en un momento dado, al hacer su entonces celebrada imitación de W. C. Fields, comparó los riesgos de la unión con los de «saltar de un aeroplano desde veinte mil pies y tratar de aterrizar en un montón de heno»-, pero resultó proféticamente apropiado. Sin embargo, como la mayor parte de su círculo de amigos, había subestimado a Bronislawa Rhinehart en un aspecto esencial: era capaz de pegarse como una sanguijuela.

(Al menos no había niños, pensó Solanka cuando sus recelos, los de todo el mundo, resultaron justificados. Pensó en Asmaan en el teléfono: «¿Dónde estás, papá, estás aquí?». Pensó en él mismo hacía tiempo. Por lo menos Rhinehart no tendría que hacer frente a eso, al dolor lento y profundo de un niño.)

Rhinehart se había portado mal con ella. Su reacción al matrimonio había sido comenzar un lío, y su reacción a la dificultad de mantener una relación clandestina había sido comenzar otra, y cuando ambas amantes insistieron en que regularizara su vida, cuando ambas insistieron en ocupar la posición más ventajosa en la parrilla de salida de su *rally* personal, consiguió enseguida encontrar sitio para otra mujer en su cama ruidosa y superpoblada. Minnie Mouth no era quizá un icono local tan

inapropiado. Al cabo de unos años de aquello, y de un traslado de Holland Park al West Village, Bronislaw ¿qué pasaba con todas aquellas polacas que no hacían más que aparecer en diversas situaciones?- se mudó del apartamento de Hudson Street y utilizó los tribunales para obligar a Rhinehart a mantenerla a lo grande en una pequeña suite de un hotel pijo del Upper East Side, con facultades para utilizar una tarjeta de crédito importante. En lugar de divorciarse de él, le dijo ella suavemente, tenía la intención de amargarle el resto de la vida y sangrarlo hasta dejarlo seco.

-Y no te quedes sin dinero, cariño -le advirtió-. Porque entonces tendré que caer sobre lo que realmente te gusta.

Lo que a Rhinehart le gustaba realmente era la comida y la bebida. Poseía una casa antigua de dos pisos en Springs con, en la parte trasera del jardín, un cobertizo que había equipado como bodega y asegurado por mucho más dinero que la casita, en la que el objeto más valioso era una cocina Viking de seis quemadores. Rhinehart era en aquellos tiempos un gastrónomo de turbocompresor, con el congelador lleno de cadáveres de aves que esperaban su reducción y su elevación!-. En su refrigeradora, las delicadezas del mundo se disputaban el espacio: lenguas de ruiseñor, testículos de emú, huevos de dinosaurio. Sin embargo, cuando, en la boda de su amigo, Solanka había hablado a la madre y la hermana de Rhinehart de los exquisitos placeres de la mesa de Jack, había desconcertado y asombrado a las dos.

-¿Jack cocinero? ¿Ese Jack? -preguntó su madre, señalando incrédula a su hijo.- El Jack que yo conozco no sabría abrir una lata de judías si yo no le enseñaba cómo agarrar el abrelatas.

El Jack que yo conozco añadió su hermana no sabría hervir agua sin quemarlo todo.

El Jack que yo conozco remató su madre definitivamente no sabría *encontrar* la cocina sin un perro lazarillo que lo llevara.

Ese mismo Jack podía codearse ahora con los grandes chefs del mundo, y Solanka, una vez más, se maravillaba de la capacidad humana para la automorfosis, la transformación de sí mismo, que los americanos pretendían era una característica suya. No lo era. Los americanos estaban siempre poniendo a las cosas una etiqueta americana: American Dream, American Buffalo, American Graffiti, American Psycho, American Tune. Pero todos tenían también esas cosas, y en el resto del mundo la adición de un prefijo nacionalista no parecía reforzar mucho el significado. English Psycho, Indian Graffiti, Australian Buffalo, Egyptian Dream, Chilean Tune. La necesidad de América de hacer las cosas americanas para poseerlas, pensó Solanka, era el signo de una extraña inseguridad. Y además, natural y más prosaicamente, capitalista.

La amenaza de Bronislaw al tesoro de alcohol de Rhinehart dio en el blanco. Él dejó de visitar zonas de guerra y comenzó a escribir, en cambio, lucrativos perfiles de los superpoderosos, superfamosos y superricos para las revistas semanales y mensuales de su elección: fue el cronista de sus amores, sus tratos, sus salvajes hijos, sus tragedias personales, sus criadas chismosas, sus asesinatos, sus operaciones quirúrgicas, sus buenas obras, sus secretos perversos, sus juegos, sus feudos, sus prácticas sexuales, su bajeza, su generosidad, sus palafreneros, sus paseantes, sus coches. Luego renunció a escribir poesía y, en cambio, se dedicó a novelas ambientadas en ese mismo mundo, aquel mundo irreal que gobernaba al real. Con frecuencia comparaba su tema con el del romano Suetonio.

Son las vidas de los Césares de hoy en sus palacios había empezado a decir a Malik Solanka y a todo el que estaba dispuesto a oírle. Duermen con sus hermanas, asesinan a sus madres, hacen senadores a sus caballos. Allí, en los Palacios, reina el caos. ¿Pero sabéis una cosa? Si estáis fuera, si sois la muchedumbre de la calle, si, es decir, sois nosotros, lo único que veis es que los Palacios son los Palacios, todo el dinero y el poder están allí, y cuando los que viven en ellos chasquean *sus* dedos, muchacho, el planeta entero empieza a dar saltos. -(Rhinehart tenía la costumbre de adoptar de cuando en cuando el estilo Eddie Murphy encuentra al Hermano Conejo, para dar mayor énfasis o hacer más gracia)-. Ahora que escribo sobre esos millonarios en coma o sobre esos chicos con pasta que se cargaron a sus padres, ahora que estoy en ese *beat* de diamantes, veo más la realidad de las cosas que en la jodida Tormenta del Desierto o en algún portal del Callejón de los Francotiradores de Sarajevo, y créeme, es igual de fácil, incluso más fácil, pisar una jodida mina y saltar en pedazos.

En aquellos tiempos, cuando el profesor Solanka oía a su amigo soltar otra versión de aquel discurso nada raro, detectaba una nota cada vez mayor de falta de sinceridad. Jack había ido a la guerra -de joven periodista radical conocido, con un distinguido historial de investigación del racismo americano y la consiguiente reata de enemigos poderosos-, con muchos de los miedos expresados una generación antes por el joven Cassius Clay: sumamente asustado del tiro por la espalda, de morir por lo que entonces no se llamaba «fuego amigo». En los años que siguieron, sin embargo, Jack presenció, una y otra vez, el trágico don de su especie para olvidar el concepto de solidaridad étnica; las brutalidades de negros contra negros, árabes contra árabes, serbios contra bosnios y croatas. Ex Yugo, Irán-Iraq, Ruanda, Eritrea, Afganistán. El exterminio de Timor, las matanzas medias, a las que, con frecuencia, les faltaba liquidez. Bronislawa había agotado a tres jueces y cuatro abogados, descubriendo en ese viaje un talento de Jarndyce dickensiano incluso, pensaba Solanka, un genio indio para la obstrucción y la demora jurídica. De ese talento se había vuelto (quizá de forma literal) demencialmente orgullosa. Había aprendido cómo retorcer y espesar la trama. Como católica practicante, anunció al principio que no entablaría una demanda de divorcio contra Rhinehart aunque él fuera el diablo disfrazado. El diablo, explicó a su abogado, era bajo, blanco, llevaba levita verde, coleta y zapatillas de tacón muy alto, y se parecía mucho a Emmanuel Kant. Pero era capaz de adoptar cualquier forma, una columna de humo, un reflejo en un espejo, o un marido largo, negro y frenéticamente enérgico. «Mi venganza sobre Satán dijo a los desconcertados abogados- será tenerlo prisionero de mi anillo.» En Nueva York, en donde las causas legales de divorcio eran pocas y estaban rigurosamente definidas, y no existía la separación sin culpa, la posición de Rhinehart frente a su mujer era débil. Probó la persuasión, el soborno, las amenazas. Ella se mantuvo firme y no presentó ninguna demanda. Finalmente, él interpuso una acción legal, contra la que ella utilizó brillante y determinadamente una inacción mayúscula y casi mística. La ferocidad de su resistencia pasiva hubiera impresionado, probablemente, a Ghandi. Se salió con la suya, con una sucesión de diez años de «derrumbes» psicológicos y físicos que el melodrama menos convincente hubiera encontrado excesiva, y había cometido desacato al tribunal cuarenta y siete veces, sin ir nunca a la cárcel, porque Rhinehart no quería pedir que se procediera contra ella. De forma que, a sus cuarenta y tantos años, él seguía pagando por los pecados de sus treinta y tantos. Entretanto, seguía siendo promiscuo y elogiaba a la ciudad por su munificencia. «Para un soltero con unos pavos en el banco y aficionado a las fiestas, este trocito de tierra robado a los indios manhattos es algo así como los felices cazaderos.»

Pero no estaba soltero. Y en once años hubiera podido sin duda, por ejemplo, cruzar la frontera del Estado con Connecticut, en donde existía el divorcio sin culpa, o

encontrar las seis o siete semanas necesarias para conseguir su residencia legal en Nevada y cortar aquel nudo gordiano. No lo había hecho. Una vez, con copas, confesó a Solanka que, a pesar de toda la generosidad de la ciudad al facilitar al macho agradecido múltiples posibilidades de salir con mujeres, había una pega.

Todas quieren declaraciones solemnes protestó. Quieren que sea para siempre, serio, profundo, a largo plazo. Si no es la gran pasión, no cuenta. Por eso están tan solas. No hay suficientes hombres para ir por ahí, pero ellas no van de compras si no es para comprar. No están abiertas al arrendamiento, al tiempo compartido. Y están jodidas, oye. Buscan bienes raíces en un mercado demencialmente alto, pero es que saben que pronto subirá todavía más.

En esa versión de la verdad, el incompleto divorcio de Rhinehart le daba espacio para respirar, *kbensraum*. Las mujeres lo probaban con él, porque era guapo y encantador, y, hasta que se hartaban de que la cosa fuera interminable, aguantaban.

Sin embargo, había otra lectura posible de la situación. Allí donde Rhinehart vivía ahora la mayor parte del tiempo, en la Gran Montaña de Caramelo, el Diamante tan Grande como el Ritz, estaba, literalmente, fuera de su clase y, en el momento en que caía en la trampa de querer lo que en el Olimpo estaba de oferta, también fuera de donde podía hacer pie. De manera que estar semicasado, atascado en aquella interminable situación de divorcio, era también para Rhinehart una forma de engañarse. En realidad, probablemente no había una cola muy larga de mujeres que lo esperaran. Soltero, y envejeciendo -había cumplido ahora los cuarenta-, casi le faltaba tiempo. Era casi palabra castigadora para todo castigadorinelegible.

Malik Solanka, decenio y medio más viejo que Jack Rhinehart y una docena de docena de veces más inhibido, había observado y escuchado a menudo, con envidioso asombro, cómo llevaba Rhinehart los asuntos de su vida de una forma tan desvergonzadamente masculina. Las zonas de combate, las mujeres, los deportes peligrosos, la vida de un hombre de acción. Hasta su poesía, ahora abandonada, había sido de la viril escuela de Ted Hughes. Solanka había sentido con frecuencia que, a pesar de que él lo aventajara en años, Rhinehart era el maestro y él el discípulo. Un simple fabricante de muñecas tenía que bajar la cabeza ante un *wind surfer*, un *sky diver*, un *bungee jumper*, un escalador, un hombre cuya idea de la diversión era ir al Hunter College dos veces por semana y subir y bajar corriendo cuarenta tramos de escalera. Ser un muchacho -pero eso se aproximaba demasiado a su historia anterior, prohibida y borrada era una habilidad que Malik Solanka no había podido adquirir por completo.

Patrick Kluivert marcó a favor de los holandeses, y tanto Solanka como Rhinehart se pusieron en pie de un salto, agitando botellas de cerveza mexicana y dando gritos. Entonces sonó el timbre de la puerta y Rhinehart dijo, sin preámbulo:

-Ah, por cierto, creo que estoy enamorado. La he invitado a venir. Espero que no te importe.

No era una frase original. Tradicionalmente indicaba la llegada de la que Rhinehart, muy en privado, llamaría su nueva moza. Lo que siguió, sin embargo, era nuevo.

-Es una compatriota tuya -dijo Rhinehart por encima del hombro cuando se levantó para abrir la puerta. La diáspora india. Cien años de servidumbre. En mil ochocientos noventa y tantos sus antepasados trabajaban como mano de obra

vinculada a la tierra en cornosellame. Liliput-Blefuscu. Ahora administran la producción de caña de azúcar y la economía se derrumbaría sin ellos, pero ya sabes lo que pasa cuando los indios van a cualquier lado. A la gente no le gustan. Trabajan demasiado y son muy suyos y se portan con mucha altivez. Pregunta a quien quieras. Pregúntaselo a Idi Amin.

En la televisión, los holandeses estaban jugando un partido sublime, pero el partido se había convertido de pronto en algo sin importancia. Malik Solanka estaba pensando que la mujer que acababa de entrar en el cuarto de estar de Rhinehart era, con mucha distancia, la más hermosa mujer india, la más hermosa *mujer* que había visto en su vida. Comparada con el efecto embriagador de su presencia, la botella de Dos Equis que él tenía en la mano izquierda era totalmente sin alcohol. Suponía que otras mujeres del mundo podían tener casi seis pies de altura y un pelo negro hasta el talle; y sin duda aquellos ojos de color humo se podían encontrar también en otras partes, como también otros labios tan suntuosamente acolchados, otros cuellos tan esbeltos, otras piernas tan interminablemente largas. En otras mujeres podía haber también pechos como aquellos. ¿Y qué? Con palabras de una canción idiota de los años cincuenta, *Bernardine*, cantada en sus momentos más osados por el cantante favorito de su madre, el cristiano conservador Pat Boone: «*Cadaparte, separada, ya existía / tu forma de reunir las no la había*». Exacto, pensó el profesor Solanka, abrumado. Así es exactamente.

En la parte inferior del antebrazo derecho de la mujer había una cicatriz de ocho pulgadas en forma de raspa de pescado. Cuando ella vio que la miraba, cruzó enseguida los brazos y puso la mano izquierda sobre la herida, sin comprender que la hacía más hermosa, que perfeccionaba su hermosura al añadirle una imperfección esencial. Al mostrar que podía ser dañada, que aquella belleza asombrosa podía romperse en un instante, la cicatriz solo subrayaba lo que había allí, y hacía que uno lo apreciara -mi diosa, pensó Solanka, ¡qué palabra para aplicarla a una extraña! mucho más.

La belleza física extrema atrae toda la luz disponible, se convierte en un faro resplandeciente en un mundo de otro modo oscurecido. ¿Por qué habría de mirar uno la penumbra circundante si podía mirar a aquella llama bondadosa? ¿Por qué hablar, comer, dormir cuando aquel esplendor radiante se exhibía? ¿Por qué hacer otra cosa que mirar durante el resto de la propia vida miserable? *Lumen de lumine*. Al mirar la irrealidad sideral de su belleza, que daba vueltas por la habitación como una galaxia en llamas, él pensaba que, si hubiera podido hacer que naciera su belleza ideal, si hubiera tenido una lámpara mágica que frotar, ella era lo que hubiera deseado. Y, al propio tiempo, mientras felicitaba mentalmente a Rhinehart por liberarse de las muchas hijas de Rostro Pálido, se imaginaba también a él mismo con aquella Venus morena, permitía que su propio corazón cerrado se abriera, y de esa forma recordaba una vez más lo que se había pasado la mayor parte de la vida tratando de olvidar: el tamaño del cráter que había dentro de él, el agujero que había dejado la ruptura con su pasado reciente y remoto, que, solo acaso, el amor de una mujer así podría colmar. Un dolor antiguo y secreto lo fue llenando, pidiendo ser remediado.

-Sí, lo siento, amigo -le llegó el agradable arrastrar de sílabas de Rhinehart desde el otro extremo del universo-. A la mayoría de la gente le afecta así. Ella no puede hacer nada. No sabe cómo desconectarlo. Neela, este es Malik, mi amigo soltero. Ha renunciado para siempre a las mujeres, corno puedes ver fácilmente.

Jack estaba disfrutando, observó Solanka. Se obligó a volver al mundo real.

-Es una suerte para todos -dijo por fin, forzando su boca a una especie de sonrisa. De otro modo, tendría que pelearme contigo por ella.

Ahí está otra vez la vieja eufonía, pensó: Neela, Mila. El Deseo me persigue y me hace advertencias rimadas.

Neela trabajaba como productora en una de las mejores compañías independientes, y estaba especializada en programación documental para la televisión. En aquel momento trabajaba en un proyecto que le devolvería sus raíces. Las cosas no iban bien en su país, en Liliput-Blefuscu, explicó Neela. En Occidente la gente pensaba que era un paraíso de los mares del sur, un lugar para lunas de miel y otras citas, pero iba a haber problemas. Las relaciones entre los indoliliputienses y la comunidad indígena, étnica, los «elebés» que todavía constituían la mayor parte de la población, pero por poco, se estaban deteriorando rápidamente. Para poner de relieve esos problemas, los representantes neoyorquinos de las facciones opuestas se las habían arreglado para organizar desfiles aquel mismo domingo. Las manifestaciones serían poco nutridas pero fervientes. Los dos recorridos estarían muy separados, pero era casi seguro que habría encuentros violentos. La propia Neela estaba decidida a ir. Mientras hablaba de la intensificación de las turbulencias políticas en su pequeña parcela de las antípodas, el profesor Solanka vio que la pasión que ella ponía aumentaba. Aquel conflicto no era nada significativo para la hermosa Neela. Seguía conectada a sus orígenes, y Solanka casi la envidiaba por ello. Jack Rhinehart estaba diciendo, juvenilmente:

-¡Fenomenal! ¡Iremos todos! ¡Claro que sí! Marcharás por tu pueblo, Malik, ¿no? Bueno, marcharás por Neela en cualquier caso.

El tono de Rhinehart era ligero: un error de cálculo. Solanka vio cómo Neela se ponía tensa y fruncía el entrecejo. Aquello no era un juego.

-Sí -dijo Solanka mirándola a los ojos-. Iré a la manifestación.

Se sentaron a ver el partido. Vieron más goles: seis en total para los Países Bajos, y luego, un tiro de consuelo para Yugoslavia. También Neela estaba contenta de que los holandeses lo hubieran hecho bien. Consideraba que sus jugadores negros, sin competitividad pero también sin falsa modestia, casi la igualaban en belleza.

Los surinameses dijo, haciéndose eco sin saberlo de los pensamientos del joven Malik Solanka en Amsterdam, hacía todos aquellos años son la prueba fehaciente de la utilidad de la mezcla de razas. Miradlos. Edgar Davids, Kluivert, Rijkaard en la caseta y, en los buenos tiempos, Ruud. El gran Gullit. Todos. Revolved juntas todas las razas y tendréis la gente más hermosa del mundo. Quiero ir pronto añadió, sin dirigirse a nadie en particular a Surinam.

Se extendió en el sofá, echando sobre el brazo una pierna larga y vestida de cuero, y desplazó el *Post* del día. Este cayó al suelo a los pies de Solanka, y sus ojos se fijaron en el titular: EL ASESINO DEL HORMIGÓN ATACA DE NUEVO. Y debajo, en un tipo de letra más pequeño: *¿Quién era el hombre del jipijapa?* Todo cambió al instante; la oscuridad se precipitó a través de la ventana abierta, cegándolo. Su pequeño brote de excitación, buen humor y deseo se secó. Se sintió temblar y se puso rápidamente en pie.

-Tengo que irme -dijo.

¿Cómo? ¿Suenan el pitido final y te vas? Malik, amigo, eso es muy poco cortés.

Pero Solanka se limitó a sacudir la cabeza ante Rhinehart, y salió por la puerta, rápidamente. Detrás de él oyó a Neela hablar del titular del *Post*, había cogido el periódico cuando él se fue.

Qué hijoputa. Se suponía que eso se había acabado, se suponía que ahora se estaba seguro, ¿no? decía ella. Pero, mierda, no acaba nunca. Ya estamos otra vez. El Islam limpiará esta calle de malos conductores hijoputas e impíos -gritó el taxista a un conductor rival-. El Islam purificará toda esta ciudad de gilipollas chuloputas judíos como tú y tu puta mujer loca del volante, judía también.

Mientras subían por la Décima Avenida las maldiciones continuaron.

Infel que te follas a tu hermana menor, el infierno de Alá te aguarda y también a tu impuro cacharro... Hijo impuro de una cerda comemierdas, vuélvelo a hacer y la jihad victoriosa te romperá las pelotas con su puño implacable.

Malik Solanka, que escuchaba aquel urdu explosivo de acento pueblerino, se distrajo brevemente de su propia agitación por los sapos y culebras del conductor. ALI MAJNU decía su tarjeta. Majnu significa *bienamado*. Aquel Bienamado concreto parecía tener veinticinco años o menos, y era un muchacho simpático y guapo, alto y flacucho, con un tupé a lo John Travolta; y allí estaba, viviendo en Nueva York, con un trabajo fijo; ¿qué era lo que lo cabreaba tanto?

Solanka respondió en silencio su propia pregunta. Cuando uno es demasiado joven para haber acumulado las magulladuras de la propia experiencia, puede decidir ponerse, como un cilicio, los sufrimientos de su mundo. En este caso, como el proceso de paz del Oriente Medio avanzaba haciendo eses y el presidente americano saliente, ansioso de un progreso decisivo para sacar un poco de brillo a su deslustrado legado, estaba instando a Barak y a Arafat a celebrar una conferencia cumbre en Camp David, quizá se echaba la culpa a la Décima Avenida de los incesantes sufrimientos de Palestina. Bienamado Ali era indio o pakistaní, pero, sin duda por un equivocado espíritu colectivista de paranoica solidaridad islámica, culpaba a los usuarios de las calles de Nueva York de las tribulaciones del mundo musulmán. Entre maldición y maldición, hablaba con el hermano de su madre por radio: «Sí, tío. Sí, con cuidado, claro, tío. Sí, ya sé que el coche cuesta dinero. No, tío. Sí, siempre cortésmente, tío, confía en mí. Sí, es lo mejor. Lo sé»... y, tímidamente, preguntaba a Solanka direcciones. Era el primer día de trabajo del muchacho en aquellas malas calles, y estaba mortalmente asustado. Solanka mismo, en estado de gran agitación, trató a Bienamado amablemente pero, cuando se bajó en Verdi Square le dijo:

-Quizá algo menos de lenguaje porno, ¿eh, Ali Majnu? Modérate. Algunos clientes podrían ofenderse. Incluso los que no te entiendan.

El muchacho lo miró sin comprender:

-¿Yo, señor? ¿Malas palabras, señor? ¿Cuándo?

Aquello era extraño.

-Todo el tiempo -le explicó Solanka-. Contra todo el que se ponía a tiro. Hijoputa, judío, el repertorio habitual. *Urdu* -añadió en urdu para que las cosas quedaran claras-, *meri madri zaban hai*. El urdu es mi lengua materna.

Bienamado se ruborizó, intensamente, el color se extendió hasta la línea de su cuello, y él sostuvo la mirada de Solanka con unos ojos oscuros, inocentes y desconcertados.

-Sahib, si lo ha oído, debe de ser así. Pero señor, compéndalo, no me doy cuenta.

Solanka perdió la paciencia y se volvió para irse.

-No importa -dijo-. La furia de conducir. No importa.

Mientras se iba por Broadway, Bienamado Ali le gritó, ansiosamente, pidiendo ser comprendido:

-No quiere decir nada, Sahib. Ni siquiera voy a la mezquita. Dios bendiga a América, ¿okay? Solo son palabras.

Sí, y palabras no son hechos, concedió Solanka, poniéndose en marcha inquieto. Pero las palabras podían convertirse en hechos. Si se decían en el lugar y en el momento adecuados, podían mover montañas y cambiar el mundo. Además, ah-ah, no saber lo que se hace separar los hechos de las palabras que los definen se estaba convirtiendo al parecer en una excusa aceptable. Decir «no lo decía en serio» era borrar el sentido de tus fechorías, al menos en opinión de los Bienamados Alis del mundo. ¿Podía ser así? Evidentemente, no. No, sencillamente no. Mucha gente diría que ni siquiera un arrepentimiento auténtico puede reparar el delito, y mucho menos una perplejidad no explicada... Una excusa infinitamente menor, una simple afirmación de ignorancia que ni siquiera podía incluirse en la escala de excusas. Escandalizado, Solanka se reconoció en el insensato joven Ali Majnu: la vehemencia y la memoria en blanco. Sin embargo, no se excusó. En el apartamento de Jack Rhinehart, antes de que la llegada como un mazazo de Neela Mahendra cambiara el tema, había estado intentando confesar a Rhinehart, mientras ocultaba la profundidad de su turbación, algo de sus temores por la cólera terrorista que seguía apoderándose de él. Jack, absorto en el partido, asintió distraído.

-Debes saber que siempre has tenido malas pulgas, ¿no? ¿Te das cuenta de la cantidad de veces que telefoneas a la gente para disculparte, de la cantidad de veces que *me* llamas, al día siguiente de alguna explosión provocada por el vino? Las Disculpas Completas de Malik Solanka. Siempre he pensado que sería un bonito libro. Repetitivo, quizá, pero lleno de pasajes cómicos.

Algunos años antes, los Solanka habían pasado sus vacaciones en la casita de Rhinehart y su «moza» del momento, una pequeña beldad sureña de -Lookout Mountain, Tennessee, escenario de la «Batalla sobre las Nubes» de la Guerra Civil-, que era idéntica a la sexy Betty Boop de los dibujos animados y a la que Rhinehart llamaba cariñosamente Roscoe, porque era la única persona famosa de Lookout Mountain: Roscoe Tanner, el jugador de tenis de fulminante servicio, a pesar de que ella, evidentemente, odiaba el apodo. La casita era pequeña y había que pasar fuera tanto tiempo como se pudiera. Una noche, después de una prolongada sesión de tragos, solo para hombres, en un abrevadero de East Hampton, Solanka había insistido en conducir de regreso mientras caía un buen chaparrón. Siguió un rato de terror sin habla. Luego Rhinehart dijo, tan suavemente como pudo:

-Malik, en América conducimos por el otro lado de la carretera.

Solanka había estallado e, indignado por aquella falta de respeto por sus habilidades como conductor, había detenido el coche y obligado realmente a Rhinehart a volver a casa andando bajo aquella lluvia torrencial.

-Aquella fue una de tus mejores disculpas -le recordó Jack ahora. Especialmente porque al día siguiente no podías recordar haber hecho nada malo.

Sí murmuró Solanka, pero ahora tengo lagunas sin haber soplado. Y los episodios de cólera son de una escala completamente diferente.

El ruido de la multitud de la tele aumentó mientras hablaba, reclamando la atención de Rhinehart, y su confesión no fue oída.

Ah-siguió diciendo Rhinehart unos momentos más tarde,- y no puedes imaginarte cómo intentan tus amigos evitar ciertos temas cuando están contigo. La política de los Estados Unidos en Centroamérica, por ejemplo. La política de los Estados Unidos en Asia. En realidad, la política de los Estados Unidos de América en general ha sido un tema bastante tabú durante años, de manera que no creas que no me hizo gracia que decidieras trasladar tus posaderas al regazo *mismo* del Gran Satán.

-Sí, pero -quiso decir Solanka, mordiendo el anzuelo- lo que está mal está mal y, por el inmenso *poder* de mierda de América, por su jodida *seducción*, esos hijoputas que mandan logran salirse con la suya...

-Ya estás, ¿lo ves? -le hizo notar Rhinehart, riéndose-. Estás empezando a hincharte para explotar. Rojo vivo, luego morado, luego casi negro. Un infarto al acecho. ¿Sabes cómo lo llamamos? Solankarizarse. El síndrome de China de Malik. Es una jodia fusión nuclear como Dios manda. Quiero decir, m' amigo, que soy *yo* quien realmente *ha estao* en todos esos sitios y ha traído las malas noticias, pero eso no te impide echarme la bronca, dada mi nacionalidad, que a tus ojos dementes me hace co *'sponsable* de todas esas maldades que se cometen en mi *pobe nome*.

No hay peor tonto que un viejo tonto. Así que Bienamado Ali y él eran realmente iguales, después de todo, pensó humildemente Solanka. Solo algunas ligeras diferencias superficiales de vocabulario y educación. No: él era peor, porque Bienamado no era más que un muchacho en su primer día de un trabajo nuevo, mientras que él, Solanka, se estaba convirtiendo en algo horrible y tal vez incontrolable. La amarga ironía era que sus viejos hábitos de combatividad, aquella intemperancia suya evidentemente cómica, ocultaban incluso a sus amigos el gran cambio cualitativo, el horrendo deterioro que se estaba produciendo ahora en él. Aquella vez venía realmente el lobo, y nadie, ni siquiera Jack, escuchaba sus gritos.

Y además canturreó Rhinehart alegremente, ¿recuerdas cuando echaste de tu casa a, no recuerdo cómo se llamaba, por *citar incorrectamente a Philip Larkirí?* ¡Hombre! De manera que te has estado portando *irasciblemente* con tus vecinos? Hu-y. Resérvame la primera página.

¿Cómo podía hablar Malik Solanka a su alborozado amigo de renunciar al yo? ¿Cómo decirle: América es la gran devoradora, y por eso he venido a América para ser devorado? ¿Cómo podía decirle, soy un cuchillo en la oscuridad, pongo en peligro a los que amo? A Solanka le picaban las manos. Hasta su piel lo traicionaba. Él, cuya piel de culito de niño había hecho siempre que las mujeres se maravillaran y le tomaran el pelo por haber llevado una vida tan mimada, había empezado a padecer incómodas y

fuertes erupciones en el nacimiento del pelo y, lo que era más desagradable aún, en ambas manos. La piel se le enrojecía, se arrugaba y se rompía. Antes de dejar plantada a Eleanor, que había padecido eczema toda su vida, había saqueado su caja de medicinas y se había llevado dos gruesos tubos de pomada de hidrocortisona. En la Duane Reade local había comprado un frasco gigante de humidificador de concentración industrial y se había resignado a utilizarlo varias veces al día. El profesor Solanka no tenía muy buena opinión de los médicos. En consecuencia, se recetaba a sí mismo, y le picaba.

Aquella era la era de la ciencia, pero la ciencia médica estaba todavía en manos de primitivos y zoquetes. Lo primero que aprendías de los médicos era lo poco que sabían. En el periódico de ayer venía un relato de uno que, sin querer, había extirpado a una mujer un pecho sano. Lo habían «repredido». Era un hecho tan corriente que solo aparecía en una página interior. Esas eran las cosas que hacían los médicos: un riñón equivocado, un pulmón equivocado, un ojo equivocado, un bebé equivocado. Los médicos se equivocaban. Apenas era noticia.

La noticia: la tenía en la mano. Después de salir del taxi de Bienamado Ali había recogido un ejemplar del *Newsy* otro del *Post*, tomando luego un camino de casa errático, andando deprisa, como si tratara de escapar de algo... Ellen DeGeneres, proclamaban los carteles, se presentaría pronto en el Beacon Theatre. Solanka hizo una mueca. Cantaría su canción favorita, claro: *Esas hormonas, siempre lloronas*. Y la sala estaría llena de mujeres lamentándose, «Ellen, te queremos», y en medio de su actuación con un material tan abismalmente medianejo, la actriz se detendría, bajaría la cabeza, se llevaría la mano al corazón y diría lo conmovida que estaba de haberse convertido en un símbolo del sufrimiento de las mujeres. Elogiadme, gracias, gracias, elogiadme un poco más, eh, fíjate, Anne, isomos un icono! Eso la hace sentirse a una tan *humilde*... La ciencia estaba haciendo descubrimientos extraordinarios, pensó el profesor Solanka. Unos científicos de Londres creían haber identificado la ínsula media, una parte del cerebro relacionada con los «buenos sentimientos», y también la parte de la cingulada anterior vinculada con la euforia, así como las localizaciones del amor. Científicos británicos y alemanes pretendían ahora también que el córtex frontal lateral era el responsable de la inteligencia. El flujo de la sangre a esa región aumentaba cuando se pedía a los voluntarios sometidos a la prueba resolver problemas complicados. *¿Dónde la imaginación empieza? / ¿En el corazón o en la cabeza?* ¿Y dónde se asienta en el cerebro, se preguntó el Solanka de corazón salvaje solo semirretóricamente, la estupidez? ¿Eh, científicos del mundo? ¿En qué ínsula o córtex aumenta la sangre cuando alguien grita «te amo» a un extraño de mierda? ¿Y qué pasa con la hipocresía? Vamos a lo interesante...

Sacudió la cabeza. Estás esquivando la cuestión, profesor. Bailas alrededor cuando lo que tienes que hacer es mirarla de frente, mirarla a la cara. Vamos a hablar de la ira, ¿de acuerdo? De esa maldita furia que realmente mata. Dime, ¿dónde se engendra el asesinato? Malik Solanka, agarrando su periódico, iba a toda velocidad hacia el este por la calle 72, dispersando a los peatones. En Columbus giró a la izquierda y recorrió casi corriendo otra media docena de manzanas angustiadas antes de detenerse. Hasta las tiendas tenían allí nombres indios: Bombay, Pondichery. Todo conspiraba para recordarle lo que estaba tratando de olvidar, es decir, su hogar, la idea de un hogar en general y de su propia vida en un hogar en particular. No se trata de Pondichery sino, sí, no es posible negarlo, Bombay. Entró en un bar de ambiente mexicano de alta calificación en la guía *Zagat*, pidió un trago de tequila, y otro, y entonces, finalmente, llegó el momento de los muertos.

Este, el cadáver de la noche pasada, y los dos de antes. Estos eran sus nombres. Saskia «Sky» Schuyler, la gran foto de hoy, y sus predecesoras Lauren «Ren» Muybridge Klein y Belinda «Bindy» Booken Candell. Estas sus edades: diecinueve, veinte, diecinueve. Estas sus fotografías. Mirad sus sonrisas: eran las sonrisas del poder. Un trozo de hormigón apagó esas luces. No eran chicas pobres, pero ahora están en la miseria.

Ella era algo especial, Sky. Cinco pies nueve pulgadas, muy bien dotada, seis idiomas, en Christie Brinkley la recordaba todo el mundo como la Chica Privilegiada, le gustaban los sombreros grandes y la costura alta, y hubiera podido pasar modelos para quien quisiera: Jean-Paul, Donatella, Dries se lo habían *suplicado*, torn Ford se le había puesto *de rodillas*, pero ella era demasiado «naturalmente tímida», lo que era una forma de decir naturalmente de clase alta, demasiado miembro de una clase esnob de dinero antiguo que consideraba que los modistos eran sastres y las modelos de pasarela solo estaban un peldaño más arriba de las putas... y luego estaba su beca en lajuilliard. Precisamente el último fin de semana tenía prisa en llegar a Southampton, necesitaba algo que ponerse, no tenía tiempo para elegir, y llamó a su gran amiga la diseñadora de altos vuelos Imelda Poushine y le pidió sencillamente que le enviara su colección completa, enviándole a cambio, con el mismo mensajero, un cheque personal de cuatro, contados, cuatrocientos mil dólares.

Sí, dice Imelda en *Rush & Molloy*, cobré el cheque hace dos días. Era una gran chica, una muñeca viviente, pero el negocio es el negocio, supongo. Todos la echaremos *terriblemente* de menos. Sí, estará en la parcela familiar, precisamente en la mejor parte, enfrente mismo de Jimmy Stewart. Irá todo el mundo. Será una operación de seguridad *importante*. He oído decir que han decidido enterrarla con su vestido de boda. Para mí será un *honor* tan alto. Parecerá una belleza, pero esa chica hubiera parecido una belleza con cualquier harapo, créanme. Sí, la vestiré yo. ¿Está usted de broma? Para mí es un *privilegio*. El ataúd estará abierto. Han contratado a los mejores: Sally H. para el pelo, Rafael para el maquillaje, Herb para las fotografías. No hay límite, supongo. *Sky's the limit*, y no es un chiste. Su madre se está ocupando de todo. Esa mujer es de hierro. Ni una lágrima. Apenas ha cumplido los cincuenta y te puedes morir, perdón, no publique eso, ¿eh? No era un chiste.

Los herederos desheredados, los maestros convertidos en víctimas: ese era el enfoque. ¡Toda aquella educación para nada! Porque Saskia, a los diecinueve años, no solo era lingüista, pianista y delicada modista; también era ya experta amazona, arquero con esperanzas de formar parte del equipo olímpico de Sydney, nadadora de larga distancia, fabulosa bailarina, gran cocinera, feliz pintora aficionada, cantante de *bel canto*, anfitriona al gran estilo de su madre y, a juzgar por la sensualidad abierta y mundana de su sonrisa del periódico, hábil también en otras artes a las que la prensa

popular era muy aficionada, pero de las que no se atrevía a hablar libremente en ese contexto. Los periódicos se contentaban con publicar fotografías del guapo galán de Saskia, el jugador de polo Bradley Marsalis in, del que todos los lectores habituales sabían una cosa al menos: que sus compañeros de equipo lo llamaban El Semental, para hacer honor a lo que le colgaba.

Una piedra de la honda de uno de los Niños Perdidos había abatido a la hermosa Wendy-pájaro. Digamos pájaros: porque lo que se ha dicho de Sky Schuyler se aplicaba igualmente a Bindy Candell y Ren Klein. Las tres eran bellas, las tres largas y rubias y formidablemente completas. Si el futuro financiero de sus grandes familias quedaba en manos de sus hermanos superlativamente seguros, aquellas jóvenes habían sido educadas para hacerse cargo de los personajes de su familia, de su estilo, su clase. De su imagen. Mirando ahora a sus familiares aturridos, era fácil juzgar el volumen de la pérdida. Nosotros los chicos sabemos cuidar de los negocios, decían los rostros silenciosos y apesadumbrados de sus familiares, pero nuestras chicas nos hacen ser quienes somos. Nosotros somos los barcos y ellas el océano. Somos el vehículo, ellas el movimiento. ¿Quién nos dirá ahora cómo debemos ser? Y había también miedo: ¿quién será la próxima? De todas las chicas maduras que se nos han dado para coger de las ramas como doradas manzanas del sol, ¿quién será la próxima para el gusano fatal?

Una muñeca viviente. Aquellas jóvenes habían nacido para ser trofeos, Barbies de Osear con todos los accesorios, por utilizar la frase de Eleanor Masters Solanka. Era evidente que los jóvenes de su clase estaban reaccionando a las tres muertes exactamente como si hubieran robado algunos medallones codiciados, algunas soperas de oro o copas de plata, de sus pedestales del club. Una sociedad secreta de jóvenes dorados que se llamaba a sí misma S&M, lo que quería decir, se sugería, Soltero y Macho, estaba planeando al parecer una reunión a medianoche para llorar la pérdida de las muy amadas macizas de sus miembros. «El Semental» Marsalis, Anders «Paquete» Andriessen el eurocachas, restaurador, de la chica de los Candell y Keith Medford («Cachiporra»), el chico para pasarlo bien de Lauren Klein dirigirían a los plañideros. Como S&M era una sociedad secreta, todos sus miembros negaban de plano su existencia y rehusaban confirmar los rumores de que las ceremonias del duelo culminarían con bailes mixtos a pelo, con pintura de guerra y baños en bolas en una playa privada de Vineyard, en los que se harían audiciones íntimas a las candidatas provisionales a las vacantes.

Las tres chicas muertas, y sus hermanas vivas, se ajustaban así a la definición de Desdémonas de Eleanor. Eran bienes. Y ahora andaba suelto un Oteló asesino, en este caso, quizá, destruyendo lo que no podía poseer, porque aquella no posesión era un insulto a su honor. Ella estaba matando en su revisión Y2K de la obra, no por su infidelidad sino por su desinterés. O quizá las rompía simplemente para revelar su falta de humanidad, su fragilidad. Porque habían sido isí!, mujeres androides, muñecas de la edad moderna, mecanizadas, informatizadas, no las simples efigies de cuartos de niños pasados sino avatares plenamente realizados de seres humanos.

En sus orígenes, la muñeca no era una cosa en sí misma sino una representación. Mucho antes de las primeras muñecas y muñequitos negros de trapo, el ser humano había hecho también muñecas como retratos de niños y adultos determinados. Siempre era un error dejar que otros poseyeran el muñeco de ti mismo; quien tenía tu muñeco tenía una parte esencial de ti. La expresión máxima de esa idea era, naturalmente, la muñeca de vudú, a la que se podía clavar alfileres para herir al representado, la muñeca cuyo cuello podías retorcer para matar a un ser humano, a distancia, con la misma eficacia con que un cocinero musulmán se ocupa de los pollos.

Luego vino la producción en masa, y el lazo entre hombre y muñeca se rompió; las muñecas se convirtieron en clones de sí mismas. Se convirtieron en reproducciones, versiones de cadena de montaje, sin carácter, uniformes. En la actualidad, todo eso estaba cambiando de nuevo. El propio saldo bancario de Solanka se lo debía todo al deseo del hombre moderno de poseer muñecas no solo con personalidad sino con individualidad. Sus muñecas tenían una historia que contar.

Pero ahora mujeres de carne y hueso querían ser como muñecas, cruzar la divisoria y parecer juguetes. Ahora la muñeca era el original y la mujer la representación. Esas muñecas vivientes, esas marionetas sin hilos, no estaban solo «muñequizadas» exteriormente. Detrás de su exterior de gran estilo, debajo de su piel perfectamente luminosa, estaban tan llenas de *chips* de comportamiento, tan meticulosamente programadas para la acción, tan perfectamente acicaladas y vestidas, que no quedaba espacio en ellas para una desordenada humanidad. Sky, Bindy y Ren representaban por ello la etapa final de la transformación de la historia cultural de la muñeca. Habiendo conspirado para lograr su propia deshumanización, habían terminado como simples tótems de su clase, la clase que gobernaba América, la cual a su vez gobernaba el mundo, de forma que un ataque a ellas era también, si querías decirlo así, un ataque al gran imperio americano, a la Pax Americana misma... Un cuerpo muerto en una calle, pensó Solanka, poniendo los pies en el suelo, se parece mucho a una muñeca rota.

... Bueno, ¿quién pensaba ya eso, salvo él? ¿Quedaba alguien más en América con unas ideas tan feas y descabelladas en la cabeza? Si hubieras preguntado a esas jóvenes, a esas bellezas altas y seguras, cuando se dirigían hacia sus títulos universitarios *summa cum laude* y sus fines de semana en yates glamurosos, a esas Princesas del Ahora, con sus servicios de limusina y sus obras benéficas y vidas a una milla por minuto y superhéroes sumisos y adoradores que se esforzaban por conquistar sus favores, te hubiera dicho que eran libres, más libres que ninguna mujer de ningún país en ninguna época, y que no pertenecían a ningún hombre, padre o amante o jefe. No eran muñecas de nadie, sino mujeres propias, que jugaban con su propia apariencia, su propia sexualidad, sus propias historias: la primera generación de mujeres jóvenes que mandaban realmente, no sometidas al antiguo patriarcado ni al feminismo de línea dura y odio al hombre que había aporreado la puerta de Barbazul. Podían ser mujeres de negocios y coquetas, profundas y superficiales, serias y ligeras, y tomar esas decisiones por sí mismas. Lo tenían todo emancipación, relaciones sexuales, atractivo, dinero- y les gustaba. Y entonces venía alguien y se lo quitaba golpeándolas con fuerza en la nuca, el primer golpe para dejarlas sin sentido y los otros para acabar con ellas. Si lo que te interesaba era la deshumanización, ese asesino era tu hombre. No ellas mismas sino él, el Asesino del Hormigón, las había deshumanizado. El profesor Malik Solanka, con las lágrimas corriéndole por las mejillas mientras estaba sentado, encorvado sobre su tequila en el taburete del bar, enterró la cabeza en las manos.

Saskia Schuyler había vivido en un apartamento de muchas habitaciones pero bajo techo en lo que ella llamaba «el edificio más feo de Madison Avenue», una monstruosidad de ladrillo azul frente a la tienda de Armani, cuya «única ventaja», en opinión de Sky, era que podía llamar a la tienda y hacer que le sostuvieran vestidos hacia la ventana para que ella pudiera inspeccionarlos con gemelos. Aborrecía el apartamento, antiguo *pied-à-tene* de sus padres en Manhattan.

Los Schuyler vivían la mayor parte del tiempo fuera de la ciudad, en una propiedad de altas puertas situada en un paisaje ondulado cerca de Chappaqua, Nueva York, y se pasaban mucho tiempo quejándose de que los Clinton hubieran comprado

una casa en su ciudad. A Sky, decía Bradley Marsalis, le gustaba tranquilizar a sus padres diciéndoles que Hillary no duraría mucho. «Si gana, se irá a D. C. y al Senado, y si pierde se marchará más aprisa aún.» Entretanto, Sky quería vender el apartamento de Madison y mudarse a Tribeca, pero la junta de la cooperativa había rechazado tres veces a los compradores que ella había encontrado. Sobre el tema de la junta, Sky se mostraba vociferante. «Está llena de viejas señoras laqueadas cubiertas de telas tensas y brillantes, como sofás demasiado rellenos, y supongo que, si quieres entrar, tienes que parecer también un mueble.» Sin embargo, el edificio tenía portero las veinticuatro horas, y el portero de noche, el viejo Abe Green, informó de que, el día de autos, la señorita Schuyler, «que parecía un millón de dólares», después de una gran noche en una gala de premios musicales («El Semental» tenía conexiones con el gremio), volvió a casa alrededor de la una y media. Se despidió en la puerta de un señor Marsalis evidentemente reacio -«Qué cabreado parecía», observó Green- y se dirigió tristemente al ascensor. Green subió con ella.

-Para hacerla sonreír, le dije: «Qué mala suerte que solo viva en el quinto, señorita, si no, podría mirarla un poco más».

Quince minutos más tarde, ella llamó otra vez al ascensor.

¿Todo en orden, señorita?- le preguntó Abe.

-Creo que sí. Sí, claro, Abe dijo ella-. Claro.

Luego salió sola, todavía con sus galas, y nunca volvió. Encontraron su cadáver mucho más al sur, cerca de la entrada del Midtown Tunnel. El análisis de las últimas horas de Lauren Klein y Bindy Candell indicaba que también ellas habían vuelto a casa tarde, habían negado la entrada a sus novios y habían vuelto a salir poco después. Como si las chicas hubieran rechazado la Vida y se hubieran dirigido a sus citas con la Muerte.

A Saskia, Lauren y Belinda no les habían robado. Sus anillos, pendientes, gargantillas y brazaletes estaban todos en su sitio. A ninguna la habían agredido sexualmente. No había aparecido ningún motivo para los asesinatos, pero los tres galanes habían sugerido la posibilidad de un merodeador. En los días anteriores a su muerte, las muertas habían mencionado haber visto a un desconocido de jipijapa «extrañamente acechante».

Es como si a Sky la hubieran ejecutado dijo un Brad Marsalis sombrío y con puro en una conferencia de prensa con fotos, en una suite de un hotel de Vineyard Haven. Como si alguien la hubiera condenado a muerte y hubiera ejecutado la sentencia, digamos, a sangre fría.

La noticia de la separación de Eleanor había producido ondas expansivas en su círculo. Cada matrimonio que se rompe interroga a los que siguen aguantando. Malik Solanka tenía conciencia de haber iniciado una reacción en cadena de preguntas formuladas y no formuladas en mesas de desayuno de toda la ciudad, y en alcobas y en otras ciudades también: ¿Seguimos estando bien? Muy bien, ¿cómo de bien? ¿Hay cosas que no me cuentas? ¿Me despertaré un día y me dirás algo que me haga comprender que he estado compartiendo mi cama con un extraño? ¿Cómo reescribirá el mañana el ayer, cómo destruirá la semana próxima los cinco, diez o quince años pasados? ¿Te has aburrido de mí? ¿Es culpa mía? ¿Eres más débil de lo que pensaba? ¿Es él? ¿Es ella? ¿Es el sexo? ¿Los niños? ¿Quieres arreglarlo? ¿Hay algo que arreglar? ¿Me quieres? ¿Me quieres aún? ¿Te quiero, Cristo, Cristo, aún?

Esas agonías, de las que sus amigos, inevitablemente, lo consideraban responsable en grado indeterminado, le llegaban como ecos. A pesar de su enérgica prohibición, Eleanor estaba dando su número de teléfono en Manhattan a todo el que lo quería. Los hombres, más que las mujeres, parecían inclinados a llamar y hacerle reproches.

Morgen Franz, el editor budista y posthippie cuyo teléfono había respondido Eleanor hacía tantos años, era el primero de la cola. Morgen era californiano y se había refugiado de ello en Bloomsbury, pero nunca se había sacudido su lento arrastrar de sílabas de HaightAshbury.

-No me gusta, oye -llamó a Malik para hacérselo saber, alargando las vocales más aún para subrayar su dolor.- Y lo que es más: no conozco a nadie a quien le guste. No sé por qué lo has hecho, oye, y como no eres un tarugo ni un mierda, estoy seguro de que tendrás tus razones, estoy seguro, ¿sabes?, y serán buenas razones también, oye, no me cabe duda, quiero decir que qué puedo decirte, me caes bien, ¿sabes?, me caéis bien los dos, pero ahora tengo que decir que estoy muy furioso contigo.

Solanka podía imaginarse la cara enrojecida y de barba corta de su amigo, sus ojos pequeños y hundidos parpadeando ferozmente para más énfasis. Franz era legendariamente tranquilo -«nadie es más calmado que el Morg», era su latiguillo por lo que aquel climax acalorado fue un sobresalto. Solanka, sin embargo, permaneció tranquilo y se permitió expresar sus propios sentimientos de forma veraz e irrevocable.

Hace seis, siete, ocho años dijo, Lin solía llamar a Eleanor llorando porque te negabas a tener un hijo con ella y, ¿sabes una cosa? Tenías tus razones, tenías que lidiar todos los días con tu profundo desencanto de la raza humana y, con respecto a los niños, lo mismo que con respecto a Filadelfia, adoptabas la postura de W. C. Fields. Y, Morgen, en aquellos días yo estaba también «muy furioso contigo». Vi cómo Lin se conformaba con gatos en lugar de niños, y no me gustó y, ¿sabes una cosa? Nunca te llamé para regañarte ni para preguntarte cuál era la doctrina budista pertinente sobre el tema, porque decidí que no era asunto mío lo que pasaba entre tú y tu mujer. Que era tu asunto privado, dado que no le estabas pegando realmente, o que, en cualquier caso, era solo su espíritu lo que estabas destrozando y no su cuerpo. De manera que hazme el favor de irte a la mierda. Esta no es tu historia. Es la mía.

Y allí acabó su antigua amistad, ocho o quizá nueve Navidades pasadas alternativamente en la casa del otro, el Trivial, las charadas, el amor. Lin Franz le llamó al día siguiente para decirle que lo que había dicho era imperdonable.

Quiero que sepas añadió en su inglés vietnamita-americano, demasiado formal y suave como un suspiro que tu abandono de Eleanor solo ha servido para acercarnos más aún a Morgen y a mí. Y Eleanor es una mujer fuerte y volverá a tomar pronto las riendas de su vida, cuando haya pasado su calvario. Todos continuaremos sin ti, Malik, y tú serás el más desgraciado por habernos excluido de tu vida. Me das pena.

Un cuchillo blandido sobre las figuras dormidas de tu mujer y tu hijo no puede mencionarse a nadie, ni mucho menos explicarse. Ese cuchillo constituye un crimen mucho peor que la sustitución de un niño maullante por un felino de pelo largo. Y Solanka no tenía respuesta para los cómo y porqués de aquel acontecimiento atroz y enigmático. *¿Es un puñal lo que ante mí veo, tendiéndome el mango?* Él había estado simplemente allí, como el culpable Macbeth, y también el arma estaba simplemente allí, imposible eliminarla con el deseo o suprimir su imagen después. El que no hubiera hundido el cuchillo en corazones que dormían no lo hacía a él inocente. Sostener el cuchillo así y estar de pie allá era más que suficiente. ¡Culpable, culpable! Incluso mientras le decía aquellas palabras severas, que rompían su amistad, a su ex amigo, Malik Solanka había tenido conciencia aguda de su hipocresía, y acogió sin comentario la ulterior reprimenda de Lin. Había renunciado a cualquier derecho a protestar cuando

había pasado el pulgar por la hoja Sabatier, probando su filo en la oscuridad. Aquel cuchillo era ahora historia, y él había venido a América para escribirla.

¡No! Desesperado, para *desescribirla*. No para ser sino para des-ser. Había volado al país de la autocreación, la patria de Mark Skywalker, el escritor publicitario del Jedi con tirantes rojos, el país cuya novela moderna paradigmática era la historia de un hombre que volvía a hacerse a sí mismo su pasado, su presente, sus camisas, hasta su nombre, por amor; y aquí, en aquel lugar de cuya narrativa estaba casi desconectado, tenía que intentar la primera fase de esa reestructuración, es decir ahora se aplicaba deliberadamente a sí mismo la misma imaginería mecánica que había utilizado tan cruelmente contra las mujeres muertas, el borrado completo, la *master deletion* de su viejo programa. En alguna parte, en los programas informáticos, había un virus, una deficiencia potencialmente letal. Nada que no fuera la desyoización del yo serviría. Si pudiera limpiar el ordenador entero, quizá el virus acabase también en la basura. Después de aquello, quizá podría comenzar a construir un hombre nuevo. Comprendía muy bien que era una ambición fantástica y poco realista, si se pretendía seria, literalmente, en lugar de como simple forma de hablar; no obstante, era literalmente lo que quería decir, por muy disparatado que sonara. Porque, ¿cuál era la alternativa? ¿Confesión, temor, separación, policías, médicos del cerebro, Broadmoor, vergüenza, divorcio, cárcel? La escalera que bajaba a ese infierno parecía inexorable. Y el peor infierno quedaría atrás, la hoja de acero incandescente dando vueltas para siempre en el ojo de la mente de su hijo cada vez mayor.

Había concebido, en aquel instante, una fe casi religiosa en el poder de la huida. La huida salvaría a los otros de él, y a él de sí mismo. Iría a donde no lo conocían y se lavaría en aquel desconocimiento. Un recuerdo del Bombay prohibido insistía imperiosamente en recibir su atención: el recuerdo de un día de 1955 en que el señor Venkat el banquero importante cuyo hijo Chandra era el mejor amigo de Malik a los diez años se convirtió en *sanyasi* al cumplir los sesenta años y abandonó para siempre a su familia, llevando solo un taparrabos a estilo Gandhi, un largo báculo de madera en una mano y un cuenco de mendigar en la otra. A Malik siempre le había gustado el señor Venkat, que le tomaba el pelo pidiéndole que pronunciara, muy deprisa, su nombre completo, polisilábicamente acrobático: Balasubramanyam Venkataraghavan. «Vamos, más deprisa animaba a Malik, cuya lengua infantil tropezaba con las sílabas. ¿No te gustaría tener un nombre tan magnífico?»

Malik Solanka vivía en un apartamento de un segundo piso de un edificio llamado Noor Ville, en Methwold's State, a cierta distancia de Warden Road. Los Venkat ocupaban el otro apartamento del piso, y tenían todo el aspecto de ser una familia feliz; una familia que, de hecho, Malik envidió todos los días de su vida. Ahora las puertas de ambos apartamentos estaban abiertas, y los niños se aglomeraban, serios y con los ojos muy abiertos, en torno a los afligidos adultos, mientras el señor Venkat se despedía para siempre de su antigua vida. Desde las profundidades del apartamento de los Venkat llegaba el sonido de un cascado disco de setenta y ocho revoluciones: una canción de los Ink Spots, el grupo favorito del señor Venkat. El espectáculo de la señora Venkat llorando a lágrima viva en el hombro de su madre impresionó fuertemente al pequeño Malik Solanka. Cuando el banquero se dio la vuelta para irse, Malik le gritó de pronto: «¡Balasubramanyam Venkataraghavan!».

Y luego, diciéndolo más aprisa y más fuerte, hasta farfullar y gritar al mismo tiempo:

¡BalasubramanyamvenkataraghavanbalasubramanyamvenkataraghavanbalasubramanyamvenkataraghavanBALASJBRAMANYAMVENKATARAGHAVAN!

El banquero se detuvo gravemente. Era un hombre pequeño y huesudo, de rostro de niño y ojos brillantes.

Lo has dicho muy bien, y la velocidad ha sido también impresionante observó. Y, como lo has repetido cinco veces sin equivocarte, te contestaré a cinco preguntas, si quieres hacérmelas.

¿Adónde vas? -Voy en busca del conocimiento y, si es posible, la paz.

¿Por qué no llevas tu traje de oficina? Porque he renunciado a mi empleo.

¿Por qué llora la señora Venkat? -Esa pregunta se la tienes que hacer a ella.

¿Cuándo volverás? -Este es un paso, Malik, que se da para siempre.

¿Y qué será de Chandra? Un día comprenderá.

¿No te importamos ya? -Esa es una sexta pregunta. Has superado el límite. Sé buen amigo de tu amigo.

Malik Solanka recordaba a su madre tratando de explicarle, después de haberse ido el señor Venkat colina abajo, la filosofía del *sanyasi*, la decisión de un hombre de renunciar a todas sus posesiones y relaciones terrenales, de romper con la vida para acercarse a lo Divino antes de que llegara el momento de morir. El señor Venkat había dejado sus asuntos en orden; su familia quedaría bien atendida. Pero él nunca volvió. Malik no entendía la mayor parte de lo que se le decía, pero tenía una comprensión vívida de lo que Chandra quería decir cuando, más tarde en aquel mismo día, rompió los viejos discos de los Ink Spots de su padre y gritó:

-¡Odio el conocimiento! Y la paz también. Realmente, odio la paz *un montón*.

Cuando un hombre sin fe imitaba las lecciones de los creyentes, el resultado podía ser vulgar y torpe a la vez. El profesor Malik Solanka no se puso ningún taparrabos, no agarró ningún cuenco de mendigo. En lugar de entregarse al azar de la calle y la caridad de los extraños, había volado en clase preferente al JFK, parado brevemente en el Lowell, llamado a un corredor de fincas y tenido muy pronto mucha suerte, al encontrar aquel espacioso apartamento subarrendado en el West Side. En lugar de dirigirse a Manaos, Alice Springs o Vladivostok, había aterrizado en una ciudad en la que no era totalmente desconocido, que no le era totalmente desconocida, en la que podía hablar el idioma y orientarse, y comprender, hasta cierto punto, las costumbres de los nativos. Había actuado sin pensar, había estado atado a su asiento del avión antes de permitirse reflexionar; y entonces había aceptado sencillamente la imperfecta elección hecha por sus reflejos, y había accedido a continuar por el camino inverosímil que sus pies, sin que los animara, habían tomado. Un *sanyasi* en Nueva York, un *sanyasi* con un dúplex y una tarjeta de crédito era un contrasentido. Muy bien, pues sería ese contrasentido y, a pesar de su naturaleza oximorónica, perseguiría su objetivo. También él buscaba la quietud, la paz. De manera que su viejo yo tenía que ser de algún modo cancelado, desechado para siempre. No debía levantarse como un espectro de la tumba para reclamarlo en algún momento futuro, arrastrándolo al sepulcro del pasado. Y si él fracasaba, fracasaría, pero no había que contemplar lo que estaba más allá del fracaso cuando se estaba tratando de tener éxito. Después de todo, Jay Gatsby, el que más alto había rebotado, fracasaba también al final, pero, antes de estrellarse, vivía su vida americana brillante, frágil, de sombrero dorado y ejemplar.

Se despertó en la cama -totalmente vestido otra vez, con bebida fuerte en el aliento- sin saber cómo ni cuándo había llegado a ella. Con la conciencia vino el miedo de sí mismo. Otra noche sin explicación. Otra tormenta de nieve en blanco en el vídeo. Pero, como antes, no tenía sangre en las manos ni la ropa, ni arma encima, ni siquiera un trozo de hormigón. Se tambaleó al incorporarse, agarró el mando y encontró el final de las noticias locales en la tele. Nada sobre el Asesino del Hormigón ni el Hombre del Jipijapa ni ninguna belleza privilegiada asesinada. Ninguna muñeca viviente rota. Volvió a caer atravesado en la cama, respirando con fuerza y deprisa. Luego, deshaciéndose de sus zapatos de calle, se tapó con las sábanas la dolorida cabeza.

Reconocía aquel miedo. Hacía tiempo, en una residencia de Cambridge, había sido incapaz de levantarse y encararse con su nueva existencia de universitario. Lo mismo ahora que entonces, el pánico y los demonios se lanzaban hacia él desde todas partes. Era vulnerable a los demonios. Oía sus alas de murciélago batiendo junto a sus oídos, sentía sus dedos de duende enroscándose en sus tobillos y tirando de él hacia aquel infierno en que no creía pero que afloraba sin cesar en su lenguaje, en sus emociones, en la parte de él que no controlaba. Aquella parte que estaba enloqueciendo, escapándose de las débiles manos... ¿Dónde estaba Krzysztof Waterford-Wajda cuando lo necesitaba? Vamos, Tontón, llama a la puerta y sácame del borde de este enorme pozo... Pero Tontón no volvía de más allá de la puerta del Cielo para llamar.

No era aquello, se dijo Solanka febrilmente. ¡Aquello no era la historia que lo había llevado hasta allí! No aquel melodrama de doctor Jekyll y mister Hyde, una historia de baja categoría. No había ninguna veta gótica en la arquitectura de su vida, ningún laboratorio de científico loco, ninguna retorta burbujeante, ninguna poción de metamorfosis demoníaca. Sin embargo, el miedo, el temor, no lo abandonaba. Se tapó mejor la cabeza con las sábanas. Podía oler en sus ropas el olor de la calle. No había pruebas que lo relacionaran con ningún crimen. Ni lo estaban investigando por nada. ¿Cuántos hornbres, en un verano normal de Manhattan, llevaban jipijapa? ¿Cien al menos? Bueno, entonces, ¿por qué se atormentaba? Porque si el cuchillo era posible, también lo era aquello otro. Y luego las circunstancias: tres fallos de memoria nocturna, tres mujeres muertas. Era una conjunción que requería su silencio de forma tan absoluta como el cuchillo en la oscuridad, pero que no podía esconderse a sí misma. Además, aquel torrente de obscenidades, sin darse cuenta, en el Café Mozart. No era bastante para que ningún tribunal lo condenara, pero él era su propio juez, y el jurado no se había pronunciado aún.

Adormilado, marcó un número y esperó los interminables preliminares de la voz mecanizada para escuchar su buzón de voz. *Tiene iun!-mensaje nuevo.-El siguiente- imensaje-nuevo-NO ha sido escuchado.- Primer mensaje.* Entonces llegó la voz de Eleanor, de la que, hacía mucho, se había enamorado.

-Malik, dices que quieres olvidarte de ti mismo. Yo te digo que ya lo has hecho. Dices que no quieres dejarte dominar por la cólera. Yo te digo que nunca te has dejado dominar tanto por ella. Yo te recuerdo, aunque me hayas olvidado. Te recuerdo como eras antes de que esa muñeca nos jodiera la vida: solía interesarte todo. Recuerdo tu alegría, tu horrible forma de cantar, las voces que imitabas. Me enseñaste a que me gustara el críquet; ahora quiero que a Asmaan le guste también. Recuerdo cómo querías saber, de los seres humanos, lo mejor de lo que somos capaces, pero también no hacerte ilusiones ante lo peor. Recuerdo tu amor a la vida, a nuestro hijo y a mí. Nos abandonaste, pero nosotros no te hemos abandonado. Vuelve a casa, cariño. Por favor, vuelve a casa.

Palabras desnudas, valientes, desgarradoras. Pero allí había otro espacio en blanco. ¿Cuándo le había hablado a Eleanor de cólera y olvido? Quizá había vuelto a casa borracho y había querido explicarse. Quizá le había dejado a ella un mensaje, y esa era la respuesta. Y ella, como siempre, había oído mucho más de lo que él había dicho. Había oído, sencillamente, su miedo.

Se obligó a levantarse, desnudarse y ducharse. Estaba haciendo café en la cocina cuando se dio cuenta de que el apartamento estaba vacío. Sin embargo era uno de los días de Wislawa. ¿Por qué no estaba allí? Solanka marcó su número.

-¿Sí? Era su voz, sin duda alguna.

-¿Wislawa? -preguntó-. Soy el profesor Solanka. ¿No debía venir a trabajar hoy?

Hubo un largo silencio.

-¿Profesor? -dijo la voz de Wislawa, que sonaba tímida y humilde-. ¿Usted no recordar?

Él sintió que su temperatura bajaba bruscamente.

-¿Qué? ¿Recordar qué?

La voz de Wislawa se hizo llorosa.

-Profesor, usted me despide. Usted me despide, ¿por qué? Por nada. Claro que recuerda. Y qué palabras. Esas palabras, de un hombre educado nunca había oído. Después de eso, se acabó para mí. Incluso ahora que llama para pedirme, no puedo volver. -Alguien habló detrás de ella, otra voz de mujer, y Wislawa se repuso, para añadir con determinación considerable-: Sin embargo, costo de mi trabajo incluido en su contrato. Como me despide injustamente, seguiré recibéndolo. He hablado a propietario y están de acuerdo. Creo que hablarán también a usted. Sabe, trabajo para la señora Jay mucho tiempo.

Malik Solanka colgó el teléfono sin decir más.

Está despedido. Como en una película. El cardenal de faldas rojas desciende los escalones dorados para transmitir el adiós del Papa. El chófer, una mujer, aguarda en el cochecito y, cuando el cruel mensajero se inclina sobre su ventanilla, tiene el rostro de Solanka.

Estaban rociando la ciudad con el plaguicida Anvil. Varias aves, procedentes en su mayoría de los pantanos de Staten Island, habían muerto por un virus del Nilo occidental, y el alcalde no quería arriesgarse. Todo el mundo estaba en alerta roja de mosquito. ¡Permanezca en casa al anochecer! ¡Lleve mangas largas! Durante el rociado, cierre todas las ventanas y apague los aparatos de aire acondicionado! Qué intervencionismo más radical, aunque ni un solo ser humano hubiera contraído la enfermedad desde comienzos del nuevo milenio. (Más tarde se registraron algunos casos, pero no fallecimientos.) La pusilanimidad de los americanos ante lo desconocido, su compensación por exceso, había hecho reír siempre a los europeos. «Un coche petardea en París -solía decir Eleanor Solanka (incluso Eleanor, la persona de menos mala leche del mundo)-, y al día siguiente un millón de americanos cancelan sus vacaciones.»

Solanka se había olvidado del plaguicida y había andado durante horas bajo la invisible lluvia de veneno. Por un momento consideró la posibilidad de culpar al plaguicida de su pérdida de memoria. Los asmáticos tenían convulsiones, se decía que las langostas morían a millares, los ecologistas ponían el grito en el cielo, ¿por qué no él? Pero su honradez natural le impedía hacerlo. La fuente de sus problemas era probablemente de origen existencial y no químico.

Si lo oyó usted, mi querida Wislawa, será cierto. Pero, sabe, no me daba cuenta de... Había aspectos de su comportamiento que escapaban a su control. Si buscaba ayuda de un profesional, sin duda le diagnosticaría algún tipo de depresión. (Si él fuera Bronislaw Pvhinehart, se iría satisfecho con su diagnóstico y empezaría a buscar alguien a quien demandar.) Tuvo la fuerte impresión de que una depresión era lo que había estado buscando todo el tiempo. ¡Todas aquellas historias sobre el deseo de ser des-hecho! Ahora que algunos sectores cronológicos de él mismo habían dejado de estar en contacto con otros -ahora que, literalmente, se había des-integrado en el tiempo, ¿por qué estaba tan impresionado? Ten cuidado con lo que desees, Malik. Recuerda a W. W. Jacobs. La historia de la pata de mono.

Había venido a Nueva York como el Agrimensor al Castillo: con sentimientos encontrados, *in extremis* y con una esperanza poco realista. Había encontrado alojamiento, más confortable que el del pobre Agrimensor, y desde entonces había vagado por las calles, buscando la forma de entrar, diciéndose que la gran metrópoli podría curarlo a él, hijo de la ciudad, si conseguía encontrar la puerta de su corazón mágico, híbrido e invisible. Aquella propuesta mística había alterado claramente el continuo que lo rodeaba. Las cosas parecían proseguir con lógica, según las leyes de la verosimilitud psicológica y las profundas coherencias internas de la vida metropolitana, pero de hecho todo era un misterio. Sin embargo, quizá la suya no fuera la única identidad a la que le estaban estallando las costuras. Tras la fachada de aquella edad de oro, de aquella época de abundancia, las contradicciones y el empobrecimiento del individuo humano occidental, o digamos de la persona humana en América, se estaban haciendo más anchos y profundos. Quizá aquella desintegración más amplia debía hacerse visible también en aquella ciudad de vestiduras ardientes y enjoyadas y cenizas secretas, en aquella época de hedonismo público y temores privados.

Hacía falta cambiar de dirección. La historia que acababas tal vez no fuera nunca la que habías empezado. ¡Sí! Volvería a hacerse cargo de su vida, soldando sus yos divididos. Los cambios en sí mismo que buscaba los iniciaría y realizaría él. Basta de aquella deriva miasmática y ausente. ¿Cómo había podido persuadirse de que aquel burgo loco por el dinero bastaría para salvarlo, aquella Gotham en donde jokers y pingüinos se desmadraban sin ningún Batman (ni siquiera Robin) que frustrara sus planes, aquella Metrópolis hecha de criptonita en la que ningún Superman se atrevía a poner pie, en donde se confundía la riqueza con los ricos y el placer de poseer con la felicidad, en donde la gente llevaba una vida tan pulida que las grandes verdades ásperas de la cruda existencia habían sido alisadas y brillantadas, y en la que las almas humanas habían vagado tan separadas durante tanto tiempo que apenas recordaban cómo tocarse; aquella ciudad cuya legendaria electricidad alimentaba las barreras eléctricas que se estaban levantando entre hombres y hombres, y también entre hombres y mujeres? Roma no cayó porque sus ejércitos flaquearan sino porque los romanos se olvidaron de lo que significaba ser romano. ¿Podría ser que aquella nueva Roma fuera en realidad más provinciana que sus provincias; podrían haber olvidado aquellos nuevos romanos qué y cómo estimar, o lo habían sabido alguna vez? ¿Eran todos los imperios tan indignos, o era aquel especialmente tosco? No había ya nadie en aquel empeño bullicioso y abundancia material dedicado a la explotación profunda de la mente y el corazón? Oh América Soñada, ¿terminaría la búsqueda de la

civilización en la obesidad y la trivialidad, los Roy Roger y Planet Hollywood, en *US Today* y *E!* en la codicia de los concursos televisivos de un millón de dólares o el voyeurismo documental; o en el eterno confesionario de Ricki y Oprah y Jerry, cuyos invitados se asesinaban entre sí después del *show*, o en un chorro de ofensivas comedias a cual más tonta destinadas a jóvenes que se sentaban en la oscuridad gritando su ignorancia a la pantalla; o en las mesas inaccesibles de Jean-Georges Vongerichten y Alain Ducasse? ¿Qué pasó con la búsqueda de llaves escondidas que abrían las puertas de la exaltación? ¿Quién demolió el Capitolio y lo sustituyó por una fila de sillas eléctricas, esas traficantes de la democracia de la muerte, en donde todos, los inocentes, los deficientes mentales y los culpables Podían morir uno al lado de otro? ¿Quién pavimentó el Paraíso y construyó un estacionamiento? ¿Quién se conformó con un George W. Gush agorero y un Al Bore embushcado? ¿Quién dejó salir de la jaula a Charlton Heston y se preguntó luego por qué morían niños a disparos? ¿Qué fue, América, del Santo Grial? Oh vosotros Galahads yanquis, vosotros Lanzarotes de Indiana, oh Percivales de corral de ganado, ¿qué fue de la Tabla Redonda? Sintió que una riada irrumpía en él y no hizo nada para rechazarla. Sí, América lo había seducido; sí, su resplandor lo había excitado y también su inmensa potencia, y esa seducción lo ponía en situación comprometida. Aquello a lo que se oponía tenía que combatirlo también dentro de sí. Le hacía querer lo que prometía y eternamente negaba. Todo el mundo era ahora americano, o al menos estaba americanizado: indios, iraníes, uzbekos, japoneses, liliputienses, todos. América era el terreno de juego del mundo, su reglamento, árbitro y balón. Hasta el antiamericanismo era un americanismo disfrazado, al admitir, como admitía, que América era el único juego de la ciudad y la cuestión americana el único negocio al alcance; y por ello, como todo el mundo, Malik Solanka recorría ahora sus altos pasillos con la gorra en la mano, como un suplicante en aquella fiesta; pero eso no quería decir que no pudiera mirar a la cara. Arturo había caído, Excalibur se había perdido y el siniestro Mordred era rey. A su lado se sentaba, en el trono de Camelot, la reina, su hermana, el hada-bruja Morgana.

El profesor Malik Solanka se preciaba de ser un hombre práctico. Hábil con las manos, sabía enhebrar una aguja, remendar su propia ropa, planchar una camisa de vestir. Durante algún tiempo, cuando comenzó a fabricar sus muñecas filosóficas, trabajó como aprendiz con un sastre de Cambridge y aprendió a cortar la ropa que llevarían sus diminutas pensadoras; y también las imitaciones de modelos de calle que creó para Cerebritito. Con Wislawa o sin ella, sabía mantener limpia su casa. En adelante aplicaría también los mismos principios de buena administración casera a su vida interior.

Echó a andar por la calle Setenta con la bolsa morada de la lavandería china colgada del hombro derecho. Doblando hacia Columbus, oyó el siguiente soliloquio: «Recuerdas a mi ex, Erin. La mamá de Tess. Sí, la actriz; ahora está haciendo sobre todo publicidad. ¿Sabes qué? Estamos viéndonos otra vez. Muy extraño, ¿eh? ¡Después de dos años de pensar que ella era el enemigo, y de cinco más de relaciones mejores pero todavía difíciles! Empecé invitándola a venir a casa alguna vez con Tess. A decir verdad, a Tess le gusta tener cerca a su mamá. Y luego, una noche. Sí, fue uno de esos "y luego una noche". En un momento dado, fui y me senté a su lado en el sofá, en lugar de quedarme en mi sillón habitual al otro lado de la habitación. Sabes, mi deseo de ella nunca desapareció, solo quedó sepultado bajo un montón de cosas, todo un montón de rabia, a decir verdad, y entonces todo aquello se desbordó, ibum! Una verdadera oleada. A decir verdad, esos siete años habían acumulado toda una carga, de deseo, quiero decir, y quizá la rabia lo hiciera más intenso aún, por lo que fue sorprendentemente mayor de lo que solía ser. Y aquí viene lo bueno. Voy al sofá y ocurra lo que ocurra, y luego ella me dice: "Sabes, cuando te acercaste a mí, no sabía

si me ibas a pegar o a besarme". Creo que yo tampoco lo supe hasta que llegué al sofá. De veras».

Todo esto dicho al aire, a gran volumen, por un hombre de cuarenta y tantos, desgarrado y con el pelo rizado a lo Art Garfunkel, que paseaba un perro manchado. Pasó un momento antes de que Solanka viera los auriculares del móvil a través del halo de pelo rojo. En estos tiempos todos parecemos tíos raros o chiflados, pensó Solanka, al contar nuestros secretos al viento mientras deambulamos. Aquel era un magnífico ejemplo de la realidad contemporánea desintegrada que lo preocupaba. Art paseaperros, que de momento existía solo en el Continuo Telefónico -demorándose en el sonido del silencio- ignoraba por completo que, en la alternativa, o Continuo de la Calle Setenta, estaba revelando sus intimidades más profundas a los extraños. Eso era algo que al profesor Solanka le gustaba mucho en Nueva York: aquella sensación de ser desplazado por las historias de otros, de andar como un fantasma por una ciudad que estaba en el centro de una historia que no lo necesitaba como personaje. Y aquellos sentimientos encontrados del hombre hacia su esposa, pensó Solanka: donde dice esposa, léase América. Y tal vez yo esté yendo aún hacia el sofá.

Los periódicos del día le trajeron un consuelo inesperado. Debía de haber encendido la tele demasiado tarde para enterarse de las últimas novedades en las averiguaciones sobre los asesinatos de Sky-Ren-Bindy. Ahora, con ánimo ligero, leyó que el equipo de inspectores -tres comisarías habían unido sus fuerzas en la investigación-había citado a los tres galanes para interrogarlos. Los habían soltado luego y no se habían formulado cargos de momento, pero la actitud de los policías había sido seria y se había advertido a los jóvenes de que no se les ocurriera largarse a cualquier yate de la Riviera o playa del Asia sudoriental. La teoría del «Hombre del Jipijapa» había sido mayoritariamente desechada, lo que indicaba claramente que se pensaba que los sospechosos novios habían inventado al misterioso merodeador. En las fotos, Paquete, El Semental y Cachiporra parecían tres jóvenes muy asustados. Los comentarios de prensa, sin perder tiempo, relacionaron al instante el triple asesinato sin resolver con el de Nicole Brown Simpson y con la muerte de la pequeña Jon Benet Ramsey. «En esos casos, terminaba un editorial, lo más sensato es investigar en los círculos más próximos.»

-¿Puedo hablarle un momento?

Cuando volvió al apartamento, mareado de alivio, Mila lo esperaba en la entrada, sin acompañamiento pero sosteniendo en brazos una muñeca Cerebritito de mitad del tamaño natural. La transformación de sus modales era sorprendente. Había desaparecido su arrogancia de diosa de la calle, su actitud de reina del mundo. Era una joven tímida y torpe, con estrellas en los verdes ojos.

-Lo que dijo en el cine. Es usted, tiene que ser usted, ¿no? ¿Es usted ese profesor Solanka? «Cerebritito creada por el profesor Malik Solanka». Usted la inventó, le dio la vida. ¡Ah! Incluso tengo todos los vídeos de *Las aventuras*, y cuando cumplí los veintiún años papá fue a un comerciante especializado y me compró el guión original del episodio de Galileo, ya sabe, antes de que lo obligaran a quitar todas las palabrotas. Es lo más precioso que poseo. Bueno, dígame que tengo razón, porque si no estaré haciendo tal ridículo que mi *cool* habrá quedado destrozado para siempre. Bueno, ya está bastante destrozado, no tiene idea de lo que pensaron Eddie y los otros de que viniera aquí con una *muñeca*, por el amor de Dios.

Las defensas naturales de Solanka, ya disminuidas por su ánimo ligero, fueron arrolladas por una pasión tan extrema.

-Sí admitió. Sí, soy yo.

Ella lanzó un chillido sobreagudo y dio un salto en el aire a unas tres pulgadas del rostro de él.

-¡No! -gritó entonces, incapaz de dejar de dar saltos-. Ay *Dios*. Tengo que decírselo, profesor: usted *mola* totalmente. Y su CB, esta chica que tengo aquí, ha sido mi *obsesión* total durante la mayor parte de los últimos diez *años*. Me fijo en cada movimiento que hace. Y, como descubrió usted, ella es la *base* y la *fuentes de inspiración* de todo mi *estilo personal* de hoy. -Le tendió la mano-. Mila. Mila Milo. No se ría. Al principio era Milosevic, pero mi padre quería un nombre que todo el mundo pudiera pronunciar. Quiero decir que estamos en América, ¿no? Hay que simplificar. Mii-la My-lo. Estirando las sílabas exageradamente, hizo una mueca y luego sonrió. Suenan a, no sé, a *fertilizante*. O quizá a *cereal*.

El sintió brotar dentro de sí la antigua cólera mientras ella hablaba, la inmensa cólera, no calmada, de Cerebritito, que había permanecido todos aquellos años inexpresada e inexpresable. Aquella era la cólera que lo había llevado directamente al episodio del cuchillo... Hizo un enorme esfuerzo y la dominó. Era el primer día de su nueva etapa. Hoy no habría niebla roja, ni diatriba obscena, ni pérdida de memoria producida por la furia. Hoy se enfrentaría con el demonio y lo derribaría sobre la lona. Respira, se dijo. Respira.

Mila tenía aspecto preocupado.

-Profesor. ¿Se siente bien?

Él asintió deprisa, sí, sí. Y dijo lacónicamente:

-Entre, por favor. Quiero contarle una historia.

SEGUNDA PARTE

Sus primeras muñecas, los pequeños personajes que fabricó, cuando era más joven, para poblar las casas que diseñaba, estaban minuciosamente talladas en madera blanca y blanda, incluida la ropa, y pintadas luego, los trajes de colores vivos y los rostros llenos de detalles diminutos pero significativos; aquí una mejilla de mujer hinchada para insinuar un dolor de muelas, allá unas patas de gallo en el rabillo del ojo de algún tipo alegre. Desde aquellos comienzos distantes, había perdido interés por las casas, mientras que los personajes que creaba habían ganado en estatura y complejidad psicológica. Ahora comenzaban como figuritas de arcilla. La arcilla, con la que Dios, que no existía, hizo al hombre, que existía. Esa era la paradoja de la vida humana: su creador era ficticio, pero la vida misma era un hecho.

Él las consideraba personas. Cuando las estaba creando, eran tan reales para él como cualquiera que conociera. Una vez creadas, sin embargo, una vez que conocía su historia, las dejaba de buena gana vivir su vida: otras manos podían manipularlas ante las cámaras de televisión, otros artesanos podían moldearlas y reproducirlas. Lo único que le importaba era el personaje y la historia. El resto no era más que jugar con juguetes.

La única de sus creaciones de la que se enamoró la única que no quería que nadie más manipulara- le rompería el corazón. Fue, naturalmente, Cerebritito: primero una muñeca, luego una marioneta, después un dibujo animado y más tarde una actriz o, en diversas ocasiones, una animadora de televisión, gimnasta, bailarina o supermodelo vestida de Cerebritito. Su primera serie televisiva en programa de noche, de la que nadie esperaba gran cosa, se hizo más o menos exactamente como quería Malik Solanka. En aquel programa de búsqueda a través del tiempo, «CB» era la discípula, y los filósofos que encontraba los auténticos protagonistas. Cuando se trasladó a una hora de más audiencia, sin embargo, los ejecutivos del canal intervinieron pronto. El formato original se consideró demasiado intelectual. Se decidió que Cerebritito era la estrella y el nuevo *show* tenía que articularse a su alrededor. En lugar de viajar constantemente, ella necesitaba una ubicación y un elenco de personajes habituales con los que enfrentarse. Necesitaba un interés amoroso o, mejor aún, una serie de pretendientes, lo que permitiría que los actores jóvenes más de moda del momento aparecieran como invitados en el *show*, sin atarla a ella. Sobre todo, necesitaba comedia: comedia inteligente, comedia intelectual, sí, pero sin lugar a dudas tenía que haber muchas carcajadas. Probablemente incluso risas grabadas. Se podría facilitar, se facilitaría a Solanka guionistas que colaboraran con él a fin de desarrollar su buena idea para el gran público al que ahora llegaría. Eso era lo que quería él, ¿no? Llegar al público en general. Si una idea no se desarrollaba, moría. Esa era la realidad de la vida televisiva.

Así fue como Cerebritito se trasladó a la calle del Cerebro de Villacerebro, con toda una familia y una pandilla de vecinos cerebrales: tenía un hermano mayor llamado Cerebrón, había un laboratorio científico al cabo de la calle, llamado La Fuga de Cerebros, y hasta un lacónico vecino que era actor de cine y hacía películas de vaqueros (John Brayne). Resultaba penoso, pero, cuanto más bajaba el nivel del humor, mayores eran los índices de audiencia. *La calle del Cerebro* borró en un momento el recuerdo de *Las aventuras de Cerebritito* y tuvo una vida larga y lucrativa. En un momento dado, Malik Solanka aceptó lo inevitable y dejó el programa. Pero mantuvo su nombre en los títulos de crédito, se aseguró de que sus «derechos morales» sobre su creación quedaran protegidos, y negoció un porcentaje sustancial sobre los productos derivados. Ya no podía soportar el *show*. Sin embargo, Cerebritito pareció encantada de que se fuera.

Había crecido más que su creador, literalmente; ahora era de tamaño natural y varias pulgadas más alta que Solanka y se estaba buscando la vida. Como Ojo de Halcón, o Sherlock Holmes, o Jeeves, había ido más allá de la obra que lo creó, alcanzando la versión de libertad que existe en la ficción. Ahora promocionaba productos en la televisión, inauguraba supermercados, pronunciaba discursos de sobremesa, presentaba concursos de aficionados. Para cuando *Calle del Cerebro* terminó, era una personalidad televisiva hecha y derecha. Tuvo su propio programa de entrevistas, actuaba como artista invitada en nuevas comedias de éxito, desfilaba por la pasarela para Vivienne Westwood, y era atacada, por rebajar a la mujer, por Andrea Dworkin «las mujeres inteligentes no tienen que ser muñecas» y, por castrar a los hombres, por Karl Lagerfeld (¿«Qué verdadero hombre necesita una mujer con un, digamos, *vocabulario* mayor que el suyo»?). Ambos críticos accedieron inmediatamente, previos altos honorarios de consultor, a incorporarse al grupo de reflexión que había detrás de «CB», un equipo conocido en la BBC como Consorcio de Cerebritos. La primera película de chicle y palomitas de Cerebritito, *Cerebration*, fue un raro paso en falso y fracasó lamentablemente, pero el primer tomo de sus memorias (!) se encaramó a lo alto de las listas de éxitos de Amazon en cuanto fue anunciado, meses antes incluso de su publicación, apuntándose más de un cuarto de millón de ventas solo en compras anticipadas de *fans* histéricos decididos a ser los primeros.

Después de su publicación batió todos los récords; siguieron un segundo, tercer y cuarto tomos, uno por año y, según la estimación más prudente, se vendieron más de cincuenta millones de ejemplares en todo el mundo.

Se había convertido en la Maya Angelou del mundo de las muñecas, tan implacablemente autobiográfica como ese otro pájaro enjaulado, y su vida, en modelo para millones de jóvenes -sus humildes comienzos, sus años de lucha, sus arrolladuras victorias; y ¡oh, su intrepidez ante la pobreza y la crueldad! ¡Oh, su alegría cuando el Destino hizo de ella una de las Elegidas!-, entre las que la mismísima emperadora del *cool* de la calle Setenta Oeste, Mila Milo, se enorgullecía de contarse. ¡Su vida no vivida!, pensaba Solanka. Su historia imaginaria, en parte cuento de hadas de Dragones y Mazmorras, y en parte saga de gueto miserable, ¡y todo ello escrito para ella por «negros» de talento oscuro! Aquella no era la vida que él le había imaginado; no tenía nada que ver con la historia anterior que había ideado para su propio orgullo y placer. Aquella CB era una impostora, con una historia equivocada, diálogos equivocados, una personalidad equivocada, un guardarropa equivocado y un *cerebro* equivocado. En alguna parte del país de los medios de comunicación había un Castillo de If en el que la Cerebrita real estaba cautiva. En alguna parte había una Muñeca de la Máscara de Hierro.

Lo extraordinario de *sus fans* era su universalidad: a los chicos les gustaba tanto como a las chicas, a los adultos tanto como a los niños. Traspasaba todas las barreras de idioma, raza y clase. Se convertía, variadamente, en amante o confidente o modelo de sus admiradores. Los de Amazon situaron al principio su libro de memorias en las listas de *No ficción*. Tanto los lectores como el personal se resistieron a la decisión de trasladarlo, lo mismo que los siguientes volúmenes, al mundo de la fantasía. Cerebrita, alegaban, no era ya un simulacro. Era un fenómeno. La varita mágica del hada la había tocado, y era real.

Malik Solanka presenciaba todo aquello desde cierta distancia, con horror creciente. Aquella criatura de su propia imaginación, nacida de lo mejor de sí mismo y de su esfuerzo más puro, se estaba convirtiendo ante sus ojos en la clase de monstruo de celebridad horterá que más profundamente detestaba. La Cerebrita original y ahora destruida había sido realmente inteligente y *capaz* de plantar cara a Erasmo o Schopenhauer. Había sido bella y de lengua afilada, pero nadaba en el mar de las ideas y vivía la vida del espíritu. Aquella edición revisada, sobre la que hacía tiempo había perdido el control creativo, tenía la inteligencia de un chimpancé algo superior a la media. Día a día, se convertía en una criatura del microverso del espectáculo, sus vídeos musicales ¡sí, ahora era una artista que grababa!- eran más atrevidos que los de Madonna, sus apariciones en los estrenos, más hurleyantes que las de cualquier *starlet* que jamás pisara la alfombra roja llevando un vestido vertiginoso. Era una chica de videojuego y una *cover girl* y, al menos cuando se presentaba en persona (hay que recordarlo), esencialmente una mujer cuya *cabeza* quedaba completamente oculta tras la de la icónica muñeca. Sin embargo, muchas aspirantes al estrellato competían por hacer su papel, aunque el Consorcio de Cerebritos -que se había vuelto demasiado importante para que la BBC lo retuviera y se había convertido en una empresa independiente en auge, que rompería cualquier día la barrera de los mil millones de dólares insistiera en la mayor reserva; los nombres de las mujeres que daban vida a Cerebrita no se revelaban nunca, aunque los rumores abundaban, y los *paparazzi* de Europa y América, recurriendo a sus propias experiencias, pretendían poder identificar a esta actriz o a aquella modelo por los atributos, no faciales, que Cerebrita exhibía con tanto orgullo.

Sorprendentemente, la transformación en chica glamurosa no hizo perder admiradores a la Cerebrita de cabeza de látex, pero le reportó una nueva legión de admiradores adultos. Se había vuelto imparable, dando conferencias de prensa en las que hablaba de establecer su propia productora cinematográfica, lanzando su propia revista, en la que los consejos de belleza, el asesoramiento sobre formas de vida y la cultura contemporánea de vanguardia serían tratados al estilo Cerebrita, e incluso apareciendo a escala nacional, en los Estados Unidos, en la televisión por cable. Habría un espectáculo en Broadway estaba en tratos con los principales intérpretes del mundo musical, el querido Tim y el querido Elton y la querida Cameron y, desde luego, el querido, queridísimo Andrew y se preparaba una nueva película de gran presupuesto. Ésta no repetiría los errores sentimentales y quinceañeros de la primera, sino que crecería «orgánicamente» de sus memorias vendidas en tropecientos ejemplares.

-Cerebrita no es una Barbie Spice plástico-fantástica -dijo al mundo (había empezado a hablar de sí misma en tercera persona)- y la nueva película será muy humana y tendrá calidad a tope. Marty, Bobby, Brad, Gwynnie, Meg, Julia, Tom y Nic están todos interesados; y también Jenny, Puffy, Maddy, Robbie y Mick: creo que en estos tiempos todo el mundo quiere una Cerebrita.

El triunfo rápidamente ascendente de Cerebrita provocó inevitablemente muchos comentarios y análisis. Se hizo burla de sus admiradores, por tener una obsesión tan poco intelectual, pero enseguida apareció eminente gente de teatro para hablar de la antigua tradición del teatro de máscaras y de sus orígenes en Grecia y el Japón. «El actor con máscara se libera de su normalidad, de su cotidianidad. Su cuerpo adquiere libertades nuevas y notables. La máscara lo dicta. La máscara actúa.» El profesor Solanka se mantenía distante, rehusando todas las invitaciones para debatir sobre su incontrolada creación. Sin embargo, no podía rehusar el dinero. Los derechos de autor seguían afluyendo a su cuenta bancaria. La avaricia lo comprometía, y ese compromiso le tapaba la boca. Obligado por contrato a no atacar a la gallina de los huevos de oro, tenía que tragarse lo que pensaba y, al guardarse su opinión, se llenaba de la amarga bilis de sus muchos descontentos. A cada nueva iniciativa de los medios encabezada por el personaje que en otro tiempo había dibujado con tanta vivacidad y cuidado, su impotente furia aumentaba.

En la revista *Hello!*, Cerebrita -seguramente por unos honorarios de siete cifras- permitía a los lectores echar una ojeada íntima a su bella casa de campo, que, al parecer, era una antigua mole de estilo Reina Ana, no lejos del Príncipe de Gales en Gloucestershire, y Malika Solanka, cuya inspiración original habían sido las casas de muñecas del Rijksmuseum, se quedó atónito ante la desfachatez de aquella última inversión. ¿Así que, ahora, las grandes mansiones pertenecían a muñecas con ínfulas, mientras la mayor parte de la raza humana seguía viviendo en alojamientos insuficientes? La injusticia -en su opinión, la quiebra moral- de aquel fenómeno específico lo alarmó profundamente; sin embargo, estando él mismo muy lejos de la quiebra, se contuvo y aceptó el sucio dinero. Durante diez años, como hubiera podido decir «Art Garfunkel» en su teléfono, había acumulado un montón de odio a sí mismo y de rabia. La furia se alzaba sobre él como una ola de Hokusai rompiendo. Cerebrita era su hija delincuente transformada ahora en una gigante devastadora, que representaba todo lo que él despreciaba y pisoteaba con sus gigantescos pies todos los altos principios que él le había enseñado a ensalzar; incluidos, evidentemente, los suyos propios.

El fenómeno Cerebritito había despedido los noventa y no había indicios de que se le fuera a acabar el vapor en el nuevo milenio. Malik Solanka tuvo que admitir la terrible verdad. Odiaba a Cerebritito.

Entretanto, nada de aquello en que ponía su mano daba mucho resultado. Seguía abordando a las nuevas y exitosas compañías británicas de animación plástica, con personajes y guiones, pero le decían, amable o menos amablemente, que sus ideas no eran de actualidad. Para una empresa de jóvenes, se había convertido en algo mucho peor que simplemente más viejo: estaba pasado de moda. En una reunión para examinar su propuesta de un largometraje de animación sobre la vida de Nicolás Maquiavelo, se esforzó cuanto pudo por hablar el nuevo lenguaje de los negocios. La película, naturalmente, utilizaría animales antropomórficos para representar a sus modelos humanos.

-Realmente hay de todo -dijo torpemente entusiasmado-. ¡La edad de oro de Florencia! Los Medicis en todo su esplendor... ¡Aristogatos de plastilina de lo más cool! Siminina Vespuccio, la gata más bella del mundo, inmortalizada por el pintor Bochuchelli, amigo del Perrugino y discípulo del Perrochio. ¡El Nacimiento de la Venus Feliniana! ¡La Alejauría de la Primavera! Mientras tanto, Amérigo Vespuccio, el viejo lobo de mar, tío de Siminina, izarpa para descubrir América! ¡Jabonarrola, rata de sacristía, enciende la Hoguera de las Vanidades! Puede aparecer también algún dogo de Venecia. Y, en el centro de todo, un ratón. Pero no cualquier viejo personaje disneyano: es el ratón que inventó la *realpolitik*, el brillante autor de teatro, el distinguido roedor público, el ratón republicano que sobrevivió a la tortura del cruel príncipe gato y sueña en el exilio con el día de su glorioso retorno...

Lo interrumpió sin ceremonias un ejecutivo de la gente de la pasta, un joven regordete que no podía tener más de veintitrés años.

- Florencia es fenomenal dijo. No hay duda. Me encanta. Y Nicolás, ¿cómo lo ha llamado? Mickeyavelo parece... posible. Pero lo que tiene usted aquí -este tratamiento-, déjeme que se lo diga. Sencillamente, no se *merece* Florencia. Quizá, ¿eh?, no sea este el momento para un Renacimiento de plastilina.

Podría volver a escribir libros, pensó, pero pronto descubrió que no sentía ningún entusiasmo. La inexorabilidad del azar, la forma que tienen los acontecimientos de apartarte de tu rumbo, lo habían viciado, dejándolo inservible. Su antigua vida lo había abandonado para siempre y el nuevo mundo que había creado se le había escurrido entre los dedos. Era James Mason, una estrella en decadencia que bebía mucho y se ahogaba en fracasos, mientras aquella maldita muñeca volaba muy alto en el papel de Judy Garland. En el caso de Pinocho, los problemas de Gepetto terminaron cuando la condenada marioneta se convirtió en un niño vivo, real; en el de Cerebritito, como en el de Galatea, ese era el momento en que comenzaban. El profesor Solanka, ebrio de cólera, lanzó anatemas contra la ingrata Frankengirl: ¡Fuera de mi vista, que se vaya! Vete, hija desnaturalizada. Ve, no te conozco. No llevarás mi nombre. Nunca envíes a buscarme y nunca pidas mi bendición. Y no me llames padre nunca más.

Ella se fue de su casa en todas sus formas: dibujos, maquetas, cuadros, la infinita proliferación de Cerebritito en sus miríadas de versiones, papel, trapo, madera, plástico, célula animada, vídeo, película; y con ella, inevitablemente, se fue una versión, en otro tiempo preciosa, de él mismo. No había sido capaz de realizar la expulsión personalmente. Eleanor, que podía ver cómo aumentaba la crisis las rojas fisuras en los ojos del hombre al que amaba, el alcohol, el vagar sin rumbo- dijo, a su estilo amable y eficiente: «Vete un día y déjame a mí». Su propia carrera en el

mundo de la edición estaba en suspenso, Asmaan era toda la carrera que de momento necesitaba, pero había sido una mujer prometedora y la solicitaban mucho. También eso se lo ocultaba a él, pero no era tonto y sabía lo que significaba que Morgen Franz y los otros llamaran para hablar con ella y permanecieran al teléfono, persuasivamente, treinta minutos largos. La querían, él lo entendía, querían a todo el mundo excepto a él, pero al menos tendría su mezquina venganza; también él podía no querer algo, aunque solo fuera a aquella criatura falsa, aquella traidora, a aquella, aquella muñeca.

De forma que se fue de casa el día convenido, recorriendo Hampstead Heath a gran velocidad -vivían en una casa espaciosa, de dos fachadas, en Willow Road, y siempre se habían alegrado de tener el Heath, ese tesoro del norte de Londres, su pulmón, delante mismo de la puerta- y en su ausencia Eleanor lo embaló todo debidamente e hizo que lo llevaran a un guardamuebles. Él hubiera preferido que absolutamente todo fuera a parar al vertedero de basura de Highbury, pero también en eso transigió. Eleanor había insistido. Tenía un gran instinto archivero y, como él quería que ella se hiciera cargo del asunto, agitó la mano ante sus críticas como ante un mosquito, y no discutió. Anduvo durante horas, dejando que la música *cool* del Heath calmara su pecho agitado, las tranquilas palpitaciones de sus lentos senderos y árboles, y, más tarde ese día, las dulces cuerdas de un concierto de verano en los terrenos de Iveagh Bequest. Cuando volvió, Cerebritito se había ido. O casi. Porque, sin saberlo Eleanor, había una muñeca encerrada con llave en un armario del estudio de Solanka. Y allí se quedó.

La casa parecía vacía cuando volvió, vaciada, como parece una casa tras la muerte de un niño. Solanka se sentía como si de pronto hubiera envejecido veinte o treinta años; separado de la mejor obra de sus entusiasmos juveniles, se encontraba al fin cara a cara con el tiempo implacable. Waterford-Wajda había hablado de ese sentimiento en Addenbrooke, años antes.

-La vida se convierte en muy, no sé, finita. Te das cuenta de que no tienes nada, no eres de ninguna parte, solo estás utilizando cosas durante cierto tiempo. El mundo inanimado se ríe de ti: tú te irás pronto, pero él se quedará. No es muy profundo, Solly, es filosofía de Winnie the Pooh, lo sé, pero te destroza igual.

Aquello no era solo la muerte de un niño, pensaba Solanka: más bien un asesinato. Cronos devorando a su propia hija. Él era el asesino de su vástago ficticio: no carne de su carne sino sueño de su sueño. Sin embargo, había un niño vivo todavía despierto, sobreexcitado por los acontecimientos del día: la llegada de la furgoneta de la mudanza, los embaladores, el continuo ir y venir de cajas.

-He estado ayudando, papá -saludó Asmaan ansioso a su padre-. He ayudado a despachar a Cerebritito. -Tenía dificultades con las erres: *Cekbritito*. Eso está bien, pensó Solanka. Yo también lo celebro.

-Sí -respondió distraído-. Bien hecho.

Pero Asmaan tenía más cosas que decir.

-¿Por qué ha tenido que marcharse, papá? Mamá dijo que tú querías que se fuera.

-Ah, mamá lo dijo. Gracias, mamá. Fulminó a Eleanor, que se encogió de hombros.

-Realmente, no sabía qué decirle. Eso te corresponde.

En la televisión infantil, los cómics y las grabaciones sonoras de sus legendarias memorias, la personalidad proteica de Cerebritito habían llegado y cautivado a niños menores aún que Asmaan Solanka. A los tres años no se era demasiado joven para enamorarse del más universalmente atractivo de los iconos contemporáneos. Se podía echar a CB de la casa de Willow Road, pero ¿se la podía expulsar de la imaginación del hijo de su creador?

Quiero que vuelva dijo Asmaan categóricamente. Que vuelva era *que güelva*. Quiero a Celebrito.

La sinfonía pastoral de Hampstead Heath cedía paso a las disonantes discordias de la vida familiar. Solanka sintió que las nubes se cerraban a su alrededor otra vez.

Había llegado el momento de que se fuera dijo cogiendo en brazos a Asmaan, que se resistió con fuerza, reaccionando inconscientemente, como hacen los niños, al mal humor de su padre. -¡No! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Estaba exhausto y enfadado, como lo estaba Solanka. -Quiero ver un vídeo -pidió. *Vírdeo*-. Quiero ver un *vírdeo* de Celebrito.

Malik Solanka, desestabilizado por el impacto de la falta del archivo de Cerebrito, de su exilio a alguna Elba para muñecas, a alguna ciudad del Mar Negro, como la desolada Tomis de Ovidio, para juguetes indeseados y viejos, se había visto hundido de forma inesperada en un estado parecido al duelo, y estimó que el mal genio de su hijo a aquella hora tardía era una provocación inaceptable.

-Es demasiado tarde. Pórtate bien -dijo bruscamente, y Asmaan, a su vez, se acurrucó en la alfombra del cuarto de estar y utilizó su truco más reciente: un estallido de lágrimas de cocodrilo impresionantemente convincentes, Solanka, tan infantil como su hijo y sin la excusa de tener tres años, se revolvió contra Eleanor.

-Supongo que ésta es tu forma de castigarme -dijo.- Si no querías deshacerte de esas cosas, por qué no lo dijiste. Por qué utilizarlo a él. Hubiera tenido que darme cuenta de que tropezaría otra vez con problemas. Con alguna manipulación de mierda como ésta.

-Por favor, no me hables así delante de él -dijo ella, cogiendo a Asmaan en sus brazos-. Lo entiende todo. -Solanka se dio cuenta de que el niño dejaba que su madre se lo llevara a la cama sin defenderse en absoluto, hundiendo la nariz en el largo cuello de Eleanor-. De hecho -siguió diciendo desapasionadamente-, después de trabajar todo el día para ti, pensé, tontamente como se ve, que podríamos aprovechar la ocasión para empezar de nuevo. Saqué una pata de cordero del congelador y la froté con comino, llamé a la floristería, Dios qué idiota, para que nos mandaran capuchinas. Y encontrarás tres botellas de Tignatello en la mesa de la cocina. Una para disfrutar, dos para tener una de más y tres para amar. Quizá lo recuerdes. Solías decirlo. Pero estoy segura de que ya no se te puede molestar con una cena romántica a la luz de las velas con una esposa aburrida y ya no tan joven.

Se habían estado alejando; ella hacia la experiencia envolvente y a jornada completa de su primera maternidad, que la colmaba plenamente y estaba ansiosa de repetir, y él hacia aquella niebla de fracaso y asco de sí mismo que la bebida hacía cada vez más densa. Sin embargo, su matrimonio no se había roto, gracias en gran parte al alma generosa de Eleanor, y a Asmaan. Asmaan, que adoraba los libros y a quien se podía leer durante horas; Asmaan en su columpio del jardín, pidiendo a Malik que le diera vueltas y más vueltas para poder darlas luego en sentido contrario, convertido en un borrrón vertiginoso; Asmaan a horcajadas en los hombros de su padre, agachando la cabeza bajo el dintel de las puertas («¡Tengo mucho cuidado, papá!»); Asmaan persiguiendo y siendo perseguido, Asmaan escondiéndose bajo sábanas y montones de almohadas; Asmaan tratando de cantar «*Rock around the clock*» -*rot around the tot* y, quizá más que nada, saltando. Le encantaba dar saltos en la cama de sus padres, mientras sus muñecos de peluche lo jaleaban.

-Mírame -gritaba (*mídame*)-. ¡Salto muy bien! ¡Salto cada vez más alto!

Era la joven encarnación de su antiguo amor siempre retozón.

Cuando su hijo llenaba sus vidas de alegría, Eleanor y Malik Solanka podían refugiarse en la fantasía de una felicidad familiar intacta. En otras ocasiones, sin embargo, las resquebrajaduras se hacían cada vez mas evidentes. Ella encontraba la infelicidad absorta en sí misma de él, sus constantes recriminaciones por supuestos desaires, más tediosos y estresantes de lo que ella tenía la crueldad de dejar ver; él, atrapado en su espiral descendente, la acusaba de no hacer caso de él ni de sus preocupaciones. En la cama, susurrando para no despertar a Asmaan, que dormía en un colchón en el suelo a su lado, ella se quejaba de que Malik nunca tomara la iniciativa; él replicaba que ella había perdido todo interés por el sexo, salvo cuando podía quedarse embarazada. Y era entonces cuando, habitualmente, se peleaban: sí, no, por favor, no puedo, por qué no, porque no quiero, pero es que tengo tantas ganas, bueno, yo no tengo ninguna, pero es que no quiero que ese niño encantador sea hijo único como yo, y yo no quiero ser padre otra vez a mi edad, tendré ya más de setenta para cuando Asmaan cumpla los veinte. Y entonces lágrimas y enojos, y la mitad de las veces Solanka pasaba la noche en la habitación de invitados. Consejo a los maridos, pensaba amargamente: aseguraos de que el cuarto de huéspedes sea cómodo, porque, antes o después, muchachos, será el vuestro.

Eleanor aguardaba tensa junto a la escalera su respuesta a la invitación a una noche de paz y amor. El tiempo pasaba a ritmo lento, acercándose al momento decisivo. Si estaba de humor y quería, él podría aceptar la invitación de ella y entonces, sí, seguiría una agradable velada: comida riquísima y, si a su edad tres botellas de Tignanello no lo hacían dormirse enseguida, los dos harían sin duda el amor como en los viejos tiempos. Pero había un gusano en el Paraíso, y él no pasó la prueba.

-Supongo que estás ovulando -dijo, y ella apartó bruscamente la cara, como si la hubiera abofeteado.

-No -mintió, y luego, aceptando lo inevitable-: Muy bien, sí. Pero ¿no podríamos simplemente...? Me gustaría que comprendieras lo desesperada que..., al diablo, es inútil.

Se fue con Asmaan, incapaz de contener las lágrimas.

-Me iré a la cama también cuando lo meta a él, ¿sabes? -dijo, llorando furiosa. Haz lo que quieras. Pero no dejes el cordero en ese maldito horno. Sácalo y tíralo a ese cubo de mierda.

Cuando Asmaan subía las escaleras en brazos de su madre, Solanka oyó la preocupación en su vocecita cansada:

-Papá no está enfadado -dijo Asmaan, tranquilizándose a sí mismo, queriendo que lo tranquilizaran. Enfadado era *fadado*-. Papá no quiere echarme.

Solo en la cocina, el profesor Malik Solanka comenzó a beber. El vino era tan bueno y convincente como siempre, pero él no bebía para disfrutar. Sin aflojar el ritmo, se fue cepillando las botellas y, mientras lo hacía, los demonios salieron arrastrándose por los diversos orificios de su cuerpo, deslizándose por su nariz y

saliendo por sus orejas, regateando y metiéndose por todas las aberturas que podían encontrar. Al llegar al fondo de la primera botella, le bailaban en los globos oculares, las uñas, habían arrollado su lengua áspera y lamedora en torno a su garganta, le pinchaban con lanzas en los genitales, y lo único que podía oír era su canto escarlata de un odio estridente y sumamente horrible. Había superado ahora la autocompasión y entrado en una cólera terrible y acusadora y, al terminar la segunda botella, cuando su cabeza se movía de un lado a otro sobre su cuello, los demonios lo besaron con sus lenguas bífidas y enrollaron la cola en torno a su pene, frotándolo y apretándolo y, mientras escuchaba su charla obscena, la culpa imperdonable de lo que él había llegado a ser había empezado a depositarse en la mujer de arriba, la que estaba más próxima, la traidora que se había negado a destruir a su enemiga, su némesis, la muñeca, la que había vertido el veneno de Cerebritito en el cerebro de su hijo, volviendo al hijo contra el padre, que había destruido la paz de su vida familiar, al preferir el niño no engendrado que la obsesionaba a un marido realmente existente, ella su mujer, la que lo traicionaba, su único gran enemigo. Cayó la tercera botella, semiacabada, sobre la mesa de la cocina que ella había puesto con tanto amor para la cena *à deux*, utilizando el antiguo mantel de encaje de su madre y sus mejores cubiertos, y un par de copas de vino rojas de Bohemia, de largo pie y, mientras el líquido rojo se derramaba por el encaje antiguo, recordó que se había olvidado del maldito cordero y, cuando abrió la puerta del horno, el humo brotó, disparando el detector del techo, y el alarido de la alarma fue la risa de los demonios, y para pararlo, PARARLO, tuvo que coger el taburete y subirse sobre las inseguras patas, oscuras de vino, para quitar las pilas a aquel maldito trasto estúpido, muy bien, muy bien, pero incluso cuando lo había hecho sin partirse el maldito cuello, los demonios siguieron riéndose a risotadas, y la habitación continuaba llena de humo, maldita fuera, no hubiera podido hacer ella aquella menudencia y qué haría falta para detener aquel alarido que había dentro de su cabeza, aquel alarido como un cuchillo, como un cuchillo en su cerebro en su oído en su ojo en su estómago en su corazón en su alma, no hubiera podido aquella furcia sacar sencillamente la carne y dejarla allí mismo, sobre la tabla de trincar, junto al acero de afilar, el largo tenedor y el cuchillo, el cuchillo de trincar, el cuchillo.

Era una casa grande y la alarma de incendio no había despertado a Eleanor ni a Asmaan, que estaba ya en la cama de ella, la cama de Malik. Pues sí que había sido resultado útil aquel sistema de alarma, eh. Y allí estaba él, de pie sobre ellos en la oscuridad, y allí en su mano estaba el cuchillo de trincar, y no había sistema de alarma que los advirtiera contra él, ninguno, Eleanor echada sobre la espalda con la boca ligeramente abierta y un bajo runruneo de ronquido resonando en su nariz, Asmaan a su lado, hecho un ovillo contra ella, durmiendo el sueño profundo y puro de la inocencia y la confianza. Asmaan murmuraba inaudiblemente en sueños y el sonido de su débil voz atravesó los chillidos de los demonios y devolvió a su padre el sentido. Ante él estaba su único hijo, el único ser vivo bajo su techo que sabía aún que el mundo era un lugar maravilloso y la vida era bonita y el momento actual lo era todo y el futuro infinito y no hacía falta pensar en él, mientras que el pasado era inútil y por fortuna había desaparecido para siempre, y él, un niño envuelto en la suave capa de mago de la infancia, era más querido de lo que se podía expresar con palabras, y estaba seguro. Malik Solanka entró en pánico. Qué hacía allí de pie sobre aquellos dos durmientes con un, con un, cuchillo, no era la clase de persona que hace una cosa así, todos los días se lee algo de esas personas en la prensa sensacionalista, hombres toscos y mujeres taimadas que asesinan a sus bebés y se comían a sus abuelas, fríos asesinos en serie y pedófilos atormentados y desvergonzados que cometían abusos deshonestos y padrastrós perversos y monos de Neanderthal violentos y estúpidos y todos los brutos primitivos y sin educar del mundo, y eran otras personas completamente distintas, en aquella casa no había de esas personas, luego él, Malik Solanka, en otro tiempo profesor del King's College de la Universidad de Cambridge, él,

menos que nadie, podía estar allí sosteniendo en su mano borracha un salvaje instrumento de muerte. Q.E.D. Y, de todas formas, nunca fui bueno con la carne, Eleanor. Siempre eras tú la que trinchabas.

La muñeca, pensó con un sobresalto eructante y vinoso. ¡Claro! La culpa era de aquella muñeca satánica. Él había expulsado de la casa a todos los avatares de la diablesa, pero quedaba uno. Aquello había sido un error. Ella había salido arrastrándose de su armario y bajado por su nariz y le había dado el cuchillo de trinchar y lo había enviado a hacer su sangriento trabajo. Pero él sabía dónde se escondía. No podía escapársele. El profesor Solanka se volvió y salió de la alcoba, con el cuchillo en la mano, farfullando y, si Eleanor abrió los ojos cuando se fue, no lo supo; si ella lo vio retirarse y supo y lo juzgó, debería decirlo ella.

Se había hecho oscuro fuera, en la calle Setenta Oeste. Cerebritito estaba sobre sus rodillas cuando él terminó de hablar. Tenía la ropa acuchillada y desgarrada, y se podía ver dónde había hecho el cuchillo profundas incisiones en su cuerpo.

Incluso después de haberla apuñalado, como puede ver, no pude dejarla atrás. Durante todo el viaje a América tuve su cuerpo entre mis brazos.

La muñeca de Mila interrogaba en silencio a su gemela maltratada.

Ahora lo sabe ya todo, que es mucho más de lo que quería dijo Solanka-. Sabe cómo esa cosa maldita ha destrozado mi vida.

Los ojos verdes de Mila Milo ardían. Se acercó y le cogió las manos entre las suyas.

-No lo creo -dijo-. Su vida no está destrozada. Y esas, ivamos, profesor!, no son más que *muñecas*.

-A veces tiene un aspecto que me recuerda a mi padre antes de morir -dijo Mila Milo, alegremente inconsciente de cómo podría acoger esa frase su interlocutor-. Una especie de vaguedad, como una foto cuando la mano del fotógrafo ha temblado un poco. Como Robin Williams, en esa película en que está siempre desenfocado. Una vez le pregunté a papá qué quería decir eso y dijo que era el aspecto de una persona que ha pasado mucho tiempo con otros seres humanos. La raza humana es una cadena perpetua, dijo, una dura reclusión, y a veces todos necesitamos escaparnos de esa cárcel. Era escritor, sobre todo poeta pero también novelista, no habrá oído de él, pero en serbocroata se le considera muy bueno. *Nobélisable*, como dicen los franceses, pero nunca lo consiguió. No vivió lo suficiente, supongo. Sin embargo. Créame. Era bueno. La profundidad de su relación con el mundo natural, su sentimiento por los antiguos, por el folklore: era único en su género. Duendes que entraban o salían de un salto de las flores, me burlaba yo. La flor del interior del duende sería mejor, respondía él. El recuerdo de un río luminoso y puro en el corazón de Satán. Tiene que comprender que la religión era importante para él. Vivía sobre todo en las ciudades, pero su alma estaba en las colinas. Un alma vieja, lo llamaba la gente. Pero también era joven de corazón, ¿sabe? Realmente. No sé cómo se las arreglaba. Más divertido que un montón de monos. La mayor parte del tiempo. No lo dejaban en paz, siempre hurgándole en la cabeza. Vivimos en París durante años después de haberse librado él de Tito, yo fui a la Escuela Americana hasta los ocho años, casi nueve, mi mamá, por desgracia, murió cuando yo tenía tres, tres y medio, cáncer de mama, no se puede hacer nada, la mató muy deprisa y con mucho dolor, en paz descanse. En cualquier caso, él recibía cartas de casa y yo se las abría y allí, estampado en la primera página de una carta, no sé si

de su *hermana* o de quién, había un gran sello oficial que decía: *Esta carta no ha sido censurada*. ¡JA! A mediados de los ochenta fui con él a Nueva York, a la gran conferencia del PEN Club, aquella famosa en que hubo todas aquellas fiestas, una en el Templo de Dendur en el Metropolitan y otra en el apartamento de Saúl y Gayfryd Steinberg, y nadie pudo decidir cuál era la más fastuosa, y Norman Mailer invitó a George Shultz a hablar en la Public Library, de manera que los sudafricanos boicotearon el evento porque era algo así como partidario del *apartheid*, y los hombres de la seguridad de Shultz no dejaban entrar a Bellow porque se había olvidado la invitación, y eso lo convertía en posible terrorista, hasta que Mailer respondió por él, ¡a Bellow debió de *encantarle* aquello!, y entonces las escritoras protestaron porque los oradores invitados eran casi todos hombres, y Susan Sontag o Nadine Gordimer las riñeron porque, dijo Nadine o Susan, lo he olvidado, la literatura no tiene nada que ver con la igualdad de oportunidades. Y, creo que fue Cynthia Ozick, acusó a Bruno Kreisky de antisemita, a pesar de ser: a) judío, y b) el político europeo que había acogido más refugiados judíos rusos, y todo ello porque había tenido una entrevista con Arafat, una entrevista, lo que hace a Ehud Barak o Clinton *realmente* antisemitas, ¿no?, quiero decir que ahí en Camp David va a estar la Internacional de Judiófobos. Y en cualquier caso papá habló también, la conferencia tenía algún título pomposo como «La imaginación del escritor frente a la imaginación del Estado», y después de que alguien, lo he olvidado, Oz o Breitenbach, dijo que el Estado no tenía imaginación, papá dijo que, al contrario, no solo tenía imaginación sino que tenía también sentido del humor, e iba a poner un ejemplo de broma gastada por el Estado, y entonces contó la historia de la carta no censurada, y yo estaba entre el público y me sentí muy orgullosa porque todo el mundo se rió y, después de todo, fui yo quien abrió la carta. Fui con él a todas las sesiones, ¿hablas en serio?, estaba loca por los escritores, había sido hija de escritor toda la vida y los libros eran para mí lo mejor que había, y fue tan *cool*, porque me dejaron asistir a todo, aunque era pequeña. Fue tan fenomenal ver a mi papá por fin con sus iguales y tan respetado, y además por allí andaban todos aquellos nombres unidos a las personas de carne y hueso a las que pertenecían, Donald Barthelme, Günter Grass, Czeslaw Milosz, Grace Paley, John Updike, todos. Pero al final mi padre tenía aquella expresión en la cara, como la que usted tiene, y me dejó con la tía Kitty de Chelsea, no mi tía verdadera, ella y papá habían tenido un asunto de unos cinco minutos... Hubiera tenido que verlo con las mujeres, era un gran tipo atractivo, de manos y bigotes grandes como, supongo, Stalin, y miraba a las mujeres a los ojos y empezaba a hablar de animales en celo, lobos por ejemplo, y ya estaba, ellas flipaban. Juro por Dios que aquellas señoras hacían cola realmente, él se iba a la habitación del hotel y formaban una cola allí al lado, una verdadera cola como Dios manda, las mujeres más sensacionales que se pueda imaginar, con las rodillas temblando de deseo; y es una suerte que me gustara mucho leer y, por una vez, había también televisión americana que mirar, de manera que yo estaba muy bien en la otra habitación, estupendamente, aunque muchas veces tenía ganas de salir y preguntar a las mujeres que aguardaban a que les llegara el turno algo así como ¿oigan, no tienen nada mejor que hacer? Solo se trata de una polla, por el amor del cielo, disfruten de la vida. Sí, yo solía escandalizar a mucha gente, crecí deprisa porque éramos siempre mi papá y yo, siempre él y yo contra el mundo. En cualquier caso, creo que me gustaba la tía Kitty, debió de pasar el examen porque, como premio, tuvo que cuidar de mí durante dos semanas mientras papá se iba con dos profesores, creo que a andar por los Apalaches; el excursionismo era lo que le gustaba para eliminar sus sobredosis de gente, y siempre volvía con un aspecto distinto, como más limpio, ¿sabe? Yo lo llamaba su *look* Moisés. Cuando bajó de la montaña, ya sabe, con el Decálogo. Solo que en el caso de papá era, normalmente, poesía. En cualquier caso, para hacerle corto el cuento, unos cinco minutos después de acabar de parlotear por las montañas con los profesores, le ofrecieron un puesto en la Universidad de Columbia y nos trasladamos permanentemente a Nueva York. Lo que me encantó, desde luego, pero él era,

digamos, una persona del campo y además un europeo recalcitrante, de manera que para él fue más duro. Sin embargo, estaba acostumbrado a trabajar con lo que había, a utilizar lo que la vida le enviaba. Es verdad, bebía como un verdadero yugoslavo y fumaba alrededor de un centenar diarios y tenía el corazón débil, sabía que nunca llegaría a viejo, pero había tomado una decisión sobre su vida. Ya sabe, como *El negro del Narciso*. Viviré hasta que me muera. Y eso fue lo que hizo, escribió cosas estupendas y tuvo una vida sexual estupenda y fumó puros estupendos y bebió un alcohol estupendo y entonces empezó la maldita guerra y de repente se convirtió en aquella persona que yo no conocía, en aquel, supongo, serbio. Sabe, despreciaba al tipo que llamaba el otro Milosevic, detestaba llevar el mismo nombre, y esa es realmente la razón de que se lo cambiara, si quiere saber la verdad. Para distinguir al Milo poeta del Milosevic cerdo gánster fascista. Pero después de que todo fue allí una locura al tratar de ser ex Yugo, lo afectó mucho la demonización de los serbios, aunque estaba de acuerdo con la mayor parte del análisis de lo que Milosevic estaba haciendo en Croacia e iba a hacer en Bosnia, se enardecía por todo el discurso antiserbio y, en un momento de locura, decidió que su obligación era volver y ser la conciencia moral del país, ya sabe, como Stephen Dedalus, forjar en la fragua de su alma, etcétera, etcétera, o ser una especie de Solzhenitsyn serbio. Yo le dije que se dejara de bobadas, quién era Solzhenitsyn de todas formas, sino un viejo chalado de Vermont que soñaba con ser profeta otra vez en la Madre Rusia, pero cuando llegó allá nadie quería escuchar de nuevo su vieja canción, no creo que ese sea el camino que quieres seguir, papá, lo tuyo son las mujeres y los cigarrillos y el trago y las montañas y trabajo trabajo trabajo, la idea era dejar que todo eso te matara, ¿no?, el plan era mantenerse lejos de Milosevic y sus asesinos, por no hablar de las bombas. Pero él no me escuchó y, en lugar de atenerse a las reglas del juego, cogió un avión para volver allá, a la furia. Eso es lo que había empezado a decir, profesor, no me hable de la furia, sé lo que es capaz de hacer. América, a causa de su omnipotencia, está llena de miedo; teme la furia del mundo y la rebautiza envidia, o eso solía decir mi papá. Creen que queremos ser ellos, decía después de atizarse unos cuantos tragos de matarratas, pero la verdad es que estamos furiosos como el demonio y no queremos seguir aguantando. Comprende, sabía lo que era la furia. Pero luego dejó de lado lo que sabía y se portó como un maldito idiota. Porque, unos cinco minutos después de haber aterrizado en Belgrado o quizá fueran cinco horas o cinco días o cinco semanas, a quien le *importa*, ¿no?-, la furia lo hizo pedazos y no quedó de él lo suficiente para reunirlo y meterlo en una caja. De manera que, sí, profesor, y usted está furioso por una muñeca. Bueno, perdóneme.

El tiempo había cambiado. El calor de principios del verano había dejado paso a un tiempo trastornado e imprevisible. Había muchas nubes y demasiada lluvia, y días de calor matutino que se hacían bruscamente fríos tras el almuerzo, haciendo estremecerse a las chicas de vestido de verano y a los patinadores de torso desnudo del parque, con aquellos misteriosos cinturones de cuero estrechamente apretados en el pecho, como penitencias autoimpuestas, debajo mismo de los pectorales. En los rostros de sus conciudadanos, el profesor Solanka discernía nuevas perplejidades; las cosas en que habían confiado, veranos veraniegos, gasolina barata, los brazos lanzadores de David Cone y hasta de Orlando Hernández, todo eso había empezado a fallarles. Un Concorde se estrelló en Francia, y la gente se imaginó que veía una parte de sus propios sueños del futuro, el futuro en que también ellos romperían las barreras que los habían retenido, el futuro imaginario de su propia carencia de límites, ascendiendo entre aquellas llamas horribles.

También aquella edad de oro debía terminar, pensó Solanka, como terminan todos los períodos de la crónica humana. Tal vez aquella verdad estaba comenzando apenas a deslizarse en la conciencia de la gente, como la llovizna que goteaba dentro

de los cuellos vueltos de los impermeables, semejante a un puñal que se introdujera entre las rendijas de su confianza acorazada. En un año de elecciones, la confianza de América era moneda política. No podía negarse su existencia; los responsables se atribuían el mérito, sus oponentes se lo negaban, diciendo que se debía a Dios o si no a Alan Greenspan, de la Reserva Federal. Sin embargo, somos como somos y la incertidumbre está en el corazón de lo que somos, la incertidumbre *per se*, en sí y de por sí, el sentimiento de que nada está escrito en la piedra, todo se desmorona. Como seguía diciendo aún Marx probablemente en el depósito de chatarra de las ideas, la Santa Elena intelectual a la que había sido exiliado, todo lo sólido se desvanece en el aire. En un ambiente general de tal confianza diariamente pregonada, ¿dónde se escondían nuestros miedos? ¿De qué se alimentaban? De nosotros mismos quizá, pensó Solanka. Mientras el billete verde era todopoderoso y América cabalgaba sobre el mundo, los trastornos psicológicos y las aberraciones de toda clase hacían su agosto en casa. Bajo la retórica autosatisfecha de aquella América de nuevo envase, homogeneizada, aquella América de veintidós millones de nuevos puestos de trabajo y la mayor tasa de propiedad de viviendas de la historia, aquella América-Centro Comercial de presupuesto equilibrado, bajo déficit y valores bursátiles, la gente estaba estresada, se venía abajo y hablaba de ello todo el día en retahilas de tópicos imbéciles. Entre los jóvenes, herederos de la abundancia, el problema se agravaba. Mila, con su educación parisina ultraprecoz, se refería a veces con desdén a sus contemporáneos. Todo el mundo estaba asustado, decía, toda la gente que conocía, por atractiva que fuera su fachada, temblaba interiormente, y daba igual que todos fueran ricos. Entre los sexos el problema era aún peor. «Los chicos no saben ya realmente cómo ni cuándo ni dónde tocar a las chicas, y las chicas apenas pueden distinguir entre deseo y agresión, coqueteo e insulto, amor y abusos sexuales.» Cuando todo y todos los que tocas se convierten al instante en oro, como aprendió el rey Midas en otra fábula clásica de «ten cuidado con lo que desees», se termina por no ser capaz de tocar nada ni a nadie.

Mila había cambiado también últimamente, pero en su casa la transformación era, en opinión del profesor Solanka, una gran mejora con respecto a la chiquilla irresponsable, dándose aún a los veinte aires de adolescente, que había pretendido ser. Para conservar a su guapo Eddie, el ídolo deportivo del colegio -que describió a Solanka como «no es una lumbrera pero tiene buen corazón» y para el que una mujer inteligente y culta sería, indudablemente, una disuasión y una amenaza había amortiguado su propia luz. No por completo, había que decirlo: después de todo, había conseguido arrastrar a su amigo y al resto de los chicos a un programa doble de Kieslowski, lo que quería decir que no eran tan tontos como parecían o que ella tenía poderes de persuasión mayores aún que los que Solanka le había supuesto.

Día a día, ante los ojos asombrados de Malik, se iba abriendo para convertirse en una mujer ingeniosa y competente. Empezó a visitarlo a todas horas: temprano, para obligarlo a desayunar porque él tenía la costumbre de no comer nada hasta el crepúsculo, costumbre que ella había calificado de «claramente bárbara y *tan* mala para usted», de forma que, bajo su tutela, había comenzado a aprender los misterios de los copos de avena y el salvado, y a tomar diariamente, con su café recién hecho, una fruta matutina al menos, o bien en las tórridas horas de la tarde, tradicionalmente reservadas a los amores ilícitos. Sin embargo, al parecer no pensaba en el amor. Lo iniciaba en placeres más sencillos: té verde con miel, paseos por el parque, salidas de compras «Profesor, la situación es crítica; tenemos que tomar medidas *inmediatas* y *drásticas* para comprarle ropa que pueda llevar» e incluso una visita al Planetarium. Cuando él estaba con ella en el centro del Big Bang, sin sombrero, vestido informalmente, calzado reciente y elásticamente con el primer par de zapatillas de deporte que se había comprado en treinta años, y sintiéndose como si ella fuera su

madre y él un niño de la edad de Asmaan bueno, quizá un poco más-, ella se volvió hacia él, se inclinó un poco, porque con tacones era por lo menos seis pulgadas más alta que él, y la verdad es que le cogió el rostro entre las manos. «Aquí está, profesor, en el principio mismo de las cosas. Y con buen aspecto además. ¡Anímese, por el amor de Dios! Es bueno empezar de nuevo.» A su alrededor comenzaba un nuevo ciclo de Tiempo. Así fue como comenzó todo: ibum! Las cosas volaban en pedazos. El centro no aguantaba. Pero el nacimiento del Universo era una metáfora complaciente. Lo que seguía no era solo la anarquía de Yeats. Mira, la materia se aglutinaba con otra materia, la sopa primitiva se hacía grumosa. Luego venían las estrellas, los planetas, los organismos unicelulares, los peces, los periodistas, los dinosaurios, los abogados, los mamíferos. La vida, la vida. Sí, Finnegan, comenzar de nuevo, pensó Malik Solanka. Finn MacCool, no duermas más, chupándote el poderoso pulgar. Despierta, Finnegan.

Ella venía también para hablar, como movida por una profunda necesidad de reciprocidad. En esas ocasiones hablaba con una franqueza y velocidad casi aterradoras, sin escatimar sus fuerzas; pero el propósito de sus soliloquios no era el pugilismo sino la amistad. Solanka, al acoger sus palabras con la intención que las animaba, se sentía muy calmado. Con su conversación aprendía con frecuencia cosas de mucha importancia, cogiendo la sabiduría al vuelo, por decirlo así; había pepitas de placer inadvertidas por casi todas partes, como juguetes desechados, en los rincones de su charla. Esta, por ejemplo, mientras explicaba por qué un antiguo novio la había dejado, cosa que ella encontraba claramente tan inverosímil como el propio Solanka:

-Estaba podrido de dinero y yo no.- Se encogió de hombros.- Para él era un problema. Quiero decir el que yo estuviera ya en mis veintitantos y no tuviera todavía mi unidad.

¿Unidad? A Solanka le habían dicho Jack Rhinehart que la palabra se utilizaba en algunos círculos machistas americanos para designar los genitales masculinos, pero era de suponer que a Mila no la habían dejado plantada por falta de ellos. Mila definió el término como si hablase a un niño poco despierto pero simpático, utilizando el tono cuidadoso, de guía para idiotas, que Solanka le había oído emplear ocasionalmente al hablar con Eddie.

-Una unidad, profesor, es un centenar de millones de dólares.

Solanka se sintió aturdido por la reveladora belleza del hecho. Un siglo de billetes grandes: el precio de admisión contemporáneo para los Campos Elíseos de los Estados Unidos. Esa era la vida de los jóvenes en la América del incipiente tercer milenio. El que una chica de excepcional belleza y gran inteligencia pudiera ser considerada inapropiada por una razón fiscalmente tan exacta, dijo Solanka a Mila gravemente, solo demostraba que los criterios americanos en cuestiones del corazón o, por lo menos, en el juego de parejas, habían aumentado más aún que los precios de la propiedad inmobiliaria.

-Bien dicho, profesor -replicó Mila. Entonces los dos soltaron una carcajada que Solanka no había oído surgir de su propia boca en una eternidad. La risa sin trabas de la juventud.

Comprendió que ella lo había convertido en uno de sus proyectos. La especialidad de Mila había resultado ser coleccionar y reparar personas deterioradas. Fue totalmente franca cuando él se lo preguntó:

-Eso es lo que sé hacer. Remendar personas. Hay quien arregla casas. Yo renuevo a la gente.

De manera que, a sus ojos, él era como una vieja mansión, o por lo menos como aquel viejo dúplex del Upper West Side que él había subarrendado, aquel hermoso espacio que no había sido adecentado, probablemente, desde los sesenta y había empezado a parecer un poco trágico; por dentro y por fuera, dijo ella, había llegado el momento de un *look* totalmente nuevo.

-Siempre que no me cuelgue de la fachada ningún andamio lleno de decoradores punjabies ruidosos, malhablados y fumadores de *bidis* -había asentido él. (Gracias a Dios, los trabajadores de la construcción habían hecho su trabajo y se habían ido; solo había quedado el barullo característico de la calle. Sin embargo, hasta ese jaleo parecía más apagado que antes.)

Ella desveló también, en beneficio de Solanka, a sus amigos, la tropa de vampiros de las escaleras, que se convirtieron en algo más que simples poses. Ella había trabajado también con ellos y estaba orgullosa de sus propios logros, y de los de ellos.

-Llevó tiempo: les gustaban realmente sus gafas de escolar y su ipuaj! pana. Pero ahora tengo el privilegio de dirigir a la pandilla de *geeks* más de moda de Nueva York, y cuando digo *geeks*, profesor, quiero decir genios. Esos chicos son los más *cool*, y cuando digo *cool* quiero decir *hot*. ¿El filipino que propagó el virus I Love You? Olvídense. Aquello era una velada de aficionados; esto es la gran liga. Si esos niños quisieran lanzar un virus contra Gates, puede estar seguro de que él estornudaría durante *años*. Tiene usted delante al tipo de *surfers* de los que el Emperador de Mal tiene verdadero miedo, disfrazados de vagos de la generación X por su propia seguridad, para ocultarlos a los darths del Imperio, Vader el Negro y Maul el Rojo y Cornudo. Ah, bueno, no le gusta *La guerra de las galaxias*, pues entonces son como hobbits que estoy escondiendo de Sauron el Señor Oscuro y sus espectros del Anillo. Frodo, Bilbo, Sam Gamgy, toda la Comunidad del Anillo. Hasta que llegue el momento y lo derribemos, y quememos su poder en el Monte del Destino. No crea que bromeo. Por qué habría de temer Gates a los competidores que tiene, los ha derrotado ya: no son más que siervos. Los ha dejado tiesos. Lo que le da pesadillas es que algún chico salga un día de algún sitio sin ascensor ni agua caliente con algo nuevo y sensacional, algo que convierta a Gates en noticia del día anterior. En obsoleto. Por eso no hace más que comprar su parte a gente como nosotros, está dispuesto a perder unos cuantos millones ahora para no perder miles de millones mañana. Sí, estoy con los tribunales, hay que derribar ese palacio, partirlo por la mitad, cuanto antes mejor. Pero entretanto tenemos grandes planes. ¿Yo? Llámame Yoda. Hacia atrás hablo. Al revés pienso. Del revés volverte puedo. ¿En ti fuerte crees la Fuerza es? En mí fuerte más se mueve. En serio -terminó dejando aquella voz de muñeco de goma. Yo solo soy gestión. Y en este momento ventas y marketing y publicidad también. Hay que mantenerse ágil y agresivo, ¿no? ¿Qué te parecen mis vampiros? Ellos son los creativos. Webspyder.net. Ahora mismo estamos diseñando sitios para Steve Martin, Al Pacino, Melissa Etheridge, Warren Beatty, Christina Ricci y Will Smith. Sí señor. Y Dennis Rodman. Y Marion Jones y Christina Aguilera y Jennifer López y Todd Solondz y 'N Sync. ¿Gente importante? En ello estamos. Con Ed, Verizon, British Telecom, Nokia, Canal Plus, si se trata de comunicaciones, estamos en comunicación con *quien sea*. ¿Quieres intelectuales? Esos son los tipos a cuyos teléfonos llaman Bob Wilson y el Thalia Theatre de Hamburgo y Robert Lepage. Te lo aseguro: están ahí. Hoy impera la ley de la frontera, profesor, y esa es la pandilla del Hole in the Wall. Butch, Sundance, todo el Grupo Salvaje. Yo hago de matrona. Y soy la cabeza visible.

De forma que él los había juzgado mal y eran chicos prodigio; excepto Eddie. Eran las tropas de asalto del futuro tecnologizado que le inspiraba tantos recelos; excepto, una vez más, Eddie. Pero la verdad era que Eddie Ford había sido el proyecto más ambicioso de Mila «hasta que usted llegó».

Y además dijo ella usted y Eddie tienen más cosas en común de las que cree.

Eddie tenía un brazo lanzador que lo había llevado lejos desde sus orígenes en Ningunaville hasta Columbia, de hecho hasta la cama de Mila Milo, uno de los solares más solicitados de Manhattan; pero al final no importa lo lejos que puedes lanzar el balón. No puedes lanzar el pasado, y en el pasado, allá en Ningunaville (Nada), la infancia de Eddie había soportado el peso de la tragedia. Los personajes principales fueron bosquejados para Solanka por Mila, cuya solemnidad les infundía algo de estatura griega. Estaba el tío Raymond de Eddie, héroe regresado de Vietnam, que había tratado de pasar inadvertido durante años en una casita de tipo Unabomber situada en las montañas de pinares que había sobre el pueblo, y se creía incapacitado para la compañía humana por su alma dañada. Ray Ford era propenso a violentos accesos de cólera, que incluso en aquellas remotas altitudes podían provocar un camión que petardeara en el valle, un árbol al caer o el canto de un pájaro. Y estaba Tobe, el hermano «culebra mofeta comadreja» de Ray, mecánico y padre de Eddie, lamentable jugador de cartas, más lamentable borracho, un gilipollas cuya traición iba a destrozar sus vidas. Y estaba por último Judy Carver, la madre de Eddie, que en aquellos tiempos no había empezado aún a tratar con Santa Claus y con el Niño Jesús, y que, por bondad de corazón, había estado yendo a las montañas todas las semanas, desde principios de los setenta, hasta que, quince años más tarde, cuando el pequeño Eddie tenía diez años, convenció al hornbre de la montaña para que bajara al pueblo.

A Eddie lo intimidaba su tío greñudo y maloliente, y le tenía bastante miedo; sin embargo, sus excursiones de niño a la casita de Ray eran lo más destacado de sus experiencias vitales y constituían sus recuerdos más vividos, «mejor que el cine», decía. Judy había empezado a llevarlo con ella desde que cumplió cinco años, esperando tentar a Ray para que volviera al mundo, mostrándole el futuro, y confiando en el buen carácter de Eddie para ganar el corazón de aquel hombre salvaje.) Mientras subía a la montaña, Judy cantaba viejas canciones de Arlo Guthrie y el joven Eddie cantaba con ella: *«Era ya de noche, el otro día, Pensé que a ver a Ray yo subiría, Y entonces vino Ray, que ya salía, Lo único que Ray saber decía: Yo no quiero comer, La moto es mía...»*. Pero este Ray no era aquel Ray. Este Ray no tenía una chatarra Hurley y no había Alicia, ni con restaurante ni sin él. Este Ray vivía de judías y raíces, y probablemente bichitos y gérmenes, calculaba Eddie, y de culebras capturadas con las manos desnudas y águilas bajadas del cielo. Este Ray renqueaba y tenía dientes que parecían de madera podrida y un aliento que te podía derribar a doce pasos. Y, sin embargo, ese era el Ray en que Judy Carver Ford podía ver aún al muchacho encantador que se fue a la guerra, el muchacho que sabía retorcer el papel de plata que había dentro de los paquetes de cigarrillos para hacer figuras humanas que se tenían de pie y tallaba en el pino retratos de chicas, que regalaba a cambio de un beso. (Muñecas, se maravilló Solanka. No había forma de escapar al viejo vudú. Era otro maldito cuento de un fabricante de muñecas. Y de otro *sanyasi* también. Eso era lo que había querido decir Mila. Un *sanyasi* más auténtico que yo, que se había retirado de la sociedad de una forma debidamente ascética. Pero semejante a mí en que quería liberarse de su miedo de lo que había debajo, de lo que podía ponerse a borbotear en cualquier momento y arrasar un mundo indigno.) Judy había besado una vez al propio Raymond, antes de cometer su error garrafal y decidirse por Tobe, cuyo mal de espalda lo había salvado del servicio militar, pero de cuyo mal carácter nadie podía salvarla;

excepto, pensó ella, Ray. Si Ray bajaba de su refugio, quizá eso sería un signo, y las cosas cambiarían, y los hermanos irían a pescar y a jugar a los bolos, y Tobe dejaría de ser un cerdo, y entonces quizá tendría ella un poco de paz. Y, a la larga, Ray Ford vino realmente, refregado y afeitado y con una camisa limpia, tan acicalado que Eddie no lo reconoció cuando entró por la puerta. Judy había preparado su cena de celebración de la firma, el mismo festín de pan de carne y atún que luego ofrecería a los señores Christmas y Cristo, y por algún tiempo todo fue bien; no hablaban mucho, pero eso estaba bien, todo el mundo se estaba acostumbrando a vivir en la casa con todos los demás.

Ante el helado, el tío Ray tomó la palabra. Judy no había sido la única mujer que lo visitaba en el bosque.

-Ha habido otra persona -dijo, con dificultad-. Una mujer llamada Hatty, Carole Hatty, sabe que algunos de nosotros estamos dispersos por el bosque y, por su buen corazón, viene a visitarnos y nos trae ropa y pastel y cosas, aunque hay cabrones locos que cogen el hacha cuando se acerca cualquiera a menos de diez pies, sea hombre, mujer, niño o perro rabioso.

Mientras hablaba de la mujer, el tío Ray empezó a ponerse colorado y a moverse en el asiento.

-¿Es importante para ti, Raymond? ¿Quieres que la invitemos?

Y entonces la culebra mofeta comadreja del otro lado de la mesa de cocina empezó a darse golpes en los muslos y a reírse, con una risa fuerte y borracha de traidor culebra mofeta comadreja, se rió hasta llorar, y luego se puso en pie de un salto, derribando la silla, y dijo:

-Jo, Carole Hatty. ¿Carole «Facilidades» la del Big Dipper Diner de Hopper Street? ¿Esa Carole Hatty? *Uuh*. No creí que le gustase tanto el dulce como para ir a veros buscando más. Diablos, Ray, estás despistado. Los muchachos llevamos tirándonos a la pequeña Carole desde que tenía quince años y lo andaba suplicando.

El tío Ray miró al pequeño Eddie, una mirada horriblemente vacía, e incluso a sus diez años Eddie pudo comprender el significado, pudo darse cuenta de lo profunda que era la puñalada en la espalda que había recibido el tío Ray, porque Raymond Ford, a su manera, había dicho que había bajado de su reducto de la cumbre no solo por amor a su familia -amor a Eddie, decía la mirada- sino también por lo que creía que era el amor de una buena mujer; después de aquellos largos años de cólera, había vuelto con la esperanza de que todo aquello sanase su corazón, y lo que había hecho Tobe Ford había sido pinchar ambos globos, apuñalarle el corazón dos veces de un solo golpe.

Bueno, el hombrón se levantó cuando Tobe acabó de hablar y Judy empezó a chillarles a los dos, tratando al mismo tiempo de dejar a Eddie a su espalda, porque la culebra mofeta comadreja de su marido tenía una pequeña pistola, que apuntaba al corazón de su hermano.

-Vamos, vamos, Raymond -dijo el viejo Tobe, sonriendo, recordemos lo que dice la Biblia sobre el amor fraterno.

Ray Ford salió de la casa y Judy tuvo tanto miedo que empezó a cantar «*Anoche oí el portazo de la entrada*», y entonces Tobe se fue también, diciendo que no tenía por

qué comerse la mierda que se estaba repartiendo y que ella podía meterse sus opiniones en el culo, ¿me oyes, Jude? ¿Quién eres tú para juzgarme, so furcia? Solo eres, mi puta mujer, y si no te gusta lo que dice tu marido, ¿por qué no se la chupas a ese chiflado de Raymond? Tobe se fue a jugar a las cartas al taller de carrocería de Carrigan, donde trabajaba y, antes de que fuera de día, encontraron a Carole Hatty con el cuello roto en un callejón, muerta, y Raymond Ford estaba en un depósito de chatarra lleno de coches oxidados, detrás del solar de Carrigan, con una sola herida de bala en el corazón y ningún arma por ninguna parte. Y entonces la culebra mofeta comadreja se largó, no volvió a casa de su partida de cartas, y aunque la orden de busca y captura de Tobias Ford, armado y peligroso, se fijó en cinco Estados, nadie encontró nunca su rastro. La madre de Eddie opinaba que el cabrón había sido siempre en realidad una culebra disfrazada y, después de lo que había hecho, se había quitado sencillamente la piel humana, la había mudado, y la piel se había desmenuzado y convertido en polvo en cuanto la dejó, y una culebra más no llamaba la atención en Ningunaville, en donde las casas del Señor estaban llenas de crótalos y serpientes de cascabel, por hablar solo de los pastores protestantes. Que se vaya, dijo, si hubiera sabido que me estaba casando con una culebra, hubiera preferido tomar veneno a pronunciar mis cristianas promesas.

Judy se consoló con su creciente colección de botellas de Jack Daniel's y Jim Beam, pero, después de ocurrir lo que ocurrió, Eddie Ford se calló como una tumba y no pronunciaba más de veinte palabras diarias. Como su tío, pero sin dejar el pueblo, se había secuestrado a sí mismo del mundo, se había encerrado dentro de su propio cuerpo y, a medida que creció, fue concentrando todas las inmensas energías de aquella estructura nueva y potente en lanzar el balón, lanzándolo con más fuerza y velocidad de lo que se había lanzado nunca balón alguno en Ningunaville, como si al arrojarlo limpiamente al espacio ultraterrestre pudiera él salvarse de la maldición de su sangre, como si transformar un ensayo fuera lo mismo que la libertad. Y finalmente se lanzó a sí mismo hasta llegar a Mila, que lo salvó de sus demonios, convenciéndolo para que saliera de su exilio interior, apoderándose para su placer de aquel hermoso cuerpo que él había convertido en su celda, y dándole a cambio camaradería, comunidad, el mundo.

Dondequiera que se mirase, pensó el profesor Malik Solanka, la furia estaba en el aire. Dondequiera que se escuchase, se oía el batir de alas de las diosas negras. Tisífone Aleto Megera: los antiguos griegos tenían tanto miedo de esas deidades, las más feroces, que no se atrevían a pronunciar su verdadero nombre. Utilizar ese nombre, *Erinias*, Furias, podía significar muy bien atraer la ira letal de aquellas señoras. Por ello, y con profunda ironía, llamaban a esa trinidad enfurecida, «Las bondadosas»: *Euménides*. Ese nombre eufemístico, por desgracia, no mejoraba mucho el permanente mal humor de las diosas.

Al principio, había intentado no pensar en Mila como en una Cerebritito viva: y no, por cierto, la Cerebritito hueca recreada por los medios de comunicación, no Cerebritito la traidora, la *baby doll* lobotomizada de *Calle del Cerebro* y demás, sino su olvidado original, la CB perdida que imaginó primero, la estrella de *Las aventuras de Cerebritito*. Al principio se dijo que estaría mal hacer eso a Mila, amañarla así, pero - se replicó a sí mismo- ¿no lo había hecho ella misma? Según admitía, ¿no había hecho de la Cerebritito de la primera época su modelo y estímulo? ¿No se le presentaba claramente en el papel de la Verdadera que él había perdido? Ella era, lo sabía ahora, una joven realmente muy brillante; debía de haber previsto cómo sería acogida su actuación. ¡Sí! Deliberadamente, para salvarlo, le estaba ofreciendo el misterio que - había adivinado ella de algún modo- respondería a sus necesidades más profundas, aunque nunca expresadas. Tímidamente, Solanka empezó entonces a permitirse

considerarla como una creación suya, que había cobrado vida por un milagro inesperado y cuidaba ahora de él como podría hacerlo la hija que nunca había tenido. Un día, un *lapsus* reveló su secreto, pero Mila no pareció ofendida en absoluto. En lugar de ello, sonrió con una pequeña sonrisa íntima -una sonrisa que, tuvo que admitir Solanka, estaba llena de un extraño placer erótico, en la que había algo de la satisfacción del pescador paciente cuando finalmente muerden su cebo, y algo también de la alegría escondida del apuntador cuando por fin recogen el pie que ha repetido varias veces- y, en lugar de corregirlo, contestó como si él hubiera utilizado su verdadero nombre y no el de la muñeca. Malik Solanka se ruborizó intensamente, invadido por una vergüenza casi incestuosa y, tartamudeando, trató de disculparse; entonces ella se acercó hasta que sus pechos se apoyaron contra su camisa y él pudo sentir el aliento de sus labios rozando el suyo, y murmuró: «Profesor, llámeme como quiera. Si le hace sentirse bien, yo me sentiré bien». De manera que cada día se hundían más profundamente en la fantasía. Solos en su apartamento en las tardes lluviosas de aquel verano echado a perder, jugaban su jueguecito de padre e hija. Mila Milo, de forma totalmente deliberada, comenzó a ser su muñeca, a vestirse cada vez más como la elegante muñeca original y a interpretar para un Solanka muy excitado una serie de historias derivadas de los primeros *shows*. Él podía hacer el papel de Maquiavelo, Marx o, muy a menudo, Galileo, mientras que ella era, bueno, exactamente lo que él quería que fuera; se sentaba junto a su sillón y le estrechaba los pies mientras él se liberaba de la sabiduría de los grandes sabios del mundo; y, después de permanecer un rato allí, ella se trasladaba a sus ansiosas rodillas, aunque, sin decir palabra, se aseguraban de que hubiera siempre un blando cojín entre el cuerpo de ella y el suyo, de forma que si él, que había jurado no yacer con mujer alguna, respondía a su presencia como podría responder otro hombre menos perjuró, ella no necesitaba saberlo, no tenían que mencionarlo nunca y él no tenía que reconocer jamás las debilidades a veces desbordantes de su cuerpo. Como Gandhi al hacer sus *brahmacharya*, sus «experimentos con la verdad» cuando las esposas de sus amigos se echaban de noche a su lado para que pudiera poner a prueba el dominio de la mente sobre el miembro, Malik mantenía las apariencias de un alto decoro; y ella también, ella también.

Asmaan se retorció dentro de él como un cuchillo: Asmaan por la mañana, orgulloso de realizar a un alto nivel sus funciones naturales, ante un público de dos que aunque descaradamente parcial aplaudía. Asmaan en sus encarnaciones diurnas de motociclista, acampado, emperador del cajón de arena, comilón, inapetente, estrella de la canción, estrella con rabietas, bombero, astronauta, Batman. Asmaan después de cenar, en su única hora de vídeo autorizada, viendo interminables reposiciones de películas de Walt Disney. *Robin Hood* tenía mucho éxito, con su absurda «Notting Ham», en donde actuaba un gallo de country & western, malos plagios de Balú y de Kaa de *El libro de la selva*, acentos norteamericanos no adulterados por todo el bosque de Sherwood, y el grito en inglés antiguo disneyano de «Oode-lally!», lanzado con frecuencia aunque poco conocido anteriormente. *Toy Story*, sin embargo, estaba proscrita. «Hay un niño que da miedo.» *Biedo* era miedo, y el niño resultaba aterrador porque trataba mal a sus juguetes. Aquel amor traicionado aterrorizaba a Asmaan. Se identificaba con los muñecos, no con su dueño. Los muñecos eran como los hijos del niño, y su maltrato era, en el universo moral de un Asmaan de tres años, un crimen demasiado horrible de ver. (Lo mismo que la muerte. En la lectura revisionista que hacía Asmaan de *Peter Pan*, el Capitán Garfio escapaba siempre al cocodrilo.) Y después del Asmaan-vídeo venía el Asmaan-noche, el Asmaan en el baño soportando que Eleanor le cepillara los dientes y anunciando preventivamente: «Hoy no vamos a lavar mi pelo». Asmaan, por último, durmiéndose cogido de la mano de su padre.

Al niño le había dado por telefonear a Solanka sin tener en cuenta las cinco horas de diferencia. Eleanor había programado el número de Nueva York en el sistema de marcado automático de la cocina de Willow Road; Asmaan solo tenía que apretar un botón. Hola, papá, le llegó su voz trasatlántica (aquella primera llamada fue a las cinco de la mañana): Me he divertido mucho en el parte, papá. *Parque, Asmaan*, trató de enseñar a su hijo Solanka. *Di parque*. Parte. ¿Dónde estás, papá, estás en casa? ¿No vas a volver? Hubiera debido meterte en el coche, papá, hubiera debido llevarte a los columpios. *Columpios. Di columpios*. Hubiera debido llevarte a los colum-dios, papá. Morgen me ha empujado muy muy alto. ¿Me vas a traer un rebalo? *Di regalo, Asmaan. Di regalo. Sabes hacerlo*. ¿Me vas a ta-reer un ree-balo, papá? ¿Qué hay dentro? ¿Me gustará mucho? Papá, no te vas a ir más. No te dejaré. Me comí un helao en el parte. Morgen me lo cornpró. Era muy bueno. *Helado, Asmaan. Di helado*. He-la-bo.

Eleanor se puso al aparato.

-Lo siento, bajó las escaleras y apretó el botón él solito. No me desperté.

No pasa nada, replicó Solanka, y siguió un largo silencio. Luego Eleanor dijo, insegura:

-Malik, no entiendo nada de lo que pasa. Me estoy viniendo abajo. No podríamos, si no quieres venir a Londres podría tomar un, podría dejar a Asmaan con su abuela y podríamos vernos y tratar de resolver el asunto, sea lo que sea, ¡Dios, ni siquiera sé *de qué* se trata!, ¿no podríamos resolverlo? ¿O es que ahora me detestas, te doy asco de repente por alguna razón? ¿Hay alguien más? Tiene que haber alguien, ¿no? ¿Quién es? Por el amor del cielo, dímelo, al menos eso tendría sentido, y entonces podría enfurecerme de una puta vez en lugar de volverme loca poco a poco.

Lo cierto es que en su voz no había rastro aún de verdadera cólera. Sin embargo, él la había abandonado sin decir palabra, pensó Solanka: seguramente, su

dolor terminaría por convertirse, antes o después, en rabia. Quizá dejaría que su abogado la expresara por ella, desatando contra él la fría rabia de la ley. Pero él no conseguía ver en ella una segunda Bronislaw Rhinehart. Sencillamente, ella no era de carácter vengativo. Pero que su cólera fuera tan moderada era inhumano, incluso un poco aterrador. O bien, alternativamente, una prueba de lo que todo el mundo pensaba, y Morgen y después Lin Franz habían expresado: que ella era la mejor de los dos, demasiado buena para él y, una vez superado su dolor, estaría mucho mejor sin él. Nada de lo cual sería de consuelo para ella ahora, ni para el niño a cuyos brazos - por la seguridad del propio niño- él no se atrevía a volver.

Porque sabía que no se había librado de las Furias. Una cólera contenida, a fuego lento, sin ilación, seguía filtrándose y fluyendo dentro de él, amenazando con alzarse, sin avisar, en un violento estallido volcánico; como si estuviera dotada de vida propia, como si él no fuera más que un receptáculo, su anfitrión, y ella, la furia, el ser consciente y con control. A pesar de todos los avances aparentemente nigrománticos de la ciencia, aquellos eran tiempos prosaicos en los que parecía poder explicarse y comprenderse todo; y durante toda su vida el profesor Solanka, el Malik Solanka que en los últimos tiempos había cobrado conciencia de lo inexplicable que había dentro de él, había pertenecido firmemente al partido prosaico, el partido de la razón y la ciencia en su sentido original y más amplio: *scientia*, conocimiento. Sin embargo, incluso en aquellos días observados al microscopio e interminablemente explicados, lo que bullía dentro de él desafiaba toda explicación. Hay algo dentro de nosotros, se veía obligado a admitir, que es caprichoso y para lo que el lenguaje de la explicación resulta inapropiado. Estamos hechos de sombra además de luz, de calor además de polvo. El naturalismo, la filosofía de lo visible, no puede aprehendernos, porque desbordamos. Tememos eso que hay dentro de nosotros mismos, nuestro yo en la sombra que rompe barreras, refuta normas, cambia de forma, transgresor, intruso, auténtico fantasma de nuestra máquina. No es en la otra vida, ni en alguna esfera improbablemente inmortal, sino aquí en la tierra en donde el espíritu se escapa de las cadenas de lo que sabemos que somos. Puede alzarse airado, enardecido por su cautividad, y arrasar el mundo de la razón.

Lo que era cierto en su caso, se descubrió pensando de nuevo, podía ser cierto también, en alguna medida, en el de todo el mundo. El mundo entero tenía malas pulgas. Había un cuchillo retorciéndose en cada entraña, un látigo para cada espalda. A todos se nos provocaba gravemente. Se oían explosiones por todas partes. La vida humana se vivía ahora en el momento anterior a la furia, cuando la cólera aumentaba, o en el momento mismo -la hora de la furia, el tiempo en que la fiera era puesta en libertad-, o bien en el ruinoso período posterior a una gran violencia, cuando la furia reflúa y el caos amainaba, hasta que la marea comenzaba, una vez más, a subir. Los cráteres en las ciudades, en los desiertos, en las naciones, en el corazón- se habían convertido en lugar común. La gente gruñía y se acurrucaba en los escombros de sus propias fechorías.

A pesar de todos los cuidados de Mila Milo (o, con frecuencia, por ellos), el profesor Solanka seguía necesitando, en sus frecuentes noches de insomnio, calmar sus hirvientes pensamientos caminando por las calles de la ciudad durante horas, incluso bajo la lluvia. Estaban excavando Amsterdam Avenue, tanto la acera como el pavimento, a sólo unas manzanas de distancia (algunos días parecían estar excavando la ciudad entera), y una noche iba andando bajo un chaparrón entre mediano y fuerte a lo largo de la zanja descuidadamente vallada, cuando dio contra algo con el dedo gordo del pie y prorrumpió en una serie de invectivas de tres minutos, al final de la cual oyó una voz admirativa que salía de debajo de un hule, en una entrada: «Vaya, esta noche he ampliado mucho mi vocabulario». Solanka bajó la vista para ver qué era

lo que le había magullado el pie, y allí, sobre la acera, había un trozo roto de losa de hormigón; al verlo, inició una carrera torpemente cojeante, huyendo de aquel trozo de hormigón como abandona un culpable el escenario del crimen.

Desde que la investigación de los tres asesinatos de sociedad se había centrado en los tres muchachos ricos, se había sentido más tranquilo, pero en el fondo de su corazón no se había exonerado todavía por completo. Seguía atentamente los informes sobre la investigación. Todavía no había habido detenciones ni confesiones, y los medios de información comenzaban a ponerse nerviosos; la posibilidad de un asesino en serie de la flor y nata de la sociedad era muy sabrosamente tentadora, y el que la policía de Nueva York no hubiera podido resolver el caso resultaba tanto más frustrante. ¡Someted al tercer grado a esos pijos inútiles! ¡Alguno de ellos cantará! Ese tipo de comentarios especulativos, de los que podían escucharse muchos, producía un desagradable ambiente de linchamiento. La atención de Solanka fue captada por la única pista nueva posible. El Hombre del Jipijapa había sido sustituido en el reparto del misterio no resuelto por un grupo de personajes todavía más extraños. Cerca de los tres escenarios de los asesinatos se había visto a personas con disfraces de personajes de Walt Disney: un Goofy cerca del cadáver de Lauren Klein, un Buzz Lightyear cerca del cuerpo de Belinda Booken Candell y, en donde yacía Saskia Schuyler, un transeúnte había visto un zorro rojo de verde oliva: Robin Hood en persona, tormento del viejo y malo sheriff de Notting Ham y que ahora se escapaba de los sheriffs de Manhattan. *Oo-de-lally!* Los policías admitieron que era imposible determinar con seguridad la existencia de una vinculación significativa entre los tres sospechosos, aunque la coincidencia fuera sin duda sorprendente -¡Halloween quedaba muy lejana!- y la estuvieran teniendo muy en cuenta.

En la mente de los niños, pensó Solanka, las criaturas del mundo imaginario - personajes de libros o videos o canciones- parecían mucho más reales que la mayoría de las personas de carne y hueso, a excepción de sus padres. A medida que crecíamos, el equilibrio se desplazaba y la ficción quedaba relegada a una realidad distinta, el mundo aparte al que se nos enseñaba que pertenecía. Sin embargo, ahí había una prueba macabra de la capacidad de la ficción para traspasar esa frontera supuestamente infranqueable. El mundo de Asmaan -Disney World- estaba invadiendo Nueva York y asesinando a las jóvenes de la ciudad. Y en alguna parte de aquel vídeo había escondidos también uno o más niños que daban mucho miedo.

Por lo menos no había habido más crímenes del Asesino del Hormigón en una temporada. Además, y eso se lo agradecía Solanka a Mila, bebía mucho menos y, como consecuencia, no había tenido más sopores amnésicos: ya no se despertaba completamente vestido con terribles preguntas en la dolorida cabeza. Había incluso momentos en que, cuando caía bajo el hechizo de Mila, se había sentido próximo, por primera vez en meses, a una especie de felicidad. Y, sin embargo, las diosas oscuras seguían cerniéndose sobre él, derramando malevolencia en su corazón. Mientras Mila estaba con él, en aquel espacio de paneles de madera en el que, incluso cuando las tormentas oscurecían el cielo, no se molestaban ya en encender luces eléctricas, él se mantenía dentro del círculo mágico del encanto de ella; pero, tan pronto como ella se iba, los ruidos de su cabeza comenzaban de nuevo. El murmullo, el batir de alas negras. Después de su primera conversación telefónica al amanecer con Asmaan y Eleanor, mientras el cuchillo se retorció en su interior, los murmullos se volvieron por primera vez contra Mila, su ángel de misericordia, su muñeca viviente.

Eran su rostro en penumbra, sus rasgos afilados moviéndose cómodamente contra su camisa semidesabrochada, el cabello corto, tieso y de oro rojizo rozando la parte inferior de su mentón. La reconstrucción de los viejos *shows* televisivos había

cesado, era un fingimiento cuya finalidad se había cumplido. Aquellos días, en las tardes lentamente ensombrecidas, apenas hablaban y, cuando lo hacían no era ya de filosofía. A veces, por un instante, la lengua de ella lamía el pecho de él. Todo el mundo necesita una muñeca para jugar, susurraba ella. Profesor, pobre hombre colérico, hace tanto tiempo. Shh, no hay prisa, tómesele con calma, no voy a ir a ninguna parte, nadie va a molestarnos, estoy aquí para usted. Déjelo estar. No necesita ya toda esa rabia. Solo tiene que recordar cómo jugar. Aquellos eran sus largos dedos, con sus uñas rojo sangre, que se abrían camino, en mínimos incrementos cotidianos, por dentro de su camisa.

La memoria física de ella era extraordinaria. Cada vez que lo visitaba, volvía a adoptar exactamente la posición que había alcanzado en sus rodillas acolchadas al terminar su última visita. La colocación de su cabeza y manos, la tensión de su cuerpo enroscado sobre sí mismo, el peso exacto con que se apoyaba en él: su memoria de alta precisión y el ajuste infinitesimal de esas variables eran por sí mismo actos sexuales prodigiosamente excitantes. Porque los velos iban cayendo en su juego, como demostraba Mila al profesor Solanka con cada contacto (más explícito a diario). El efecto de las fortalecedoras caricias de Mila en el profesor Solanka era claramente eléctrico; a su edad y en su situación en la vida no había esperado volver a recibir aquella bendición. Sí, ella le había trastornado la cabeza, se había propuesto hacerlo mientras pretendía no hacer nada por el estilo, y ahora estaba profundamente enredado en su red. La arcnauta reina, la señora de toda la pandilla de arcnautas, lo tenía en sus redes.

Además había otro cambio. Lo mismo que él había dejado que se le escapara un nombre de muñeca, accidentalmente o bajo la presión de un deseo apenas consciente, una tarde también ella dejó que una palabra prohibida saliera de sus labios. Inmediatamente, la sala de estar con los postigos cerrados y oscurecida se había visto mágicamente inundada por una luz cruda y reveladora, y el profesor Malik Solanka supo la historia de Mila Milo. Fue siempre mi papá y yo, había dicho ella misma, siempre él y yo contra el mundo. Allí estaba, en sus propias palabras sin disimulo. Ella lo había puesto delante mismo de Solanka, y él había sido demasiado ciego (o había estado demasiado poco dispuesto) para ver lo que ella había mostrado tan abierta e impudicamente. Pero cuando Solanka la miró después de su «*lapsus*» -que él estaba ya más que medio convencido de que no había sido tal, porque aquella era una mujer de un dominio de sí misma formidable y, muy probablemente, nunca le ocurrían accidentes-, aquellos rasgos faciales agudos y un tanto crípticos, sus ojos rasgados, aquel rostro que nunca estaba más cerrado que cuando más abierto parecía, aquella pequeña sonrisa íntima revelaron por fin sus secretos.

Papi, había dicho ella. Aquel diminutivo traicionero, aquel término cargado de cariño destinado al oído de un muerto, había servido de ábrete sésamo de la cueva sin luz de su infancia. Allí estaban el poeta viudo y su hija precoz. El tenía un cojín sobre las rodillas y ella, año tras año, enroscándose y desenroscándose, moviéndose contra él, secando con sus besos las lágrimas de vergüenza de su padre. Aquel era el corazón de ella, la hija que trata de compensar a su padre de la pérdida de la mujer que amaba, en parte sin duda para atenuar su propia pérdida aferrándose al padre que le quedaba, pero también para suplantar a aquella mujer en el afecto del hombre, para llenar el espacio prohibido y desocupado más plenamente de lo que lo había llenado su difunta madre, porque él debía necesitarla, debía necesitar a Mila viva más de lo que había necesitado nunca a su mujer; ella le enseñaría nuevas profundidades de deseo, hasta que él la deseara más de lo que había creído poder desear el contacto de mujer alguna. Ese padre -después de haber experimentado los poderes de Mila, Solanka estaba totalmente seguro de lo que había ocurrido- fue lentamente seducido por su

hija, atraído milímetro a milímetro a un país no descubierto, hacia un crimen que nunca se descubriría. Allí estaba el gran escritor, *l'écrivain nobélisable*, la conciencia de su pueblo, dejando que aquellas manilas atrocemente expertas se movieran por los botones de su camisa y permitiendo en algún momento lo impermisible, cruzando la frontera de la que no se regresa, y comenzando también, atormentada pero ansiosamente, a participar. Así, un hombre religioso fue elevado para siempre al pecado mortal, obligado por el deseo a renunciar a su Dios y a firmar el pacto con el Diablo, mientras la chica floreciente, su niña demonio, el duende que había en el corazón de la flor, susurraba las vertiginosas palabras asesinas de la fe que lo arrastraban hacia el fondo: esto no pasa a menos que lo digamos, y no lo decimos, ¿no?, papi, de manera que no pasa. Y como no pasaba nada, nada estaba mal. El poeta muerto había entrado en el mundo de fantasía en donde todo era siempre seguro, en donde el cocodrilo nunca atrapa al Capitán Garfio y un niño nunca se cansa de sus juguetes. De forma que Malik Solanka vio sin velos el verdadero yo de su amante y dijo:

-Esto es un eco, ¿no?, Mila, una reposición. Esta canción la has cantado ya una vez.

E inmediatamente se corrigió en silencio. No, no te hagas ilusiones. No una vez. No eres de ningún modo el primero.

Shh, dijo ella, poniendo un dedo cruzado sobre los labios de él. Shh, papi, no. No pasó nada entonces ni pasa nada ahora. Su segunda utilización del sobrenombre comprometedor tenía un matiz nuevo, de súplica. Ella lo necesitaba, necesitaba que él lo permitiera. La araña estaba presa en su propia red necrofílica, y dependía de hornbres como Solanka para levantar muy, muy lentamente a su amante de entre los muertos. Gracias a Dios que no existe por no tener hijas, pensó Malik Solanka. Luego la infelicidad lo ahogó. No tengo hija, y he perdido también a mi hijo. Elián el Icono se ha ido a su casa de Cárdenas, Cuba, con su papá, pero yo no puedo irme a casa con mi hijo. Los labios de Mila estaban ahora contra su cuello, se movían sobre su nuez, y sintió una suave succión. El sufrimiento disminuyó; y algo más desapareció también. Le estaban quitando las palabras. Ella las sacaba y se las tragaba, y él no podría volver a decirlas nunca, las palabras que describían lo que no existía, lo que la hechiceraaraña, en su negra majestad, nunca permitiría que existiera.

¿Y si, conjeturó locamente Solanka, ella se alimentara de su furia? ¿Y si aquello de que estaba más hambrienta fuera lo que él más temía, su cólera duende interior? Porque a ella la impulsaba también la furia, él lo sabía, la furia imperiosa y salvaje de su escondida necesidad. Solanka hubiera podido creer fácilmente que aquella muchacha bella y maldita, cuyo peso se movía con languidez tan sugestiva sobre sus rodillas, cuyos dedos rozaban el vello de su pecho tan levemente como una brisa de verano y cuyos labios se entretenían suavemente en su garganta, podía ser en realidad la encarnación misma de una Furia, una de las tres hermanas fatales, azotes de la humanidad. La furia era su naturaleza divina y la hirviente ira humana su alimento favorito. Hubiera podido persuadirse de que, tras sus quedos susurros, bajo sus tonos indefectiblemente serenos, podía oír los chillidos de las Erinias.

Se le reveló otra página de su historia anterior. Allí estaba el poeta Milo de débil corazón. Aquel hombre dotado y propulsado hacía caso omiso de todo consejo médico y seguía, con desmesura casi ridícula, bebiendo, fumando y corriendo detrás de las mujeres. Su hija había dado una explicación de grandeza conradiana para esa conducta: la vida debe vivirse hasta que no pueda vivirse más. Pero cuando los ojos de Solanka se abrieron vio un retrato diferente del poeta, un retrato del artista

refugiándose en el exceso para huir de un pecado atroz, de lo que debía de haber creído a diario la muerte de su alma, su condenación por toda la eternidad al círculo más terrible del Infierno. Luego vino aquel último viaje, la huída suicida de papi Milo hacia su homónimo asesino. Huyendo de un mal, Milo había ido a enfrentarse con lo que consideraba un peligro menor. Escapando de la Furia devoradora, su hija, se precipitó hacia su nombre completo, no abreviado, hacia sí mismo. Mila, pensó Solanka, probablemente empujaste a tu padre enloquecido a la muerte. ¿Qué puedes estar reservándome ?

Conocía una respuesta aterradora. Un velo al menos seguía interponiéndose entre ellos, no sobre la historia de ella sino sobre la de él. Había sabido desde el primer momento de aquella relación ilícita que estaba jugando con fuego, que se estaba removiendo todo lo que había hundido profundamente en su interior, se estaban rompiendo los sellos uno a uno y el pasado, que casi lo había destruido antes una vez, podría tener otra oportunidad de acabar el trabajo. Entre aquella nueva historia, inesperada, y el relato antiguo, reprimido, había resonancias no expresadas. La pregunta sobre el amueñecamiento y su. La cuestión de permitir que a uno. De no tener otra opción que. De la esclavitud de la infancia cuando. De la necesidad: la de este, la más inexorable de aquel. Del poder de los médicos para. De la impotencia del niño ante. De la inocencia de los niños en. De la culpa del niño, su falta, su falta más atroz. Sobre todo, la cuestión de las frases que no deben completarse, porque completarlas liberaría la furia, y el cráter de la explosión devoraría cuanto estuviera cerca.

¡Oh debilidad, debilidad! Todavía no podía rechazarla. Ni siquiera conociéndola como la conocía ahora, ni siquiera comprendiendo de lo que era *capaz* realmente e intuyendo su posible peligro podía obligarla a irse. Un mortal que hace el amor con una diosa está condenado pero, una vez elegido, no puede evitar su destino. Ella siguió visitándolo, toda emperifollada, exactamente como él la quería, y cada día había progresos. El casquete polar se fundía. Pronto el nivel del océano se elevaría demasiado y sin duda se ahogarían.

Ahora, cuando salía del apartamento, se sentía como un antiguo durmiente que se levantara. Fuera, en América, todo era demasiado luminoso, demasiado ruidoso, demasiado extraño. A la ciudad le había salido una erupción de vacas que hacían penosos juegos de palabras. En el Lincoln Centre, Solanka se encontró con *Mviart* y *Mudama* Butterfly. Fuera del Beacon Theatre se había instalado un trío de divas con ubres y cuernos: *Whitney Muston*, *Muriah Cowrey* y *Bette Mudler* (la bovina Miss M.). Desconcertado por aquella plaga de ganado paranomasticante, el profesor Solanka se sintió de pronto como un visitante llegado de Liliput-Blefuscu o la Luna o, para ser sinceros, Londres. Se sentía también alienado por los sellos de correos, por el pago mensual y no trimestral de las cuentas de gas, electricidad y teléfono, por las marcas de *candy* desconocidas en los *stores* (Twinkies, Ho-hos, Ring Pops), por las palabras «*candy*» y «*stores*», por los policías armados en las calles, por los rostros anónimos de las revistas, rostros que todos los americanos, de algún modo, reconocían enseguida, por las palabras indescifrables de canciones populares que, aparentemente, los oídos americanos podían comprender sin esfuerzo, por el acento final de nombres como *Parrar*, *Harrell*, *Candell*, por las *es* abiertas que convertían *expression* en *apression*, y *I'll get the check* en *I'll get the chack*, por, en pocas palabras, la simple inmensidad de su ignorancia de la envolvente *mélée* de la vida ordinaria americana. Las memorias de Cerebritito llenaban los escaparates de las librerías igual que en la Gran Bretaña, pero eso no lo alegraba. Desconocía los nombres de los escritores de éxito del momento. *Eggers*, *Pilcher*: parecían salidos de un menú de restaurante, no de una lista de éxitos de venta.

Con frecuencia se podía ver a Eddie Ford sentado solo en la entrada vecina cuando el profesor Solanka volvía a casa -los aracnautas estaban evidentemente ocupados con sus redes- y, en el fuego cubierto de la mirada a fuego lento de aquel centurión rubio, Malik Solanka creía ver el comienzo tardío de una sospecha. Sin embargo, no se decían nada. Se saludaban brevemente con la cabeza y lo dejaban estar. Luego Malik entraba en su retiro forrado de madera y esperaba a que viniera su deidad. Ocupaba su puesto en el amplio sillón de cuero que se había convertido en su lugar de reposo preferido y colocaba sobre sus rodillas el cojín de terciopelo rojo con el que, hasta entonces, había seguido protegiendo lo que quedaba de su pudor muy comprometido. Cerraba los ojos y escuchaba el tictac del antiguo reloj de mesa que había sobre la repisa de la chimenea. Y, en algún momento, Mila entraba sin hacer ruido -le había dado un juego de llaves- y lo que debía hacerse, lo que ella insistía en que no se hacía, se hacía silenciosamente.

En aquel espacio encantado, durante las visitas de Mila, lo normal era un silencio casi absoluto. Había murmullos y susurros, pero nada más. Sin embargo, aproximadamente en el último cuarto de hora antes de que ella se fuera, después de haber saltado vivamente de sus rodillas, haberse alisado el vestido y haber llevado a los dos un vaso de zumo de arándanos o una taza de té verde, y mientras se preparaba para el mundo exterior, Solanka podía ofrecerle, si lo deseaba, sus hipótesis sobre el país cuyos códigos trataba de descifrar.

Por ejemplo, la teoría todavía inédita del profesor Solanka sobre las diferentes actitudes hacia el sexo oral en los Estados Unidos e Inglaterra ariía provocada por la tonta decisión del presidente de empezar a disculparse por lo que hubiera debido decir resueltamente que no le importaba a nadie fue atentamente escuchada por la joven acurrucada en sus rodillas.

En Inglaterra -explicó él a su estilo más mojigato-, la mamada heterosexual casi nunca se propone ni se acepta antes de que se haya producido un coito pleno con penetración, y a veces ni siquiera entonces. Se considera un signo de profunda intimidad. Y también una recompensa sexual por un buen comportamiento. Es algo *raro*. Mientras que en América, con vuestra tradición bien asentada de, ah, «magreos» adolescentes en el asiento trasero de diversos automóviles icónicos, «chuparla», para utilizar la expresión técnica, precede la mayoría de las veces a la relación sexual «completa» en la posición del misionero; de hecho, es la forma más corriente de que las chicas conserven su virginidad sin dejar de satisfacer a sus novios.

»En pocas palabras, una alternativa aceptable de follar. Por eso, cuando Clinton afirma que nunca ha tenido relaciones sexuales con esa mujer, Monica, la bovina Ms. L., todo el mundo piensa en Inglaterra que miente como un condenado, mientras que toda la América adolescente (y una gran parte de la pre y postadolescente) entiende que está diciendo la verdad, tal como se define culturalmente en esos Estados Unidos. El sexo oral, precisamente, *no es sexo*. Eso es lo que permite a las chicas volver a casa y, con la mano en el corazón, decir a sus padres -diablos, probablemente te permitía decir a tu padre que no lo han hecho. De manera que el Resbaloso Willy, Billy the Clint, solo repetía como un papagayo lo que cualquier fogoso adolescente americano hubiera dicho. ¿Inmadurez? Muy bien, probablemente, pero por eso fracasó el *impeachment* del presidente.

-Comprendo lo que quieres decir -asintió Mila Milo cuando él terminó, y volvió a su lado, con una escalada inesperada y abrumadora de su rutina de final de la tarde, para quitar el cojín de terciopelo rojo de sus rodillas indefensas.

Aquella velada, animado por la susurrante Mila, él volvió con nuevo ímpetu a su antiguo oficio. Hay tantas cosas dentro de ti, esperando, había dicho ella. Lo siento, te rebosan. Aquí, aquí. Ponías en tu trabajo, papi. *Laforia*. ¿De acuerdo? Haz muñecas tristes si estás triste, muñecas furiosas si estás furioso. Las nuevas muñecas bordes del profesor Solanka. Necesitamos una tribu de muñecas así. Muñecas que digan algo. Puedes hacerlo. Sé que puedes, porque hiciste a Cerebritito. Hazme muñecas que vengan de su mismo barrio, de ese lugar salvaje que hay en tu corazón. El lugar que no es un tipo de mediana edad bajo un montón de ropa vieja. Ese lugar. El lugar para mí. Hazme flipar, papi. ¡Haz que la olvide! Haz muñecas para adultos, para menores acompañados, para mayores de 18 años. Ya no soy una niña, ¿no? Hazme muñecas con las que quiera jugar ahora.

El comprendió por fin lo que Mila hacía para los aracnautas, además de vestirlos más a la moda de lo que ellos podían solos. La palabra «musa» se aplicaba antes o después a casi todas las mujeres bellas que acompañaban a hombres de talento, y cualquier creador de moda con abanico chino que se respetara se dejaría matar antes de aparecer sin una, pero la mayoría de esas mujeres eran mas musitadoras que musas. Una verdadera musa era un tesoro inapreciable, y Mila, descubrió Solanka, era capaz de ser auténticamente inspiradora. Solo momentos después de sus convincentes exhortaciones, las ideas de Solanka, tanto tiempo congeladas y condenadas, comenzaron a arder y fluir. Salió de compras y volvió a casa con lápices de colores, papel, arcilla, madera, cuchillos. Ahora sus días estarían llenos, y también la mayoría de sus noches. Ahora, cuando se despertaba completamente vestido, no había olor de la calle en su ropa, ni el de bebidas fuertes impregnaba su aliento. Se despertaba en su banco de trabajo con las herramientas del oficio en la mano. Nuevas figuritas lo miraban con ojos traviosos y centelleantes. Dentro de él se estaba formando un nuevo mundo, y tenía que agradecer a Mila el soplo divino, el aliento de la vida.

La alegría y el alivio lo recorrían en largos estremecimientos incontrolables. Como aquel otro estremecimiento al final de la última visita de Mila, cuando el cojín cayó de sus rodillas. Un desenlace que él había esperado como el adicto en que se había convertido. La inspiración calmaba también otra preocupación que crecía dentro de él. Había empezado a abrigar temores de Mila, a suponer que había en ella un egoísmo grande y peligroso, una ambición dominante que la hacía ver a los otros, él incluido, como simples peldaños en su propio viaje a las estrellas. ¿La necesitaban realmente aquellos muchachos brillantes? Solanka había empezado a preguntárselo. (Y se acercaba a la siguiente pregunta: ¿*La necesito yo?*) Había entrevisto una nueva encarnación posible de su muñeca viva en la que Mila era Circe y tenía a sus pies a su cerdo gruñón- pero ahora apartaba aquella visión oscura; también su más feroz compañera, la visión de Mila como Furia, como Tisífone, Alecto o Megera, ponía los pies en el suelo envuelta en un manto de carne suntuosa. Mila se había justificado. Había sido el estímulo para que él volviera a trabajar.

En la tapa de una libreta encuadernada en cuero garrapateó las palabras «Los asombrosos Reyes Marioneta sin hilos del profesor Kronos». Y añadió luego: «O La rebelión de las muñecas vivas». Y luego: «O La vida de los Césares Marioneta». Luego lo tachó todo salvo las palabras «Reyes Marioneta», abrió la libreta y, a toda prisa, comenzó a escribir la historia anterior del genio demente que sería su antihéroe:

Akasz Kronos, el grande, cibernético amoral del Rijk, comenzó, creó los Reyes Marioneta en respuesta a la crisis terminal de la civilización rijk, pero, por el profundo e incorregible defecto de su carácter que lo hacía incapaz, de considerar la cuestión del bien común, los destinó a garantizar únicamente su propia supervivencia y fortuna.

Jack Rhinehart llamó la tarde siguiente, y sonaba muy excitado.

-Malik, qué pasa. ¿Sigues viviendo como un gurú en una cueva de hielo? ¿O como un náufrago de *Big Brother is not watching you*? ¿O te llegan de cuando en cuando noticias del mundo exterior?... ¿Has oído el del monje budista en el bar? Se acerca al clon de Torn Cruise de la coctelera y le dice: «Hazme uno con todo»... Oye: ¿conoces a una tía llamada Lear? Pretende haber sido tu *mujer*. A mí me parece que *nadie* merece tener la mala suerte de haberse casado con *semejante* encanto. Tiene unos ciento diez años, y el genio de una culebra cortada en dos. Ah, hablando de mujeres. Estoy divorciado. Resultó fácil. Solo tuve que dárselo todo.

Todo era realmente todo, amplió: la casita de Springs, la legendana bodega y varios cientos de miles de dólares.

-¿Y eso te parece bien? -preguntó Solanka, asombrado. -Sí, sí -farfulló Rhinehart-, Hubieras debido ver a Bronnie. Se le cayó la mandíbula hasta el *suelo*. Agarró la oferta tan rápidamente que creí que se iba a herniar. De manera que, ¿puedes creerlo?, ha *desapareado*. Hay que *brindar*. Se trata de Neela, oye. No sé cómo decirlo, pero ella hizo que algo se calmara dentro de mí. Lo arregló todo. -Su voz se hizo infantilmente conspiradora-. ¿Has visto a alguien que *pare realmente la circulation*? Quiero decir *detener el tráfico rodado*, sin lugar a dudas, al cien por cien, simplemente con su presencia? Ella lo hace. Se baja de un taxi, y cinco automóviles y dos coches de bomberos frenan chirriando. La gente tropieza con las farolas. Nunca creí que ocurriera algo así salvo en las películas cómicas de Mack Senett. Ahora veo a tipos a los que les pasa todos los días. A veces, en los restaurantes le confió Rhinehart, rebosando regocijo-, le pido que vaya al servicio y vuelva, solo para ver a los hombres de las otras mesas hacerse polvo las cervicales. ¿Te puedes imaginar, Malik, mi amigo lamentablemente soltero, lo que significa estar con *eso*? ¿Quiero decir *todas las noches*?

Siempre tienes una forma fea de expresarte dijo Solanka haciendo una mueca. Cambió de tema-. ¿En cuanto a Sara? Para hablar de alguien de ultratumba. ¿En qué cementerio la encontraste? -En el de siempre -contestó Rhinehart un poco borracho. Su ex mujer, supo Solanka, se había casado a los cincuenta con uno de los hombres más ricos de América, el magnate del forraje Lester Schofield in, de noventa y dos años, y en su reciente quincuagésimo séptimo cumpleaños había interpuesto una demanda de divorcio basada en el adulterio de Schofield con Ondine, una modelo de pasarela brasileña, de veintitrés.

-Schofield hizo sus primeros mil millones al descubrir que lo que queda en la uva después de exprimirla es una cena excelente para una vaca dijo Rhinehart, y pasó a su más exagerado estilo limus-. Y ahora tu vieja senyora tuvo la misma idea, sí senyó. Calculo que le está exprimiendo *a él* lo que puede. Para ser una vaquiya bien alimenta.

Por toda la costa oriental, al parecer, las jóvenes trepaban a las rodillas de los viejos, ofreciendo a los moribundos el cáliz envenenado de ellas mismas y causando nueve clases de estragos. Matrimonios y fortunas zozobraban a diario en aquellos jóvenes escollos.

-Miz Sara ha consedió una entrevista -dijo Rhinehart a Solanka, demasiado alegremente, en la que anunció su intención de cortar a su marío en tres partes, plantando una en cada una de sus propiedades principales, y pasar luego la tersera parte del año con ca una, para expresarle su agradecimiento por su amor. Tuviste

suerte de escapar de la vieja Sara cuando no tenías con qué, muchacho. ¿Esa Novia de Wildenstein? ¿Esa Miz Patrisia Duff? No tienen na que haser en los Huegos Olímpicos del Divorsio. Esa señora ganó la medaya de oro, tan tranquila. Porfesor, eya conose su *Chéspir*.

Había rumores de que todo el asunto era una cínica estafa -de que, en pocas palabras, Sara Lear Schofield había metido en el asunto al cisne brasileño- pero no se habían encontrado pruebas de la conspiración.

¿Qué pasaba con Rhinehart? Si estaba tan profundamente satisfecho como pretendía, tanto con su divorcio como con el *affaire* Neela, ¿por qué pasaba a aquella velocidad vertiginosa de la grosería sexual -que, de hecho, no era mucho su estilo- a aquella patosa historia sobre Sara Lear?

-Jack le preguntó Solanka a su amigo, ¿estás realmente bien, verdad? Porque si...

Estoy perfectamente interrumpió Rhinehart con su voz más tensa y crispada-. ¿Eh, Malik? Estás hablando con tu 'mano Jack. *Nasío y criaio en el bresal*. Para el carro.

Neela Mahendra llamó una hora más tarde.

-¿Se acuerda? Nos conocimos durante aquel partido. Los holandeses sacudiendo a los serbios.

Todavía los llaman yugoslavos en los medios deportivos dijo Solanka, por eso de Montenegro. Pero sí, claro que la recuerdo. No es tan fácil de olvidar.

Ni siquiera acusó el cumplido, recibiendo el halago como un mínimo: solo lo que se le debía.

-¿Podríamos vernos? Es por Jack. Tengo que hablar con alguien. Es importante.

Quería decir inmediatamente, estaba acostumbrada a que, cuando ella hacía un gesto, los hombres dejaran cualquier plan que tuvieran.

-Vivo al otro lado del parque exactamente -dijo ella-. ¿Podemos encontrarnos fuera del Metropolitan dentro de, digamos, media hora? Solanka, ya preocupado por su amigo, y más preocupado a causa de esta llamada telefónica y -isí, de acuerdo!- incapaz de resistir a un llamamiento de la guapísima Neela, se levantó para salir, aunque aquellas horas se habían convertido para él en las más preciosas del día: las de Mila. Se puso un abrigo ligero no llovía, pero hacía un frío impropio de la estación- y abrió la puerta de entrada del apartamento. Mila estaba allí con su llave duplicada en la mano. -Oh -dijo al ver el abrigo-. Oh. Muy bien. En aquel primer instante, en que la había cogido por sorpresa, antes de que tuviera tiempo de rehacerse, él vio su rostro desnudo, por decirlo así. Lo que había en aquel rostro, sin lugar a dudas, era un hambre decepcionada. El hambre vulpina de un animal al que se le niega -trató de no pensar en la palabra, pero se abrió camino- su presa.

-Volveré enseguida -dijo de forma poco convincente, pero ella había recuperado la compostura y se encogió de hombros: No pasa nada.

Atravesaron juntos la puerta del edificio y él se alejó de ella rápidamente, hacia Columbus Avenue, sin mirar alrededor, sabiendo que ella estaría con Eddie en la entrada vecina, metiéndole una lengua sedienta por la garganta desconcertada y encantada. Había por todas partes anuncios de *La celda*, la nueva película de Jennifer López. En ella miniaturizaban a la protagonista y la inyectaban en el cerebro de un asesino en serie. Sonaba a *remake* de *Viaje alucinante*, con Rachel Welch, pero ¿y qué? Nadie recordaba el original. Todo es una copia, un eco del pasado, pensó el profesor Solanka. Una canción para Jennifer. Vivimos en un mundo retro y yo soy una chica retrógrada.

En el futuro, seguro, no escucharán ya este tipo de emisión de radio. Oh, ¿sabes lo que pienso? Quizá la radio nos escuche a *nosotros*. Seremos el espectáculo y las máquinas serán el público y dueñas de la estación, y a todos nos gustará trabajar para ellas.

Escuche. No sé qué mierda de ciencia ficción barata nos estaba largando ese Speedy González. Me suena como si hubiera alquilado *Matrix* demasiadas veces. Donde yo estoy, el futuro, sencillamente, no ha llegado. Todo parece igual. Quiero decir la misma mierda por todas partes. Todo el mundo tiene la misma habitación, recibe la misma educación, disfruta de la misma distracción y busca la misma... empleación. Compruébelo. Recibimos las mismas facturas, salimos con las mismas chicas, vamos a las mismas cárceles; nos pagan mal, follamos mal y acabamos mal, ¿no es cierto? *Correcto, señor*. ¿Y *mi* radio? Tiene un mando *on-off*, *jefe*, y apago a ese imbécil cada vez que quiero.

-Muchacho, no lo entiende. Ese tipo lo entiende tan poco que no lo verá hasta que se le siente encima. Será mejor que espabiles, mano. Ahora tienen máquinas que funcionan con comida, ¿lo oyes? Se acabó la gasolina. Comen comida humana como tú y como yo. Pizza, perritos con chile, pasta de atún, lo que sea. Muy pronto las máquinas irán a comer al restorán. Y dirán algo así como déme el mejor reservao. Y ahora dime cuál es la diferencia. Si come está viva, digo yo. El futuro está aquí, macho, ahora mismo, más te vale apretar el culo. Muy pronto, la máquina vendrá a por esa empleación de que tú hablas, y quizá también a por tu chica.

-Eh, eh, mi paranoico amigo latino, Ricky Ricardo, no he entendido el nombre, pero echa el freno, Desi, ¿okey? Esto no es la Cuba comunista de la que te escapaste en un bote de goma para encontrar refugio en el país de la libertad...

-No me insulte ahora, por favor. Y digo por favor porque estoy bien educado, ¿no? Este hermano de aquí, corno se llama, Señor Cliff Huxtabol o Mister No Lo Queremos, quizá su madre nunca se lo dijo, pero, estamos en el aire en directo y hablamos a toda la región metropolitana, de manera que vamos a hablar limpio.

¿Puedo intervenir? ¿Perdón? ¿Estoy oyendo todo esto?, ¿y estoy pensando que ahora tienen presentadores de televisión fabricados electrónicamente? ¿y que hay actores muertos vendiendo motocicletas? ¿Steve McQueen en ese coche?, ¿de manera que estoy más con nuestro amigo cubano?, ¿la tecnología me asusta?, ¿de manera que en el futuro?, ¿alguien pensará en nuestras pequeñas necesidades?, ¿soy actriz?, ¿trabajo principalmente en publicidad?, ¿y hay esa huelga del Sindicato de Actores de Cine?, ¿y desde hace meses no gano un dólar?, ¿y ni un solo *spot* deja de emitirse?, ¿porque pueden tener a Lara Croft?, ¿A Jar Jar Binks?, ¿pueden tener a Gable o Bogart o Marilyn o Max Headroom o HAL el de 2007?

-Voy a tener que interrumpirla, señora, porque se nos ha acabado el tiempo y sé que mucha gente tiene ideas firmes al respecto. No se puede culpar a la tecnología de punta del lío en que los ha metido su sindicato. Quisieron el socialismo, el sindicato les hizo la cama y ahora están metidos en ella. ¿Mi opinión personal del futuro? No se puede dar marcha atrás al reloj, de manera que hay que ir con la corriente y cabalgar sobre la ola. Estar al día. Aprovechar el momento. De costa a costa.

Sentado en los escalones del gran museo, capturado en un súbito estallido de luz dorada y sesgada de la tarde, y echando un vistazo al *New York Times* mientras esperaba a Neela, el profesor Malik Solanka se sentía más que nunca como un refugiado en una pequeña embarcación, atrapado entre mareas encontradas: razón y

sinrazón, guerra y paz, el futuro y el pasado. O como un niño en un salvavidas que ha visto a su madre hundirse en el agua negra y ahogarse. Y, después del terror y la sed y las quemaduras del sol, estaba el ruido, el incesante y hostil zumbido de voces en la radio de un chófer de taxi, ahogando su propia voz interior, haciendo imposible el pensamiento, o la elección, o la paz. ¿Cómo derrotar a los demonios del pasado cuando los demonios del futuro lo rodeaban a grito pelado? El pasado se estaba alzando; no podía ser negado. Además de Sara Lear, en los programas de la tele estaba la pequeña Ms. Pinchaculo de Krzysztof Waterford-Wajda, regresada de entre los muertos. Perry Pincus debía de tener, cuántos, cuarenta ahora había escrito un libro de revelaciones sobre sus años como *grupi* número uno de intelectuales: *Hombres con pluma*, y Charlie Rose la entrevistaba sobre el libro aquella misma noche. Pobre Tontón, pensó Malik Solanka. Esa es la chica con la que querías sentar la cabeza y ahora va a bailar sobre tu tumba. Si esta noche es Charlie -«Cuéntenos qué reparos tuvo ante ese proyecto, Perry; como intelectual que es, debe de haber tenido serias dudas. Díganos cómo superó esos escrúpulos»-, mañana será Howard Stern: «A las chicas les gustan los escritores. Pero la verdad es que a un montón de escritores les gustaba esta chica». Halloween, la Noche de Walpurgis, parecía llegar muy pronto este año. Las brujas se estaban congregando para su aquelarre.

A sus espaldas contaban a medias otra historia; otro cuento de hadas de una desconocida, vertido en sus oídos indefensos.

Sí, todo ha ido fenomenal, cariño. No, ningún problema, voy de camino a la reunión del consejo de administración, por eso te llamo con el móvil. Todo el tiempo consciente, pero dopada, claro. Bueno, ¿wnzconsciente. Sí, el bisturí corta el globo ocular, pero con las drogas te parece una pluma. No, no deja huella, y es admirable lo que veo ahora. *Grada admirable*, sí. Estaba ciega y ahora puedo ver. De veras. Mira todas esas cosas. Me estaba perdiendo tanto. Bueno, piénsatelo. Es realmente el rey del láser. Estuve preguntando por todas partes, como sabes, y siempre me daban el mismo nombre. Un poco de sequedad nada más, pero dice que desaparece en unas semanas. Muy bien, te quiero. Volveré a casa tarde. Qué le voy a hacer. No me esperes levantado.

Y naturalmente se dio la vuelta, naturalmente vio que la joven no estaba sola, un tipo la acariciaba ya mientras ella cerraba el móvil. Ella, dejando con mucho gusto que la acariciaran, tropezó con la mirada de Solanka; y, viéndose cogida en flagrante mentira, sonrió culpablemente y se encogió de hombros. Qué le voy a hacer, como había dicho por teléfono. El corazón tiene sus razones, y todos somos servidores del amor.

Las diez menos veinte en Londres. Asmaan estaría dormido. Cinco horas y media más en la India. Poned el reloj en Londres cabeza abajo y tendréis la hora en la ciudad en que nació Malik Solanka, la Ciudad Prohibida del Mar Árabe. También aquello estaba volviendo. El pensamiento lo llenó de espanto: en qué podría convertirse, impulsado por su furia largo tiempo encerrada. Incluso después de todos aquellos años lo definía, no había perdido nada de su poder sobre él. ¿Y si acabara las frases de aquel relato no contado?... Tenía que dejar la cuestión para otro día. Sacudió la cabeza. Neela se retrasaba. Solanka dejó el periódico, sacó un trozo de madera y una navaja del ejército suizo de un bolsillo del abrigo, y empezó a tallar la madera con toda concentración.

¿Quién es? La sombra de Neela Mahendra cayó sobre él. Ella tenía el sol detrás y, en silueta, parecía más alta aún de lo que la recordaba.

-Un artista respondió Solanka-. El hombre más peligroso del mundo.

Ella limpió el polvo de un escalón del museo y se sentó a su lado.

-No le creo -dijo-. Conozco a un montón de hombres peligrosos, y ninguno de ellos creó nunca una obra de arte plausible. Además, créame, ni uno de ellos era de madera.

Siguieron sentados un rato en silencio, él tallando, ella simplemente quieta, ofreciendo al mundo el regalo de estar allí. Luego Malik Solanka, recordando sus primeros momentos de intimidad, pensaría especialmente en aquel silencio y quietud, en lo fácil que había sido.

-Me enamoré de ti cuando no decías nada -le dijo-. ¿Cómo podía saber que eras la mujer más habladora del mundo? Conozco a un montón de mujeres habladoras pero, créame, comparadas contigo todas son de madera.

Al cabo de unos minutos, se guardó la figura semiacabada y se disculpó por haber estado tan abstraído.

-No hay nada que disculpar -dijo ella-. El trabajo es el trabajo.

Se pusieron en pie para bajar por la gran escalinata hacia el parque y, cuando ella se levantaba, un hombre se resbaló en el escalón superior y rodó dolorosa y pesadamente una docena de escalones, tropezando casi con Neela en su caída; esta fue interrumpida por un grupo de colegialas que empezaron a gritar. El profesor Solanka reconoció en el hombre al que había estado acariciando con tanto entusiasmo a la embustera del teléfono. Miró a su alrededor buscando a la señorita Móvil y, un momento más tarde, la vio alejándose furiosa hacia el norte y llamando a taxis que no estaban de servicio y no hacían caso de su colérico brazo. Neela llevaba un vestido con pañuelo de seda, de color mostaza, que le llegaba a la rodilla. Tenía el negro pelo recogido en un moño alto y los largos brazos desnudos. Un taxi se detuvo y echó a su ocupante, por si acaso ella quería subir. Un vendedor de perritos calientes le ofreció, gratis, lo que quisiera: «Pero cómaselo aquí, señora, para que pueda mirarla». Al experimentar por primera vez el efecto del que Jack Rhinehart había hablado de forma tan vulgarmente efusiva, Solanka se sentía como si estuviera acompañando uno de los tesoros más importantes del Met por una Quinta Avenida sobrecogida. No: la obra maestra en que estaba pensando estaba en el Louvre. Con una ligera brisa que le pegaba el vestido al cuerpo, ella parecía la Victoria Alada de Samotracia, pero con cabeza.

Nike dijo en voz alta, dejándola perpleja. Es lo que me recuerda.

Ella frunció el ceño.

-¿Le recuerdo ropa de deporte?

La ropa de deporte, desde luego, la recordaba a ella. Cuando entraron en el parque, un joven en ropa *de jogging* se acercó a ellos, francamente humilde por efecto de la belleza de Neela. Incapaz al principio de hablarle, se dirigió primero a Solanka:

-Señor -dijo-, no crea que estoy tratando de ligar con su hija, es decir, no quiero quedar con ella ni nada parecido, es solo que es la más, tengo que decírselo a ella., -y entonces se volvió por fin hacia Neela, la más...

En el pecho de Malik Solanka se alzó un fuerte rugido. Sería estupendo arrancar a aquel joven la lengua, de su repugnante boca carnosa. Sería estupendo ver qué aspecto tenían sus brazos musculosos separados de aquel torso de alta definición. ¿Cortados? ¿Arrancados? ¿Y si lo cortara y desgarrara en un millón de pedazos? *¿Y si me comiera su corazón de mierda?*

Sintió cómo la mano de Neela Mahendra se posaba ligeramente en su brazo. La furia se aplacó tan rápidamente como había surgido. El fenómeno, el ascenso y descenso imprevisibles de su genio, había sido tan rápido que Malik Solanka se sintió aturdido y confuso. ¿Había ocurrido realmente? ¿Había estado realmente a punto de desgarrar miembro a miembro a aquel tipo super en forma? Y si era así, ¿cómo había podido Neela disipar su cólera la cólera que Solanka tenía que combatir a veces permaneciendo echado en cuartos oscuros durante horas, haciendo ejercicios respiratorios e imaginándose triangulitos rojos- simplemente con su contacto? Y si era así (el pensamiento se le ocurrió y no fue rechazado), ¿no era aquella una mujer que debía conservar a su lado y atesorar durante el resto de su atribulada vida?

Sacudió la cabeza para librarla de esas ideas y dirigió su atención hacia la escena que se desarrollaba. Neela estaba ofreciendo al joven corredor su sonrisa más deslumbrante, una sonrisa después de la cual lo mejor sería morir, porque el resto de la vida sería seguramente una gran decepción.

-No es mi padre -dijo al portador de ropa de deporte, cegado por la sonrisa.- Es el hombre con que vivo.

Aquella información golpeó al pobre tipo como un martillazo; y entonces, para subrayar la cosa, Neela Mahendra plantó en la boca no preparada pero agradecida del todavía aturdido Solanka un beso largo y explícito. -¿Y sabe qué? jadeó, subiendo a tomar aire para asestar el golpe de gracia-. En la cama es absolutamente fantástico. - ¿Qué *ha pasado...* ? -preguntó mareado el profesor Solanka, más halagado que, en cierto modo, abrumado, después de haberse ido el corredor con aspecto de ir a sacarse las tripas con un trozo de bambú poco afilado. Ella se rió, un ruido cacareante, enorme y perverso, que hacía parecer refinada hasta la risa ronca de Mila. - Me di cuenta de que estaba usted a punto de perder los estribos -dijo-. Y lo necesito ahora, para que me haga caso, y no en un hospital o en la cárcel.

Lo que explicaba alrededor del ochenta por ciento de la cosa, pensó Solanka mientras la cabeza dejaba de darle vueltas, pero no traducía totalmente el sentido de lo que ella había estado haciendo con su lengua.

¡Jack! ¡Jack!, se reprochó a sí mismo. El tema aquella tarde era Rhinehart, su compinche, su mejor compañero, y no la lengua de la amiga de su amigo, por muy larga y gimnástica que fuera. Se sentaron en un banco cerca del estanque, y a su alrededor los que paseaban perros chocaron con los árboles, los practicantes de tai chi perdieron el equilibrio, los patinadores chocaron unos con otros y la gente que paseaba se cayó sencillamente al estanque, como si hubiera olvidado dónde estaba. Neela Mahendra no parecía notar nada de aquello. Pasó un hombre con un cucurucho de helado que, debido a una súbita pero total falta de coordinación entre mano y boca, falló por completo su lengua para entrar en contacto, suciamente, con su oreja. Otro tipo joven, dando toda clase de muestras de auténtica emoción, se puso a llorar copiosamente mientras pasaba haciendo *jogging*- Solo la afroamericana de edad madura que se sentaba en el banco de al lado (¿a quién estoy llamando de edad madura? Probablemente es más joven que yo, pensó Solanka desalentado) parecía

inmune al factor Neela mientras se abría paso a dentelladas por un largo bocadillo de ensalada de huevo, anunciando su disfrute de cada bocado con sonoros *mmms* y *uh-huhs*. Neela, entretanto, solo tenía ojos para el profesor Malik Solanka.

-Un beso sorprendentemente satisfactorio, por cierto -dijo-. De veras. De primera.

Apartó la vista de él, mirando las aguas centelleantes. -Jack y yo hemos terminado -siguió diciendo rápidamente.- Quizá se lo haya dicho ya. Hace algún tiempo. Sé que es buen amigo suyo y que usted debería serlo en estos momentos, pero no puedo estar con un hombre al que he perdido el respeto.

Un silencio. Solanka no dijo nada. Estaba repasando la última llamada telefónica de Rhinehart y oyendo lo que no había percibido: el tono elegíaco por debajo de la fanfarronería sexual. La utilización de un tiempo verbal pasado. La pérdida. No presionó a Neela para que le contara la historia. Ya lo hará, pensó. Y muy pronto.

-¿Qué piensa de las elecciones? -preguntó ella, dando uno de los espectaculares virajes en la conversación a los que Solanka se acostumbraría muy pronto-. Le diré lo que pienso yo. Creo que, por respeto al resto del mundo, los votantes americanos no deben votar a Bush. Es su obligación. Le voy a decir lo que aborrezco añadió. Aborrezco que la gente diga que no hay diferencia entre los candidatos. Eso de Gush y Bore está tan *gastado*. Me saca de mis casillas.

No era el momento, pensó Solanka, de confesarle sus culpables secretos. Sin embargo, Neela no esperaba realmente una respuesta.

-¿Que no hay diferencia? -exclamó ella-. ¿Y qué pasa, por ejemplo, con la *geografía*? ¿Con saber, por ejemplo, dónde está mi pequeño país natal en el maldito mapa del mundo?

Malik Solanka recordó que un periodista había tendido una trampa a George W. Bush con una pregunta capciosa durante una mesa redonda sobre política exterior, un mes antes de la Convención republicana: «Dada la creciente inestabilidad de la situación étnica en Liliput-Blefuscu, ¿podría señalarnos ese país en el mapa? ¿Y cómo dice que se llama la capital?». Dos pelotas curvas, dos *strikes*.

Le diré lo que *piensa Jack* de las elecciones.- Neela volvió a su tema, mientras el color aumentaba en su rostro al mismo tiempo que su voz-. El nuevo Jack (lista A, Baile Blanco y Negro, Truman Capote) Rhinehart piensa lo que quieren que piense sus «Césares» en sus «Palacios». Salta, Jack, y saltará hasta las nubes. Baila para nosotros, Jack, eres un bailarín tan fantástico, y él les mostrará todos los bailes de hace treinta años que encantan a los hombres blancos de edad, bailará el *swim* y el *hitchhike* y el *walk the dog*, hará el *mash*, el *funky chicken* y la *locomotion* toda la noche. Haznos reír, Jack, y les contará chistes como un bufón de la corte. Probablemente conoce usted sus favoritos: «Después de haber hecho analizar el FBI el vestido de Monica, dijeron que no podían identificar a nadie por la mancha, porque todo el mundo tiene en Arkansas el mismo ADN». Sí, a los Césares les gusta ese. Vota republicano, Jack, sé antiabortista, Jack, léeles la Biblia a los homosexuales, Jack, y no son las armas las que matan a la gente, ¿verdad, Jack?, y él dice, sí señora, es la gente la que mata a la gente. Buen perro, Jack. Échate. Busca. Siéntate y da la jodia patita. La patita, Jack, no te vamos a dar nada, pero nos gusta ver a un negro de rodillas. Buen perro, Jack, vete a dormir en la perrera de atrás. Ah, cariño, ¿te importaría echarle a Jack un hueso? Ha sido tan bueno. Sí, ella se encargará, viene del Sur.

De manera que Rhinehart había sido malo, pensó Solanka, y supuso que Neela no estaba acostumbrada a que la engañaran. Estaba acostumbrada a ser el flautista de Hamelin, con filas de chicos que la seguían a donde quisiera.

Ella se calmó, echándose hacia atrás en el banco y cerrando un momento los ojos. La mujer del banco de al lado terminó su bocadillo, se inclinó hacia Neela y le dijo:

-Larga a ese chico, cariño. Dale a él la patada *hoy*. No necesitas tener una relación con el caniche de nadie.

Neela se volvió hacia ella como si saludara a una vieja amiga:

-Señora- dijo seriamente,- tiene usted leche en la nevera que va a durar más que esa relación.

Vamos a andar un poco ordenó, y Solanka se puso en pie. Cuando estuvo segura de que no los oían, dijo: Mire, estoy cabreada con Jack, eso es una cosa, pero tengo miedo también por él. Necesita realmente un verdadero amigo, Malik. Está en un buen lío.

Como había adivinado Solanka por su llamada telefónica, Rhinehart estaba deprimido, y no sólo por la fecha de caducidad del cartón de leche de su amor. El encuentro con Sara Lear, que había comenzado como una entrevista para un artículo sobre los divorcios importantes de la época, había tenido repercusiones desagradables para él. Sara se había revuelto contra él, y su enemistad lo había afectado grandemente. Después de haber cedido a Bronislawa su casa de Springs, él se había buscado una diminuta caja de zapatos en medio de un campo de golf, hacia Montauk Point.

-Ya conoce su admiración por Tiger Woods -dijo Neela-. Jack es competitivo. No será feliz hasta que Nike, quiero decir la otra Nike -dijo, ruborizándose de placer no disimulado-, la Nike a la que todavía no ha indignado, empiece a patrocinarlo también, incluido el logotipo en la gorra.

Después de haber aceptado el vendedor la oferta de Rhinehart por la casita, ocurrieron dos cosas en rápida sucesión. En la tercera visita de Rhinehart al lugar, para la que el corredor de fincas le había dado la llave, la policía se presentó menos de diez minutos después y lo invitó a explicarse. Unos vecinos habían comunicado que había un intruso en la finca, y ese era él. Tardó casi una hora en convencer a los polis de que no era un ladrón sino un comprador con todas las de la ley. Una semana más tarde, el club de golf rechazó su solicitud de admisión. Sara tenía el brazo largo. Rhinehart, para quien, como decía, «ser negro no es ya un problema», había vuelto a descubrir, por las malas, que seguía siéndolo.

-Acaban de inaugurar un club allí para que los judíos puedan jugar al golf- dijo Neela desdeñosamente.- Esos viejos *wasps* saben defenderse. Jack hubiera debido conocer la situación. Quiero decir que Tiger Woods podrá ser mestizo, pero sabe que tiene los cojones negros.

»Eso no es lo peor. Habían llegado a la fuente de Bethesda. Las reacciones tardías y demás trucos cómicos de película muda continuaban rodeándolos; siguieron andando hasta llegar a un talud de hierba-. Siéntese -dijo Neela. Él se sentó. Neela bajó la voz-. Se ha mezclado con algunos locos, Malik. Dios sabe por qué, pero realmente quiere estar con ellos, y son los muchachos blancos más tontos y más salvajes que se pueda imaginar. ¿Ha oído hablar de una sociedad secreta, no se supone siquiera que exista, llamada S&M? Ya el nombre es un chiste malo. «Soltero y Macho.» Sí, exacto. Esos chicos están muy, muy lanzados. ¿Es como esa Calavera y Tibias Cruzadas que tienen en Yale?, ¿que compren cosas como el bigote de Hitler y la polla de Casanova?... Solo que ésta no está vinculada a un centro, ni colecciona objetos. Colecciona chicas, jóvenes de determinados intereses y talentos. Le sorprendería cuántas son, especialmente si supiera los juegos a los que deben jugar, y no estoy hablando de *strip poker*. Cremalleras, pellizcos, clips. Sillas de montar, riendas, arneses, probablemente acaban pareciendo un coche de caballos con flecos. O bien, ya sabe, azótame con azotes y átame con ataduras, esas son algunas de las cosas menos duras. Chicas ricas. Palabra. Tu familia tiene caballos y ¿por eso te excita que te traten como a un caballo? No sabría decirlo. Hay cosas tan deseables que les resultan tan fáciles a esos chicos -Neela no podía ser más de cinco años mayor que la muchachas muertas, pensó Solanka, que nada los excita. Tienen que ir cada vez más lejos en busca de estímulos, lejos de casa, lejos de lo seguro. Los lugares más salvajes del mundo, las sustancias químicas más salvajes, el más salvaje de los sexos. Ese es mi psicoanálisis de Lucy por cinco centavos. Niñas ricas aburridas dejan que chicos ricos y tontos les hagan cosas raras. Los chicos ricos y tontos no pueden creerse su suerte.

Solanka reflexionó sobre el uso por Neela de la palabra «chicos» para describir a los que, después de todo, pertenecían a su misma generación. La palabra parecía sincera en sus labios. Comparada con, digamos, Mila Milo, su propio secreto culpable, aquella era una mujer adulta. Mila tenía sus encantos, pero tenían sus raíces en una indecencia infantil, un capricho ansioso nacido de esa misma crisis de respuesta amortiguada, esa misma necesidad de llegar a los extremos, más allá de los extremos, a fin de encontrar lo que necesitaba como excitación. Cuando el fruto prohibido ha sido tu alimento diario, ¿qué puede emocionarte? Afortunada Mila, pensó Solanka. Su novio rico no había comprendido lo que hubiera podido hacer con ella, y la había dejado ir. Si esos otros chicos ricos hubieran sabido de Mila, de lo lejos que estaba dispuesta a llegar, de los tabúes que estaba dispuesta a desconocer, habría podido ser su diosa, la mujer-niña de su culto oculto. Y habría podido terminar en el Midtown Tunnel, con el cráneo aplastado.

-La falta de afecto en acción -dijo Solanka en alta voz-. Una tragedia de aislamiento. La vida no analizada de la gente que tiene su «unidad».- Tuvo que explicarlo y se sintió feliz al oírla reír de nuevo.

-No es de extrañar que todos esos gorilas salidos, esos Paquetes, Sementales y Cachiporras, quieran formar parte, ¿no? -Neela suspiró-. La cuestión es, ¿por qué Jack?

El profesor Malik Solanka sintió que el estómago se le contraía.

-¿Es Jack miembro de esos S&M? -preguntó-. Pero ¿no son ellos los que...?

-No es miembro aún -le interrumpió ella, impulsada por la necesidad de compartir su terrible carga.- Pero está aporreando su puerta, rogándoles que le dejen entrar, el muy estúpido. Y eso después de toda esa mierda asquerosa en la prensa. Cuando lo supe, no pude seguir con él. Le voy a decir algo que no dijeron los periódicos añadió, bajando la voz todavía más. ¿Esas tres chicas muertas? No fueron violadas, ni siquiera robadas, ¿no? Pero les hicieron algo, y eso es realmente lo que relaciona los tres delitos, aunque la policía no quiere que se publique, por el efecto de imitación.

Solanka estaba empezando a estar sinceramente asustado.

¿Qué les ocurrió? preguntó débilmente. Neela se tapó los ojos con las manos.

Les arrancaron la cabellera susurró, y se echó a llorar.

Ser despojado del cuero cabelludo es seguir siendo un trofeo incluso muerto. Y como la rareza creaba valor, la cabellera de una chica muerta en el bolsillo ioh misterio sumamente horrible! podía suponer realmente una distinción mayor que la que daría tener a esa misma chica, vivita y coleando, colgada del brazo en algún baile elegante o incluso como compañera bien dispuesta a cualquier extravagancia sexual que se te ocurriera imaginar. El cuero cabelludo significaba dominio, y arrebatarlo, considerar deseable esa reliquia, significaba valorar más el significante que lo significado. Las muchachas, comenzó Solanka a comprender con escandalizado horror, habían tenido realmente más valor para sus asesinos muertas que vivas.

Neela estaba convencida de la culpabilidad de los tres galanes; convencida también de que Jack sabía mucho más de lo que decía a nadie, ni siquiera a ella.

-Es como la heroína -dijo, secándose los ojos-. Está tan metido que no sabe cómo salir, no *quiere* salir, aunque quedarse lo destruirá. Mi preocupación es saber ¿qué está dispuesto a hacer, y con quién está dispuesto a hacerlo? ¿Estaba yo seleccionada para deleite de esos gilipollas, o qué? En cuanto a los asesinatos, ¿quién sabe? Quizá sus jueguecitos sexuales fueran demasiado lejos. Quizá esos chicos ricos tengan una combinación de sexo demente y poder. Una especie de mierda de hermandad de sangre. Fóllate a la chica y mátala, y hazlo de forma tan condenadamente inteligente que no te pase nada. No sé. Quizá solo esté expresando resentimientos de clase. Quizá sea sólo que he visto demasiadas películas. *Impulso criminal. La sogá*. ¿Recuerda? «¿Por qué hacen eso?» «Porque podemos». Porque quieren probar que son pequeños Césares. Que están por encima y más allá, exaltados, semejantes a los dioses. La ley no puede hacerles nada. Es una *mierda* tan asesina, pero Mr. Rhinehart, el Perrito Faldero, sigue siéndoles leal. «No sabes un carajo de ellos, Neela, son tíos legales». Gilipollecés. Está tan ciego que no se da cuenta de que lo arrastrarán cuando caigan o, peor aún, de que le están tendiendo una trampa. Será él quien caiga, e irá a la silla eléctrica cantando sus alabanzas. Jackarajo. Un buen nombre para ese pobre pendejo. En estos momentos, es más o menos lo que significa para mí.

-¿Por qué está tan segura? le preguntó Solanka. Lo siento, pero usted misma suena un poco desquiciada. Han interrogado a esos tres hombres, pero no los han detenido. Y, por lo que yo sé, cada uno de ellos tenía una sólida coartada para la hora en que murió su novia. Testigos y demás. A uno lo vieron en un bar y así sucesivamente, lo he olvidado.

Le palpitaba fuertemente el corazón. Por lo que le parecía una eternidad, se había acusado a sí mismo de esos crímenes. Sabiendo el desorden que había en su propio corazón, la tormenta incoherente y burbujeante, lo había relacionado con el desorden de la ciudad y había estado a punto de declararse culpable. Ahora, parecía, su exculpación estaba al alcance de la mano, pero el precio de su inocencia podía ser muy bien la culpabilidad de su buen amigo. En su estómago se agitaba una gran turbulencia que le daba náuseas.

-Y la historia de las cabelleras -se forzó a preguntar-. ¿Dónde demonios oyó nada parecido?

Dios gimió ella, dejando que lo peor saliera por fin. Estaba limpiando su armario de mierda. Dios sabe por qué. *Nunca* hago trabajos así para un hombre. Búscate un ama de llaves, ¿sabes? Yo no estoy *para* eso. Realmente le quería, y creo que por cinco minutos me dejé... bueno, en cualquier caso, estaba limpiando para él, y encontré, encontré. Otra vez lágrimas. Solanka le puso entonces la mano en el brazo, y ella se estrechó contra él, lo abrazó fuertemente y sollozó-. Goofy -dijo-. Los encontré a los tres. Los tres jodíos disfraces de tamaño natural. Goofy y Robin Hood y Buzz.

Ella se había enfrentado con Rhinehart y él había bravuconeo, de mala manera. Sí, por broma, Marsalis, Andriessen y Medford se ponían esos trajes y espían a sus amigas a distancia. Muy bien, sí, quizá fuera una broma de mal gusto, pero eso no los convertía en asesinos. Y no llevaban los disfraces las noches de los asesinatos, eso eran tonterías: información tergiversada. Pero tenían miedo, ¿no lo tendrías tú?, y habían pedido a Jack que los ayudara.

-Siguió así y protestando de su inocencia, negando que su precioso club fuera una tapadera para las prácticas libidinosas de la clase privilegiada. -Neela se había negado a cambiar de tema-. Saqué a relucir todo lo que sabía, sabía a medias, suponía, intuía y sospechaba, lo puse todo delante de él y le dije que no iba a cejar hasta que él dijera lo que había que decir.

(Finalmente, Rhinehart había entrado en pánico y había gritado: -¿Te crees que soy el tipo de hombre que sale de noche a arrancar el cuero cabelludo a las mujeres?

Cuando ella le había preguntado qué significaba eso, había parecido mortalmente asustado y había pretendido haberlo leído en los periódicos. El silbido del *tomahawk* El botín del guerrero victorioso. Pero ella había consultado en la internet los archivos de todos los periódicos de la zona de Manhattan y lo sabía:

Nunca lo publicaron.

Neela se había vestido para estar bella, no abrigada, y la tarde había perdido su esplendor. Solanka se quitó el abrigo y se lo echó por los temblorosos hombros. A su alrededor, en el parque, los colores palidecían. El mundo se convertía en un lugar de negros y grises. Los vestidos de las mujeres insólitamente para Nueva York, había sido una temporada de colores vivos, se convertían en monocromos. Bajo un cielo plomizo, el verde se filtraba de los árboles esparcidos. Neela necesitaba dejar aquel ambiente repentinamente espectral.

-Vamos a echar un trago -propuso, levantándose y yéndose enseguida a grandes zancadas. Hay un bar de hotel que está bien en la setenta y siete -y Solanka

se apresuró a seguirla, haciendo caso omiso de los choques y catástrofes ahora familiares que ella iba dejando en su estela, como los daños de un huracán.

Había nacido «a mitad de los setenta» en Mildendo, la capital de Liliput-Blefuscu, en donde vivía aún su familia. Eran *girmityas*, descendientes de uno de los primeros trabajadores extranjeros -su abuelo-, que había firmado un contrato de cumplimiento forzoso, un *girmit*, en 1834, el año siguiente a la abolición de la esclavitud. Biju Mahendra, del pequeño pueblo indio de Titlipur, había viajado con sus hermanos hasta aquella doble manchita del remoto Pacífico Meridional. Los Mahendra habían ido a trabajar a Blefuscu, la más fértil de las dos islas y centro de la industria azucarera.

Como indo-lili dijo ella ante su segundo *cosmopolitan*, el coco de mi niñez era el Coolumber, que era grande y blanco y no hablaba con palabras sino con números y se comía a las niñas de noche si no hacían sus tareas ni se lavaban las partes pudendas. Cuando crecí, supe que los «coolumbers» eran los capataces de los trabajadores de la caña de azúcar. El de la historia de mi familia era un hombre blanco llamado el señor Jugo Hughes en realidad, supongo, que era un «diablo de Tasmania» y para el que mi abuelo y mis tíos abuelos no eran más que números de una lista que leía todas las mañanas. Mis antepasados eran números, hijos de números. Solo a los elebés indígenas los llamaban por su verdadero nombre. Hicieron falta tres generaciones para que pudiéramos rescatar nuestros nombres de esa tiranía numérica. Para entonces, evidentemente, las cosas entre los elebés y nosotros habían ido muy mal. «Nosotros comemos verduras -solía decir mi abuela-, pero esos guatones de elebés comen carne humana.» De hecho, hay una historia de canibalismo en Liliput-Blefuscu. Se ofenden cuando se les dice, pero es así. Y para nosotros la simple presencia de carne en la cocina era una profanación. El llamado «puerco largo», el ser humano, sonaba a plato favorito del propio diablo.

Los términos para bebidas desempeñaban un papel penosamente importante en la historia de Neela. En materia de grog, yaqona, kava y cerveza, como en pocas otras cosas, los indo-liliputienses y los elebés era idénticos; ambas comunidades padecían el alcoholismo y los problemas que lo acompañan. El propio padre de Neela era un gran bebedor, y ella estaba contenta de haber escapado de él. Había pocas becas para América en Liliput-Blefuscu, pero ella consiguió una, y se enamoró enseguida de Nueva York, como todo el que necesitaba, y encontraba aquí, un hogar lejos del hogar entre otros trotamundos que necesitaban exactamente lo mismo: un refugio donde desplegar las alas. Sin embargo, sus raíces le tiraban, y sufría mucho por lo que llamaba «alivio culpable». Se había escapado del borracho de su padre, pero su madre y sus hermanas no. Y también seguía apasionadamente unida a la causa de su comunidad.

-Los desfiles son los domingos -dijo, encargando un tercer *cosmopolitan*. ¿Vendrá conmigo?

Y Solanka -era jueves ya- dijo inevitablemente que sí.

-Los elebés dicen que somos codiciosos y lo queremos todo, y que los echaremos de su propio país. Nosotros decimos que son vagos y, si no fuera por nosotros, se quedarían sentados sin dar golpe y se morirían de hambre. Ellos dicen que la única forma de cascar un huevo pasado por agua es por el extremo fino. Mientras que nosotros -o al menos aquellos de nosotros que comen huevos somos partidarios del extremo grueso, del gran *end*, de la Gran Endia. -Se partió de risa, al hacerle gracia su propio chiste. Pronto habrá jaleo.

Era un problema, como tantas otras veces, de tierras. Aunque los indo-liliputienses de Blefuscu se ocupaban ahora de toda la agricultura, realizaban la mayoría de las exportaciones del país y, por consiguiente, obtenían la mayoría de las divisas, y aunque habían prosperado y se cuidaban de sí mismos, construyendo sus propias escuelas y hospitales, la tierra en que estaba todo aquello era propiedad de los elebés «indígenas».

-Odio la palabra «indígena» -exclamó Neela-. Soy indo-lili de cuarta generación. De manera que también soy indígena.

Los elebés temían un golpe de Estado: que los indo-lilis, a los que la Constitución elebé seguía negando el derecho a tener propiedades inmobiliarias en cualquiera de las dos islas, se apoderaran revolucionariamente de la tierra; los grandes endios, por su parte, temían lo mismo a la inversa. Tenían miedo de que, cuando sus arrendamientos por cien años expiraran, en el siguiente decenio, los elebés recuperasen sencillamente las tierras agrícolas, ahora valiosas, dejando sin nada a los endios, que las habían cultivado.

Sin embargo, había una complicación, que Neela, a pesar de su lealtad étnica y sus tres rápidos *cosmopolitan*, tenía la honradez de admitir.

-No es solo una cuestión de antagonismo étnico, ni siquiera de quién es dueño de qué -dijo-. La cultura elebé es realmente diferente, y comprendo que tengan miedo. Ellos son colectivistas. La tierra no pertenece a propietarios individuales sino que es administrada por los jefes elebés en nombre de todo el pueblo elebé. Y entonces venimos los de la Gran Endia, con nuestras buenas prácticas comerciales, visión para los negocios, mercantilismo de mercado libre y mentalidad lucrativa. El mundo habla ahora nuestro idioma, no el suyo. Es la era de los números, ¿no? Y nosotros somos números y los elebés palabras. Nosotros somos matemáticas y ellos poesía. Estamos ganando y ellos perdiendo: y por eso, naturalmente, tienen miedo de nosotros, es como la lucha en el interior del alma humana, entre lo que hay en nosotros de mecánico y utilitario y la parte que ama y que sueña. Todos tememos que lo que hay de frío y maquinal en la naturaleza humana destruya nuestra magia y nuestra canción. De manera que la lucha entre los indo-lilis y los elebés es también la lucha del espíritu humano y, maldita sea, con el corazón estoy probablemente en el otro bando. Pero mi gente es mi gente y lo que es justo es justo y después, de haberte partido el culo durante cuatro generaciones y ser tratado aún como ciudadano de segunda, tienes derecho a enfurecerte. Si llega el caso, volveré. Lucharé con ellos si hay que hacerlo, hombro con hombro. No bromeo, lo haré realmente.

Él la creyó. Y pensó: ¿cómo es que, en compañía de esta mujer apasionada a la que apenas conozco, me siento tan a gusto?

La cicatriz era el legado de un grave accidente de coche en la interestatal, cerca de Albany; casi había perdido el brazo. Neela, como ella misma admitía, conducía «como una *maharani*». Los otros usuarios de la carretera tenían que apartarse de su camino imperioso y por encima de la ley. En las zonas en que ella y su coche llegaban a ser conocidos Blefuscu, o los alrededores de su elegante universidad de Nueva Inglaterra-, los automovilistas, al ver venir a Neela Mahendra, abandonaban sus vehículos y huían. Después de una serie de pequeños daños y porpocos, tuvo el nada divertido Gran Accidente. Su supervivencia fue un milagro (y de mucha suerte); y la conservación de su belleza rompecorazones un asombro todavía mayor.

-Acepto mi cicatriz -dijo-. Es una suerte tenerla. Y un recordatorio de algo que no debo olvidar. En Nueva York, afortunadamente, no tenía necesidad de conducir. Su regia actitud -«mi madre me dijo siempre que yo era una reina, y la creí»- hacía que prefiriese ser conducida, aunque era también una pésima conductora de asiento trasero, llena de gritos y sobresaltos. Su rápido éxito en la producción televisiva le permitía utilizar un servicio de automóviles, cuyos conductores se acostumbraron pronto a sus frecuentes gritos de miedo. Tampoco tenía sentido de la orientación, y por eso -lo que era notable en una neoyorquina- nunca sabía dónde estaba nada. Sus almacenes favoritos, sus restaurantes y clubes nocturnos preferidos, los estudios de grabación y las salas de montaje que utilizaba regularmente: hubieran podido estar en cualquier parte.

-Están donde el coche se para -dijo a Solanka ante el cuarto cóctel, con cara de inocencia-. Es sorprendente. Siempre están allí. Enfrente mismo de la puerta.

El placer es la droga más dulce. Neela Mahendra se inclinó hacia él en el reservado de cuero negro y le dijo:

-Lo estoy pasando tan bien. No me di cuenta de lo fácil que sería estar contigo, parecías tan estirado en casa de Jack, viendo aquel partido estúpido.

La cabeza de ella se inclinó hacia el hombro de él. Tenía el pelo suelto ahora y, desde donde él estaba sentado, el pelo le tapaba la mayor parte de la cara. Ella dejó que el dorso de su mano derecha se moviera lentamente contra el dorso de la mano izquierda de él.

-A veces, cuando bebo demasiado, la otra sale a jugar, y no puedo hacer nada. Ella se hace cargo y se acabó.

Solanka estaba perdido. Ella le cogió la mano entre las suyas y le besó las puntas de los dedos, sellando su pacto no expresado.

-También tú tienes cicatrices- dijo ella,- pero nunca hablas de ellas. Yo te cuento todos mis secretos y tú no dices una sola palabra. Pienso: ¿por qué no habla nunca este hombre de su hijo? Sí, claro que me lo dijo Jack, ¿te crees que no le pregunté? Asmaan, Eleanor, eso lo sé. Si yo tuviera un niño, hablaría de él todo el tiempo. Al parecer, tú no llevas siquiera su fotografía. Pienso: ese hombre ha dejado a su mujer de muchos años, la madre de su chico, y ni siquiera su hijo sabe por qué. Pienso: parece un hombre bueno, amable, no un bruto, de manera que debe de haber una buena razón, quizá si me abro a él me la dirá, pero, *baba*, no dices ni pío. Y entonces pienso: aquí está este indio, indio de la India, no indo-lili como yo, hijo de la madre patria, pero al parecer ese es también un tema prohibido. Nacido en Bombay, pero guarda silencio sobre su lugar de nacimiento. ¿Cuáles son sus circunstancias familiares? ¿Hermanos, hermanas? ¿Padres vivos o muertos? Nadie lo sabe. ¿Vuelve alguna vez a visitarlos? Al parecer no. No le interesa. ¿Por qué? La respuesta debe ser: más cicatrices. Malik, creo que has tenido más accidentes que yo, y quizá resultaras incluso peor herido en algún momento. Pero, si no hablas, ¿qué puedo hacer? No tengo nada que decirte. Lo único que puedo decir es que estoy aquí, y si los seres humanos no pueden salvarte nada podrá. Es lo único que digo. Habla o no hables, es cosa tuya. Lo estoy pasando bien y, de todas formas, la otra está aquí, de manera que cállate, no sé por qué tienen que hablar tanto los hornbres cuando es evidente que no son palabras lo que hace falta. Ahora no hacen falta en absoluto.

QUE SOBREVIVAN LOS MÁS APTOS: LA APARICIÓN DE LOS REYES MARIONETA

Akasz Kronos, el grande, cínico cibernético del Rijk, creó los Reyes Marioneta en respuesta a la crisis terminal de la civilización rijk, pero, por un defecto de su carácter que lo hacía incapaz de considerar el bien común, los utilizó para garantizar únicamente su propia supervivencia y fortuna. En aquella época, los casquetes polares de Galileo-1, el planeta madre del Rijk, se estaban acabando de fundir (en el Polo Norte se había avistado una larga extensión de mar abierto) y, por muy altos que se construyeran los diques, no estaba lejos el momento de que la gloria del Rijk, la más alta de las culturas en la más baja de las tierras, que precisamente entonces disfrutaba de la edad de oro más rica y prolongada de su historia, fuera arrasada por las aguas.

Comenzó la decadencia del Rijk. Sus *artistas* abandonaron los pinceles porque, ¿cómo podía crearse arte que dependía, como el buen vino, del juicio de la posteridad si la posteridad había sido eliminada? La *ciencia* tampoco pudo hacer frente al desafío. El sistema solar de Galileo se encontraba en un «*cuadrante negro*», cerca del borde de nuestra propia galaxia, una zona misteriosa en la que ardían pocos soles y, a pesar de su alto nivel de desarrollo tecnológico, el Rijk nunca había conseguido localizar un planeta de acogida alternativo. Se envió una muestra representativa de la soledad rijk, criogénicamente congelada, en el *Max-H*, una nave espacial dirigida por ordenador y programada para despertar a su preciosa carga si un planeta apropiado aparecía al alcance de sus sensores. Cuando esa nave espacial falló y explotó a unos miles de millas en el espacio, la gente se desanimó. En aquella sociedad, la más abierta, tolerante y razonable de todas, aparecieron ahora algunos *predicadores* de fuego y azufre, que culpaban de la inminente catástrofe a la impiedad de la cultura njjk. Muchos ciudadanos fueron seducidos por aquellos hombres nuevos y de estrechas miras. Entretanto, el mar seguía subiendo. Cuando se produjo una grieta en un dique, el agua penetró con tal violencia que condados enteros fueron inundados a veces antes de poder terminar las reparaciones. La economía se derrumbó. Los desórdenes aumentaron. La gente se quedó en casa, aguardando el fin.

El único *retrato* que queda de Akasz Kronos nos muestra una cabeza de larga cabellera plateada que enmarca un rostro blando, redondo y sorprendentemente infantil, dominado por una boca en forma de arco de Cupido, de color vino. Lleva una túnica gris hasta el suelo, con bordados dorados en los puños y el cuello, sobre una camisa blanca de cuello alto con chorrera. El vivo retrato del genio digno. Pero sus ojos están furiosos. Si miramos detenidamente la oscuridad que lo rodea, distinguimos finos filamentos blancos que flotan desde las yemas de sus dedos. Sólo después de un examen a fondo observamos la pequeña figura de color de bronce de una marioneta masculina en la parte inferior izquierda del cuadro, e incluso entonces necesitamos un momento para comprender que la marioneta se ha liberado del control del maestro. El homúnculo da la espalda a su creador y se va a forjar su propio destino, mientras Kronos, su creador abandonado, se despidió no solo de su creación sino también del juicio.

El profesor Kronos no sólo era un gran científico, sino un empresario de audacia y habilidad maquiavélicas. Como las tierras njk iban quedando sumergidas, trasladó su centro de operaciones a las dos pequeñas islas montañosas que formaban la nación primitiva pero independiente de *Bahúna*, en las antípodas de Galileo. Allí negoció y firmó un ventajoso tratado con el dirigente local, el *Mogol*. Los babunos conservarían la propiedad de su territorio, pero se concederían a Kronos largos arrendamientos de los pastos de alta montaña, por los que convino en pagar lo que al Mogol le pareció un

alquiler realmente muy alto: un par de zapatos de madera anual para cada babuno, hornbre, mujer o niño. Además, se comprometía a garantizar la defensa de Babuna contra el asalto que no dejaría de producirse cuando las tierras njks se hundieran bajo las crecientes olas. Por ello se le dio el título de *Salvador Nacional* y se le concedió *derecho de pernada* sobre todas las nuevas novias de las islas. Habiendo llegado a un acuerdo, Kronos se dedicó a la creación de las obras maestras que serían su perdición, la llamada *Dinastía monstruosa de los Césares Marioneta*, conocida también como *Los Reyes Marioneta sin hilos del profesor Kronos*.

Su propia amante, *Zameen*, la legendaria beldad del Ryk y la única científica a la que Kronos consideraba su igual, se negó a acompañarlo a su nuevo mundo en las antípodas. Su puesto estaba con su gente, dijo, y moriría con ella si eso era lo que el Destino quería. Akasz Kronos la abandonó sin pensárselo dos veces, prefiriendo la multiplicidad disponible al otro lado del mundo.

Los hilos rotos del retrato de Kronos son puramente metafóricos. Las criaturas artificiales del profesor no tuvieron nunca hilos. Andaban y hablaban, tenían «*estómagos*», sofisticados centros de alimentación que podían procesar alimentos y bebidas ordinarios, con *sistemas* de reserva de células solares que les permitían permanecer despiertas, y trabajar más horas que ningún ser humano de carne y hueso. Eran más rápidas, mas fuertes, más inteligentes, «mejores», les decía Kronos, que sus anfitriones humanos y antípodas. «Sois los reyes y las reinas, enseñaba a sus criaturas, cornportaos bien. Ahora sois los amos » Incluso les dio la facultad de reproducirse. Cada cyborg recibió sus propios planos, a fin de poder, en teoría, recrearse a sí mismo a su propia imagen. Sin embargo, en el programa general, Kronos añadió una *Primera Directiva*: cualquier orden que diera debía ser obedecida por los cyborgs y sus réplicas, hasta consentir incluso en su propia destrucción, si se considerara necesaria. Los vistió con las mejores galas y les dio la ilusión de la *libertad*, pero eran sus esclavos. No les dio nombre. Llevaban marcados en la muñeca *números de siete cifras*, y se los conocía por ellos.

No había dos criaturas kronosianas idénticas. Cada una tenía sus propios rasgos personales, claramente trazados: *el Filósofo Aristocrático; la Niña-Mujer Promiscua; la Primera y Rica Ex Mujer (una Furcia); la Grupi Envejecida; el Conductor del Papa; el Fontanero Submarino; el Tres Cuartos Traumatizado, el Golfista Rechazado; las Tres Chicas de la Alta Sociedad; los Playboys; el Niño Bueno y su Madre Ideal; el Editor Sinvergüenza; el Profesor Colérico; la Diosa de la Victoria* (una cyborg excepcionalmente bella, inspirada en la amante abandonada de Kronos, Zameen de Rijk); *los Corredores; la Mujer del Móvil; el Hombre del Móvil; las Arañas Humanas; la Mujer que veía Visiones; el Publicista Astral*: hasta un *Creador de Muñecas*. Y además de caracteres, fuerzas, debilidades, hábitos, recuerdos, alergias, deseos les dio un *sistema de valores* con arreglo al cual vivir. La grandeza de Akasz Kronos, que fue también su perdición, puede juzgarse por esto: las virtudes y los vicios que inculcó a sus criaturas no eran totalmente, o no solo, los suyos. Egoísta, oportunista, falto de escrúpulos, permitió sin embargo a sus criaturas cibernéticas cierto grado de independencia ética. El idealismo era posible.

Ligereza, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad, constancia: esos eran los seis grandes valores kronosianos pero, en lugar de integrar definiciones únicas de esos principios en los programas por defecto de los cyborgs, ofrecía a sus criaturas una serie de opciones múltiples. Así, «*ligereza*» podía definirse como «hacer ligeramente lo que es en realidad una tarea pesada», es decir, como gracia; pero podía ser también «tratar frívolamente lo que es serio», o incluso «considerar a la ligera lo que es grave», es decir, amoralidad. Y «*rapidez*» podía ser «hacer velozmente lo que sea necesario»,

en otras palabras, eficiencia; sin embargo, si se cargaba el acento en la segunda parte de la frase, podía resultar una especie de falta de piedad. «*Exactitud*» podía tender a la «precisión» o a la «tiranía», «*visibilidad*» podía significar «actuar con claridad» o «buscar atención», «*multiplicidad*» podía ser tanto «amplitud de miras» como «duplicidad»; y la «*constancia*», la más importante de las seis, podía significar «fiabilidad» o «carácter obsesivo»: la constancia de, para facilitar la comparación podemos utilizar ahora modelos de nuestro mundo, Bartleby el Escribiente, que preferiría que no, o de Michael Kohlhaas, en su búsqueda inexorable y devastadora de una reparación. Sancho Panza es constante en el sentido «fiable» de la palabra, pero también lo es, al contrario, el errante, obseso y enloquecido por la caballería Don Quijote. Y hay que señalar también la constancia trágica del Agrimensor, que ansía eternamente lo que no puede alcanzar, o la de Ahab en su persecución de la ballena. Esa es la constancia que destruye al constante; porque los Ahabs perecen, mientras que los inconstantes, los Ishmaels, sobreviven. «La plenitud de una personalidad es inexpresable, oscura les decía Kronos a sus ficciones mecánicas. En ese misterio está la libertad, que es lo que os he dado. En esa oscuridad está la luz.»

¿Por qué permitió a los Reyes Marioneta esa libertad psicológica y moral? Quizá porque el científico y el erudito que había en él no podían resistirse a ver cómo aquellos nuevos seres vivos resolvían la batalla que se libra dentro de toda criatura consciente: entre luz y oscuridad, corazón y mente, espíritu y máquina.

Al principio, los Reyes Marioneta sirvieron bien a Kronos. Fabricaban los zapatos que pagaban los alquileres de tierras, cuidaban del ganado y cultivaban el suelo. Él los había vestido a todos con trajes cortesanos, pero las largas faldas de brocado y los uniformes de gala se ensuciaron y desgarraron rápidamente, y ellos mismos se hicieron otra ropa más apropiada para sus trabajos. Como los casquetes polares seguían fundiéndose y los niveles del agua subían, se prepararon a defender su nuevo hogar, cada vez más pequeño, del previsto *ataque njk*. Para entonces habían aprendido a modificar sus propios sistemas sin ayuda de Kronos, y añadían a diario nuevos talentos y aptitudes. Una de esas innovaciones les permitía utilizar el aguardiente local como *combustible aéreo*. Llevando botellas de *toddy* por si tenían que repostar, la fuerza aérea cyborg despegó sin necesidad de aviones, y capturó y destruyó a las aeronaves njk con *aracnoredes*, telas metálicas gigantes con explosivos, colgadas del cielo. También *bajo el agua* tendieron arcnotrampas similares (habían modificado sus «pulmones» para su utilización submarina y así pudieron sabotear y hundir toda la flota njk desde abajo). Ganaron la llamada *Batalla de las Antípodas*, y los cielos y el mar quedaron silenciosos. Al otro extremo de Galileo-1, las aguas crecidas se tragaron el Rijk. Si Akasz Kronos sintió alguna compasión cuando sus cornpatriotas se ahogaron, no dejó constancia.

No obstante, después de la victoria las cosas cambiaron. Los Reyes Marioneta volvieron de las guerras con un nuevo sentido del valor individual, incluso de «derechos». Para meterlos en cintura, Kronos anunció un programa urgente de mantenimiento y reparación. Muchos cyborgs no se presentaron al ser citados en el taller, prefiriendo, cuando habían sido dañados en combate, vivir con sus discapacidades, servomecanismos que fallaban y circuitos parcialmente fundidos. Grupos de Reyes Marioneta comenzaron a volverse reservados, conspiradores, hoscós. Kronos sospechó que se estaban reuniendo en secreto para organizar un complot contra él y oyó rumores de que, en esas reuniones, no se llamaban mutuamente por su número, sino con nuevos nombres que se habían dado. Se hizo tiránico y, cuando una de las Tres Chicas de la Alta Sociedad se le insolentó, hizo con ella un escarmiento, lanzándole su muy temido «explosivo maestro», que, en un instante, borraba

irreversiblemente todos los programas; en otras palabras, causaba la muerte cibernética.

La ejecución fue contraproducente. La disensión creció más rápidamente que antes. Muchos cyborgs pasaron a la clandestinidad, levantando en torno a sus guaridas sofisticados escudos electrónicos antivigilancia, que ni siquiera Kronos podía atravesar fácilmente, y desplazándose con frecuencia, de forma que, para cuando el profesor había destruido una serie de defensas, los revolucionarios habían desaparecido ya detrás de la siguiente. No podemos decir con seguridad cuando el Creador de Muñecas, que Akasz Kronos había creado a su propia imagen y al que había fundido muchas de sus características, aprendió a invalidar la Primera Directiva. Pero poco después de aquel gran progreso fue el profesor Akasz Kronos quien desapareció. Temiendo ahora a sus criaturas, tuvo que esconderse mientras la *revolución Erreeme* surgía triunfalmente a la luz, siendo ovacionada por todos los cyborgs de Babuna.

Las llamadas *últimas palabras* de Kronos existen sólo en forma de mensaje electrónico al usurpador, el cyborg Creador de Muñecas. Es un texto divagador e incoherente, autoexculpatorio y lleno de acusaciones de ingratitud, amenazas y maldiciones. Sin embargo, hay buenas razones para suponer que es una falsificación, tal vez obra del propio Creador de Muñecas. La creación de un «Kronos loco», cuyo reflejo sano era él, convenía perfectamente a los propósitos del cyborg, y tal es el apetito de la Historia por lo sensacional, que la versión fue ampliamente aceptada. (Ese único retrato de Kronos se distingue, como hemos señalado, por los ojos de demente del científico). Recientemente, el descubrimiento de fragmentos de los dianos del profesor Kronos ha arrojado nueva luz sobre su estado mental. En esos fragmentos, cuya autenticidad parece indiscutible, aparece un Kronos muy diferente, la letra es claramente la del profesor. «También los dioses asesinaron a los Titanes que los crearon», escribe Kronos. La vida artificial en este caso refleja simplemente la realidad. Porque el hombre nace en cadenas pero en todas partes trata de liberarse. Yo también tuve en otro tiempo hilos. Quemé a mis marionetas, sabiendo que, como los hijos, podrían alejarse un día de mí. Pero no pueden abandonarme. Los hice con amor, y mi amor está en cada uno de ellos, en sus circuitos y plásticos, en su madera». Sin embargo, este Kronos, tan libre de amargura, parece demasiado bonito para ser verdad. El profesor, maestro del disimulo, puede haber estado urdiendo su venganza tras una pantalla de fatalismo.

Después de la desaparición de Kronos, una delegación de RM, encabezada por el Creador de Muñecas y su amante, la Diosa de la Victoria, ocupó el lugar del científico en el siguiente *Día de los Zapatos* anual e informó al Mogol de que el contrato del profesor debía considerarse nulo. En adelante, los «erreemes» y los babunos debían vivir en sus islas gemelas como iguales. Antes de salir con decisión de la presencia del Mogol (en lugar de retroceder arrastrando los pies como dictaba el protocolo, costumbre que ni siquiera Kronos se había atrevido a no observar), la Diosa de la Victoria lanzó el desafío que todavía resuena entre las dos comunidades: «Que sobrevivan los más aptos».

Pocos días después, una estropeada embarcación anfibia atracó sin ser notada en un rincón arbolado de la isla septentrional de Bahúna Zameen de Rijk. Había escapado a la destrucción de su civilización perdida y, contra toda probabilidad, había llegado al refugio insular del hombre que la había abandonado para que muriese. ¿Había venido para renovar su amor o para vengar su abandono? ¿Estaba allí como amante o como asesina? Su increíble parecido con la amante cyborg del Creador de Muñecas, la Diosa de la Victoria, hizo que los Reyes Marioneta se sometieran a ella sin vacilación, creyendo que era su nueva reina. ¿Qué ocurriría cuando las dos reinas se

enfrentarán? ¿Cómo reaccionaría el Creador de Muñecas ante la versión «real» de la mujer que amaba? ¿Cómo reaccionaría ella, la mujer real, ante aquel avatar mecánico de su antiguo amante? ¿Que harían con ella los nuevos enemigos de los Reyes Marioneta, los antípodas sobre cuyo territorio habían hecho ahora tan amplia reclamación? ¿Cómo los trataría ella? ¿Y qué le había sucedido realmente al profesor Kronos? Si estaba muerto, ¿cómo murió? Si vivo, ¿qué poderes le quedaban? ¿Había sido verdaderamente derrocado, o era su desaparición una especie de estratagema diabólica?

¡Tantas preguntas! Y, detrás de ellas, el mayor enigma de todos: Kronos había ofrecido a los Reyes Marioneta la elección entre sus personalidades originales y mecánicas y algunas, al menos, de las ambigüedades de la naturaleza humana. ¿Cuál será su elección sabiduría o furia? ¿Paz o furia? ¿Amor o furia? ¿La furia del genio, de la creación, o la del asesino o el tirano, la furia que aullaba salvajemente y nunca debía nombrarse?

La continuación de la historia de las diosas mellizas y los profesores duplicados, de la búsqueda por Zameen del desaparecido Akasz Kronos y de la lucha por el poder entre las dos comunidades de Babuna, aparecerá en este sitio en boletines regulares. Haga clic en los enlaces para obtener más información sobre los RM, o sobre los íconos para conocer las respuestas a las 101 PFF, acceder a elementos interactivos y examinar la amplia variedad de *productos RM* disponibles para su envío INSTANTÁNEO, YA. Se aceptan todas las tarjetas de crédito principales.

De joven, a principios de los sesenta, Malik Solanka había devorado las novelas de ciencia ficción de la que luego se reconoció como edad de oro del género. Huyendo de la fea realidad de su propia vida, encontró en lo fantástico, sus parábolas y alegorías, pero también sus vuelos de invención pura, sus conceptos rizados y en espiral un mundo alternativo en continua metamorfosis, en el que se sentía instintivamente en casa. Se suscribió a las legendarias revistas *Amazing* y *F&SF*, compró tantos títulos como pudo permitirse de la serie amarilla de SF publicada por Victor Gollancz, y casi se aprendió de memoria los libros de Ray Bradbury, Zenna Henderson, A. E. van Vogt, Clifford D. Simak, Isaac Asimov, Frederik Pohl y C. M. Kornbluth, Stanislaw Lem, James Blish, Philip K. Dick y L. Sprague de Camp. La ciencia ficción y la fantasía científica de la edad de oro eran, en opinión de Solanka, el mejor vehículo popular nunca ideado para la novela de ideas y la metafísica. A los veinte, su obra preferida era un relato titulado «Los mil millones de nombres de Dios», en el que un monasterio tibetano quiere contar los nombres del Todopoderoso -creyendo que esa es la única razón de la existencia del universo- y compra un ordenador de primerísima calidad para acelerar el proceso. Expertos endurecidos de la rama van al monasterio para ayudar a los monjes a montar y hacer funcionar la máquina. Encuentran la idea de enumerar los nombres bastante risible, y les preocupa cómo reaccionarán los monjes cuando la tarea acabe y el universo siga existiendo; por eso, una vez que hacen su trabajo, se marchan discretamente. Más tarde, en el avión de regreso, calculan que el ordenador debe de haber terminado. Miran por la ventanilla el cielo de la noche, en donde Solanka no había olvidado la última línea- «una a una, en silencio, las estrellas se iban apagando».

Para un lector así -y admirador, en el cine, de la ciencia ficción intelectual de *Fahrenheit 451* y *Solaris*,- George Lucas era una especie de Anticristo y el Spielberg de *Encuentros en la tercera fase* un niño jugando en un cajón de arena para adultos, mientras que las películas de *Terminator* y, sobre todas ellas, la tremenda *Blade Runner*, eran portadoras de la llama sagrada. Y ahora le tocaba a él. En aquellos días inestables de verano, el profesor Malik Solanka trabajaba en el mundo de los Reyes Marioneta -tanto en los muñecos como en las historias como un poseso. La historia del científico loco Akasz Kronos y su bella amante, Zameen, ocupaban toda su mente. Nueva York palidecía al fondo; o, más bien, todo lo que le ocurría en la ciudad -todo encuentro casual, todo periódico que abría, todo pensamiento, todo sentimiento, todo sueño- alimentaba su imaginación, como prefabricado para encajar en la estructura que había imaginado ya. La vida real había empezado a obedecer los dictados de la ficción, suministrando exactamente la materia bruta que necesitaba transmutar mediante la alquimia de su arte renacido.

Akasz venía de *aakaash*, hindi para «cielo». Cielo como en Asmaan (urdu), como en la pobre «Sky» Schuyler, como en los grandes dioses del cielo: Uranos-Varuna, Brahma, Yahweh, Manitou. Y Kronos era el griego, el devorador de niños, el Tiempo. Zameen era la tierra, lo opuesto al cielo, que abraza al cielo en el horizonte. A Akasz lo había visto claramente desde el principio, imaginándose toda la trayectoria de su vida. Zameen, sin embargo, lo había sorprendido.

En aquel relato de un mundo que se ahogaba no había esperado que una diosa de la tierra -ni siquiera inspirada en Neela Mahendra- tuviera un papel central. Sin embargo, allí estaba innegablemente y, al aparecer, había dado un valioso espesor a la trama. Su presencia parecía haber estado prefigurada, aunque él no la había previsto

en absoluto. Neela/Zameen de Rijk/Diosa de la Victoria: tres versiones de la misma mujer ocupaban sus pensamientos, y comprendió que por fin había encontrado a la sucesora de la famosa creación de su juventud. «Bienvenida sea Neela se dijo y adiós, por fin, a Cerebritito.»

Lo que quería decir también adiós a sus tardes con Mila Milo. Mila se había dado cuenta enseguida del cambio que se había operado en él, intuyéndolo cuando lo vio marcharse a su cita con Neela en las escaleras del Met. Supo lo que yo quería antes de haberme atrevido a admitirlo yo mismo, reconoció Solanka. Probablemente lo que había entre nosotros *acabó* entonces y allí. Aunque no hubiera ocurrido el milagro, aunque Neela no me hubiera elegido de forma tan imprevisible, Mila había visto lo suficiente. Tenía su propia belleza, y orgullo, y no estaba dispuesta a ser plato de segunda mesa de nadie. El volvió a la calle Setenta Oeste después de una noche incesantemente sorprendente pasada con Neela en una habitación de hotel al otro lado del parque, una noche cuya mayor sorpresa era que estuviera ocurriendo siquiera, y encontró a Mila ostentadamente envuelta alrededor del hermoso y estúpido Eddie Ford en las escaleras de la puerta de al lado; Eddie, guardaespaldas nato, radiante de alegría al haber recuperado la tutela del único cuerpo que le importaba algo. La mirada que echó Eddie a Solanka por encima del hombro de Mila fue impresionantemente expresiva. Decía, amigo, ya no tienes derecho de acceso a esta casa; entre tú y esta señora hay un cordón de terciopelo rojo y tu pase está tan caducado que no deberías pensar siquiera en dar un paso hacia aquí, a menos, naturalmente, que quieras que te limpie los dientes utilizando tu columna vertebral como cepillo.

A la tarde siguiente, sin embargo, ella estaba ante su puerta.

-Llévame a algún sitio caro y estupendo. Necesito ponerme elegante y comer en cantidades industriales.

Comer era la reacción normal de Mila ante el sufrimiento, beber su respuesta a la cólera. Probablemente era mejor triste que furiosa, reflexionó Solanka poco generosamente. En cualquier caso, más fácil para él. Para compensar ese pensamiento egoísta, llamó a uno de los nuevos lugares de los que más se hablaba en aquel momento, un bar-restaurant en Chelsea, de temática cubana, llamado Gio en honor de Doña Gioconda, una cantante de cierta edad cuya estrella lucía brillantemente en aquel verano Buena Vista y en cuya voz lánguida y cargada de humo revivía toda la vieja Habana, presumiendo, balanceándose, seduciendo y besuqueando. Solanka consiguió una mesa tan fácilmente que se lo comentó a la mujer de las reservas.

-Nueva York es una ciudad fantasma ahora -admitió ella fríamente. Es, digamos, PerdidoVille. Les espero a las nueve.

-Me dejaste y me estoy muriendo -cantaba Gioconda en el sistema de sonido del restaurante cuando Solanka y Mila entraron- pero a los tres días resucitaré. No vayas a mi funeral, imbécil, porque estaré bailando con otro más hombre. Resurrección, resurrección, me encargaré de que lo sepas.

Mila le tradujo a Solanka la letra.

-Es perfecta -añadió-. ¿Oyes, Malik? Si pudiera pedir una canción sería esta. Como dicen en la radio, el mensaje está en las palabras. «Creíste que podrías romperme, y es verdad que estoy rota ahora, pero resucitaré en tres días y me verás saludar desde lejos. Resurrección, resurrección, en cualquier momento una nueva vida.»

En el bar, ella liquidó rápidamente un mojito y pidió otro. Solanka comprendió que la cosa iba a ser más dura de lo que había previsto. Al final del segundo vaso ella se trasladó a una mesa, encargó todos los platos más picantes del menú, y se lo dijo:

-Eres un hombre de suerte -dijo, mojando en el guacamole regalo de la casa- porque, evidentemente, eres optimista. Tienes que serlo, porque te resulta muy fácil tirar cosas. Tu hijo, tu mujer, lo que sea. Solo un optimista desatado, un estúpido Pangloss o una Pollyanna de encefalograma plano desecha lo que es más precioso, lo que es muy raro y satisface su necesidad más profunda, que, como sabes y sé, no puedes nombrar ni mirar sin cerrar los postigos y apagar las luces, tienes que poner un cojín sobre tus rodillas hasta que llega alguien suficientemente listo para saber qué hacer, alguien cuya necesidad innombrable resulta coincidir totalmente con la tuya. Y ahora, ahora cuando hemos llegado ahí, cuando se han bajado las defensas y se ha acabado la simulación, y estamos realmente en esa habitación que nunca nos permitimos creer que pudiera existir para ninguno de los dos, la habitación invisible de nuestro mayor miedo... en el momento mismo en que descubrimos que no tenemos por qué tener miedo en esa habitación, que podemos tener lo que queramos durante tanto tiempo como queramos, y quizá cuando nos hayamos hartado despertaremos y nos daremos cuenta de que somos personas vivas reales, no las marionetas de nuestros deseos sino solo esta mujer, este hombre, y podremos interrumpir los juegos, abrir los postigos, encender las luces, y salir a la calle de la mano... *entonces* decides recoger a alguna puta en el parque y, por el amor del cielo, buscar una habitación de mierda. Un optimista es un hombre que renuncia a un placer imposible porque está seguro de que volverá a encontrarlo a la vuelta de la esquina. Un optimista cree que su polla tiene más sentido común que, bueno, no importa. Iba a decir que su chica, queriendo decir, estúpidamente, que yo. Yo, por cierto, soy pesimista. Opino que no solo no cae el rayo dos veces en el mismo sitio, sino que, normalmente, no cae ni siquiera una. Y para mí fue eso, lo que ocurrió entre nosotros fue realmente eso, y tú, tú simplemente, maldita sea, maldita sea. Hubiera podido quedarme contigo, ¿te diste cuenta? Bueno, no por mucho tiempo, solo treinta o cuarenta años, más de los que vivirás, probablemente. En lugar de eso, me voy a casar con Eddie. Ya sabes lo que se dice: la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Se detuvo jadeando y se dedicó al carnaval de comida que tenía delante. Solanka aguardó; no tardaría en venir más. Pensaba: no puedes casarte con él, no debes, pero no podía darle ya ese consejo.

-Te estás diciendo que lo que hicimos estaba mal- dijo ella. Te conozco. Estás utilizando la culpa para liberarte. Y ahora crees que puedes dejarme y decirte que eso es lo moral. Pero lo que hacíamos no estaba mal y entonces se le llenaron los ojos de lágrimas. En absoluto. Solo estábamos consolándonos de nuestra terrible sensación de pérdida. ¿Crees realmente que follaba con mi padre, te imaginas que retorció el culo sobre sus rodillas y le clavaba las uñas en el pezón y le lamía su pobre garganta sudorosa? ¿Es eso lo que te dices para facilitarte la salida, o fue también la entrada? ¿Fue eso lo que te excitaba, ser el fantasma de mi padre? Profesor, eres tú quien está mal. Te lo repito. Lo que hacíamos no estaba mal. Era un juego. Un juego serio, un juego peligroso quizá, pero un juego. Creí que lo entendías. Creí que podías ser esa criatura imposible, un hombre sexualmente experimentado que podía darme un lugar seguro, un lugar en donde ser libre y liberarte también, un lugar en donde podríamos soltar todo el veneno y la cólera y el daño acumulados, dejarlos ir y librarnos de ellos, pero resulta, profesor, que no eres más que otro idiota. Por cierto, hoy has salido en la emisión de Howard Stern.

Aquello era un giro a la izquierda que él no se esperaba, un brusco viraje hacia el tráfico emocional que se avecinaba. Perry Pincus, comprendió con súbito pesar.

Entonces lo consiguió. ¿Qué dijo?

-Bueno -dijo Mila, hablando a través del cordero bañado en salsa verde, dijo un montón de cosas.

Mila tenía una memoria excelente y podía reproducir a menudo conversaciones enteras de forma casi textual. Por eso, su Perry Pincus, que ahora interpretaba con el entusiasmo lacerante de una joven Sarah Bernhardt, de una Stockard Channing, por poner un ejemplo más a mano, era probablemente, admitió Solanka acongojado, muy fiable en lo que a exactitud se refería.

A veces, esas supuestas grandes mentes masculinas son casos, de libro, de un desarrollo patéticamente interrumpido -había dicho Perry a Howard y su inmenso público. Mire el caso de ese tipo, Malik Solanka, que *no* era una gran cabeza, renunció a la filosofía y se dedicó a la televisión, y tengo que decir francamente que era uno de esos con los que nunca, ya sabe. No está en mi curriculum. ¿Cuál era su problema? *Bueno*. Permítame decirle que la habitación entera de ese Solanka, y recuerde que estoy hablando de un miembro del King's College, Cambridge, Inglaterra, pululaba de muñecas, ha oído bien, muñecas. Cuando me di cuenta, puse pies en polvorosa. No quisiera Dios que me confundiera con una muñeca y me pinchara con un dedo en el estómago para que dijera *Ma-má*. Estaba como, lo siento, pero ni siquiera me gustaban las muñecas cuando era pequeña, y soy una chica. ¿Qué? No, no. Con los gays me siento bien. Totalmente. Soy de California, Howard. Claro. No era algo gay. Era... empalagoso. Era... ¿cómo podría decirle?... *asqueroso*. Como broma, todavía le envió muñecos de peluche por Navidad. El oso polar de CocaCola. Eso es. Nunca acusa recibo, pero ¿sabe una cosa? Tampoco me los devuelve nunca. Hombres. Cuando se conocen sus secretos, resulta difícil no reírse.

-Me pregunté si debía decírtelo -le confió Mila-, pero luego pensé, que lo folien, se acabaron las contemplaciones.

Doña Gio seguía cantando, pero el griterío de las Furias ahogaba de momento su voz. Las hambrientas diosas aleteaban alrededor de sus cabezas, alimentándose de su rabia. La entrevista de Pincus rugía dentro de él, y la expresión de Mila cambió.

Shh dijo. Muy bien, lo siento, pero, ¿quieres dejar de hacer ese ruido? Nos van a echar y todavía no he tomado el postre.

Era evidente que el rugido se había escapado a la sala. La gente los miraba. El propietario-gerente, un doble de Raúl Julia, venía hacia ellos. Una copa se rompió en la mano de Malik Solanka. Hubo un torrente sucio y mezclado de sangre y vino. Fue necesario marcharse. Trajeron vendas, se rechazó un médico, la cuenta fue rápidamente presentada y pagada. Fuera había empezado a llover. La furia de Mila amainó, vencida por la de él.

¿En cuanto a esa mujer del *show* de Howard? -dijo en el taxi hacia el norte que acabó por llegar-. Daba la impresión de una ninfómana envejecida contando chismes. Tú eres mayor, deberías saber cómo es la vida. Hay cabos sueltos colgando por todas partes y, de vez en cuando, uno se rompe y te da en la cara. Déjala. No es nada para ti, apenas lo fue y, con la cantidad de mal *karma* que está acumulando, no le arriendo la ganancia. ¡Deja de gritar en público! Cristo. A veces me das miedo. La mayor parte

del tiempo pienso que no harías daño a una mosca y entonces, de repente, eres una especie de Godzilla de la laguna negra que parece capaz de arrancarle el cuello a un Tyrannosaurus Rex. Tienes que aprender a controlar eso, Malik. Venga de donde venga, tienes que echarlo.

El Islam purificará su alma de la cólera sucia interrumpió el chófer del taxi y le revelará la santa cólera que mueve montañas. Luego añadió, cambiando de idioma cuando otro coche se acercó inadmisiblemente a su taxi-: ¡Eh! ¡Americano! Eres un impío homosexual violador de la cabra favorita de tu abuela.

Solanka empezó a reírse, con la risa amarga y terrible del alivio: sollozos duros, dolorosos, convulsivos:

-Hola otra vez, Ali Bienamado -tosió-. Me alegro de verte en tan buena forma.

Una semana más tarde, Mila, un tanto sorprendentemente, lo invitó a su casa «para hablar de otra cosa». Su actitud era amistosa, profesional, excitada. Se había recuperado deprisa, se maravilló Solanka, aceptando su invitación. Era su primera visita al diminuto cuarto piso sin ascensor de Mila, que, pensó, se esforzaba por ser típicamente americano pero fracasaba lamentablemente: carteles de Latrell Sprewell y Serena Williams colgaban inquietantemente a ambos lados de las estanterías de libros del suelo al techo, que crujían bajo volúmenes de literatura serbia y de Europa oriental, en idioma original y en traducciones francesas e inglesas: Kis, Andric, Pavic, algunos de los poetas Klokotrizan rompedores de convenciones y, del período clásico, Obradovic y Vuk Stefanovic Karadzic; y también Klima, Kadaré, Nadas, Konrad y Herbert. No había a la vista ninguna foto de su padre; Solanka observó aquella significativa omisión. Una fotografía monocroma enmarcada de una joven de vestido de flores estampadas con cinturón le sonreía ampliamente. La madre de Mila, que parecía la hermana menor de ésta.

Mira lo feliz que es dijo Mila. Fue el último verano antes de saber que estaba enferma. Ahora tengo la misma edad que ella tenía cuando murió, de manera que es una pesadilla menos en que pensar. He superado el obstáculo. Durante años creí que no lo conseguiría.

Quería pertenecer a esta ciudad, a este país y a esta época, pero los viejos demonios europeos chillaban en sus oídos. En un aspecto, sin embargo, Mila era sin reservas de su generación americana. La terminal informatizada era el centro de la habitación: el *Mac Power Book*, el viejo Macintosh de mesa empujado al fondo de la superficie de trabajo, el escáner, la grabadora de CD, el sistema sonoro enchufado, el secuenciador musical, la unidad de compresión y seguridad, los manuales, los estantes de CD-ROM y DVD, y otras muchas cosas, que Solanka no era capaz de identificar fácilmente. Hasta la cama parecía algo que se le había ocurrido luego. Indudablemente, él nunca conocería sus placeres. Ella lo había llevado allí, entendió, para poner todo aquello entre ellos. Era otro ejemplo de su sistema de signos invertidos. Su difunto padre era la persona más importante de su vida; en consecuencia, no había ninguna foto de papá visible. Solanka iba a ser ahora nada más que el profesor de al lado; luego invítalo a un café en tu alcoba.

Evidentemente, había preparado un discurso y estaba totalmente lista, zumbando de palabras. En cuanto le dio su jarro de café, ofreció la obviamente prevista rama de olivo.

-Porque soy un tipo superior de ser humano -dijo Mila con un rastro de su antiguo humor,- porque soy capaz de elevarme por encima de mi tragedia personal y funcionar a un nivel más alto, y también porque realmente pienso que eres estupendo en lo que haces, he hablado a los chicos de tu nuevo proyecto. Los *cool* personajes de ciencia ficción que te has inventado: el cibernético loco, el planeta invadido por las aguas, los cyborgs contra los lotófagos del otro lado del mundo, la lucha a muerte entre lo falsificado y lo real. Nos gustaría hablarte de crear un sitio en la Red. Tenemos toda una presentación, y podrás hacerte una idea de lo que se puede hacer. Por decirte solo una cosa, han desarrollado una forma de comprimir los materiales vídeo que da una calidad que se acerca a la del DVD en línea, y dentro de una generación será por lo menos igual. Es algo más avanzado que lo que puedes conseguir en cualquier otra parte. No tienes idea de la velocidad de las cosas hoy, cada año es la Edad de Piedra del siguiente. Simplemente el potencial creativo, lo que se puede hacer ahora con una idea. Los mejores sitios son inagotables, la gente vuelve una y otra vez, es como si les dieras un mundo al que pertenecer. Desde luego, hay que tener un buen mecanismo de ventas y envío, tiene que ser fácil comprar lo que estás ofreciendo, y tenemos también un discurso *cool* para eso. Pero lo importante es que sea fácil *para ti*. Tienes ya la historia y los personajes. Que nos encantan. Para mantener el control de la idea, tendrás que preparar un manual básico, parámetros para el desarrollo de los personajes, cosas que se pueda y no se pueda incluir en los guiones, las leyes de tu universo imaginado. Dentro de ese marco, hay muchos chicos brillantes que estarían encantados de crear toda clase de, ni se puede decir, inventan todos los días medios totalmente nuevos. Si funciona, naturalmente, los viejos medios acudirán corriendo: libros, discos, tele, películas, musicales, quién sabe.

»Me encantan esos chicos. Están tan hambrientos, pueden agarrar una idea y correr con ella, digamos, a la quinta dimensión, y lo único que tienes que hacer es dejar que eso ocurra para ti, tú eres el monarca absoluto, nada ocurre si tú no lo quieres; simplemente te sientas ahí y dices sí, no, sí, sí, no... basta, basta. Hizo gestos tranquilizadores, apremiantes, con ambas manos-. Escúchame. Por el amor de Dios, escúchame hasta el final, me lo debes. Malik, sé qué infeliz fuiste... eres... por toda la

saga de Cerebritito. Soy yo, ¿recuerdas? Malik, *lo sé*. Eso es lo que te estoy diciendo ahora. Esta vez no pierdes el control. Esta vez tienes un vehículo mejor de lo que *existía* siquiera cuando inventaste a Cerebritito, y tú lo conduces, por completo. Esta es tu oportunidad de hacer bien lo que antes salió mal y, si funciona, no nos andemos en eso con remilgos, los beneficios financieros serán muy, muy altos. Todos creemos que podrían ser enormes si se hace bien. En cuanto a Cerebritito, por cierto, no estoy totalmente de acuerdo con tu postura, porque, como sabes, pienso que es estupenda, y las cosas cambian, todo el concepto de propiedad en lo que se refiere a las ideas es muy diferente hoy, mucho más cooperativo. Tienes que ser un poco más flexible, solo un poquito más, ¿de acuerdo? Deja entrar de vez en cuando a otras personas en tu círculo mágico. Sigues siendo el mago, pero deja que todos jueguen a veces con las varitas. ¿Cerebritito? Déjala volar, Malik, déjala ser lo que es. Ahora es una persona mayor. Déjala ir. Todavía puedes quererla. Sigue siendo tu hija.

Se había puesto de pie, sus dedos volaban sobre el ordenador portátil, solicitando su ayuda. El sudor le perlaba el labio. El séptimo velo cae, pensó Solanka. Aunque totalmente vestida, como estaba Mila con su ropa deportiva de día, por fin estaba desnuda ante él. Aquella era la personalidad que nunca había mostrado plenamente, Mila como Furia, la que se tragaba al mundo, el yo como pura energía transformadora. En aquella encarnación, resultaba al mismo tiempo aterradora y maravillosa. Él era incapaz de resistir a una mujer cuando venía así hacia él, como un río, dejando que su desbordamiento lo sobrepasara. Aquello era lo que buscaba en las mujeres: ser dominado, superado. Aquella inexorabilidad de un Ganges, un Mississipi, cuya disminución, sabía tristemente, era lo que había ido mal en su matrimonio. No se siente uno sobrepasado eternamente. Por asombroso que sea el primer contacto, al final la mujer amada nos asombra menos. Luego pasa simplemente y, más adelante, no pasa ya. Sin embargo, renunciar a su necesidad de algo excesivo, inmenso, que lo hiciera sentirse como un surfista en la nieve, cabalgando en la cresta de una avalancha! Decir adiós a esa necesidad sería también aceptar que, en materia de deseos, estaba de acuerdo con la muerte. Y cuando los vivos acuerdan consigo mismos que están muertos, comienza la furia oscura. La furia oscura de la vida, que se niega a morir antes de que su hora llegue.

Tendió la mano hacia Mila. Ella le apartó bruscamente el brazo.

Sus ojos brillaban: se había repuesto ya de él y había resucitado como reina:

-Eso es lo que podemos ser ahora el uno para el otro, Malik. Lo coges o lo dejas. Si dices que no, no volveré a dirigirte la palabra. Pero si subes a bordo, perderemos el culo trabajando para ti y no te guardaré rencor. Este mundo nuevo es mi vida, Malik, la que corresponde a mi época, crece cuando crezco, aprende cuando aprendo, llega a ser cuando yo llego a ser. Es donde me siento más viva. Allí, dentro de la electricidad. Ya te lo he dicho: tienes que aprender a jugar. El juego serio es lo mío. Eso es el corazón de lo que está ocurriendo, y sé cómo hacerlo, y si tú puedes darme el material que necesito para trabajar, entonces, cariño, eso será mejor para mí que lo que aguardaba bajo el cojín de tus rodillas. Aunque fuera bonito, no me entiendas mal. Aunque fuera indudablemente bonito. Muy bien, he terminado. No me contestes. Vete a casa. Piensa en ello. Deja que te hagamos una presentación completa. Es una decisión importante. Tómatelo con calma. Hazlo cuando estés listo. Pero hazlo pronto.

La pantalla del ordenador estalló en vida. Las imágenes corrieron hacia él como mercaderes de *bazar*. Aquello era la tecnología del vendedor insistente que ofrece sus mercancías, pensó Solanka; o, como si, en un club nocturno oscuro, alguien bailara

para él. El portátil como bailarina sobre sus rodillas. Y el sistema auxiliar de sonido derramando sobre él ruido de alta definición como una lluvia dorada.

-No necesito pensarlo -dijo-. Lo haremos. Vamos allá.

Eleanor llamó, y la barra emocional de Solanka subió otra muesca.

-Sabes cómo despertar amor, Malik -le dijo su mujer-. Pero no sabes qué hacer cuando está ahí. Sin embargo, todavía no había cólera en aquella voz melosa-. Estaba pensando en lo maravilloso que era ser querida por ti. Creo que te echaba de menos, y estoy contenta de haberte encontrado. Nos veo en todas partes adonde voy, ¿no es estúpido?, nos veo pasándolo tantas veces tan bien. Tu hijo es tan excepcional. Todo el que lo ve piensa lo mismo. Morgen cree que es el mejor de todos, y ya sabes lo que piensa Morgen de los niños. Pero quiere a Asmaan con locura. Todo el mundo lo quiere. Y, sabes, no hace más que preguntar: «¿Qué diría papá? ¿Qué pensaría papá?». Ocupas mucho lugar en sus pensamientos. Y en los míos. De forma que solo quería decirte que los dos te mandamos todo nuestro cariño.

Asmaan cogió el teléfono.

-Quiero hablar con papá. Hola, papá. Tengo la nariz tapada. Por eso lloraba. Por eso Olive no está aquí. Por eso era porque. *Porque Olive no está aquí*. Olive era la asistente de su madre, a la que Asmaan adoraba-. Te he hecho un dibujo, papá. Para mamá y para ti. Te lo enseñaré. Tiene rojo y amarillo y blanco. He hecho un dibujo para el abuelo. El abuelo está muerto. Por eso estuve enfermo mucho tiempo. La abuela no está muerta todavía. Está bien. Quizá se muera mañana. Voy a la escuela, papá. Voy a ir a una buena escuela. ¡Mañana no! No. Otro día. Es una guardería. No una escuela grande. Por eso tengo que ser grande para la escuela grande. ¡No voy a ir hoy! Hmm. ¿Tienes un regalo, papá? Quizá con un efelante dentro. ¡Puede ser! Seguramente es un efelante grande. Bueno: ¡dios!

Al amanecer se despertó solo en la cama, a causa de una tortura de parque en el piso de arriba. Indudablemente, se trataba de alguien madrugador. Todos los sentidos de Solanka parecían estar en alerta roja. Su oído se había vuelto tan anormalmente fino que podía oír los bips del contestador de arriba, el agua que caía de la regadera del vecino sobre sus jardineras de las ventanas y sus flores interiores. Una mosca se posó sobre su pie descubierto y él saltó de la cama como si lo hubiera rozado un fantasma y se quedó en el centro de la habitación, desnudo, ridículo, lleno de miedo. Dormir era imposible. La calle era ya estruendosa. Se dio una larga ducha caliente y se leyó a sí mismo la cartilla. Mila tenía razón. Tenía que aprender a controlarse. Un médico, tenía que ir al médico y conseguir el medicamento adecuado. ¿Qué le había llamado Rhinehart de broma? Un ataque al corazón que esperaba su oportunidad. Bueno, había que borrar *al corazón*. Se había convertido en un ataque que esperaba su oportunidad. Su mal humor podía haber sido cómico en otro tiempo, pero ahora no era una broma. Si no había hecho nada todavía, podía hacerlo en cualquier momento; si la furia no lo había llevado al país de lo irreversible, lo haría, sabía que lo haría. Se temía ya a sí mismo, y muy pronto daría miedo a todo el mundo. No tendría que abandonar el mundo; el mundo huiría de él. Se convertiría en alguien que la gente cruza la calle para evitar. ¿Y si Neela lo encolerizaba? ¿Y si, en un momento de pasión, ella le tocaba la coronilla?

Al comienzo del tercer milenio, se conseguían fácilmente medicamentos para tratar la irrupción en la personalidad adulta de lo extravagante y lo embrionario. En otros tiempos, si hubiera rugido como un hechicero en público, hubieran podido quemarlo por diablo o cargarlo de piedras para ver si flotaba en el East River, como a una bruja. En otros tiempos, como mínimo, lo hubieran puesto en la picota y acribillado con fruta podrida. Ahora lo único que había que hacer era pagar la cuenta rápidamente y marcharse. Y todo buen americano conocía los nombres de media docena de medicamentos para tratar los estados de ánimo. Era un país en el que

recitar diariamente marcas farmacéuticas -Prozac, Halcion, Seroquil, Numscul, Lobotomine- era como un *koan* zen o la afirmación de una especie de patriotismo demente: *Prometo lealtad a los medicamentos americanos*. De manera que lo que le estaba ocurriendo era eminentemente evitable. Por lo tanto, diría la mayoría de la gente, su obligación era evitarlo, a fin de que dejara de darse miedo a sí mismo, de ser un peligro para los demás, y empezara a volver a su vida. A Asmaan, el Niño de Oro. Asmaan el cielo, que necesitaba el amor protector de su padre.

Sí, pero los medicamentos eran una bruma. Eran una niebla que se tragaba y se enroscaba alrededor de tu mente. El medicamento era una plataforma, y tenías que sentarte en ella mientras el mundo continuaba a tu alrededor. Era una cortina de ducha translúcida, como la de *Psicosis*. Las cosas se volvían opacas; no, no, eso no era cierto. Quien se volvía opaco eras tú. El desdén de Solanka por aquella era de médicos resurgía. ¿Querías ser más alto? Sólo tenías que ir a un médico de altos y dejar que te pusiera extensiones de metal en los huesos largos. Para ser más delgado estaba el médico de los delgados, el de los agraciados para ser más agraciado. ¿Eso era todo? ¿Lo era? ¿Éramos sólo automóviles, automóviles que podían ir por sí mismos al mecánico y hacerse arreglar como quisieran? ¿A gusto del consumidor, con asientos de piel de leopardo y sonido envolvente? Todo lo que había en él luchaba contra la mecanización de lo humano. ¿No era exactamente para luchar con ello para lo que creaba su mundo imaginario? ¿Qué podía decirle un médico de la cabeza sobre sí mismo que no supiera ya? Los médicos no sabían nada. Lo único que querían era manejarte, domesticarte como a un perro o encapucharte como a un halcón. Los médicos querían ponerte de rodillas y rompértelas y, una vez que empezabas a usar esas muletas químicas, nunca volvías a andar sobre tus piernas.

Por todas partes a su alrededor el yo americano estaba repensándose en términos mecánicos, pero en todas partes estaba perdiendo el control. Ese yo hablaba constantemente de sí mismo, sin rozar apenas cualquier otro tema. Había surgido una industria de controladores médicos brujos cuya función era aumentar y «colmar las lagunas» de la labor de los ya brujos médicos- para tratar los problemas de *performance*. La redefinición era el modo principal de actuar. La infelicidad se redefinía como falta de aptitud física, la desesperación era cuestión de buena alineación de la columna vertebral. La felicidad era una alimentación mejor, una orientación más acertada de los muebles, una técnica de respiración más profunda. La felicidad era el egoísmo. Se decía al yo a la deriva que fuera su propio timón, se ordenaba al yo desarraigado que echara sus propias raíces mientras, evidentemente, seguía pagando los servicios de los nuevos guías, los cartógrafos de los estados desunidos de América. Por supuesto, las antiguas industrias de control seguían existiendo, ocupándose de sus propios casos, más conocidos. El candidato a la vicepresidencia de partido demócrata culpaba a las películas del malestar nacional y, en cambio, alababa a Dios. Dios debía acercarse más al centro de la vida del país. (¿Más? pensaba Solanka.) Si el Todopoderoso se acercaba más a la presidencia, viviría al final de Pennsylvania Avenue y haría el maldito trabajo por sí mismo.) Se exhumaba a George Washington para que fuera un soldado de Cristo. No hay moralidad sin religión, tronaba George, pálido y terroso sobre su tumba, esgrimiendo un hacha. Y en el país de George Washington, la ciudadanía, juzgada insuficientemente devota, decía cuando le preguntaban que más del noventa por ciento votaría como presidente a un judío o un homosexual, pero solo un cuarenta y nueve por ciento a un ateo. ¡Loado sea el Señor!

A pesar de toda la cháchara, todos los diagnósticos, todas las nuevas conciencias, las más poderosas comunicaciones hechas por ese yo nacional nuevo y muy articulado eran inarticuladas. Porque el verdadero problema no era el daño de la máquina sino del corazón deseoso, y el lenguaje del corazón se estaba perdiendo. La

cuestión era el daño excesivo a ese corazón y no el tono muscular, ni la alimentación, ni *elfengshuini* el *karma*, ni la impiedad ni Dios. Ése era *el jitterbug* que volvía loca a la gente: no el exceso de bienes de consumo sino las esperanzas frustradas y truncadas. Aquí, en la América de la Abundancia, manifestación real de los fabulosos reinos de oro de Keats, aquí, en la olla cargada de doblones del extremo del arco iris, las expectativas humanas eran las más altas de la historia del hombre, y por eso lo eran también las decepciones humanas. Cuando los incendiarios encendían fuegos que hacían arder el Oeste, cuando un hombre agarraba un arma y empezaba a matar a desconocidos, cuando un niño agarraba un arma y empezaba a matar a amigos, cuando trozos de hormigón aplastaban el cráneo de jóvenes ricos, esa decepción para la que la palabra «decepción» resultaba demasiado débil era el motor que movía la expresividad cohibida de los asesinos. Ese era el único tema: el aplastamiento de los sueños en un país en donde el derecho a soñar era la piedra angular de la ideología nacional, la eliminación pulverizadora de las posibilidades personales en una época en que el futuro se abría para revelar panoramas de tesoros resplandecientes e inimaginables como ningún hombre o mujer había soñado antes. En aquellas llamas atormentadas y balas angustiosas Malik Solanka oía una pregunta crucial, desoída, no respondida, quizá sin respuesta... la misma pregunta, resonante y destructora como el grito de Munch, que acababa de hacerse: ¿es eso todo? ¿Cómo, es eso *todo*? ¿Es eso todo? La gente se despertaba como Krzysztof Waterford-Wajda y comprendía que su vida no les pertenecía. Sus *cuerpos* no les pertenecían, y tampoco los cuerpos de nadie pertenecían a nadie. No veían ya razón alguna para no disparar.

A aquellos a quienes los dioses quieren destruir los vuelven antes locos. Las Furias se cernían sobre Malik Solanka, sobre Nueva York y América, y chillaban. Debajo, en las calles, el tráfico, humano e inhumano, les chillaba a su vez su consentimiento enfurecido.

Duchado, un poco más tranquilo, Solanka recordó que todavía no había llamado a Jack. Descubrió que no tenía ganas de hacerlo. El Jack desvelado por Neela lo había decepcionado y turbado, lo que en sí mismo no hubiera sido importante. Indudablemente, Jack debía de haberse sentido decepcionado de él muchas veces, haberse sentido repelido incluso por su famoso mal genio «solankerizante». Los amigos debían salvar esos obstáculos; sin embargo, Solanka no descolgó el teléfono. Cómo, entonces era también un mal amigo; había que añadirlo al ya largo pliego de cargos. Neela se interponía ahora entre ellos. Eso era. No importaba que ella hubiera roto su relación con Jack antes de que empezara nada entre ella y Solanka. Lo que importaba era cómo lo consideraría Jack, y lo consideraría una traición. Y, si quería ser sincero consigo mismo, admitió Solanka en silencio, también él lo consideraba una traición.

Además, Neela era ahora también un obstáculo entre él y Eleanor. Él había abandonado el hogar por una razón aparente y otra razón subyacente: el hecho aterrador del cuchillo en la oscuridad y, bajo la superficie del matrimonio, la erosión de lo que en otro tiempo le sobrepasaba. Era difícil renunciar al deseo furioso y recientemente encendido por aquella antigua llama, más tranquila y amable. «Tiene que haber alguien», había dicho Eleanor; y ahora lo había, lo *había*.. Neela Mahendra, la última apuesta emocional importante de su vida. Más allá de ella, si la perdía como la perdería probablemente, veía un desierto, cuyas lentas dunas blancas se deslizaban hacia una tumba de arena. Los peligros de la empresa, acentuados por las diferencias de edad y educación, por las lesiones de él y la volubilidad de ella, eran considerables. ¿Cómo decide una mujer que todo hombre desea que con uno solo le basta? Casi al fin de su primera noche juntos, ella dijo:

-No esperaba esto. No estoy segura de estar dispuesta. Quería decir que había empezado a sentir tan profunda y rápidamente que le daba miedo. El riesgo podría ser demasiado grande.

El había torcido el gesto un poco demasiado amargamente.

Me pregunto cuál de los dos -dijo- corre mayor riesgo emocional.

A ella la pregunta no le pareció difícil: Tú, desde luego dijo.

Wislawski volvió a trabajar. El suave Simon Jay había llamado a Solanka desde su granja para decirle que su mujer y él habían apaciguado a la enojada limpiadora, pero una llamada contrita de Solanka ayudaría. Aunque afable como era, el señor Jay no dejó de señalar que el arrendamiento exigía que el apartamento fuera mantenido debidamente. Solanka rechinó los dientes e hizo la llamada.

Muy bien, iré, por qué no -accedió Wislawski.- Tiene suerte de que sea grande en el corazón.

Su trabajo era menos satisfactorio aún que antes, pero Solanka no dijo nada. Había un desequilibrio de poder en el apartamento. Wislawski entraba como una reina como una Diosa de la Victoria que hubiera cortado sus hilos y, al cabo de unas horas de vagar por el dúplex como un monarca en viaje real, agitando su plumero como si fuera un regio pañuelo, se iba con una expresión de desprecio en su rostro huesudo. Los que antes servían son ahora los amos, pensó Solanka. Como en Galileo-1, también en Nueva York.

Su mundo imaginario lo absorbía cada vez más. Dibujaba furiosamente, modelaba en arcilla, tallaba maderas blandas; sobre todo, y furiosamente, escribía. La tropa de Mila Milo había empezado a tratarlo con una especie de sorprendida reverencia: ¿quién hubiera pensado, parecía decir su forma de comportarse, que un viejo zoquete pudiera venir con un material tan en la onda? Hasta el lento y resentido Eddie participaba en esa nueva actitud. Solanka, despreciado por su propia mujer de la limpieza, se dejaba ablandar por el respeto de los jóvenes y decidió demostrar que era digno de él. Tres o cuatro horas de sueño resultaban suficientes. La sangre parecía circular con más energía por sus venas. Aquello, pensó maravillándose de su inmerecida buena suerte, era una renovación. La vida le había servido inesperadamente una buena mano, y estaba dispuesto a aprovecharla al máximo. Había llegado el momento de hacer un esfuerzo largo, concentrado y hasta quizá saludable de lo que Mila llamaba juego serio.

La historia de los acontecimientos en Galileo-1 había cobrado una proliferante vida propia. Nunca antes había necesitado ni querido Solanka entrar en tanto detalle. La ficción lo tenía en el puño, y las figuritas mismas comenzaban a parecer secundarias: no fines en sí mismas, sino medios. El, que había sido tan escéptico ante el advenimiento del mundo feliz electrónico, se sentía conquistado por las posibilidades que ofrecía la nueva tecnología, con su preferencia formal por los saltos de costado y su relativo desinterés por la progresión lineal, una tendencia que había producido ya en sus usuarios mayor interés por la variación que por la cronología. Esa libertad del reloj, de la tiranía de lo que sucedió luego, era estimulante y le permitía desarrollar sus ideas en paralelo, sin preocuparse del orden ni de la causalidad paso a paso. Los enlaces eran ahora electrónicos, no narrativos. Todo existía al mismo tiempo. Aquello era, comprendía Solanka, el espejo exacto de la experiencia divina del tiempo. Hasta la llegada de los hiperenlaces, solo Dios había podido ver simultáneamente y por igual el

pasado, el presente y el futuro; los seres humanos estaban prisioneros del calendario de su época. Ahora, sin embargo, esa omnisciencia estaba a disposición de todos, simplemente haciendo clic con un ratón.

En el sitio de la Red, cuando llegara a existir, los visitantes podrían desplazarse a voluntad entre los diferentes argumentos y temas del proyecto: la búsqueda de Akasz Kronos por Zameen de Rijk, Zameen contra la Diosa de la Victoria, el Cuento de los Dos Creadores de Muñecas, Mogol el Baburio, La Rebelión de las Muñecas Vivas I: La Caída de Kronos, La Rebelión de las Muñecas Vivas II (Esta Vez es la Guerra), la Humanización de las Máquinas contra la Mecanización de los Humanos, la Batalla de los Dobles, Mogol captura a Kronos (¿O a' Creador de Muñecas?), la Retracción del Creador de Muñecas (¿O de Kronos?), y el gran final, la Rebelión de las Muñecas Vivas en: La Caída del Imperio Mogol. Cada uno de ellos, a su vez, llevaría a otras páginas, sumergiéndose cada vez más profundamente en el mundo multidimensional de los Reyes Marioneta, ofreciendo juegos para jugar, secciones en video para ver, salas de «chateo» para entrar y, naturalmente, cosas que adquirir.

El profesor Solanka se emborrachaba durante horas con el paquete de seis dilemas éticos de los Reyes Marioneta; se sentía a la vez fascinado y repelido por la creciente personalidad de Mogol el Baburio, que resultó ser un poeta aceptable, un astrónomo experto y un jardinero apasionado, pero también un soldado sediento de sangre como Coriolano y el más cruel de los príncipes; y le extasiaban delirantemente las posibilidades de sombras chinescas (intelectuales, simbólicas, polémicas, mistificadoras, incluso sexuales) de las dos series de dobles, los encuentros entre «real» y «real», «real y «doble», «doble» y «doble», que demostraban felizmente la disolución de las fronteras entre las categorías. Se encontró habitando un mundo que prefería con mucho al que había ante sus ventanas, y así llegó a comprender lo que Mila Milo había querido decir cuando dijo que allí era donde se sentía más viva. Aquí, dentro de la electricidad, Malik Solanka salía de su semivida en el exilio de Manhattan, viajaba diariamente a Galileo-1 y comenzaba, una vez más, a vivir.

Desde las observaciones censuradas de Cerebritito a Galileo Galilei, las cesiones del conocimiento y el poder, la rendición y el desafío, los fines y los medios habían atormentado a Solanka. Los «momentos galileicos», esas ocasiones dramáticas en que la vida preguntaba a los vivos si defenderían peligrosamente la verdad o se retractarían prudentemente de ella, le parecían cada vez más estar cerca del corazón de lo que significaba ser humano. *Hombre, no hubiera debido aceptar aquello sin protestar. Habría iniciado una revolución, joder.* Cuando el poseedor de la verdad es débil y el defensor de la mentira fuerte, ¿es mejor inclinarse ante una fuerza superior? O, plantándole cara firmemente, ¿podía uno descubrir dentro de sí una fortaleza más profunda y derribar al déspota? Cuando los soldados de la verdad lanzaban mil naves e incendiaban las altas torres de la mentira, ¿debían ser considerados libertadores o, al utilizar las armas del enemigo contra él, se habían convertido en los despreciados bárbaros (o incluso baburios) cuyas casas habían incendiado? ¿Cuáles eran los límites de la tolerancia? ¿Hasta dónde se podía ir, en la búsqueda de la justicia, antes de cruzar una divisoria, llegar a las antípodas de nosotros mismos y convertirnos en injustos?

Cerca del punto culminante de la historia de Galileo-1, Solanka insertó uno de esos momentos decisivos. Akasz Kronos, fugitivo de sus propias criaturas, era capturado en su espléndida vejez por los soldados del Mogol y llevado en cadenas a la corte baburia. Para entonces los Reyes Marioneta y los baburios llevaban en guerra toda una larga generación, encerrados en un callejón sin salida tan debilitante como la guerra de Troya, y el anciano Kronos, como creador de los cyborgs, fue culpado de

todas sus acciones. Su explicación sobre cómo habían alcanzado la autonomía sus criaturas fue rechazada por el Mogol con un bufido de incredulidad. Seguía, en las páginas que Solanka escribió, una larga controversia entre los dos hornbres sobre la naturaleza de la vida misma: la vida como creada por un acto biológico y la vida hecha nacer por la imaginación y el talento de los vivos. ¿Era la vida «natural», o se podía decir que lo «no natural» estaba vivo? ¿Era el mundo imaginario necesariamente inferior al orgánico? Kronos era todavía un genio creador, a pesar de su decadencia y de su larga ocultación en la miseria, y defendió orgullosamente a sus cyborgs: según todas las definiciones de existencia consciente, se habían convertido en seres vivos hechos y derechos, como el *Homo faber*, eran usuarios de herramientas; como el *Homo sapiens*, razonaban y entablaban debates morales. Podían cuidar sus enfermedades y reproducir su especie y, al deshacerse de él, su creador, se habían liberado. El Mogol rechazó aquellos argumentos sumariamente. Un lavaplatos que funcionara mal no se convertía en ayudante de camarero, alegó. Por la misma razón, una marioneta sinvergüenza seguía siendo una muñeca, y un robot renegado un robot. Aquellos debates no llevaban a ningún lado. En cambio, Kronos debía retractarse de sus historias y facilitar a las autoridades baburias los datos tecnológicos necesarios para controlar las máquinas erreemes. Si se negaba, añadió el Mogol, cambiando el tenor de la conversación, naturalmente sería torturado y, en caso necesario, se le arrancaría un miembro tras otro.

La «retractación de Kronos», su declaración de que las máquinas no tenían alma, mientras que el hombre era inmortal, fue acogida por el pueblo baburio, profundamente religioso, como una gran victoria. Con la información proporcionada por el deshecho científico, el ejército antípoda creó nuevas armas, que paralizaron los neurosistemas de los cyborgs, dejándolos inoperantes. (La palabra «matar» estaba prohibida; lo que no estaba vivo no podía estar muerto.) Las fuerzas erreemes huyeron en desorden, y la victoria baburia parecía asegurada. El propio cyborg Creador de Muñecas se contaba entre los caídos. Demasiado egotista -demasiado «constante»- para haber creado réplicas de sí mismo, el Creador de Muñecas seguía siendo único en su género; por eso su personaje quedó borrado al terminar él. La única persona que hubiera podido recrearlo era Akasz Kronos, cuya suerte era incierta. Quizá el Mogol lo mató, incluso después de su abyecta rendición; o quizá lo cegaron como a Tiresias y le permitieron, para mayor humillación, recorrer el mundo, mendigando con un cuenco, y «diciendo la verdad que nadie creería», mientras por todas partes oía el relato del hundimiento de sus grandes empresas»

En la era de la reducción de los grandes Reyes Marioneta kronosianos, los cyborgs conscientes de Rijk, las primeras máquinas que cruzaron la frontera entre las entidades mecánicas y los seres vivos, a montones de cachivaches inútiles. Y aunque nadie creía ahora la verdad que él mismo había negado, no tenía otra opción que aceptar la realidad de la catástrofe que su propia cobardía, su falta de fortaleza moral, había provocado.

En la hora undécima, sin embargo, la marea cambió. Los Reyes Marioneta se reagruparon bajo una nueva jefatura bicéfala. Zameen de Rijk y su homóloga cyborg la Diosa de la Victoria unieron sus fuerzas, como las *ranis* gemelas dejhansi que se sublevaron contra la opresión imperialista, o como Cerebritito en una encarnación nueva doble-atribulada, iniciando su prometida revolución. Utilizaron su competencia científica combinada para fabricar escudos electrónicos contra las nuevas armas baburias. Entonces, con Zameen y la Diosa a la cabeza, el ejército erreeme comenzó una importante ofensiva y sitió la ciudadela del Mogol. Así comenzó el Sitio de Baburia, que tardaría una generación o más en concluir...

En el mundo de la imaginación, en el cosmos creativo que había comenzado con la simple fabricación de muñecas y proliferado luego para convertirse en aquella bestia múltipeda y multimedia, no hacía falta responder preguntas; era mucho mejor encontrar formas interesantes de volver a formularlas. Tampoco hacía falta terminar la historia. .. de hecho, era esencial para las perspectivas a largo plazo del proyecto que el relato fuera susceptible de ser prolongado casi indefinidamente, injertándole nuevas aventuras y temas a intervalos regulares, y nuevos personajes que vender como muñeca, juguete o robot. La historia era un esqueleto que echaba periódicamente huesos nuevos, la estructura para una bestia de ficción capaz de metamorfosis constantes, que se alimentaba de todos los restos que podía encontrar: la historia personal de su creador, fragmentos de chismorreos, conocimientos profundos, asuntos de actualidad, cultura intelectual y popular y, el alimento más nutritivo de todas: el pasado. El saqueo del depósito mundial de viejos relatos e historia antigua era totalmente legítimo. Pocos usuarios de la Red conocían bien los mitos, o incluso los hechos, del pasado; lo único que hacía falta era dar a los viejos materiales un giro nuevo, contemporáneo. La transmutación lo era todo. El sitio de los Reyes Marioneta fue puesto en línea y recibió un alto número de «visitas». Los comentarios llegaron a raudales y el río de la imaginación de Solanka fue alimentado por mil riachuelos. Comenzó a crecer y aumentar de caudal.

Como el trabajo nunca se asentaba, nunca cesaba de ser una obra en curso sino que se mantenía en un estado de revolución perpetua, cierto desorden era inevitable. Las historias de personajes y lugares, incluso sus nombres, cambiaban a veces mientras la visión de Solanka de su universo ficticio se aclaraba y agudizaba. Algunas posibilidades argumentales resultaban más sólidas de lo que había creído al principio y fueron ampliamente desarrolladas. La línea Zameen/Diosa de la Victoria fue la más importante de ellas. En su concepción original, Zameen había sido simplemente una belleza, no una científica en absoluto. Más tarde, sin embargo, cuando Solanka inducido, tenía que admitirlo, por Mila Milo comprendió lo importante que sería Zameen en la fase culminante de la historia, volvió atrás y añadió muchas cosas a su vida anterior, convirtiéndola en una científica igual a Kronos, y sexual y moralmente superior a él. Otras vías resultaron ser callejones sin salida y fueron desechadas. Por ejemplo, en una primera versión de la historia argumental, Solanka imaginó que el personaje «galileico» capturado por el Mogol era el cyborg Creador de Muñecas y no el desaparecido Akasz Jvro nos. En esa versión, la renuncia del Creador de Muñecas a su derecho a ser llamado «ser vivo», su confesión de su propia inferioridad, se convertía en un crimen contra sí mismo y su propia raza. Más tarde, cuando el Creador de Muñecas se escapaba de los carceleros aburridos, y la máquina propagandística del Mogol difundía la noticia de su «retractación» para socavar su autoridad, el cyborg negaba con vehemencia las acusaciones, diciendo que no había sido él el prisionero sino Kronos, su avatar humano, quien realmente había traicionado a la verdad. Aunque descartó esa versión, Solanka siguió sintiendo cierta debilidad por ella, y se preguntó a menudo si no se habría equivocado. En su día, aprovechando la afición de la Red a las variantes, añadió la historia eliminada al sitio, como posible versión alternativa de los hechos.

Los nombres Baburia y Mogol fueron también adiciones tardías. Mogol, naturalmente, venía de «Mughal», y Babur había sido el primero de los emperadores mughales. Pero el Babur en que había pensado Solanka no era un viejo rey muerto. Era el dirigente del malogrado desfile-manifestación «indo-lili» de Nueva York, al que, en opinión de Solanka, Neela Mahendra había prestado demasiada atención. El desfile había comenzado como algo lamentable y terminado con una gresca. En la esquina noroeste de Washington Square, bajo la mirada débilmente interesada de vendedores de refrescos, prestidigitadores, monociclistas y rateros surtidos, aproximadamente un

centenar de hombres y un puñado de mujeres de origen indo-liliputiense se reunieron, y su número aumentó con amigos americanos, amantes, cónyuges, miembros de los grupúsculos de izquierda habituales, «representantes solidarios» testimoniales de otras comunidades indias inmigrantes de Brooklyn y Queens, y los inevitables aficionados a las manifestaciones. Más de mil en total, pretendieron los organizadores; unos doscientos cincuenta, dijo la policía. La manifestación paralela de elebés había estado menos concurrida aún, y se había dispersado vergonzosamente antes de iniciar la marcha. Sin embargo, grupos de elebés descontentos y bastante bebidos habían conseguido llegar a Washington Square para provocar a los indo-lilis y lanzar insultos groseros a las mujeres. Se produjeron refriegas; el Departamento de Policía de Nueva York, sorprendido al parecer de que un acontecimiento tan ínfimo pudiera haber causado tanta excitación, intervino unos cuantos compases demasiado tarde. Mientras la multitud huía ante los agentes de policía, se produjeron algunas peleas a cuchillo rápidas, ninguna de ellas mortal. En pocos instantes, la plaza quedó vacía de manifestantes, salvo Neela Mahendra, Malik Solanka y un gigante calvo, desnudo hasta la cintura, que sostenía un megáfono en una mano y en la otra un mástil de madera con la nueva bandera azafrán y verde de la propuesta «República de Filbustán»: FILB significaba «Frente Indio de Liliput-Blefuscu» y el resto se había añadido porque parecía sonar como «patria». Era Babur, el joven dirigente político que había venido desde sus lejanas islas para hablar en el «mitin» y que ahora parecía tan abandonado, tan desprovisto de finalidad y de pelo, tan inexpresivo, que Neela Mahendra se apresuró a ponerse a su lado, dejando a Solanka donde estaba. Cuando vio acercarse a Neela, el joven gigante soltó el asta de la bandera, que le dio en la cabeza al caer. Se tambaleó pero, con mérito considerable, permaneció en pie.

Neela era toda solicitud, creyendo evidentemente que, haciendo que Babur disfrutara plenamente de su belleza, podría compensarle de su viaje largo e inútil. Y Babur se animó realmente y, al cabo de unos momentos, comenzó a hablar a Neela como si fuera la asamblea pública inmensa y políticamente significativa que había esperado. Habló de un Rubicon atravesado, de que no habría *ni compromiso ni rendición*. Ahora que la Constitución difícilmente lograda había sido derogada y se había puesto fin de forma tan vergonzosa a la participación indo-lili en el gobierno de Liliput-Blefuscu, dijo, sólo medidas extremas bastarían.

-Los derechos nunca se conceden por quienes los tienen -declamó-, se toman por quienes los necesitan.

Los ojos de Neela se iluminaron. Habló de su proyecto televisado y Babur asintió gravemente, comprendiendo que podía salvarse algo de los escombros del día.

-Vamos dijo cogiéndola del brazo. (Solanka se dio cuenta de la facilidad con que ella daba el *brazo* a su compatriota). Ven. Tenemos que hablar de esas cosas durante horas. Hay mucho que hacer urgentemente.

Neela se fue con Babur sin mirar atrás.

Solanka seguía en Washington Square aquella noche a la hora del cierre, miserablemente sentado en un banco. Un coche de patrulla le ordenó que se fuera en el momento en que sonaba su móvil.

Lo siento de veras, cariño -dijo Neela.- Se sentía tan desgraciado, y es mi trabajo, teníamos que hablar. De todas formas, no tengo que explicar nada. Eres un hombre inteligente. Estoy segura de que lo has entendido. Tendrías que conocer a

Babur. Es tan apasionado que da miedo, y después de la revolución quizá sea presidente. Ah, no cuelgues, cariño. Es la otra línea.

Había hablado de la revolución como de algo inevitable. Con un profundo zumbido de alarma, Solanka, mientras aguardaba al teléfono, recordó la declaración de guerra de Neela. *Lucharé con ellos si tengo que hacerlo, hombro con hombro. No bromeo, lo haré realmente.* Miró las manchas de sangre que se secaban en la plaza oscurecida, prueba, aquí en la ciudad de Nueva York, de la fuerza de una furia que se acumulaba al otro extremo del mundo: una furia colectiva, nacida de una larga injusticia, al lado de la cual su propio mal genio imprevisible era algo de insignificancia patética, la complacencia quizá de alguien privilegiado y demasiado preocupado de sí mismo. Y con demasiado tiempo. No podía abandonar a Neela a aquella rabia superior y antípoda. Vuelve, tenía ganas de decir. Vuelve a mí, querida, por favor, no te vayas. Pero ella estaba otra vez al teléfono y su voz había cambiado.

Es Jack -dijo.- Ha muerto, se ha pegado un tiro en la cabeza y ha dejado una confesión escrita.

Has visto la Victoria Alada sin cabeza, pensó sordamente Solanka. Has oído hablar del Jinete Decapitado. Ahora le toca a mi descabezado amigo Jack Rhinehart, la Derrota Sin Alas y Sin Caballo.

TERCERA PARTE

Nada tenía sentido. Se había encontrado el cadáver de Jack en el Spassky Grain Building, un inmueble en construcción de Tribeca, en la esquina de Greenwich y North Moore, cuyos promotores habían sido atacados recientemente por los sindicatos, por emplear esquirolas. Estaba a un cuarto de hora a pie del apartamento de Jack en Hudson Street, y Jack, al parecer, se había dirigido tranquilamente a él con una escopeta cargada en la mano, había atravesado Canal Street, todavía llena de gente a pesar de la hora tardía sin llamar la atención, y se había introducido en el lugar elegido, cogiendo un ascensor hasta el cuarto piso, se *había* situado junto a una ventana que daba al oeste con una magnífica vista sobre el río iluminado por la luna, había apoyado la boca del cañón en su boca, apretado el gatillo y caído sobre el áspero suelo sin acabar, soltando el arma pero agarrando de algún modo la nota de suicida. Había estado bebiendo mucho: Jack Daniels y Coca, bebida absurda para un enófilo como Rhinehart. Cuando lo descubrieron, su camisa y su traje estaban pulcramente doblados en el suelo, y sólo llevaba sus calcetines y calzoncillos, que, por alguna razón, o quizá por casualidad, llevaba puestos al revés. Se había cepillado los dientes hacía poco.

Neela decidió confesarlo todo y contó a los inspectores lo que sabía: los disfraces del armario de Jack, sus sospechas, todo. Hubiera podido tener problemas, porque ocultar información es un delito grave, pero la policía tenía cosas más importantes que hacer, y los dos agentes que fueron al apartamento de Bedford Street, para interrogarlos a ella y a Malik Solanka, tenían sus propios problemas en presencia de ella. No hacían más que romper lápices y pisarse uno a otro o tirar cosas y empezar a hablar bruscamente al mismo tiempo, quedándose luego ruborizantemente silenciosos, a lo que Neela no prestaba la menor atención.

Lo importante es dijo ella para terminar mientras los dos inspectores se daban con la cabeza al asentir ansiosamente- que ese supuesto suicidio huele muy mal.

Malik y Neela sabían que Jack tenía un arma, aunque no la hubieran visto nunca. Databa del período de caza y pesca a lo Hemingway negro que precedió a la etapa Tiger Woods. Ahora, como el pobre Ernest, el más femenino de los grandes escritores americanos, destruido por no haber podido ser el falso Papá macho que había querido encarnar, Jack se había cazado a sí mismo, la mayor caza de todas. Eso, al menos, era lo que se les quería hacer creer. Vista más de cerca, sin embargo, la versión de los acontecimientos se hacía cada vez menos convincente. El edificio de Jack tenía un portero, que le había visto salir solo alrededor de las siete de la tarde, sin equipaje y vestido como para una noche en la ciudad. Un segundo testigo, una joven regordeta con boina que esperaba un taxi en la acera, acudió al llamamiento de la policía para decir que había visto a un hombre que respondía a la descripción de Jack entrar en un gran todoterreno negro de cristales ahumados; a través de la puerta abierta, había alcanzado a ver a otros dos hombres al menos, que, estaba totalmente segura al respecto, fumaban grandes cigarros. Se vio otro vehículo idéntico alejándose por Greenwich Street poco después de la hora determinada de la muerte. Unos días más tarde, el análisis de los datos técnicos procedentes del que se llamaba ya provisionalmente escenario del crimen reveló que los daños causados a la puerta de acceso temporal a la entrada del Spassky Grain Building no habían sido causados por la escopeta de Rhinehart. Cerca del cadáver no se encontró otro instrumento capaz de derribar la muy sólida puerta (de madera, con armadura metálica). Además, se sospechaba firmemente que los daños causados no habían sido el medio para entrar en el edificio. Alguien había tenido una llave.

La nota de suicida misma fue decisiva para disculpar a Jack. Rhinehart era conocido por la elegante precisión de su prosa. Rara vez cometía un error sintáctico, y nunca, nunca, faltas de ortografía. Sin embargo, en sus últimas palabras había solecismos de la peor especie.

«Siempre desde corresponsal de guerra -decía la nota- he tenido accesos violentos. A veces, en medio de la noche aplasto el teléfono. El Semental, Cachiporra y Paquete son inocentes. Maté a sus chicas porque no foyaban conmigo, seguro que porque soy negro.» Y finalmente, de forma desgarradora:

«Decirle a Nela que la amo. Sé que lo jodí todo pero la amo de veras.»

Malik Solanka, cuando le tocó ser interrogado por la policía, dijo categóricamente que, aunque la nota era sin duda de la mano firme e inconfundible de Jack, no podía haber sido escrita por él sin coacción.

-O se la dictó alguien que domina mucho menos el idioma, o él deformó deliberadamente su estilo para enviarnos un mensaje. ¿No lo comprenden? Hasta nos dice el nombre de sus tres asesinos.

Cuando se demostró que Keith «Cachiporra» Medford, último amante de la difunta Lauren Klein, era hijo del rico promotor y bestia negra de los obreros sindicados Michael Medford, una de cuyas compañías dirigía la conversión del Spassky Grain Building en una combinación de áticos de lujo y residencias de tipo chalé, y que Keith, a quien se había pedido que preparara la fiesta nocturna de la inauguración del proyecto, tenía un juego de llaves, resultó evidente que los asesinos habían cometido una equivocación irreparable. La mayoría de los criminales son estúpidos, y una vida de privilegios no era una protección contra la insensatez. Hasta las escuelas más costosas producían imbéciles deficientemente educados, y Marsalis, Andriessen y Medford eran jóvenes idiotas semianalfabetos y arrogantes. Y también asesinos. Cachiporra, enfrentado con los hechos que se acumulaban, fue el primero en confesar. Las defensas de sus compañeros se derrumbaron unas horas más tarde.

Jack Rhinehart fue enterrado en las profundidades de Queens, a treinta y cinco minutos en coche del bungalow que había comprado a su madre y hermana todavía soltera en Douglaston.

-Una casa con vistas -había bromeado-. Si vas hasta el final del patio y te asomas mucho a la izquierda, puedes captar un ¿qué?, digamos que un *suspiro* del Sound.

Ahora su propia vista sería siempre la de una zona urbana deprimida. Neela y Solanka consiguieron un coche que los llevara. El cementerio era insuficiente, sin árboles, incómodo, húmedo. Los fotógrafos se movían alrededor del pequeño grupo de participantes en el funeral, como contaminación que flotara en las orillas de un estanque oscuro. Solanka había olvidado por alguna razón que los medios de información se interesarían por el funeral de Jack. En el momento en que se hicieron las confesiones y la historia del club S&M se convirtió en el escándalo de sociedad del verano, el profesor Solanka perdió el interés por la dimensión pública del acontecimiento. El admiraba a su amigo Jack Rhinehart, el gran periodista valiente, tragado por el *glamour* y la riqueza. Ser seducido por lo que uno odiaba era un destino duro. Perder a la mujer que se amaba en brazos de tu mejor amigo era quizá más duro aún. Solanka había sido un mal amigo para Jack, pero el destino de Jack había sido ser traicionado. Sus preferencias sexuales secretas, que nunca había impuesto a Neela Mahendra pero hubieran hecho que ni siquiera Neela le bastara en definitiva, lo habían hecho juntarse con malas compañías. Había sido leal a hombres que no merecían su lealtad, se había persuadido de su inocencia ¡y qué esfuerzo debía de haber sido para un investigador y periodista nato, qué talento para engañarse debía de haber utilizado!- y en consecuencia los había ayudado a defenderse de la ley, y su recompensa había sido que lo mataran en un torpe intento de convertirlo en chivo expiatorio: que lo sacrificaran en el altar de su orgullo invencible y egomaniaco.

Habían contratado a una cantante de *gospel* para un popurrí de espirituales y cosas más recientes: *Fix me, Jesús íue* seguido por el homenaje de Puff Daddy a Notorious B.I.G., *Every Breath You Take (I'll Be Missing You)*; luego vino *Rock My Soul (In the Bosom of Abraham)*. La lluvia parecía inminente, pero no acababa de decidirse. El aire estaba húmedo, como lleno de lágrimas. Allí estaban la madre y la hermana de Jack; también Bronislawa Rhinehart, su ex mujer, deshecha y sexy a la vez con su vestido negro corto y su velo muy de moda. Solanka saludó con la cabeza a Bronnie, a la que nunca había sabido qué decir, y farfulló palabras vacías a los deudos. Las mujeres de Rhinehart no parecían tristes: parecían furiosas.

El Jack que yo conozco -dijo la madre de Jack lacónicamente- hubiera calado a esos chicos blancos en nueve segundos apenas.

-El Jack que yo conozco -añadió su hermana- no necesitaba látigos ni cadenas para pasárselo bien.

Estaban furiosas con el hombre que amaban, por el escándalo, pero más furiosas aún por haberse puesto en peligro, como si lo hubiera hecho para hacerles daño, para dejarles durante toda la vida con su pesar.

El Jack que yo conozco -dijo Solanka- era un hombre muy bueno y, si ahora está en algún lado, diría que se siente feliz de haberse liberado de sus errores.

Jack estaba con ellos, desde luego. Jack en la caja de la que nunca se levantará. Solanka sintió que una mano le apretaba en el corazón.

Con los ojos del pesar, Solanka se imaginó a Jack echado en un lujoso ático renovado, mientras el mundo entero chismorreaba sobre su cadáver y los fotógrafos flotaban a su alrededor. Cerca de Jack estaban las tres chicas muertas. Liberado del temor de haber participado en esas muertes, Solanka las lloraba también. Allí estaba Lauren, que había tenido miedo de lo que era capaz de hacer a otros y de dejar a otros que se lo hicieran. Bindy y Sky habían tratado inútilmente de mantenerla dentro de su círculo mágico de placer y dolor, pero ella había sellado su destino al amenazar a los miembros del club con la vergüenza de una exposición pública. Allí estaba Bindy, la primera en comprender que la muerte de su amiga no había sido casual sino una ejecución a sangre fría: comprensión que fue su propia sentencia de muerte. Y allí estaba Sky la chica privilegiada, atleta sexual dispuesta a todo. Sky, la más desenfundada de las tres desgraciadas y la de menos inhibiciones sexuales, cuyos excesos masoquistas -ahora detallados meticulosamente en la prensa, encantada-alarmaban a veces hasta a su sádico amante, Brad el Semental. Sky, que se creía inmortal, que nunca pensó que fueran a por ella, porque era la emperatriz de su mundo, la seguían a donde los llevaba, y sus niveles de tolerancia, sus umbrales, eran los más altos que ninguno de ellos había conocido. Ella sabía de los asesinatos, que la excitaban locamente, murmuraba en los oídos de Marsalis que no tenía ninguna intención de delatar a un hombre así, y susurró sucesivamente a Paquete y Cachiporra que estaría encantada de sustituir a sus amigas muertas de la forma que quisieran, solo tienes que decirlo, cariño, y lo tendrás. Les explicó también a los tres hombres, en distintos encuentros morbosamente repetidos, que los asesinatos los unían de por vida; ya no podían arrepentirse y el contrato de su amor había sido firmado con la sangre de sus amigas. Sky, la reina vampiro. Murió porque sus asesinos tenían demasiado miedo de su furia sexual para dejarla vivir.

Tres muchachas sin cabellera. Se hablaba de vudú y fetichismo, y sobre todo de la glacial crueldad de los crímenes, pero Solanka prefería cavilar en la muerte del corazón. Aquellas chicas, tan desesperadamente deseosas de deseo, solo habían podido encontrarlo en los extremos más lejanos de la conducta sexual humana. Y aquellos tres jóvenes, para los que el amor se había convertido en una cuestión de violencia y posesión, de infligir y sufrir, habían llegado a la frontera entre el amor y la muerte y su furia la había borrado, la furia que no podían expresar, nacida de lo que ellos, que tanto tenían, nunca habían sido capaces de adquirir: lo despojado, lo ordinario. La verdadera vida.

En mil, diez mil, cien mil horrorizadas conversaciones que zumbaban sobre el muerto como moscas que buscaran el hedor, la ciudad debatía los más mínimos

detalles de los asesinatos. *¡Mataron a las chicas de los otros!* Medford había salido con Lauren Klein para una última noche espléndida en la ciudad. Ella lo mandó a casa, como él había planeado, a causa de una pelea que él había provocado deliberadamente hacia el final de la velada. Pocos minutos después la telefoneó, fingiendo haber tenido un accidente de coche en la esquina Husma. Ella fue corriendo a ayudarlo y encontró su Bentley de época sin señal alguna y esperando con la puerta abierta. *Pobre criatura. Pensó que él quería disculparse.* Molesta por el engaño pero no alarmada, subió, y fue golpeada repetidas veces por Andriessen y Marsalis, mientras Medford tomaba margaritas en un bar cercano, anunciando en voz alta que estaba ahogando sus penas porque la furcia de su chica no quería acostarse con él, obligando al barman a pedirle que se callara o se fuera, y asegurándose de que recordarían su presencia. *Y entonces le arrancaron la cabellera. Debieron de poner plásticos para no manchar el coche. Y tiraron el cuerpo a la calle como una basura.* La misma técnica sirvió con Belinda Candell.

Con Sky, sin embargo, fue diferente. Corno solía, ella tomó la iniciativa, susurrando sus planes para la noche a Bradley Marsalis, ante su última cena. Esta noche no, dijo él, y ella se encogió de hombros.

Muy bien, llamaré a Paquete o Cachiporra por si les apetece un poco de diversión.

Furioso, insultado, pero obligado a atenerse al juego previsto, Brad le dio las buenas noches en la puerta del vestíbulo de su casa, y la telefoneó unos minutos más tarde, diciendo:

-Muy bien, tú ganas, pero no ahí. Ven a mi habitación.

(La habitación era la suite insonorizada de un hotel de cinco estrellas alquilada durante todo el año por el Club S&M para uso de sus ruidosos miembros. Bradley Marsalis, se supo, la había reservado muchos días antes, lo que demostraba premeditación.) Sky no llegó a la habitación. Un gran todoterreno negro se paró a su lado y una voz que ella reconoció dijo:

-Hola, princesa. Sube. El Semental nos ha pedido que te demos un paseo.

Veinte, diecinueve, diecinueve, contó Solanka. Sus edades sumadas eran solo tres años más que la suya.

Y qué pensar de Jack Rhinehart, que vivió una docena de guerras sólo para morir miserablemente en Tribeca, que escribía tan bien sobre tantas cosas que importaban y con tanto estilo sobre tantas otras que no y cuyas últimas palabras fueron, deliberadamente o por necesidad, conmovedoras e inanes a la vez. La historia de Jack había salido a relucir también. El robo de la escopeta por Semental Marsalis. La invitación a Jack a la ceremonia de iniciación al Club S&M. *Lo has conseguido, muchacho. Estás dentro.* Ni siquiera cuando llegaron al Spassky Grain Building tenía Rhinehart idea de lo cerca que estaba de la muerte. Pensaba probablemente en la escena de la orgía de *Eyes wide shut*, imaginando chicas muchachas desnudas enmascaradas sobre estrados, que esperaban sentir el escozor del dulce látigo. Solanka lloraba ahora. Oía a los asesinos insistir en que, como parte del ritual, Rhinehart tenía que beber una jarra rebosante de Jack Daniels y Coca, la bebida preferida de los chicos mimados, a gran velocidad. Los oyó ordenar a Jack que se desnudara y diera la vuelta a sus calzoncillos, en nombre de la tradición del club. Como si se la ataran en torno a sus ojos, Solanka sintió la venda que habían utilizado con

Jack (y le habían quitado luego). Sus lágrimas empaparon la seda imaginaria. *Muy bien, Jack, estás dispuesto, esto te hará volar. -¿Qué pasa, chicos, ¿cuál es el trato?- Abre la boca, Jack. ¿Te has cepillado los dientes como te dijimos? Bien hecho. Di aah, Jack. Esto te matará, muñeco.* Qué patéticamente fácil había sido llevar a la muerte a aquel hombre bueno y débil. Con qué buena disposición había entrado -tendiendo la mano, recibiendo el desaire en su propio coche fúnebre, para dar su último paseo. *Lord, rock my soul*, gritó la cantante. Adiós, Jack, dijo Solanka en silencio a su amigo. Vete a casa. Te llamaré.

Neela llevó a Malik a Bedford Street, abrió una botella de tinto, corrió las cortinas, encendió muchas velas perfumadas e, irrespetuosamente, eligió un CD de canciones de Bollywood de los cincuenta y principios de los sesenta: música de su pasado tabú. Ese era un aspecto de su profunda sabiduría emocional. En todo lo relativo a los sentimientos, Neela Mahendra sabía lo que era eficaz. *Kabhi mérigali aaya karó*. La canción persuasivamente romántica fluctuó por la habitación oscurecida. *Ven a verme en cualquier rato*. No habían hablado desde que dejaron la tumba. Ella lo hizo echarse en una alfombra sembrada de cojines y puso la cabeza de él entre sus pechos, recordándole en silencio que la felicidad seguía existiendo, incluso en medio del dolor. Hablaba de su propia belleza como de algo un tanto separado de ella misma. Simplemente, había «aparecido». No era resultado de nada que ella hubiera hecho. No se atribuía el mérito, se sentía agradecida por el regalo recibido y lo cuidaba mucho, pero casi siempre pensaba en sí misma como en una entidad incorpórea que vivía detrás de los ojos de aquel desconocido extraordinario, su cuerpo: miraba por sus grandes ojos y manipulaba sus largos miembros, sin poder creer del todo en su suerte. Los efectos que producía a su alrededor -los limpiaventanas que se caían y quedaban sentados con las piernas abiertas en diferentes aceras, con un cubo sobre la cabeza, los coches que patinaban, el peligro para los carniceros que blandían una cuchilla cuando ella se detenía a comprar carne- eran un fenómeno de cuyos resultados, a pesar de su despreocupación aparente, tenía conciencia exacta y aguda. Podía controlar «el efecto» hasta cierto punto. «No sabe cómo desactivarlo», había dicho Jack, y era cierto, pero podía paliarlo con ayuda de ropas amplias (que detestaba) y sombreros de ala ancha (que, como aborrecía el sol, adoraba). Más impresionantemente, podía intensificar la reacción del mundo ante su presencia haciendo ajustes sutiles en la longitud de sus pasos, la inclinación de su barbilla, su boca, su voz. A máxima intensidad, amenazaba con reducir barrios enteros a zonas siniestradas, y Solanka tenía que pedirle que parara, también por el efecto que producía en su propio estado físico y mental. A ella le gustaban los cumplidos, se describía a sí misma como de «alto mantenimiento», y a veces se mostraba dispuesta a admitir que esa compartimentación de sí misma en «forma» y «contenido» resultaba una útil ficción. La descripción de su ser sexual como «la otra», que salía periódicamente de caza y no se veía defraudada, era una artimaña inteligente, la forma que tenía una persona tímida de obligarse a la extraversión. Le permitía cosechar las recompensas de su excepcional presencia erótica sin preocuparse por la paralizadora torpeza social que la había afligido cuando era una joven tartamudeante. Demasiado astuta para hablar directamente del firme sentido de lo bueno y lo malo que informaba en silencio sus acciones, prefería citar a Jessica Rabbit, la bomba sexual de los dibujos animados.

-No soy mala -le gustaba ronronear con recato-. Solo me han dibujado así.

Lo mantuvo abrazado. El contraste con la relación con Mila era sorprendente. Con Mila, Solanka se había permitido hundirse hacia el atractivo enfermizo de lo innombrable, lo no permitido, mientras que, cuando Neela se enroscaba a su alrededor, era exactamente lo contrario, todo era nombrable y se nombraba, todo era

permisible y se permitía. Aquella no era una mujer-niña, y lo que él estaba descubriendo con ella era la alegría adulta del amor no prohibido. *Había* pensado en su adicción a Mila como en una debilidad; aquel nuevo lazo parecía una fortaleza. Mila lo *había* acusado de optimismo, y tenía razón. Neela era la justificación del optimismo. Y, sí, estaba agradecido a Mila por haber encontrado la llave de las puertas de su imaginación. Pero si Mila Milo había abierto la esclusa, Neela era el torrente.

En los brazos de Neela, Solanka sentía que empezaba a cambiar, *sentía* que los demonios interiores que tanto había temido se debilitaban a diario, sentía que la rabia imprevisible cedía ante la maravillosa previsibilidad de aquel nuevo amor. Haced el equipaje, Furias, pensó, ya no vivís en esta casa. Si tenía razón, y el origen de la furia estaba en las decepciones acumuladas de la vida, había encontrado el antídoto que transformaba el veneno en su antídoto. Porque *furia* podía ser también éxtasis, y el amor de Neela era la piedra filosofal que hacía posible la alquimia transmutadora. La rabia nacía de la desesperación, pero Neela era la esperanza colmada.

La puerta del pasado de él seguía cerrada, y ella tenía la gentileza de no tratar de empujarla ahora. La necesidad de Neela de cierto grado de intimidad personal y psicológica era considerable. Desde su primera noche en una habitación de hotel, había insistido en utilizar su propia cama para sus relaciones, pero dejó en claro que él no debía quedarse a pasar la noche. El sueño de ella estaba lleno de pesadillas, pero no quería el consuelo de la presencia de él. Prefería luchar sola con los productos de su sueño y, al terminar las guerras de cada noche, despertarse lentamente, y desde luego sola. No teniendo elección, Solanka aceptó sus condiciones, y comenzó a acostumbrarse a luchar con las oleadas de sueño que normalmente lo invadían al final del amor. Se dijo que también era mejor para él así. Después de todo, de pronto era un hombre muy atareado.

Estaba aprendiendo a conocerla mejor cada día, explorándola como si fuera una nueva ciudad en la que hubiera alquilado un lugar que confiaba comprar un día. A ella no le gustaba totalmente la idea. Como él, era una criatura de humores, y él se estaba convirtiendo en su meteorólogo personal, prediciendo su tiempo, estudiando la duración de sus vendavales interiores y sus efectos colaterales, en forma de tempestades devastadoras, sobre las playas doradas de su amor. A veces a ella le gustaba que la vieran con detalle tan microscópico, le encantaba ser comprendida sin hablar, que atendieran sus necesidades sin tener que expresarlas. En otras ocasiones la irritaba. El veía una nube en su frente y preguntaba: -¿Qué te pasa?

En respuesta, ella parecía exasperada y decía: Nada. ¡Por el amor de Dios! Crees que puedes leer mis pensamientos, pero te equivocas tantas veces. Cuando tengo algo que decir, lo digo. No hagas las cosas a medias.

Había dedicado muchos esfuerzos a construir una imagen de fortaleza y no quería que el hombre al que amaba viera sus debilidades. La medicación, descubrió pronto, era también un problema para Neela, y aquella era otra cosa que tenían en común: que estaban decididos a vencer a sus demonios sin entrar en el valle de las muñecas. Por eso cuando ella se sentía en baja forma, cuando necesitaba luchar consigo misma, se apartaba de él, no quería verlo ni explicar por qué, y él debía comprender, ser suficientemente adulto para dejarle ser a ella lo que quería ser; en pocas palabras, quizá por primera vez en su vida, tenía que actuar de acuerdo con su edad. Ella era una mujer muy tensa, y a veces admitía que debía de ser una pesadilla tenerla alrededor, a lo que él contestó: Sí, pero hay compensaciones.

-Espero que sean grandes -dijo ella, pareciendo sinceramente preocupada.

-Si no lo fueran, yo sería bastante estúpido, ¿no?

Sonrió y ella se relajó y se acercó más.

-Eso es cierto. Y no lo eres.

Ella poseía una inmensa naturalidad física, y era realmente más feliz desnuda que vestida. Más de una vez él tenía que recordarle que se vistiera cuando llamaban a la puerta. Pero ella quería guardar algunos secretos para proteger su misterio. Sus frecuentes retiros dentro de sí misma, su costumbre de rehuir ser vista con demasiada agudeza, tenían que ver con aquella conciencia, muy poco americana -claramente inglesa- del valor de la reserva. Insistía en que no tenía nada que ver con si lo quería a él o no, y en que lo quería profunda y apabullantemente.

-Mira, es evidente -contestó cuando él le preguntó por qué-. Tú puedes ser muy creativo con tus muñecas y sitios en la Red y demás, pero, en lo que a mí se refiere, tu única función es meterte en mi cama cuando te lo digo y satisfacer todos mis caprichos.

Ese dictamen imperioso satisfacía bastante absurdamente al profesor Malik Solanka, que había deseado toda su vida ser un objeto sexual.

Después de hacer el amor, ella encendía un cigarrillo e iba a sentarse desnuda junto a la ventana para fumárselo, sabiendo que él detestaba el humo de tabaco. Vecinos afortunados, pensaba él, pero Neela rechazaba esas consideraciones como burguesas y muy por debajo de ella. Volvía con rostro impasible a la pregunta que él le había hecho:

-Lo que te pasa -sugirió- es que tienes buen corazón. Es una cualidad rara en un tipo de hoy. Mira a Babur: un hombre asombroso, brillante, de veras, pero totalmente enamorado de la revolución. Las personas reales no son más que fichas en su juego. Con la mayoría de los otros tipos se trata de dinero, poder, golf, ego. Jack, por ejemplo.

Solanka aborreció la referencia laudatoria al portaestandarte de cuerpo liso de Washington Square, sintió una aguda punzada de culpabilidad al ser favorablemente comparado a su amigo muerto, y lo dijo.

-Ya ves -dijo ella maravillada-, no solo puedes sentir sino que puedes hablar realmente de ello. Fenomenal. Por fin un hombre con el que vale la pena estar.

Solanka tenía la sensación de que le estaba tomando confusamente el pelo, pero no podía determinar con exactitud la burla. Sintiéndose ridículo, se conformó con el afecto que había en la voz de ella. Filtro de amor número nueve. Aquel era el bálsamo de salud.

En el apartamento de Bedford Street se insistía en la India por todas partes, al estilo sobreacentuado de la diáspora: la música *filmi*, las velas y el incienso, el calendario de Krishna y las lecheras, los *dhurries* en el suelo, el cuadro de la Company School, el *hookah* enroscado sobre una estantería de libros, como una serpiente verde disecada. El otro yo de Bombay de Neela, reflexionó Solanka, poniéndose la ropa, se hubiera decidido probablemente por una simplicidad minimalista occidentalizada y californiana... pero Bombay no importa. Neela se estaba vistiendo también, poniéndose

su conjunto negro ceñido más «aerodinámico», hecho de alguna tela sin nombre de la era espacial. Tenía que ir a la oficina, a pesar de la hora tardía. El período de preproducción del documental sobre Liliput casi había terminado, y ella se marcharía pronto a las antípodas. Había tanto que hacer aún. Acostúmbrate, pensó Solanka. Su necesidad de ausentarse es tanto profesional como personal. Estar con esa mujer es también aprender a estar sin ella. Ella se ató los lazos de sus *street flyers* -zapatillas de deporte con ruedas eyectables incrustadas en las suelas y se fue a toda velocidad, con la larga cola de caballo negra flotando detrás mientras se alejaba. Solanka se quedó en la acera, viéndola irse. El «efecto», observó mientras comenzaba el caos habitual, funcionaba casi igual en la oscuridad.

Envió a Asmaan un elefante por correo. Pero algunos vestigios de la antigua furia habrían sido disipados por la nueva felicidad y se sentiría suficientemente seguro para volver a entrar en la vida de su hijo. Sin embargo, para ello tendría que enfrentarse con Eleanor y ponerla ante el hecho que seguía negándose a aceptar. Tendría que clavar como un cuchillo la irrevocabilidad en el corazón generoso y amante de ella.

Telefonó para decir a Asmaan que esperase una sorpresa. Gran excitación.

-¿Qué hay dentro? ¿Qué dice? ¿Qué dirá Morgen?

Eleanor y Asmaan habían pasado las vacaciones en Florencia con los Franz. No hay playa. No. Hay un río, pero no podía nadar en él. Quizá cuando sea mayor volveré y nadaré en él. No tenía miedo, papá. Por eso Morgen y Lin estaban gritando. *Miedo*-. Mamá no. Mamá no gritaba. Ella dijo: no tengas miedo, Morgen. Lin es tan simpática. Mamá es tan simpática también. Eso es lo que pienso de todas formas. Él tenía un poco de miedo. Morgen. Un poquito. ¿Quería hacerme reír? Quizá. ¿Sabes, papá? ¿Lo qué decía? Fuimos a ver las estatuas, pero Lin no fue. Por eso estaba lloviendo. Se quedó en casa. Pero no nuestra casa. No puedo regalar. -Aquello, comprendió Solanka al cabo de un momento, era *No puedo recordar*. Estuvimos allí. Sí. Estaba muy bien. Tenía mi cuarto. Me gusta. Tengo un arco y una flecha. Te quiero, papá, ¿vendrás a casa hoy? ¿Sábado, martes? Ven. Adiós.

Eleanor lo relevó.

-Sí, fue difícil. Pero Florencia es encantadora. ¿Cómo estás?

Él pensó un momento.

-Bien -dijo.- Estoy bien.

Ella pensó un momento.

-No deberías prometerle que vas a volver si no vas a hacerlo -dijo, buscando información.

-¿Qué pasa?- preguntó él, cambiando de tema.

-¿Qué te pasa a ti?- contestó ella.

Eso bastó. Él había oído ya la reveladora equivocación en la voz de ella y ella en la de él. Desconcertado por lo que acababa de comprender, Solanka cometió el error de recurrir al diálogo de Neela:

-¡Por el amor de Dios! Crees que puedes leer mis pensamientos, pero te equivocas tantas veces. Cuando tengo algo que decir, lo digo. No hagas las cosas a medias.

Viniendo de Neela, aquello había sonado bastante auténtico, pero en su boca daba la impresión de ser una simple bravata. Eleanor estaba desdeñosamente divertida.

-¿Por el amor de Dios? -quiso saber-. ¿Como *enjeepers Creepers*, *Pepito Grillo* o *Qué diablos*? ¿Desde cuándo usas frases de Ronald Reagan?

El tono era más cortante, más irritable, nada conciliatorio: Morgen y Lin, pensó Solanka. Morgen, que se había tomado la molestia de llamarlo para reñirle por abandonar a su mujer, y cuya propia mujer había informado a Solanka de que su conducta los había acercado a ella y su marido más que nunca. Mm-hm. Morgen y Eleanor y Lin en Florencia. *Por eso estaba lloviendo*. El testimonio de Asmaan no dejaba duda. *Porque estaba llorando*. ¿Por qué estaba llorando, Morgen? ¿Eleanor? ¿Te importaría completarme eso? ¿Te importaría explicarme, Eleanor, por qué tu nuevo amante y su mujer se peleaban en presencia de mi hijo?

La furia se le estaba pasando, pero todo el mundo parecía estar de un humor sumamente malo. Mila se mudaba. Eddie había alquilado una furgoneta a una compañía llamada Van-Go y estaba acarreando sin quejarse las posesiones de ella desde el cuarto piso, mientras Mila estaba en la calle fumándose un cigarrillo, bebiendo whiskey irlandés de la botella y echando pestes. Ahora tenía el pelo rojo y más *erizado* que nunca.

-¿Qué mira? -le gritó a Solanka cuando lo vio mirándola desde la ventana de su cuarto de trabajo en el segundo piso-. Sea lo que sea lo que quiere de mí, profesor, no está disponible. ¿Lo entiende? Estoy prometida para casarme y seguro que no quiere que mi novio se enfade.

Sabiendo que era un error porque Mila se había liquidado la mayor parte de la botella de tres quintos de Jameson, bajó las escaleras para hablar con ella. Mila se trasladaba a Brooklyn y se iba a vivir con Eddie en un pequeño apartamento de Park Slope, y los aracnautas habían abierto allí una oficina. El sitio de los Reyes Marioneta se estaba acercando a su fecha de apertura, y las cosas tenían buen aspecto.

-No se preocupe, profesor -dijo Mila borrosamente-. Los negocios van fenomenal. Es a usted a quien no puedo aguantar.

Eddie bajó las escaleras de la entrada con una pantalla de ordenador. Cuando vio a Solanka, frunció teatralmente el ceño. Era una escena que llevaba mucho tiempo queriendo representar.

-No quiere hablar con usted, oiga -dijo dejando en el suelo la pantalla.- ¿Me explico? Ms. Milo no tiene ganas, joer, de ninguna conversación, joer. ¿Lo capta? Si quiere verla, llame a la oficina y pida una cita de negocios, joer. Mande un mensaje electrónico. Si aparece por su domicilio, joer, tendrá que vérselas conmigo. Usted y la señora no tienen ya ninguna relación. Es usted un jodio extraño. Si quiere mi opinión, ella es una santa, joer, por tratar con usted. Yo no tengo nada de santo. Trescientos segundos con usted me bastarían. Sí señor. ¿Me sigue, profesor? ¿Estoy en la misma frecuencia? ¿Se me oye bien?

Solanka inclinó la cabeza en silencio y se dio la vuelta para irse.

-Me dijo que había intentado ligársela -le gritó Eddie-. Es usted un jodio viejo perverso.

-¿Y qué te dijo, Eddie, sobre lo que ella intentó? Bueno, no importa.

-Ah, profesor.

En el pasillo, delante de su puerta, encontró al fontanero, Schlink: o, mejor, Schlink lo estaba esperando, agitando un documento y rebosando palabras.

-¿Todo bien en el apartamento? ¿No problema con el retrete? Bueno, Bueno. Lo que Schlink arregla, arreglado queda. Asintió y sonrió furiosamente-. Quizá no recuerda -continuó. Ffui ffranco con usted, ¿eh? Compartí la historia de mi fida a cambio de nada. Usted hizo una broma cruel. Dijo que quizá se podría hacer una película con mi pobre historia. Usted no lo creía. Estoy seguro de que hablaba en broma. Tan importante, proffesor, tan superior, pedazo de mierda. Solanka estaba sumamente desconcertado. Sí subrayó Schlink-. Puedo decírselo. He fenido expressamente. Ya fe, proffesor, seguí su consejo, el consejo que solo era una broma estúpida, y gracias a Dios, el éxito ha acompañado mis esffuerzos. ¡Un contrato! Fea, aquí está negro sobre blanco. Fea aquí el nombre del estudio. Fea aquí los aspectos ffinancieros. Sí, una comedia, imagínese. Después de una fida sin *humor*, haré reír. Billy Crystal de protagonista, ha dicho que sí, le gusta mucho. Será un éxito, ¿eh? Pronto el lanzamiento. La primafera próxima. Se habla ya mucho. Sensacional. Gran estreno en fin de semana. Espere y ferá. Muy bien, adiós, proffesor Gilipoyas, y gracias por el título. *El judío submarino*. JA, ja. ja. JA.

El insuficiente verano terminó de la noche a la mañana, como un fracaso de Broadway. La temperatura cayó como una guillotina; el dólar, sin embargo, subió vertiginosamente. Dondequiera que se mirase, en gimnasios, clubes, galerías, oficinas, en las calles o en el parqué de la Bolsa de Nueva York, en los grandes estadios de la ciudad y los centros de esparcimiento, la gente se preparaba para la nueva temporada, haciendo ejercicios de calentamiento, flexionando los cuerpos, las mentes y los guardarropas, colocándose en la línea de salida. ¡El *show* comenzaba en el Olimpo! La ciudad era una carrera. Era inútil que las simples ratas participaran en aquella competición de alto nivel. Era el evento principal, el torneo cinta azul, la serie mundial. La carrera profesional, cuyos ganadores serían como dioses. No había segundos puestos: «Perdidoville». No se acuñarían medallas de plata ni bronce, y la única regla era vencer o reventar.

Los atletas acaparaban las ondas en aquel otoño olímpico: bebedores chinos de sangre de tortuga caídos en desgracia, la boca de Marión Jones murmurando en un micrófono, el marido de Marión Jones dando positivo en nandrolona, Michael Johnson corriendo con un teléfono y rompiendo récords. Lo que Jack Rhinehart había llamado la Olimpiada del Divorcio se animaba también. Lester, la ruina de segundo marido de Sara Lear Schofield, ex mujer de Solanka, había muerto en el sueño antes de su último día ante el tribunal, pero no sin antes haberla eliminado a ella de su testamento. La dura batalla de palabras entre Sara, la supermodelo brasileña Ondine Marx y los hijos adultos de matrimonios anteriores de Schofield echaron por fin a los crímenes del Asesino del Hormigón de las primeras páginas. Sara resultó clara ganadora de aquellas hostilidades verbales preliminares. Dio a conocer extractos fotocopiados de los diarios privados de Schofield, para probar que el difunto había detestado cordialmente a todos sus hijos y jurado que nunca les dejaría ni el precio del peaje del puente de Triborough. Contrató también detectives privados para obtener pruebas contra Ondine, única beneficiaria del último y muy controvertido testamento de Schofield. Los detalles sobre la promiscuidad bisexual de la modelo y su afición al mejoramiento quirúrgico inundaron la prensa. «No es mi tipo, pero dicen que es un bombón», comentó cáusticamente Sara. También se publicó destacadamente el historial de toxicómana de Ondine y su sórdido pasado pornográfico; y, lo mejor de todo, los Pinkerton desenterraron su relación secreta con el guapo descendiente paraguayo de un criminal de guerra nazi. Esas revelaciones hicieron que los funcionarios de inmigración investigaran y hubo rumores de inminente cancelación de la tarjeta verde de Ondine. Yo soy todavía un soldado de a pie, pero la *britpack* Sara manda batallones, pensó Solanka con una especie de admiración. Yo soy solo un rostro en la multitud, pero ella es una de las reinas del linchamiento.

PlanetGalileo.com, el proyecto de los Reyes Marioneta, su último intento de estrellato, había encontrado aliados poderosos. Los aracnautas habían tendido bien sus redes. Había patrocinadores y esponsores ansiosos de meterse desde el principio en aquel nuevo lanzamiento importante del creador de la legendaria Cerebritito. Se habían concertado ya importantes acuerdos de producción, distribución y comercialización con participantes esenciales: Mattel, Amazon, Sony, Columbia, Banana Republic. Se había proyectado todo un universo de juguetes, desde muñecos de peluche hasta robots de tamaño natural con voz y luces parpadeantes; por no hablar de los disfraces especiales para Halloween. Había juegos de mesa y puzzles y nueve tipos de naves espaciales y neutralizadores cyborg y modelos a escala de todo el planeta Galileo-1 y, para los realmente colgados, también de todo su sistema solar. Las compras anticipadas del libro con la historia de *La rebelión de las muñecas vivas* se acercaron a los febriles niveles sin precedentes del fenómeno Cerebritito. Un juego de *playstation* estaba a punto de ser lanzado y se había comercializado ya ampliamente; una nueva línea de productos con la etiqueta Galileo estaba a punto de aparecer en la semana de la moda

«La Siete en la Sexta»; y, empujada por el miedo a una gran huelga de actores y guionistas en la primavera próxima, una película de alto presupuesto iba a recibir la luz verde. Los bancos competían para prestar dinero, haciendo descender a diario en barrena los tipos de interés de los enormes préstamos necesarios. El más importante servidor informático de la China continental había solicitado conversaciones. Mila, como representante de los aracnautas, trabajaba las veinticuatro horas del día, con resultados extraordinarios. Sin embargo, las relaciones de Solanka con ella seguían en suspenso. Evidentemente, estaba mucho más furiosa por haber sido plantada de lo que al principio había dejado ver. Informaba a Solanka detalladamente de todo lo que ocurría y le decía que se preparase para un bombardeo de los medios de comunicación, pero, en lo que se refería a relaciones humanas, era lo mismo que si hubiera habido alambre espinoso en los puentes de Manhattan y Brooklyn, con versiones duplicadas y tricéfalas de Eddie Ford guardándolos. En el mundo electrónico, Solanka y los aracnautas colaboraban estrechamente muchas horas al día. Fuera de él, eran extraños. Aquello era, aparentemente, como tenía que ser.

Afortunadamente, Neela seguía en la ciudad, aunque la razón de su presencia resultara perturbadora y la trastornara mucho. Había habido un golpe de estado en Ldliput-Blefuscu, encabezado por un tal Skyresh Bolgolam, un comerciante elebé indígena cuyas naves se habían hundido todas y que, en consecuencia, detestaba a los prósperos comerciantes indo-lilis, con una vehemencia que hubiera podido llamarse racista de no haberse basado tan evidentemente en envidia mercantil y resentimiento personal. El golpe parecía impresionantemente innecesario; ante la presión de los bolgolamitas, el presidente liberal del país, Golbasto Gue, que había conseguido que se aprobara un programa de reforma constitucional para dar a los indoliliputienses los mismos derechos electorales y de propiedad, se había visto obligado a dar marcha atrás y renunciar a la nueva Constitución solo unas semanas después de haber entrado en vigor. Bolgolam, sin embargo, sospechó una estratagema y, a principios de septiembre, entró en el Parlamento de Liliput, en la capital de Mildendo, con doscientos matones armados, tomando como rehenes a unos cincuenta parlamentarios y funcionarios políticos indo-lilis, así como al propio presidente Gue. Al mismo tiempo, brigadas de policía bolgolamitas atacaron y encarcelaron a los principales dirigentes políticos indo-lilis. Las emisoras de radio y televisión y la red telefónica principal del país fueron ocupadas. En el aeropuerto internacional de Blefuscu se bloquearon las pistas; y en el puerto de Mildendo fueron intervenidos igualmente los accesos marítimos. El principal servidor de Internet de la isla, Lillicon, fue cerrado por la banda bolgolamita. Sin embargo, siguió habiendo alguna actividad electrónica.

Se ignoraba el paradero del amigo de Neela de la manifestación de Nueva York: sin embargo, cuando llegaron lentamente las noticias de Liliput, a pesar de las mordazas de Bolgolam, se comprobó que Balbur no se encontraba entre los rehenes del Parlamento ni en la cárcel. Si no había muerto, había pasado a la clandestinidad. Neela decidió que esta era la hipótesis más probable.

Si hubiera muerto, ese granuja de Bolgolam lo hubiera hecho saber, estoy segura. Para desmoralizar aún más a la oposición.

Solanka la vio muy poco durante los días posteriores al golpe, mientras ella intentaba, a menudo a altas horas de la madrugada por la diferencia de trece horas, establecer contacto a través de la Red y de enlaces telefónicos por satélite con lo que ahora se llamaba Frente de Resistencia Filbustana (FRF o «francofilbustanos»). Buscaba también activamente la forma de entrar ilegalmente en Liliput-Blefuscu desde Australia o Borneo, con un equipo de televisión mínimo. Solanka empezó a inquietarse seriamente por su seguridad y, a pesar de la mayor importancia histórica de los

acontecimientos que ahora reclamaban la atención de ella, también por la felicidad que acababa de descubrir. Celoso de pronto del trabajo de Neela, alimentaba agravios imaginarios, y se decía a sí mismo que estaba siendo desairado y pasado por alto. Al menos su Zameen de Rijk ficticia, al llegar encubiertamente al suelo baburio, buscaba a su marido (aunque con qué fines, Solanka lo admitía, no estaba claro). Se le ocurrió otra posibilidad espantosa. Tal vez Neela buscaba en Liliput tanto un hombre como una historia. Ahora que el manto de la Historia había caído sobre los hombros inadecuados del portaestandarte calvo y de pecho desnudo que ella admiraba tanto, ¿no era posible que Neela hubiera comenzado a considerar a aquel Babur musculoso una propuesta mucho más atractiva que un sedentario y maduro comerciante de cuentos de hadas y juguetes? ¿Por qué otra razón querría ella arriesgar la vida introduciéndose furtivamente en Liliput-Blefuscu para encontrarlo? ¿Sólo para un documental? ¡Ja! Aquello sonaba a falso. Si se quería, era un pretexto. Y Babur, su deseo creciente de Babur, el texto.

Una noche, tarde y solo después haber insistido él mucho, ella fue a visitarlo en la Setenta Oeste.

-Creía que no me ibas a invitar nunca -se rió al llegar, tratando, al parecer despreocupada, de disipar la espesa nube de tensión que había en el aire. Él no le pudo decir la verdad: que, anteriormente, la presencia de Mila en la puerta de al lado lo había cohibido. Los dos estaban demasiado tensos y exhaustos para hacer el amor. Ella había estado siguiendo sus pistas y él se había pasado el día hablando a los periodistas sobre la vida en Galileo-1, un trabajo incómodo y agotador, durante el cual se podía oír a sí mismo sonando a falso, sabiendo que las reacciones de los periodistas añadirían otra capa de falsedad a sus palabras. Solanka y Neela vieron sin hablar el *show* de David Letterman. Poco habituados a tener dificultades en su relación, no habían creado un lenguaje para hacer frente a problemas. Cuanto más duraba el silencio entre ellos, tanto más fea se hacía la cosa. Luego, como si el malestar hubiera salido de sus cabezas tomando forma física, oyeron un grito penetrante. Luego el ruido de algo que se hacía añicos. Luego un segundo chillido, más fuerte. Luego, durante mucho rato, nada.

Salieron a la calle a investigar. El vestíbulo del edificio de Solanka tenía una puerta interior que normalmente solo podía abrirse con una llave, pero su marco metálico estaba ahora alabeado y la cerradura no encajaba. La puerta exterior, la de la calle, no estaba nunca cerrada. Eso era preocupante, incluso en el nuevo Manhattan, más seguro. Si había algún peligro fuera, teóricamente podía entrar. Pero calle estaba silenciosa y vacía, como si nadie hubiera oído nada.

Desde luego, nadie había salido para ver qué pasaba. Y, a pesar del fuerte estrépito, no había nada en absoluto sobre la acera, ninguna maceta o jarrón rotos. Neela y Solanka miraron a su alrededor, desconcertados. Otras vidas habían rozado con las suyas y se habían desvanecido. Era como si hubieran oído por casualidad una pelea entre fantasmas. Sin embargo, la ventana de guillotina de lo que había sido el apartamento de Mila estaba totalmente abierta y, cuando levantaron la vista, apareció la silueta de un hombre que la cerró firmemente. Entonces las luces se apagaron. Neela dijo:

-Tiene que ser él. Es como si le hubiera fallado la primera vez pero lo hubiera conseguido a la segunda.

-¿Y el ruido de rotura?, preguntó Solanka. Ella sacudió la cabeza, entró en la casa e insistió en llamar a la policía.

-Si me asesinaran y los vecinos no hicieran nada, me sentiría decepcionada, ¿tú no?

Dos agentes vinieron a verlos al cabo de una hora, tomaron declaraciones, se fueron para investigar y no volvieron.

-Se hubiera pensado que volverían para decir lo que había pasado -exclamó Neela frustrada-. Tienen que saber que estamos aquí preocupados en plena noche.

Solanka habló con brusquedad, exteriorizando su resentimiento: -Supongo que no entendieron que tenían la obligación de informarte -dijo sin hacer intento alguno de evitar el tono hiriente de su voz. Ella se revolvió enseguida, igualmente agresiva: - ¿Pero qué te pasa? -preguntó-. Me estoy cansando de fingir que no tengo que aguantar a un oso cascarrabias.

Y así empezó la triste espiral humana de recriminaciones y contrarrecriminaciones, el viejo juego acusador y mortal; dijiste no dijiste tú, hiciste no fuiste tú, déjame que te diga que no solo estoy cansada estoy *realmente* cansada de esto porque pides tanto y das tan poco, de veras, pues déjame que te diga que podría darte todo lo que hay en Fort Knox y Bergdorf Goodman y todavía no bastaría, y qué quiere decir eso, si se puede saber, sabes muy bien, joder, lo que quiere decir. Ah. Muy bien. Ah, entonces de acuerdo, supongo que esto se acabó. Claro, si es eso lo que quieres. ¿Lo que yo quiero? Eres tú quien me está obligando a decirlo. No, eres tú quien se moría de ganas de soltarlo. Por *Cristo*, deja de hablar por mí. Hubiera debido saberlo. No, soy yo quien hubiera debido saberlo. Bueno, ahora los dos lo sabemos. Entonces muy bien. Muy bien.

Precisamente entonces, cuando estaban de pie enfrentados como gladiadores sanguinolentos, infligiendo y recibiendo heridas que pronto dejarían a su amor muerto en el polvo de aquel Coliseo emocional, el profesor Malik Solanka tuvo una visión que detuvo su lengua azotadora. Una gran ave negra estaba posada en el techo de la casa, y sus alas arrojaban una sombra profunda sobre la calle. La Furia está aquí, pensó. Una de las tres hermanas ha venido a buscarme por fin. No fueron gritos de miedo lo que oímos; fue la llamada de la Furia. El ruido de algo que se hacía pedazos en la calle -un sonido explosivo, como el que podría hacer un trozo de hormigón lanzado desde gran altura con fuerza inimaginable- no era el de ningún jarrón de mierda. Era el sonido de una vida al romperse.

Y quién sabe qué podría haber ocurrido, o de qué podría haber sido capaz, en garras de la furia del más allá, si no hubiera sido por Neela, si ella no se hubiera alzado sobre sus talones, una cabeza más alta que él, mirando desde arriba como una reina, como una diosa, la cabeza de él cubierta de largo pelo plateado; o si no hubiera tenido la agudeza de ver el terror que cubría el rostro blando, redondo e infantil de Solanka, el miedo que temblaba en las comisuras de su boca en arco de Cupido; o si, en el último de los instantes posibles, no hubiera encontrado la inspirada audacia, la pura inteligencia emocional para romper el último tabú que había entre ellos, para adentrarse en territorio inexplorado con todo el coraje de su amor, para probar más allá de cualquier duda que su amor era más fuerte que la furia, alargando un brazo largo y con cicatrices y comenzando, con toda deliberación y por primera vez en su vida, a alborotarle el cabello prohibido, la larga cabellera plateada que le crecía desde la coronilla.

El hechizo se rompió. Él soltó la carcajada. Un gran cuervo negro extendió las alas y sobrevoló la ciudad, para caer muerto unos minutos más tarde junto a la estatua de Booth en Gramercy Park. Solanka comprendió que su propia cura, su recuperación de su extraño estado, había terminado. Las diosas de la ira se habían ido; su poder sobre él se había roto al fin. Se había extraído mucho veneno de sus venas, y se estaban liberando muchas de las cosas que habían estado encerradas durante demasiado tiempo.

-Quiero contarte una historia -dijo; y Neela, cogiéndolo de la mano, lo llevó a un sofá.

-Cuéntamela, por supuesto, pero piensa que quizá sea una historia que conozco ya.

Al final de *Solaris*, la película de ciencia ficción, la historia de un planeta cubierto por el mar que funciona como un cerebro gigante, que puede leer la mente de los hombres y hacer verdaderos los sueños, el héroe-astronauta vuelve a casa por fin, al porche de su dacha rusa hace tiempo perdida, y sus hijos corretean alegremente a su alrededor y su bella esposa muerta está otra vez viva a su lado. Cuando la cámara retrocede, infinita, imposiblemente, vemos que la dacha se encuentra en una isla diminuta en medio del gran océano de Solaris: una ilusión, o quizá una verdad más profunda que la verdad. La dacha disminuye hasta convertirse en una manchita y se desvanece, y nos queda la imagen de un océano poderoso y seductor de memoria, imaginación y sueño, en el que nada muere, en el que lo que se quiere te espera siempre en un porche, o va corriendo hacia ti por un prado de colores vivos, con gritos infantiles y brazos abiertos y felices. *Dime. Lo sé ya.* Neela, con su sabiduría del corazón, había adivinado por qué, para el profesor Solanka, el pasado no era fuente de alegría. Cuando vio *Solaris*, él había encontrado la última escena aterradora. Había conocido a un hombre como aquel, pensó, un hombre que vivía dentro de una ilusión de paternidad, atrapado en una cruel equivocación sobre la naturaleza del amor paterno. El conocía también un niño como aquel, pensó, que corría hacia el hombre que hacía el papel de padre, pero ese papel era mentira, mentira. No había padre. Aquel no era un hogar feliz. El niño tampoco lo era. Nada era lo que parecía.

Sí, Bombay volvía a raudales, y Solanka vivía allí otra vez o, por lo menos, en la única parte de la ciudad que había tenido poder sobre él, el pequeño trozo del pasado del que podían conjurarse infiernos enteros, su maldito Yoknapatawpha, su execrable Malgudi, que había determinado su destino y cuyo recuerdo había reprimido durante más de la mitad de su vida. Melwold's Estate era más que suficiente para sus necesidades. Y, en particular, un apartamento en una manzana llamada Noor Ville, en donde durante mucho tiempo fue criado como una niña.

Al principio no podía mirar a la cara a esa historia, solo podía acercársele de soslayo, hablando de las buganvillas que trepaban por encima de la baranda como un ladrón de Arcimboldo, o como tu padrastro junto a tu cama de noche. O bien describía los cuervos que venían, croando como augurios a su alféizar, y su convicción de que, si hubiera sido capaz de entender sus advertencias, si no hubiera sido tan poco inteligente, si hubiera sabido concentrarse un poco más y hubiera huido luego de casa antes de que pasara nada, de manera que era su propia culpa, su propia y estúpida culpa por no haber hecho la cosa más sencilla, que era comprender el lenguaje de las aves. O hablaba de su mejor amigo, Chandra Venkataraghavan, cuyo padre se había ido de casa cuando él tenía diez años. Malik iba a la habitación de Chandra e interrogaba al consternado chico. Dime cómo duele, rogaba Malik a Chandra. Tengo que saberlo. Así es como debería dolerme también. El padre del propio Malik había

desaparecido cuando él tenía menos de un año; su madre Mallika, joven y bonita, había quemado todas las fotografías y había vuelto a casarse antes de un año, tomando agradecida el apellido de su segundo marido y dándoselo también a Malik, al que engañó en su historia y sus sentimientos. Su padre se había ido y él ni siquiera sabía su nombre, que era también el suyo. Si hubiera dependido de su madre, Malik podría no haber sabido nunca de la existencia de su padre, pero su padrastro le habló de ella en cuanto fue suficientemente mayor para comprender. Su padrastro, que necesitaba excusarse de la acusación de incesto. Aunque solo fuera de esa.

¿Cómo se había ganado la vida su padre? A Malik nunca se lo dijeron. ¿Era gordo o delgado, alto o bajo? ¿Tenía el pelo rizado o liso? Lo único que podía hacer era mirarse en el espejo. El misterio del aspecto de su padre se resolvería cuando creciera, y el rostro del espejo respondería sus preguntas.

-Ahora somos Solanka -le reñía su madre-. No importa esa persona que nunca existió y que, desde luego, no existe ahora. Aquí está tu verdadero padre, que pone la comida en tu plato y la ropa sobre tus hombros. Bésale los pies y haz su voluntad.

El doctor Solanka era el segundo marido, consultor del Breach Candy Hospital y compositor dotado en sus horas libres, y realmente mantenía con generosidad a su familia. Sin embargo, como descubrió Malik, su padrastro no exigía solo que le besaran los pies. Cuando Malik tenía seis años, la señora Mallika Solanka -que no había vuelto a concebir, como si su fugitivo marido se hubiera llevado el secreto de la fecundidad fue declarada incapaz de tener más hijos, y los tormentos del chico comenzaron. *Trae ropa y déjale crecer el pelo y será nuestra hija además de nuestro hijo. Pero, marido, ¿cómo puede ser eso?, quiero decir, ¿está bien? ¡Claro! ¿Por qué no? En la intimidad del hogar todo lo que decide el paterfamilias es sancionado por Dios.* Oh, mi débil madre. Me trajiste cintas y vestidos. Y cuando aquel cabrón te dijo que tu delicada constitución, toda ataques de asma y resfriados, mejoraría con el ejercicio diario, cuando te enviaba a dar largos paseos por los Jardines Colgantes o el Hipódromo de Mahalaxmi, ¿no pensaste en preguntarle por qué no te acompaña; por qué, despidiendo al aya, insistía en cuidar solo de su «niña»? Ay, mi pobre madre difunta que traicionó a su único hijo. Al cabo de un año, Malik reunió el valor suficiente para preguntar lo impreguntable. *Mamá, ¿por qué el doctor sahib me hace bajar la cabeza? ¿Que te hace bajar la cabeza, cómo te hace bajar la cabeza, qué tontería es esa? Mamá, cuando está ahí y me pone la mano en la cabeza y me la hace bajar y me hace arrodillarme. Cuando, mamá, se suelta el pijama, cuando, mamá, lo deja caer.* Ella le había golpeado entonces, fuerte y varias veces. *No vuelvas a contarme tus horribles mentiras o te pegaré hasta que te quedes sordo y mudo. Por alguna razón tienes manía a ese hombre que es el único padre que has conocido nunca. Por alguna razón no quieres que tu madre sea feliz, por eso dices esas mentiras, no creas que no te conozco, lo malo que eres; ¿cómo crees que se siente una cuando todas las madres dicen, tu Malik, querida, qué imaginación, pregúntale algo y quién sabe qué te contestará? Sé lo que eso quiere decir: quiere decir que cuentas mentiras tremendas por toda la ciudad, y que mi hijo es un horrible mentiroso.*

Después de aquello fue sordo y mudo. Después de aquello, cuando empezaban los empujoncitos en lo alto de su cabeza adornada con cintas caía obedientemente de rodillas, cerraba los ojos y abría la boca. Pero largos meses después las cosas cambiaron. Un día el señor Balasubramanyam Venkataraghavan, el importante banquero, visitó al doctor Solanka, y estuvieron juntos más de una hora. Las voces subieron de tono y luego bajaron rápidamente. Mallika fue convocada y luego rápidamente despedida. Malik se quedó al otro extremo del pasillo, con los ojos muy abiertos, sin habla, agarrado a una muñeca. Finalmente, el señor Venkat se fue, como

un trueno, deteniéndose solo para coger y abrazar a Malik (vestido para la visita de Venkat con una camisa blanca y pantalones cortos) y decir entre dientes con la cara enrojecida:

-No te preocupes chico. *Dijo el cuervo: nunca más.* Aquella misma tarde, todos los vestidos y lazos fueron recogidos y quemados; pero Malik insistió en que le permitieran quedarse con sus muñecas. El doctor Solanka no volvió a ponerle un dedo encima. Cualesquiera que fueran las amenazas del señor Venkat, surtieron efecto. (Cuando Balasubramanyam Venkataraghavan se fue de casa para convertirse en *sanyasi*, Malik Solanka, de diez años, tuvo mucho miedo de que su padrastro pudiera volver a sus antiguos hábitos. Pero pareció que el doctor Solanka había aprendido la lección. Malik Solanka, sin embargo, no volvió a hablar a su padrastro.)

Desde aquel día la madre de Malik fue diferente también, disculpándose interminablemente ante su hijo y llorando a rienda suelta. Él apenas podía hablarle sin provocar un horrible grito de dolor culpable. Aquello alejaba a Malik. Necesitaba una madre, no una planta de tratamiento de aguas como la del tablero de Monopoly.

-Por favor, *ammi* -la riñó cuando ella inició uno de sus frecuentes festivales de *abrazo* y sollozo. Si yo puedo controlarme, tú también.

Herida, lo soltó, y desde entonces lloraba en privado, sofocando el llanto con almohadas. De manera que la vida recuperó su normalidad superficial: el doctor Solanka se dedicaba a sus asuntos, Mallika se ocupaba de la casa, y Malik se guardaba sus pensamientos, confiándolos solo en susurros, solo en las horas de oscuridad, a las muñecas que se aglomeraban a su alrededor en la cama, como ángeles de la guarda, como parientes carnales: la única familia en que podía confiar.

-El resto no importa -dijo, una vez terminada la confesión-. El resto es lo corriente... aprender a vivir con ello, crecer, separarse de ellos, vivir mi propia vida. Se le había quitado una enorme carga de encima-. Ya no tengo que llevarlos conmigo -añadió, lleno de asombro.

Neela le echó los brazos al cuello y se acercó más aún.

-Ahora soy yo quien te ha hecho prisionero -dijo-. Yo soy quien te pide que vengas aquí, que hagas esto. Pero esta vez es lo que los dos queremos. En esta prisión eres libre por fin.

Se relajó contra ella, aunque sabía que había una última puerta que no había abierto: la puerta de la revelación plena, de la verdad absoluta y brutal, detrás de la cual estaba aquella cosa extraña que había ocurrido entre Mila Milo y él. Pero aquello, se persuadió catastróficamente a sí mismo, debía quedar para otro día.

Por todas partes en el mundo -en la Gran Bretaña, en la India, en la distante Liliput- la gente estaba obsesionada por el tema del éxito en América. Neela era una celebridad en su país simplemente porque había conseguido un buen trabajo «había triunfado por todo lo alto»- en los medios de comunicación americanos. En la India se sentía un gran orgullo por los logros de los indios que vivían en América, en la música, la edición (aunque no la literatura), Silicon Valley y Hollywood. Los niveles británicos de histeria eran aún más altos. ¡Un periodista británico consigue trabajo en los Estados Unidos! ¡Increíble! ¡Un actor británico interpretará un segundo papel en una película americana! ¡Vaya superstar! ¡Un cómico inglés travestido gana dos Emmys! Asombroso... ¡siempre hemos sabido que el travestismo inglés era el mejor! El éxito en

América se había convertido en la única convalidación real del valor de uno. Ah, genuflexión, pensó Malik Solanka. Nadie sabía en estos tiempos cómo discutir con el dinero, y todo el dinero estaba aquí, en la Tierra Prometida.

Aquellas reflexiones se habían vuelto apropiadas, porque, a mediados de sus cincuenta, estaba experimentando la fuerza superlativa de un verdadero éxito americano, una fuerza que abría de golpe todas las puertas de la ciudad, desentrañaba sus secretos y te invitaba a celebrarlo hasta reventar. El lanzamiento de Galileo, una empresa comercial interdisciplinaria sin precedentes, se había hecho intergaláctico desde el primer día. Resultaba ser ese accidente feliz: un mito necesario. Las camisetas QUE SOBREVIVAN LOS MAS APTOS cubrían algunos de los más hermosos pechos de la ciudad, convirtiéndose en un eslogan triunfalista para la generación *gym*, que había tenido una difusión pública masiva de la noche a la mañana. También eran llevadas orgullosamente sobre algunas de las barrigas más fofas de la ciudad, como prueba del sentido de ironía y diversión de quienes las vestían. La demanda de videojuegos para la *playstation* se aceleró más que todas las previsiones, dejando incluso a Lara Croft luchando por mantenerse a flote en su estela. En el apogeo del fenómeno *Guerra de las Galaxias*, la venta de productos derivados había representado una cuarta parte del volumen de ventas de la industria del juguete en el mundo; desde aquellos tiempos, solo el fenómeno Cerebritito se había aproximado. Ahora la saga de Galileo-1 estaba estableciendo nuevos récords, y esta vez el entusiasmo mundial no estaba impulsado por el cine o la televisión sino por un sitio en la Red. El nuevo medio de comunicación estaba resultando por fin rentable. Tras un verano de escepticismo acerca del potencial de muchas compañías de la internet masivamente no rentables, allí estaba al fin el mundo feliz profetizado. La bestia sorprendentemente suave del profesor Solanka, al haber llegado por fin su momento, caminaba inclinada hacia Belén para nacer. (Sin embargo, hubo algunas asperezas: en los primeros días, el sitio se colapsó con frecuencia por el simple peso de las visitas, que parecían aumentar más deprisa que la capacidad de los aracnautas para aumentar el acceso mediante la reproducción y el reflejo, el trenzado de nuevos hilos de la reluciente red.)

Una vez más, los personajes de ficción de Solanka comenzaron a salir de sus jaulas y a ocupar las calles. De todo el mundo llegaban nuevas de sus imágenes gigantescas sobre muros de ciudades, a muchos pisos de altura. Hacían apariciones públicas como personajes famosos, cantaban el himno nacional en los estadios, publicaban libros de cocina y asistían como invitados al *show* de Letterman. Las jóvenes actrices más destacadas del momento competían públicamente por el codiciado papel principal de Zameen de Rijk y de su doble, la Diosa de la Victoria cyborg. Y aquella vez Solanka no sentía nada de la antigua frustración de Cerebritito porque, como le había prometido Mila Milo, era realmente su *show*. Las reuniones creativas y de negocios ocupaban sus días. Los pulsos por correo electrónico con los aracnautas habían terminado. Las reuniones regulares «cara a cara» se habían vuelto esenciales. La continuación y posible aumento de la cólera de la sexualmente desdeñada y paternalmente fijada Mila era la única mosca en aquella pomada rica, incluso digna de Creso. Mila y Eddie llegaban con cara de palo a las reuniones de importancia decisiva y se iban sin dirigir a Solanka una palabra amable. Sin embargo, el pelo y los ojos de ella lo decían todo. Cambiaban de color con frecuencia, ardían como una llama un día y fulminaban de negro al siguiente. Con frecuencia las lentes de contacto desentonaban violentamente con el pelo, indicando que Mila estaba de humor especialmente malo ese día.

Solanka no tenía tiempo de ocuparse del problema de Mila. Los asociados desde el principio en el proyecto Galileo rebosaban de ideas sobre la diversificación: iuna cadena de restaurantes! ¡Un parque temático! ¡Un hotel Las Vegas gigante, centro de

esparcimiento y casino, en forma de dos islas de Baburia, que se establecería en un «océano» creado artificialmente en pleno desierto! El número de empresas que llamaban a la puerta, rogando que se les dejara entrar, era casi tan difícil de determinar como la expresión decimal completa de PI. Los aracnautas creaban y recibían propuestas nuevas para el futuro de los bienes, y Malik Solanka se perdía en el éxtasis, la *furia* del trabajo.

La intervención de las muñecas vivas del planeta imaginario Galileo-1 en los asuntos públicos del mundo realmente existente no se había previsto sin embargo. Fue Neela quien trajo a Solanka la noticia. Llegó a la Setenta Oeste en un estado de gran excitación. Los ojos le brillaban mientras hablaba. Había habido un contragolpe en Liliput. Había comenzado como un robo: hombres enmascarados habían atracado la mayor tienda de juguetes de Mildendo y se habían largado con todas las existencias, recién importadas, de máscaras y disfraces de cyborgs kronosianos. Interesantemente -dado el nombre del amigo portaestandarte de pecho brillante de Neela- no se habían llevado trajes baburios. Los radicales FRF, los revolucionarios «francofilbustanos» indolilis que habían orquestado el atraco, como se reveló luego, se identificaban fuertemente con los Reyes Marioneta, cuyo derecho inalienable a ser tratados como iguales -como seres plenamente morales y conscientes negaba Mogol el Baburio, su enemigo mortal, del que se acusaba a Skyresh Bolgolam de ser un avatar. Hasta allí, la noticia parecía simplemente pintoresca, una aberración exótica y sin importancia en un Pacífico meridional lejano y, por consiguiente, fácil de descartar. Pero lo que siguió no podía pasarse por alto tan fácilmente. Miles de bien disciplinados «filbustanos» revolucionarios habían realizado asaltos armados coordinados a las instalaciones clave de Liliput-Blefuscu, cogiendo por sorpresa al ejército elebé, un ejército en gran parte para honores y revistas, y trabando combates feroces y prolongados con los bolgolamitas que ocupaban el Parlamento, las emisoras de radio y televisión, la compañía telefónica y las oficinas del servidor de Internet Lillicom, así como el aeródromo y el puerto marítimo. Los soldados de infantería llevaban los sombreros, viseras y pañuelos habituales para esconder el rostro, pero algunos oficiales iban ataviados más espectacularmente. Los cyborgs de Akasz Kronos tenían la iniciativa en lo que, comprendió Malik Solanka, era nada menos que una tercera «rebelión de las muñecas vivas». Se veía a muchos «Creadores de Muñecas» y «Zameens», dirigiendo con seguridad las operaciones. «¡Que sobrevivan los más aptos!» se oía gritar a los francofilbustanos mientras cargaban contra las posiciones bolgolamitas. Al terminar aquel día sangriento, el FRF había logrado la victoria, pero el precio había sido alto: cientos de muertos y cientos más de heridos graves o clasificados como heridos ambulantes. Los servicios médicos de Liliput-Blefuscu estaban teniendo grandes dificultades para atender a las víctimas con la urgencia que exigían sus heridas. Algunos de los heridos murieron mientras esperaban. Las quejas de dolor y de miedo llenaron los pasillos de los hospitales del país durante toda la noche.

Cuando Liliput-Blefuscu reanudó los contactos con el mundo exterior, se supo que tanto el presidente Golbasto Gue como el jefe del golpe original ahora fracasado, Skyresh Bolgolam, habían sido hechos prisioneros. El jefe del alzamiento de los FRF, que vestía de pies a cabeza de Kronos/Creador de Muñecas y refería a sí mismo como Comandante Akasz, apareció brevemente en la LBTv para anunciar el éxito de su operación, ensalzar a los mártires y gritar, con el puño cerrado: «¡Han sobrevivido los más aptos!». Luego expuso sus exigencias: el restablecimiento de la desechada Constitución de Golbasto y el enjuiciamiento de la banda de Bolgolam por alta traición, que, según la ley elebé, se castigaba con la muerte, aunque no se había producido ninguna ejecución de que hubiera memoria y no se preveía ninguna en aquel caso. Declaró además que él, «Comandante Akasz de los francofilbustanos», reclamaba el derecho de ser consultado acerca del nuevo gobierno de Liliput-Blefuscu y tenía su

propia lista de candidatos para él. No especificó puesto alguno para sí mismo, falsa modestia que no engañó a nadie. Bal Thackeray en Bombay y Jorg Haider en Austria habían demostrado que no hace falta ocupar un puesto público para dirigir el cotarro. Había surgido un auténtico hombre fuerte. Hasta que sus exigencias fueran atendidas, concluía el «Comandante Akasz», «invitaría al respetado presidente y al traidor Bolgolam a permanecer en el edificio del Parlamento como sus invitados personales».

Solanka estaba preocupado; otra vez el viejo problema de los fines y los medios. El «Comandante Akasz» no le parecía el servidor de una causa justa y aunque, admitía Solanka, Mandela y Gandhi no eran los únicos modelos que debía considerar un revolucionario, había que llamar por su verdadero nombre a las tácticas de matón. Neela, sin embargo, estaba eufórica.

Lo increíble es que no es nada propio de los indo-lilis actuar así: militarizados, disciplinados, defendiéndose a sí mismos en lugar de lloriquear y retorcerse las manos. Qué milagro ha conseguido, ¿no crees?

Se iba a Mildendo al día siguiente, dijo.

-Alégrate por mí. Este golpe hace que mi película sea realmente sexy. El teléfono no ha hecho más que sonar todo el día.

Malik Solanka, de pie sobre una de las cimas de su existencia y teniendo la impresión de ser, como Gulliver o Alicia, un gigante entre pigmeos, invencible, invulnerable, sintió de pronto dedos diminutos e invisibles que le tiraban de la ropa, como una horda de duendecillos que trataran de arrastrarlo a los infiernos.

-Es él, sabes -añadió Neela-. Me refiero al Comandante Akasz. He visto la cinta y no hay duda. Ese cuerpo: lo reconocería en cualquier parte. Es todo un tipo.

La velocidad de la vida contemporánea, pensó Malik Solanka, superaba la capacidad del corazón para reaccionar. La muerte de Jack, el amor de Neela, la derrota de la furia, el elefante de Asmaan, el pesar de Eleanor, el sufrimiento de Mila, el desdeñoso triunfalismo del fontanero Schlink, el final del verano, el golpe de Bolgolam en Liliput-Blefuscu, los celos del propio Solanka del Babur radical de los FRF, su pelea con Neela, los gritos en la noche, el relato de su «historia anterior», el desarrollo vertiginoso del proyecto Galileo-Reyes Marioneta y su éxito gigantesco, el contragolpe del «Comandante Akasz», la inminente partida de Neela: semejante aceleración del flujo temporal era casi cómicamente abrumadora. Neela misma no sentía nada de aquello; criatura de la velocidad y el movimiento, hija de su época sobreexcitada, aceptaba el actual ritmo del cambio como normal.

Pareces tan viejo cuando hablas así le riñó. Basta, ven aquí enseguida.

Aquel amor de despedida se prolongó delirantemente y sin prisas. Evidente, todavía había algunos campos en donde los jóvenes apreciaban la lentitud.

Cayó en un sueño sin sueños, pero se despertó, dos horas más tarde, en una pesadilla. Neela estaba todavía allí a menudo le gustaba dormir en casa de Solanka, aunque seguía sin gustarle despertarse en su propia cama al lado de él, doble estándar al que él se sometía sin objeciones, pero había un extraño en la habitación, había realmente un hombre corpulento, no, muy corpulento de pie al lado de la cama, que sostenía ioh espejo terrible de la fechoría del propio Solanka!- un cuchillo de feo

aspecto. Despertándose de pronto por completo, Solanka se incorporó de golpe en la cama. El intruso lo saludó, blandiendo vagamente la hoja hacia él.

-Profesor -dijo Eddie Ford no sin cortesía-. Me alegro de que esté con nosotros esta noche.

Una vez hacía muchos años, en Londres, a Solanka lo había amenazado con un cuchillo un chico negro fardón, que saltó de un convertible e insistió en utilizar la cabina telefónica en que estaba entrando Solanka.

-Es una tía, macho -razonó-. Es urgente, ¿eh? Cuando Solanka dijo que su propia llamada era también importante, el joven flipó.

-Te voy a rajar, cabrón, no creas que no me atrevo. Me importa un carajo.

Solanka se había ocupado mucho del lenguaje corporal. Lo importante era no parecer demasiado asustado ni demasiado seguro. Había que andar por la cuerda floja. Se esforzó también por mantener tranquila la voz.

-Yo saldría perdiendo -dijo-, pero tú también.

Entonces hubo un duelo de miradas y Solanka no fue tan estúpido como para ganar.

-Muy bien, que te follen, hijoputa, ¿eh? -dijo el tipo del cuchillo, y entró a hacer su llamada-. Hola, nena, olvídalo, nena, deja que te muestre lo que ese inútil no sabrá nunca. -Empezó a canturrear en el teléfono una canción que Solanka reconoció como de Bruce Springsteen: «*Dime, nena, se ha ido tu papá, se ha marchado y te ha dejado allá, ah-hah, tengo muchas ganas; ah, ah, ah, todas las mañanas*».

Solanka se fue rápidamente, dobló la esquina y se apoyó, temblando, contra la pared.

Y allí estaba de nuevo, pero esta vez era algo personal, y el dominio del lenguaje corporal y la voz podía no bastar. Esta vez había una mujer durmiendo a su lado. Eddie Ford había empezado a ir despacio de un lado a otro a los pies de la cama.

-Sé lo que estás pensando, tío dijo. Un jodio aficionado al cine como tú. Lincoln Plaza y demás, claro, claro. *Un cuchillo en la oscuridad*, eso es, la segunda película de la Pantera Rosa, con la encantadora Elke Sommer, ¿no?

La película se había llamado *El nuevo caso del inspector Clouseau*, pero Solanka decidió no corregir a Eddie de momento.

-Películas de mierda con cuchillos -reflexionó Eddie-. A Mila le gustó Bruno Ganz en *El cuchillo en la cabeza*, pero para mí nada como aquel clásico, la primera película de Polanski, *El cuchillo en el agua*. Un hombre empieza a jugar con un cuchillo para impresionar a su mujer. A ella le gustaba un jodio autoestopista rubio. Aquello fue un jodio error, señora. Grave.

Neela se agitaba, sollozando suavemente en el sueño, como hacía a menudo.

-Shh -Solanka le acarició la espalda-. No pasa nada. Shh.

Eddie asintió sensatamente.

Espero que ella se una pronto a nosotros, tío. Estoy ansioso de que lo haga, joder. Luego prosiguió sus cavilaciones. A menudo clasificamos las películas, Mila y yo. De miedo, de más miedo, de muchísimo miedo, así. Para ella, la mejor es *El exorcista*, tío, que pronto van a rereponer con metraje nunca visto, ah-ah, pero yo le digo que no. Hay que remontarse al período clásico con *La semilla del diablo* del amigo Román Polanski, tío. El jodio bebé es para mí lo mejor. Bueno, de bebés sabe mucho, ¿no, profesor? De bebés que, por ejemplo, se sientan en tus rodillas un día tras otro, joer. No me has contestado, profesor. Te lo diré de otra forma. Has estado tonteando con lo que no debías tontear y, tal como yo lo veo, el jodio culpable debe ser castigado. La venganza me corresponde, dijo el Señor. La venganza corresponde a Eddie, ¿no, profesor? ¿No admitirías, mientras estamos frente a frente, que este es, joer, el momento de la verdad? Mientras estamos aquí frente a frente, tú indefenso con tu señora ahí y yo con este enorme y asesino jodio cuchillo en la mano para cortarte las pelotas, ¿aceptarías, joer, que el Día del Juicio está próximo?

Las películas estaban infantilizando al público, pensó Solanka, o quizá a los fácilmente infantilizables los atraían películas de cierta simplicidad. Quizá la vida diaria, su precipitación, su sobrecarga, atontaba y anestesiaba a la gente, que se refugiaba en los mundos más simplistas del cine para recordar la forma de sentir. El

resultado era que, en la mente de muchos adultos, la experiencia que ofrecían los cines parecía más real que la del mundo exterior. Para Eddie, las frases de sus matones de cine eran más auténticas que cualquier otra forma «natural» de hablar, incluso de amenazar que tuviera a su disposición. A los ojos de su mente, se sentía Samuel L. Jackson a punto de liquidar a un gamberro. Era el hombre del traje negro, el hombre designado por un color, cortando en rodajas a una víctima maniatada a los compases de *Stuck in the Middle with You*. Todo lo cual no significaba que un cuchillo no fuera un cuchillo. El dolor seguía siendo dolor, la muerte seguía llegando al final, y allí había sin lugar a dudas un joven demente blandiendo un cuchillo hacia ellos en la oscuridad. Neela estaba ahora despierta, sentada junto a Solanka y subiéndose la sábana para cubrir su desnudez, como hace la gente en las películas.

-¿Lo conoces? -susurró.

Eddie se rió.

Claro que sí, bella señora -exclamó.- Tenemos tiempo para unas cuantas preguntas y respuestas. El profesor y yo somos *colegas*.

Eddie -dijo reprobadoramente desde la puerta abierta una Mila de ojos desconcertantemente escarlatas y pelo azul-. Me has robado las llaves. Me ha robado las llaves -dijo, volviéndose hacia Solanka en la cama. Lo siento. Creo que tiene ideas muy claras. Me gusta en un hombre. Sobre todo tiene ideas muy claras sobre ti. Es comprensible. Pero ¿ese cuchillo? Eso está mal, Eddie. -Se volvió hacia su novio-. M-a-l. ¿Cómo vamos a casarnos si te meten entre rejas?

Eddie parecía alicaído y, como un colegial regañado, cambiaba el peso de un pie a otro, pasando en un instante de asesino perro rabioso a cachorrito gañidor.

-Espérame fuera- le ordenó ella, y él salió arrastrando tontamente los pies-. Esperará fuera -le dijo ella a Solanka, haciendo caso omiso de la otra mujer que había en la habitación. Tenemos que hablar.

La otra mujer, sin embargo, no estaba acostumbrada a que la borrarán de cualquier escena en que tuviera un papel.

-¿Qué quiere decir que ha robado sus llaves? -preguntó Neela-- ¿Por qué tenía ella tus llaves? ¿Qué quería decir él con eso de que sois colegas? ¿Qué quiere decir que «es comprensible»? ¿Por qué tiene que hablar ella?

-Tiene que hablar, respondió el profesor Solanka en silencio, porque cree que creo que se follaba a su padre, cuando la realidad es que sé que su padre se la follaba a ella, porque es una cuestión en que he hecho mucha investigación sobre el terreno. Él se la follaba todos los días como una cabra como un hombre y luego la dejó. Y porque le quería y lo odiaba al mismo tiempo, desde entonces ha estado buscando versiones seguras, imitaciones de la vida. Es una experta en los hábitos de su época, de esta época de simulacros y falsificaciones, en la que se puede encontrar cualquier forma de placer conocida para hombre o mujer en forma sintética, libre de enfermedad o culpa: una versión brillantemente falsa, de bajas calorías y baja fidelidad, del incómodo mundo de violencia real. Una experiencia falsificada que es tan agradable que, de hecho, se prefiere a la realidad. Ese era yo: su falsificación.

Eran las tres y siete de la madrugada. Mila, con trinchera y botas, estaba sentada al borde de la cama. Malik Solanka gimió. El desastre llegaba siempre cuando tus defensas eran más bajas; inesperadamente, como el amor.

-Díselo -dijo Mila, reconociendo por fin que Neela existía-. Explícale por qué me diste las llaves de este pequeño reino. Explícale lo del cojín en tus rodillas. -Mila se había preparado cuidadosamente para aquel enfrentamiento. Se soltó el cinturón de la trinchera y se la quitó, revelando, a quién se le ocurre, un absurdo camisoncito *babydoll*. Aquello era un ejemplo del empleo de la ropa como arma mortal: la herida Mila, desvestida para matar-. Vamos, papi -le insistió-. Háblale de nosotros. Háblale de Mila por la tarde.

-Por favor -añadió sombríamente Eleanor Masters Solanka, encendiendo la luz al entrar, acompañada por aquel buho budista pesado, entrecano, con gafas y parpadeante, su ex amigo Morgen Franz -. Estoy segura de que a todos nos fascinaría oírlo.

Muy bien, pensó Malik. Parece que hay una política de puertas abiertas. Por favor, entren todos, no se preocupen de mí, pónganse cómodos. El cabello suelto y castaño de Eleanor era más largo que nunca; llevaba un abrigo de cachemira negro de cuello alto y sus ojos centelleaban. Tenía un aspecto asombroso para las tres de la mañana, pensó Malik. Observó también que Morgen Franz la tenía cogida de la mano; y que Neela estaba saliendo de la cama y se estaba vistiendo fríamente. Sus ojos ardían también, y los de Mila, desde luego, eran ya de un rojo vivo. Solanka cerró los suyos y se echó hacia atrás, poniéndose una almohada sobre la cara, por el súbito resplandor de la habitación.

Eleanor y Morgen habían dejado a Asmaan con su abuela y habían aterrizado en el Kennedy aquella tarde. Se habían registrado en un hotel del centro, con la intención de ponerse en contacto con Solanka por la mañana para comunicarle los cambios que había habido en sus vidas. (Esto, al menos, lo había intuido Solanka de antemano: o, más bien, le había puesto Asmaan al corriente.)

-De todas formas, no podía dormir -dijo Eleanor a la almohada-. De forma que pensé, que se joda, lo despertaré. Sin embargo, veo que ya tienes visita; lo que hace mucho más fácil decir lo que he venido a decir.

La suavidad había desaparecido de su voz. Tenía los puños apretados, los nudillos blancos. Luchaba con esfuerzo por controlar la voz. En cualquier momento podía abrir la boca y, en lugar de palabras, soltar un grito de Furia ensordecedor y destructor.

Hubiera debido saberlo, pensó Solanka, apretando con más fuerza la almohada contra su rostro. ¿Qué probabilidades tiene un hombre mortal frente a la maldad taimada de los dioses? Allí estaban, las tres Furias, las «bondadosas» en persona, en plena posesión de los cuerpos físicos de las mujeres a las que su vida estaba unida más profundamente. Sus formas externas eran sobradamente familiares, pero el ' fuego que salía de los ojos de aquellas criaturas metamorfoseadas probaba que no eran ya las mujeres que había conocido, sino naves para el descenso del malevolente Divino al Upper West Side...

-Por el amor de Dios, sal de la cama -dijo bruscamente Neela Mahendra-. Levántate ya, para que podamos partirte la cara.

El profesor Malik Solanka se puso en pie desnudo ante los ojos llameantes de las mujeres que había amado. La furia que lo había poseído en otro tiempo era ahora la de ellas; y Morgen Franz estaba preso en su campo de fuerzas, Morgen, que tenía tan poco que enorgullecerse de su propio comportamiento, salvo haber aprendido también lo que era ser servidor del amor. Morgen, al que Eleanor había hecho el regalo de su yo herido y de la administración de su hijo. Crepitando por la energía que corría hacía él desde las Furias, avanzó hacia el hombre desnudo, como una marioneta con hilos de relámpago, y lanzó su brazo no violento. Solanka cayó al suelo, como una lágrima.

Tres semanas más tarde, salió de un aerobús de larga distancia en el aeródromo internacional de Blefuscu, a un día de primavera del Hemisferio Sur, caluroso pero de brisa suave. Un complejo ramillete de olores le llenó las narices: hibisco, jacaranda, sudor, excrementos, aceite de máquina. Entonces la enorme locura de sus actos lo golpeó, más fuerte aún que el puñetazo del amante pacifista de su mujer, el directo, el pacifirotazo que lo había dejado kao en el suelo de su propia alcoba. Pero ¿qué se creía, un hombre de cincuenta y cinco años respetable y ahora sumamente rico, persiguiendo hasta el otro extremo del mundo a una mujer que, literalmente, lo había dejado tirado? Pero ¿por qué lo inquietaba tanto que aquellos revolucionarios, filbustanos, FRF, francofilbustanos? ¿por qué no decidían de una vez cómo querían llamarse?- hubieran tomado la identidad de sus personajes de ficción, como bomberos o trabajadores de plantas nucleares con ropa de protección contra los riesgos de su trabajo? Los trajes de Reyes Marioneta podían haberse convertido en una *característica*, de lo que estaba pasando en aquellos lugares, pero eso no nacía que él fuera en absoluto responsable. «No tienes nada que ver con esos acontecimientos -se reprendió el profesor Solanka por enésima vez, y se contestó a sí mismo-: ¿Ah, no? ¿Entonces por qué ese Babur calvo portaestandarte anda con mi chica, llevando una máscara de mi rostro hecha de látex?

La máscara de «Zameen de Rijk» había tenido por modelo Neela Mahendra, eso era evidente, pero en el caso de «Akasz Kronos», le parecía a Solanka, ocurría lo contrario: a medida que el tiempo pasaba, él se iba pareciendo a su creación cada vez más. El largo cabello plateado, los ojos que se habían vuelto furiosos por la pérdida. (Siempre había tenido la boca.) Estaban interpretando una extraña pieza de máscaras en el escenario de aquella isla remota, y el profesor Malik Solanka no había podido desechar la idea de que la acción le afectaba íntimamente, de que el asunto mayor o quizá trivial de su quizá importante pero con más probabilidad lastimosa vida -iaunque siguiera siendo su vida! iba a llegar, allí al sur del Pacífico, a su acto final. No era una idea razonable, pero, desde los acontecimientos vagamente trágicos pero sobre todo ridículos de la Noche de las Furias, había estado en un estado de ánimo poco razonable, al haber recobrado el conocimiento con una muela rota que le producía molestias considerables, y un corazón roto y una vida herida que le causaban más dolor aún que el palpitante molar. En el sillón del dentista, trató de no oír la cinta de primeras canciones de Lennon-McCartney ni la amable cháchara de aquel cantero neozelandés que excavaba profundamente en su mandíbula... Recordó de algún lado que los Beatles habían empezado su vida como Los Canteros. Se concentró en Neela: lo que podría estar pensando, cómo conseguir que volviera. Ella había demostrado que, en asuntos del corazón, era muy parecida al hombre que las mujeres le habían acusado de ser siempre a él. Estaba allí hasta que ya no estaba. Cuando te quería, te quería al cien por cien, sin puertas cerradas: pero evidentemente era también una asesina con un hacha, capaz en cualquier momento de cortar la *cabeza* de un amor súbitamente rechazado. Enfrentada con el pasado de él un pasado que, en opinión de Solanka, no tenía nada que ver con su amor por ella, había llegado al punto de ruptura, se había puesto la ropa, salido, y casi enseguida embarcado en un viaje en avión de veinticuatro horas alrededor del mundo, sin una sola llamada telefónica para interesarse por su mandíbula, ni mucho menos una palabra de amoroso adiós o una al menos cauta promesa de tratar de arreglar las cosas más adelante, cuando la Historia amainara y le dejara un poco de tiempo. Pero era también una mujer acostumbrada a ser perseguida. Incluso podía ser que fuera un tanto adicta a ello. En cualquier caso - se persuadió Solanka a sí mismo mientras la parloteante perforadora del neozelandés le martilleaba la mandíbula-, ya que había encontrado una mujer tan notable, se debía a sí mismo no perderla por falta de comparecencia.

El vuelo hacia el Este era precipitarse hacia el futuro -las horas a reacción pasaban demasiado aprisa, el día siguiente llegó volando pero parecía un retorno al pasado. Viajaba hacia lo desconocido y hacia Neela, pero, durante la primera mitad del viaje, el pasado le tiró del corazón. Cuando vio Bombay debajo, se puso un antifaz de dormir y cerró los ojos. El avión se detuvo en su ciudad natal una hora entera, pero rechazó la tarjeta de tránsito y permaneció a bordo. Sin embargo, ni siquiera en su asiento estaba libre de sentimientos. El antifaz no servía de nada. Subieron a bordo limpiadoras, charlando y traqueteando, un pelotón de mujeres vestidas de rosas y morados gastados, y la India llegó con ellas, como una enfermedad; lo erguido de su porte, la fuerte entonación nasal de sus palabras, sus plumeros, sus duros ojos de trabajadoras, el perfume recordado de ungüentos y especias semiolvidados -aceite de coco, alholva, *kalonji*- que se demoraba en su piel. Se sintió mareado, asfixiado, como si el movimiento lo molestara, aunque nunca se mareaba en el aire y, después de todo, el avión estaba en tierra, repostando, con todos los motores apagados. Después de despegar, cuando se dirigían hacia el Este sobrevolando el Deccán, comenzó a respirar de nuevo. Cuando tuvieron otra vez agua debajo, comenzó a relajarse, un poco. Neela había querido ir a la India con él, la excitaba la idea de descubrir la tierra de sus antepasados con el hombre que había elegido.

-Confío -le había dicho con toda seriedad- en que seas el último hombre con quien duerma.

La fuerza de esas promesas es grande y, bajo su hechizo, él se había permitido soñar con volver, creer que el pasado podía ser -había sido- despojado de su poder, de forma que, en el porvenir, todo sería posible. Sin embargo, Neela había desaparecido como la ayudante de un prestidigitador, y la fuerza de él había desaparecido con ella. Sin Neela, estaba convencido, nunca volvería a pisar las calles de la India.

El aeródromo, como advertía su nombre anticuado, era lo que un turista decidido a poner buena cara a la catástrofe calificaría de «curioso» o «pintoresco». De hecho era una pocilga, decrepita, maloliente, con paredes que exudaban y cucarachas de dos pulgadas que crujían bajo los pies como cáscaras de nuez. Hubiera debido ser tirado abajo hacía años, y su demolición estaba realmente prevista después de todo estaba en la isla equivocada, y los helicópteros que lo unían a la capital, Mildendo, parecían inquietantemente venidos a menos-, pero el nuevo aeropuerto, el GGI (Golbasto Gue Intercontinental) había derrotado al antiguo derrumbándose por completo un mes después de terminado, debido a un replanteamiento hecho por los contratistas locales indo-lilis, sumamente imaginativo y financieramente beneficioso, de la relación correcta entre agua y cemento al mezclar el hormigón.

Ese replanteamiento creativo resultaba ser una característica de la vida en Liliput-Blefiscu. El profesor Solanka entró en la sala de aduanas del aeródromo y enseguida todas las cabezas comenzaron a volverse, por razones que, aunque exhausto por el vuelo y embrutecido por la pena corno estaba, había previsto e inmediatamente comprendido. Un funcionario de aduanas indo-lili, deslumbrantemente vestido de blanco, cayó sobre él, mirándolo con dureza.

-No es posible. No es posible. No se ha recibido notificación. ¿Quién es usted? ¿Su nombre, por favor? dijo con desconfianza, tendiendo la mano para recibir el pasaporte de Solanka-. Como pensaba -dijo finalmente el funcionario-. Usted no es.

Aquello era gnómico, como mínimo, pero Solanka se limitó a inclinar la cabeza con un gesto de afable asentimiento.

Resulta impropio añadió el funcionario. Misteriosamente, tratar de engañar al público de un país en el que sólo es un huésped, confiando en nuestra famosa tolerancia y buena voluntad.

Hizo un gesto imperioso a Solanka, que abrió las maletas debidamente. El funcionario de aduanas miró vengativamente su contenido: los catorce pares de calcetines y catorce calzoncillos pulcramente plegados, catorce pañuelos, tres pares de zapatos, siete pantalones, siete camisas, siete saharianas, siete polos, tres corbatas, tres trajes de lino doblados y envueltos en papel de seda, y una gabardina, por si acaso. Tras una pausa juiciosa, sonrió ampliamente, revelando unos dientes perfectos que llenaron de envidia a Solanka.

-Altos derechos que pagar -sonrió el funcionario-. Hay tantos artículos sujetos a derechos arancelarios. Solanka frunció el ceño.

-Es sólo ropa. Seguro que no hacen pagar a la gente por traer lo que necesita para cubrir su desnudez.

El funcionario de aduanas dejó de sonreír y frunció el ceño mucho más ferozmente que Solanka.

Evite las expresiones obscenas, por favor, señor defraudador le ordenó. Aquí hay muchas cosas que no son ropa. Hay cámara de vídeo, y también relojes de pulsera, aparatos de fotos, joyas. Altos derechos que pagar. Si quiere presentar una reclamación, es naturalmente su privilegio democrático. Esto es Liliput-Blefuscu India Libre: ¡Filbistán! Naturalmente, si desea reclamar, se le invitará a tomar asiento en la sala de entrevistas y a discutir todos los aspectos con mi jefe. Él estará pronto disponible. Veinticuatro, treinta y seis horas.

Solanka entendió.

-¿Cuánto? -preguntó, y pagó. En los *sprugs* locales parecía mucho, pero traducido al americano era dieciocho dólares con cincuenta. Con una gran fioritura, el funcionario de aduanas hizo con tiza una gran X en las maletas de Solanka.

-Viene usted en un gran momento histórico -dijo a Solanka solemnemente-. La población india de Liliput-Blefuscu ha hecho valer por fin sus derechos. Nuestra cultura es antigua y superior, y prevalecerá en lo sucesivo. Que sobrevivan los más aptos, ¿no? Durante cien años, los inútiles y caníbales elebés han bebido grog, kava, glimigrim, flunec, Jack Daniel's y Cola, toda clase de bebidas impías y nos han hecho comer su mierda. Ahora pueden comer la nuestra en cambio. Por favor: disfrute su estancia.

En el helicóptero que hacía de lanzadera entre Mildendo y la isla de Liliput, los otros pasajeros miraban al profesor Solanka tan incrédulamente como el funcionario de aduanas. Decidió hacer caso omiso y dirigir en cambio su atención al paisaje que tenía debajo. Cuando sobrevolaron las granjas de caña de azúcar de Blefuscu, observó los altos montones de rocas ígneas negras que había cerca del centro de cada campo. En otro tiempo, trabajadores indios de contrato no rescindible, identificados sólo por su número, se habían roto el espinazo para limpiar esa tierra, levantando esos montones de rocas bajo la pétrea supervisión de *coolumbers* australianos y almacenando en sus corazones el profundo resentimiento nacido de su sudor y de la supresión de sus nombres. Las rocas eran iconos de ira volcánica acumulada, profecías del pasado de la erupción de la furia indo-lili, cuyos efectos podían verse por todas partes. El desvencijado helicóptero de LB Air aterrizó, con inmenso alivio de Solanka, en la pista todavía intacta del arruinado aeropuerto intercontinental Golbasto Gue, y lo primero que vio fue una representación gigante en cartón del «Comandante Akasz», es decir, del Babur dirigente del FRF, con su máscara y capa de Akasz Kronos. Contemplando aquella imagen, Solanka se preguntó con corazón palpitante si, al hacer aquel viaje a través del mundo, no habría actuado como un idiota perdidamente enamorado y un ingenuo político. Porque la imagen dominante en Liliput-Blefuscu un país al borde de la guerra civil, en el que el propio presidente seguía estando detenido como rehén, y había un estado de sitio de alta tensión, y podían ocurrir en cualquier momento acontecimientos imprevisibles tenía, como había sabido que tendría, un enorme parecido con él mismo. El rostro que lo miraba desde lo alto de la figura recortada de cincuenta metros, aquel rostro enmarcado por el largo cabello plateado, con sus ojos dementes y la boca de labios oscuros en forma de arco de Cupido, era el suyo.

Lo esperaban. La noticia del sosías del Comandante se había adelantado al helicóptero. Allí, en el Teatro de Máscaras, el original, el hombre sin máscara, era considerado el imitador de la máscara: ¡la creación era real y el creador la falsificación! Era como si hubiera estado presente en la muerte de Dios y el dios que hubiera muerto fuera el mismo. Hombres y mujeres enmascarados que llevaban armas automáticas lo esperaban a la puerta de la lanzadera. Los acompañó sin protestar.

Lo llevaron a una «sala temporal» sin sillas, cuyo único mueble era una mesa de madera estropeada, vigilada por los ojos inmutables de los lagartos, con moscas sedientas que zumbaban en la humedad de las comisuras de sus ojos. Una mujer cuyo rostro quedaba oculto por la máscara del rostro de la mujer que amaba le quitó pasaporte, reloj y billete de avión. Ensordecido por la estridente música marcial que un primitivo sistema de sonido difundía incesantemente por todo el aeropuerto a gran volumen, percibía sin embargo un terror eufórico en las voces jóvenes de sus guardianes -guerrilleros encorvados por el peso de las armas lo rodeaban por todas partes y podía ver pruebas de la inestabilidad extrema de la situación en los ojos huidizos de los civiles sin máscara del edificio de la terminal y en los cuerpos inquietos de los combatientes enmascarados. Todo ello hizo comprender vívidamente a Solanka que estaba muy lejos de su elemento, al haber dejado atrás todos los signos y claves que habían determinado el sentido y la forma de su vida. Allí, el «profesor Malik Solanka» no tenía existencia propia, un hombre con un pasado y un futuro y gente que se interesaba por su suerte. No era más que un don nadie incómodo con un rostro que todo el mundo conocía y, a menos que pudiera hacer valer rápidamente esa fisonomía sorprendente a su favor, su situación se deterioraría y conduciría, en el mejor de los casos, a su pronta deportación. El peor era algo que se negaba a considerar. El pensamiento de ser expulsado sin haberse acercado a Neela era suficientemente perturbador. Otra vez estoy desnudo, pensó Solanka. Desnudo y estúpido. Dirigiéndome hacia el inminente puñetazo que me dejará nokaut.

Al cabo de una hora o más, una ranchera australiana Holden se detuvo junto al cobertizo en que había estado detenido y Solanka solícitamente pero sin excesiva rudeza, fue invitado a entrar en la parte de atrás. Guerrilleros en uniforme de campaña se situaron a ambos lados; otros dos se metieron en el compartimento de equipajes y se sentaron mirando hacia atrás, con las armas sobresaliendo por la ventanilla trasera. En el trayecto a través de Mildendo, Malik Solanka tuvo una fuerte impresión de haber estado antes allí, y necesitó un momento para comprender que le recordaba la India. Más concretamente, Chandni Chowk, el agitado corazón de la Vieja Delhi, en donde los comerciantes se agolpaban de la misma forma revuelta, donde las delanteras de las tiendas eran de colores tan vivos y los interiores de luces tan rudimentarias, en donde la calzada estaba todavía más atestada de vida ambulante, pedaleante, apremiante y vociferante, en donde hombres y animales se disputaban el espacio, y en donde las bocinas de los coches concentrados interpretaban la diaria sinfonía invariable de la calle. Solanka no había esperado aquellas multitudes. Más fácil de prever pero no obstante inquietante era la palpable desconfianza entre las comunidades, los grupos refunfuñantes de indo-lilis y elebés que se miraban mutuamente con antipatía, la sensación de estar en un polvorín esperando una chispa. Aquella era la paradoja y la maldición de los conflictos internos: cuando se producían, eran tus amigos y vecinos quienes venían a matarte, la misma gente que te había ayudado, unos días antes, a arrancar el petardeante *scooter*, la que había aceptado los dulces que habías distribuido cuando tu hija se había prometido a un hombre decente y bien educado. El gerente de la zapatería junto a la cual habías tenido tu tabaquería durante diez años o más: ese era el hombre que haría leña de ti, que conduciría a los hombres con antorchas a tu puerta y llenaría el aire de dulce humo de Virginia.

No se veían turistas. (El avión de Blefuscu había estado vacío en más de dos tercios.) Pocas mujeres en la calle, salvo el número sorprendentemente alto de mandos femeninos del FRF, y ningún niño. Muchas tiendas estaban cerradas y con barricadas; otras permanecían cautelosamente abiertas, y la gente -los hombres- seguía yendo a sus quehaceres diarios. Sin embargo, se veían armas por todas partes y, en la lejanía, de cuando en cuando, podían oírse disparos esporádicos. La policía colaboraba con el personal del FRF para mantener cierto grado de orden público; el chiste puritano que

era el ejército estaba en los cuarteles, aunque los principales generales participaban en complejas negociaciones que ocurrían entre bastidores, durante muchas horas cada día. Negociadores del FRF se reunían con los jefes étnicos elebés, así como con dirigentes religiosos y financieros. El «Comandante Akasz» estaba tratando al menos de dar la impresión de ser un hombre que buscaba una solución pacífica para la crisis, pero la guerra civil burbujeaba bajo la superficie. Skyresh Bolgolam podía haber sido vencido y capturado, pero la gran proporción de jóvenes elebés que habían apoyado el fracasado golpe bolgolamita se lamía las heridas y planeaba indudablemente su próximo paso. Entretanto, la comunidad internacional estaba a punto de declarar a Liliput-Blefuscu el más pequeño Estado paria del mundo, suspendiendo los acuerdos comerciales y congelando los programas de ayuda. En esas medidas había visto Solanka su oportunidad.

Una escolta de motocicletas rodeaba la ranchera, llevándola a los muros del perímetro, muy defendido, de los edificios del Parlamento. Se abrieron las puertas y el vehículo entró, dirigiéndose a una entrada de servicio situada en la parte de atrás del complejo central. La entrada de las cocinas, pensó Solanka, sonriendo irónicamente para sí mismo, es la verdadera puerta del poder. Mucha gente, funcionarios o postulantes, podía entrar en las grandes mansiones del poder por la puerta grande. Pero entrar en un ascensor de servicio, vigilado por chefs y pinches de gorro blanco, ser llevado arriba lentamente en una cabina desnuda con hombres y mujeres enmascarados y silenciosos alrededor: eso era realmente importante. Salir a un pasillo burocrático ordinario y ser llevado a través de una serie de habitaciones cada vez menos pretenciosas era recorrer el verdadero camino hacia el centro. No estaba mal para un fabricante de muñecas, se dijo. Estás dentro. Vamos a ver si consigues salir con lo que quieres. De hecho, vamos a ver si consigues salir siquiera.

Al final de la serie de habitaciones traseras desnudas y comunicadas había una habitación de una sola puerta. Dentro había el mobiliario espartano ahora familiar: una mesa, dos sillas de lona, una luz en el techo, un archivador, un teléfono. Lo dejaron esperar solo. Cogió el teléfono; había línea, y una pequeña etiqueta sobre el instrumento lo informó de que debía marcar el 9 para el exterior. Como precaución, había memorizado varios números: el de un periódico local, las embajadas americana, británica e india, un bufete de abogados. Trató de marcarlos, pero oyó cada vez una voz grabada de mujer que decía, en inglés, hindi y liliputiense: «El número solicitado no puede marcarse desde ese teléfono». Trató de llamar a los servicios de emergencia, No hubo suerte. «El número solicitado no está disponible.» Lo que tenemos aquí, se dijo, no es un teléfono sino la apariencia exterior o la máscara de un teléfono. Lo mismo que esta habitación solo lleva un disfraz de oficina pero es en realidad la celda de una prisión. No había pomo en la parte interior de la puerta. Una sola ventana: pequeña y con barrotes. Fue al archivador y sacó un cajón. Vacío. Sí, aquello era un decorado, y a él lo habían incluido en el reparto, pero nadie le había dado el texto.

El «Comandante Akasz» entró rápidamente cuatro horas más tarde. Para entonces, la confianza que le quedaba a Solanka se había evaporado casi. «Akasz» iba acompañado por dos filbustanos demasiado modestos para llevar uniforme, y con él entraron en la habitación un operador de *steadycam*, un técnico de sonido con una pértiga y el corazón de Solanka dio saltos de excitación una mujer que llevaba un uniforme de camuflaje y una máscara de «Zameen de Rijk»: ocultaba su rostro tras una imitación de sí misma.

-Ese cuerpo -la saludó Solanka, esforzándose por ser jovial- lo reconocería en cualquier parte.

No cayó especialmente bien.

-¿A qué has venido? -saltó Neela, luego se contuvo.- Perdón, comandante, lo siento.

Babur, con su disfraz de «Akasz Kronos», no era el joven alicaído y avergonzado que Solanka recordaba de Washington Square. Hablaba con una voz gritona que no admitía el desacuerdo. *La máscara actúa*, recordó Solanka. El «Comandante Akasz», el gran hornbre-montaña, se había convertido en el hombre importante de aquel estanque muy pequeño, y estaba representando su papel. No tan importante, observó Solanka, como para ser inmune al efecto Neela. Babur se desplazaba con zancadas largas y enérgicas, pero cada doce pasos más o menos se las arreglaba para pisarse el dobladillo de la arremolinada capa, lo que le hacía echar el cuello torpemente hacia atrás. Se las arregló también para chocar, al minuto de entrar en la celda de Solanka, con la mesa y las dos sillas. ¡Y eso, con el rostro de ella cubierto por una máscara! Neela nunca dejaba de superar las expectativas de Solanka. Él, sin embargo, había defraudado las de ella. Ahora tenía que ver cómo podía sorprenderla.

Babur había adquirido ya el plural mayestático.

Lo conocemos, naturalmente -dijo sin preámbulo-. ¿Quién no conoce hoy al creador de los Reyes Marioneta? Sin duda habrá tenido buenas razones para venir hasta aquí -dijo, volviéndose a medias hacia Neela Mahendra.

Entonces no es tonto, pensó Solanka. No tiene sentido negar lo que sabe ya.

-Nuestro problema es, ¿qué hacemos con usted? ¿Hermana Zameen? ¿Algo que decir?

Neela se encogió de hombros.

-Mándalo a casa -dijo con voz aburrida y desinteresada, que impresionó a Solanka-. No lo necesito para nada.

Babur se rió.

-La hermana dice que no sirve para nada, profesor Sahib. ¿Es así? ¡Estupendo! ¿Lo tiramos a la basura?

Solanka inició la perorata que había preparado.

-Mi propuesta -dijo-, que he hecho un largo viaje para haceros, es la siguiente: permitid que sea vuestro intermediario. Vuestra vinculación con mi proyecto no necesita ser comentada. Podemos enlazaros con un público mundial masivo, ganar mentes y corazones. Es lo que necesitáis con urgencia. La industria turística está tan muerta como vuestro legendario pájaro hurgo. Si perdéis vuestros mercados de exportación y el apoyo de las grandes potencias regionales, el país estará en quiebra dentro de unas semanas o, sin duda alguna, dentro de unos meses. Tenéis que persuadir a la gente de que vuestra causa es justa, de que lucháis por los principios democráticos, no contra ellos. Quiero decir por la repudiada Constitución de Golbasto. Tenéis que dar a esa máscara un rostro humano. Dejad que Neela y yo trabajemos en

ello con nuestra gente de Nueva York, a título gratuito. Consideradlo un trabajo desinteresado en pro de un movimiento de liberación.

Hasta ahí estaba dispuesto a llegar en aras del amor, dijo a Neela su pensamiento expresado. La causa de ella era la suya. Si ella lo perdonaba, él sería el servidor de sus deseos.

El «Comandante Akasz» apartó la idea con un gesto.

-La situación ha evolucionado -dijo-. Los otros partidos -¡todos ellos huevos podridos!- se han mostrado intransigentes. Como consecuencia, hemos endurecido también nuestra postura. -Solanka no entendió-. Hemos exigido plenos poderes ejecutivos -dijo Babur-. Se acabaron las pamemas. Lo que hace falta en Filbistán es que un tipo como es debido se haga cargo. ¿No es cierto, hermana? -Neela guardó silencio-. ¿Hermana? -repitió Babur, volviendo el rostro hacia ella y levantando la voz; y ella, bajando la cabeza, respondió, casi inaudiblemente:

-Sí.

Babur asintió con la cabeza.

-Un período de disciplina -dijo-. Si decimos que la luna es de queso, ¿de qué será luna, hermana?

-De queso -dijo Neela con la misma voz apagada.

-¿Y si decimos que la tierra es plana? ¿Cómo será?

-Plana, comandante.

-¿Y si mañana decidimos que el sol da vueltas en torno a la tierra?

-Entonces, comandante, será el sol el que dé vueltas.

Babur asintió con satisfacción.

-¡Estupendo! Ese es el mensaje que tiene que comprender el mundo -dijo-. Ha surgido un líder en Filbistán y todo el mundo tiene que seguirlo, o sufrir las inevitables consecuencias. Por cierto, profesor, usted ha estudiado historia de las ideas en Cambridge, Inglaterra, ¿no? Tenga la bondad de ilustrarnos sobre un punto controvertido: ¿es mejor ser querido o temido?

Solanka no respondió.

-Vamos, vamos, profesor -insistió Babur-. ¡Haga un esfuerzo! Estoy seguro de que puede.

Los mandos que acompañaban al «Comandante Akasz» comenzaron a hurgar significativamente en sus uzis. Con voz inexpresiva, Solanka citó a Maquiavelo:

-«Los hombres dudan menos en hacer daño a quien se hace querer que a quien se hace temer».

Empezó a hablar más animadamente y miró directamente a Neela Mahendra.

-Porque el amor se mantiene por una cadena de obligaciones que, como los hombres son lamentables, se rompe siempre que se ve afectado su egoísmo; en cambio el miedo se mantiene por un temor al castigo que nunca desaparece.

Babur se mostró encantado.

-Huevo sano -exclamó, dando un golpe en la espalda a Solanka-. ¡No es tan inútil después de todo! Bueno, bueno. Pensaremos en su propuesta. ¡Estupendo!

Quédese algún tiempo. Será nuestro invitado. Tenemos ya al presidente y al señor Bolgolam. También usted será testigo de estas primeras horas radiantes de nuestro amado Filbistán, sobre el que nunca se pone el sol. Hermana, haz el favor de confirmarlo. ¿Cuántas veces se pone el sol?

Y Neela Mahendra, que siempre se había comportado como una reina, bajó la cabeza como una esclava y dijo:

-Comandante, no se pone nunca.

La celda -había dejado de pensar en ella como habitación- no tenía una cama, y carecía de las instalaciones sanitarias más rudimentarias. La humillación era la especialidad del «Comandante Akasz», como había demostrado ampliamente su forma de tratar a Neela. Solanka se dio cuenta de que también él tenía que ser humillado. El tiempo pasaba; no tenía reloj para medirlo. La brisa se calmó y desapareció. La noche, la ideológicamente incorrecta noche, la inexistente noche, se hizo húmeda, se espesó y se estiró. Le habían dado un cuenco de papilla no identificable y una jarra de agua sospechosa. Intentó resistirse a ambas, pero el hambre y la sed eran tiranas y, al final, comió y bebió. Después luchó con la naturaleza, con el momento inevitable de la derrota. Cuando no pudo contenerse más, orinó y defecó lastimosamente en un rincón, quitándose la camisa y limpiándose con ella lo mejor que pudo. Era difícil no caer en el solipsismo, difícil no ver en aquellas degradaciones un castigo a su vida torpe y dolorosa. Liliput-Blefuscu se había reinventado a su imagen. Sus calles eran su biografía, patrulladas por productos de su imaginación y versiones alteradas de personas que había conocido: Tontón y Perry Pincus estaban allí en sus versiones de ciencia ficción, y también encarnaciones enmascaradas y disfrazadas de Sara Lear y Eleanor Masters, Jack Rhinehart y Sky Schuyler, y Morgen Franz. Había incluso Wislawas y Schlunks de la edad espacial paseando por las calles de Mildendo, así como Mila y Neela y él mismo. Las máscaras de su vida lo rodeaban severamente, juzgándolo. Cerró los ojos, pero las máscaras siguieron allí, dando vueltas. Había deseado ser un hombre bueno, llevar una vida de hombre bueno, pero la realidad era que no había podido hacerlo. Como había dicho Eleanor, había traicionado a aquellos cuyo único delito había sido amarlo. Cuando había tratado de dejar su yo más oscuro, el yo de su peligrosa furia, confiando en vencer sus errores por un proceso de renunciación, de *entrega*, había caído en otro error nuevo y más grave. Buscando su redención en la creación, ofreciendo un mundo imaginario, había visto cómo sus moradores se desplazaban al mundo real y se hacían monstruosos; y el mayor monstruo de todos llevaba su propio rostro culpable. Sí, el trastornado Babur era un espejo de sí mismo. Tratando de remedar una grave injusticia, de ser un servidor de Dios, el «Comandante Akasz» se había desquiciado y vuelto grotesco.

Malik Solanka se dijo que no merecía otra cosa. Que ocurriera lo peor. En medio de la furia colectiva de aquellas islas infelices una furia mucho mayor, que corría más profunda que su propia rabia lamentable-, había descubierto su infierno personal. Que así fuera. Naturalmente, Neela nunca volvería a él. No era digno de felicidad. Cuando vino a verlo, ella se había tapado su rostro encantador.

Todavía estaba oscuro cuando vino ayuda. La puerta de la celda se abrió y entró un joven indo-lili, de cara descubierta, con guantes de goma y un rollo de bolsas de basura de plástico, así como un cubo, palangana y fregona. Limpió la porquería de Solanka sin cambiar de expresión y con gran delicadeza, sin buscar la mirada del culpable. Cuando hubo acabado, volvió con ropa limpia -una *hurta* verde pálido y unos pantalones de pijama blancos- así como una toalla limpia, dos cubos nuevos, uno vacío y otro lleno de agua, y una pastilla de jabón.

-Por favor dijo, y se fue.

Solanka se lavó y cambió y se sintió un poco más él mismo. Luego llegó Neela, sola, sin máscara, con un vestido color mostaza y un lirio azul en el pelo.

Evidentemente la atormentaba que Solanka hubiera presenciado sus tímidas respuestas al trato que le había dado Babur.

-Todo lo que he hecho, todo lo que hago, es por la película -dijo.- Llevar máscara era un gesto de solidaridad, una forma de ganarme la confianza de los combatientes. Además, sabes, estoy aquí para ver lo que hacen, no para que ellos me vean a mí. Me di cuenta de que pensabas que me estaba escondiendo de ti. No es verdad. Y lo mismo en el caso de Babur. No he venido para discutir. Estoy haciendo una película.

Parecía a la defensiva, tensa.

Malik dijo abruptamente. -No quiero hablar de nosotros, ¿de acuerdo? Ahora estoy metida en algo grande. Tengo que dedicarle mi atención.

Él lo intentó, se preparó e hizo su jugada. Todo o nada, Hollywood o revienta: nunca tendría otra oportunidad. De todas formas podía no tener muchas, pero al menos ella había venido a verlo, de hecho se había puesto guapa para hacerlo, y eso era buena señal.

-Esto se ha convertido para ti en mucho más que un proyecto de documental dijo. Realmente te llega al alma. Hay un montón de cosas en juego: tus raíces desenterradas tiran mucho. Tu deseo paradójico de ser parte de lo que dejaste. Y no, realmente no creo que te pusieras la máscara para ocultarte de mí, o por lo menos no fue lo único que pensé. Pensé también que te estabas ocultando de ti misma, de la decisión que tomaste, en algún punto de la divisoria, de cruzarla y participar en esto. No me pareces un observador. Estás demasiado metida. Quizá empezó por un sentimiento personal hacia Babur no te preocupes, no son mis celos los que hablan, o al menos hago cuanto puedo para que no lo sean, pero adivino que, cualesquiera que fueran tus sentimientos por el «Comandante Akasz», son mucho más ambiguos ahora. Tu problema es que eres una idealista que trata de ser extremista. Estás convencida de que tu pueblo, si puedo utilizar un término tan anticuado, no ha sido bien tratado por la Historia y merece eso por lo que Babur ha luchado: derecho de voto, derecho a la propiedad, toda la lista de legítimas exigencias humanas. Creíste que esto era una lucha por la dignidad humana, una causa justa, y estabas realmente orgullosa de Babur por haber enseñado a los pasivos hombres y mujeres de tu sangre cómo librar sus propias batallas. En consecuencia, estabas dispuesta a pasar por alto cierto grado de, cómo llamarlo, falta de liberalismo. La guerra es dura y demás. Algunas sutilezas son pisoteadas. Te dijiste todo eso, y todo el tiempo había otra voz en tu cabeza que te decía en un susurro que no querías oír que te estabas convirtiendo en la puta de la Historia. Ya sabes cómo son las cosas. Una vez que te has vendido, lo único que te queda es una capacidad limitada para negociar el precio. ¿Cuánto estás dispuesta a aguantar? ¿Cuánta mierda autoritaria en nombre de la justicia? ¿Qué cantidad de agua del baño puedes tirar sin tirar al niño también?... De manera que ahora estás metida, como dices, en algo grande, y tienes razón, merece tu atención, pero también la merece esto: que sólo has llegado tan lejos por la furia que se apoderó de ti de pronto en mi alcoba, en otra ciudad de otra dimensión del universo. No puedo expresar exactamente lo que ocurrió aquella noche, pero sé que se produjo una especie de bucle de retroalimentación psíquica entre tú y Mila y Eleanor, y la furia dio vueltas y revueltas, doblándose y redoblándose. Hizo que Morgen me sacudiera y te lanzó limpiamente a través del planeta a los brazos de un pequeño Napoleón que oprimirá a «tu pueblo», si sale triunfante de esto, más aún que los elebés étnicos que, al menos a tus ojos, han sido los villanos de la obra. O los oprimirá lo mismo, pero de otra forma. Por favor, no me comprendas mal. Sé que, cuando la gente se separa, emplea normalmente la incompreensión como arma, agarrando deliberadamente el palo por donde no debe y empalándose en la punta para probar la perfidia del otro. No digo que hayas venido por mi causa. Hubieras venido de todas formas, ¿no? Era nuestra gran noche de despedida y, tal como la recuerdo, había resultado muy bien hasta que la alcoba se convirtió en Grand Central Station. De manera que habrías estado aquí, y los tiras y aflojas de estar aquí te habrían trabajado, existiera yo o no. Pero creo que lo que te dio el empujón fue la decepción amorosa. Estabas decepcionada de mí y por mí, es decir por el amor, por el gran amor libre de ataduras que te estabas permitiendo empezar a sentir por mí. Habías empezado a confiar en mí lo suficiente, a confiar en ti lo suficiente para dejarte ir, y entonces, de pronto, el príncipe resultó ser un sapo

gordo y viejo. Lo que ocurrió fue que el amor que habías derramado se agrió, se cortó, y ahora utilizas esa acidez, ese desencanto y cinismo, para precipitarte por esa vía sin salida que es Babur. ¿Por qué no, eh? Si la bondad es una fantasía y el amor un sueño de revista, ¿por qué no? Los chicos buenos llegan los segundos, el botín es para el vencedor, etc. Tu sistema lucha consigo mismo, el amor herido se vuelve contra el idealismo y lo maltrata hasta someterlo. ¿Y sabes una cosa? Eso te coloca en una situación imposible, en la que arriesgas algo más que tu vida. Arriesgas tu honor y tu dignidad. Este es, Neela, tu momento galileico ¿Se mueve la tierra? No me lo digas. Ya sé la respuesta. Pero es la pregunta más importante que te van a hacer nunca, salvo la que te voy a hacer ahora: ¿me quieres todavía, Neela? Porque si no me quieres, vete, por favor, ve al encuentro de tu destino y yo aguardaré aquí el mío, pero no creo que puedas hacerlo. Porque yo te quiero como necesitas ser querida. Elige: en el ángulo correcto está tu hermoso Príncipe Encantador, que resulta ser también, por una pequeña desgracia, un cerdo psicótico y megalómano. En el ángulo equivocado está el cerdo gordo y viejo, que sabe cómo darte lo que necesitas, y que necesita, tan desesperadamente, lo que a tu vez sabes cómo darle. ¿Puede ser lo correcto equivocado? ¿Es para ti lo equivocado correcto? Creo que has venido aquí esta noche para encontrar la respuesta, para ver si podrías vencer a tu furia como me ayudaste a vencer a la mía, para descubrir si puedes encontrar el camino para volver desde el borde del abismo. Quédate con Babur y te llenará de odio. Pero tú y yo: quizá tengamos una probabilidad. Sé que es estúpido hacer una declaración así cuando hace solo una hora apestaba a mi propia mierda y todavía no tengo una habitación con un pomo en el interior, pero ahí está, eso es lo que he cruzado el mundo para decirte.

-Vaya -dijo ella dejando transcurrir un momento de silencio apropiadamente respetuoso-. Y yo que creía que era la bocazas del equipo.

Neela sacó una barra de Toblerone reblandecida por el calor de su bolsa y Solanka cayó sobre ella ávidamente.

-Está perdiendo la confianza de sus hombres -le dijo a Solanka -¿El chico que te ha ayudado esta noche? Hay muchos como él quizá la mitad del total, y por alguna razón cuchichean conmigo. *Khuss-puss khuss-puss*. Es tan triste. «Madame, somos personas decentes » *Khusspuss*. «Madame, el comandante sahib actúa de una forma extraña ¿no? *Khuss-puss*.» «Por favor, madame, no le cuente a nadie lo que pienso.» No soy la única idealista que hay por aquí. Esos chicos no pensaban tener que ir a la guerra para hacer plana la tierra o abolir las horas de oscuridad. Luchan por sus familias, y esas historias del queso y la luna los ponen nerviosos. De manera que vienen a mí y se quejan, lo que me pone en una situación muy peligrosa No importa realmente el consejo que les dé... ser un segundo centro un centro rival, resulta suficientemente peligroso. Solo haría falta una rata -un topo- y, hablando de sapos, sí, te quiero, mucho. Entretanto lo que vi fuera antes de entrar aquí con mi equipo fue un ejército que está bastante harto de ser un hazmerreír. Mis informaciones son que han estado hablando con los americanos y los británicos El rumor es que los Marines y el Special Air Service pueden estar ya en Mildendo; de hecho, llevo semanas sintiéndome bastante tonta por haber huído de ti. Hay un portaaviones británico apenas fuera de las aguas territoriales, y Babur no controla tampoco los campos de aviación militares de Blefescu. La verdad es que llevo un rato pensando que ha llegado el momento de irse, pero no sé cómo lo tomará Babur. La mitad de él quiere follárseme ante las cámaras de la televisión nacional y la otra mitad pegarme por hacerle sentir así. De manera que ahora sabes la verdadera razón de que llevara máscara: era mejor que meter la cabeza en una bolsa de papel, y tú habías hecho todo ese viaje para buscarme y habías entrado en la guarida del león. Creo que también te debo gustar de veras, ¿no? Estoy buscando una salida. Si puedo poner a los filbustanos apropiados en los

lugares apropiados, creo que se podría lograr, y tengo contactos en el ejército que pueden llevarnos al menos al barco británico o quizá a un avión militar. Entretanto, me aseguraré de que te cuiden. En cuanto a Babur, todavía no sé hasta qué punto está pirado. Quizá cree que eres un rehén valioso, a pesar de que no hago más que decirle que no vales la pena, que eres solo un civil que se ha metido en algo que no entendía, un pececito que podría devolver al mar. Si no me besas pronto, me veré obligada a matarte con mis propias manos. Muy bien, así. Ahora estáte quieto. Volveré.

En Atenas se creía que las Furias eran hermanas de Afrodita. La belleza y la ira vengativa, como sabía Hornero, brotaban de la mismísima fuente. Esa era una historia. Hesíodo, sin embargo, dijo que las Furias nacieron de la Tierra y del Aire, y que entre sus hermanos estaban el Terror, la Discordia, la Mentira, la Venganza, la Intemperancia, el Altercado, el Miedo y la Batalla. En aquellos tiempos vengaban los crímenes de sangre, persiguiendo a los que hacían daño (especialmente) a sus madres: Orestes, largamente perseguido por ellas después de haber matado con sus manos ensangrentadas a Clitemnestra, sabía mucho de eso. El *leirion*, o iris azul, aplacaba a veces a las Furias, pero Orestes no llevaba flores en el pelo. El arco de cuerno que le dio la Pitonisa, el Oráculo de Delfos, para repeler sus ataques sirvió de muy poco. «Cabellos de serpiente, cabeza de perro, alas de murciélago», las Erinias lo acosaron el resto de su vida, sin dejarlo en paz.

En estos tiempos, las diosas, menos consideradas, estaban más hambrientas, eran más salvajes y echaban sus redes más ampliamente. A medida que los lazos familiares se debilitaban, las Furias comenzaron a intervenir en toda la vida humana. De Nueva York a LiliputBlefuscu, no había escape al batir de sus alas.

Ella no volvió. Hombres y mujeres jóvenes atendían las necesidades cotidianas de Solanka. Eran algunos de los combatientes cansados y enclaustrados que, temiendo a su propio jefe, Babur, tanto como al enemigo de fuera de las paredes del recinto, habían acudido a su Afrodita oscura para pedir consejo; pero, cuando Solanka les preguntaba por Neela, hacían mudos gestos de no saber y se iban. El «Comandante Akasz» tampoco apareció. El profesor Solanka, olvidado, llevado por la comente al límite de las cosas, dormitaba, hablaba solo en voz alta, derivaba hacia la irrealidad, oscilando entre ensueños y ataques de pánico. A través de la pequeña ventana con barrotes, oía el ruido de la batalla que se hacía más frecuente, más cercano. Columnas de humo se alzaban altas en el cielo. Solanka pensó en Cerebritito. *Hubiera prendido juego a la casa. Habría quemado aquella ciudad.* La acción violenta resulta poco clara para quien se ve cogido en ella. La experiencia es fragmentaria; causa y efecto, cómo y por qué se separan. Solo existe la secuencia. Primero esto y luego aquello. Y después, para los que sobreviven, una vida entera tratando de comprender. El asalto se produjo el cuarto día de Solanka en Mildendo.

Al amanecer abrieron la puerta de su celda. Allí estaba el mismo joven taciturno -ahora con un arma automática y con dos cuchillos metidos en el cinturón- que había limpiado sin quejarse su suciedad unos días antes. «Deprisa, por favor», dijo. Solanka lo siguió y se encontró otra vez en el laberinto, las inhóspitas habitaciones comunicadas, con figuras enmascaradas que montaban guardia, acercándose a cada puerta como si tuviera adherida una bomba, doblando cada esquina como si acechara una emboscada al otro lado: y a lo lejos oía la inarticulada conversación de la batalla, el parloteo de los fusiles automáticos, los gruñidos de la artillería pesada y, muy por encima de todo, el batido de cuero de las alas de murciélago y los chillidos de las Tres de cabeza de perro. Luego fue encerrado en el ascensor de servicio, rudamente llevado a través de las cocinas en ruinas y empujado a una furgoneta sin ventanas ni distintivos; después de lo cual, durante largo tiempo, nada. Desplazamiento a gran velocidad, paradas alarmantes, voces fuertes, reanudación del desplazamiento. Ruido. ¿De dónde venía aquel griterío? ¿Quién moría, quién mataba? *¿Qué estaba pasando allí?* Saber tan poco era sentirse insignificante, incluso un poco demente. Lanzado de un lado a otro en aquella furgoneta a toda velocidad y dando bandazos, Malik Solanka empezó a soltar alaridos. Pero aquello era, a pesar de todo, una operación de salvamento. Alguien -¿Neela?- había decidido que era digno de ella. La guerra borra al individuo, pero lo estaban salvando de la guerra.

Se abrió la puerta; él bizqueó hacia la cegadora luz del día. Un oficial lo saludó: un elebé étnico con el uniforme absurdamente lleno de galones del ejército liliputiense.

-Profesor. Me alegra verlo sano y salvo, señor.

A Solanka le recordó a Sergius, el oficial de rígido espinazo de *Armas y el hombre*, de Shaw. Sergius, que nunca se disculpaba. Evidentemente, se había ordenado a aquel tipo acompañar a Solanka, tarea que cumplía con brío, marchando delante como un juguete con demasiada cuerda. Llevó a Solanka a un edificio con el distintivo de la Cruz Roja Internacional. Más tarde le dieron de comer. Una aeronave militar británica esperaba para llevarlo a Londres con un grupo de personas de pasaporte extranjero.

-Me quitaron el pasaporte -dijo Solanka a Sergius.

-Nada de eso importa ahora, señor -replicó el oficial.

-No puedo marcharme sin Neela -continuó Solanka.

-No sé nada de eso, señor -dijo Sergius-. Tengo órdenes de hacerlo subir a esa aeronave a toda velocidad.

Todos los asientos del avión británico miraban hacia la cola. Solanka, al ocupar el asiento asignado, reconoció a los hombres que había al otro lado del pasillo como el cameraman y el técnico de sonido de Neela. Cuando ellos se levantaron y lo abrazaron, supo que las noticias eran malas.

-Increíble, colega -dijo el técnico de sonido-. Ha conseguido sacarte también. Una mujer asombrosa.

¿Dónde está ella? Nada de esto importa, tu vida, la mía, pensó. ¿Estará pronto aquí?

-Ella lo hizo todo -dijo el cameraman-. Organizó a los francofilbustanos que estaban hartos de Babur, se puso en contacto con el ejército por onda corta, arregló los salvoconductos, todo. El presidente está libre. Bolgolam también. El cabrón intentó darle las gracias, la llamó heroína nacional. Ella no lo dejó hablar. A sus propios ojos, era una traidora, al haber traicionado la única causa en que había creído nunca. Estaba ayudando a los malos a ganar, y eso la mataba. Pero se daba cuenta de en qué se había convertido Babur.

Malik Solanka se había quedado muy quieto y silencioso.

-El ejército se cansó de las bromas -dijo el técnico de sonido-.

Llamaron a todos los reservistas y desempolvaron un montón de piezas de artillería, viejas pero todavía utilizables. Helicópteros de combate de la época de Vietnam, comprados de segunda mano a los Estados Unidos hace años, morteros terrestres, algunos tanques pequeños. La noche pasada recuperaron el control del perímetro del complejo. Babur no estaba aún preocupado. -El cámara señaló la caja plateada-. Lo filmamos todo -dijo-. Ella nos organizó el acceso de una forma increíble. Simplemente increíble. Babur nunca creyó que utilizarían el armamento pesado contra el edificio del Parlamento, y desde luego no mientras tuviera a los rehenes. Se equivocó en lo del edificio. Subestimó su determinación. Pero los rehenes eran la clave, y Neela abrió la cerradura. Salimos juntos los cuatro. Y luego vino la segunda evasión, que organizó solo para ti.

Después nadie dijo nada. Aquella cosa terrible estaba suspendida entre ellos como una luz violenta, pero era demasiado fuerte para mirarla. El técnico de sonido se echó a llorar. ¿Qué había pasado? Solanka lo preguntó por fin. ¿Cómo pudisteis dejarla? ¿Por qué no huyó con vosotros hacia un lugar seguro? Hacia mí. El cameraman sacudió la cabeza.

-Lo que había hecho -dijo- la destruyó. Lo traicionó a él, pero no pudo huir. Hubiera sido desertar en combate.

¡Pero ella no era un soldado! Oh Dios. Dios. Era una periodista. ¿No lo sabía? ¿Por qué tuvo que cruzar la maldita divisoria?

El técnico de sonido pasó un brazo por los hombros de Solanka.

Había algo que tenía que hacer dijo. El plan no hubiera funcionado si no se hubiera quedado ella atrás.

Para distraer a Babur dijo el cameraman con voz sorda, y ya estaba, lo peor.

¿Para distraerlo cómo? ¿Qué quería decir eso? ¿Por qué tenía que ser ella?

-Ya sabe cómo -dijo el técnico de sonido-. Y sabe lo que eso quiere decir. Y sabe por qué tenía que ser ella.

Solanka cerró los ojos.

Le mandó esto decía el cameraman.

Helicópteros de combate y morteros pesados, autorizados por el liberado presidente Golbasto Gue, abrían agujeros en el Parlamento de Liliput. Un bombardero soltó su carga. El edificio explotó, se derrumbó bajo el fuego. Un humo sucio y nubes de polvo de manipostería se alzaron muy alto en el cielo. Tres mil reservistas y tropas de asalto asaltaron el complejo, sin hacer prisioneros. Mañana el mundo condenaría aquella acción despiadada, pero hoy había que hacerla. En alguna parte de los escombros yacían un hombre que llevaba el rostro de Solanka y una mujer que llevaba el suyo. Ni siquiera la belleza de Neela Mahendra pudo afectar a la trayectoria de los morteros, y las bombas descendieron nadando por el aire como peces mortales. Acércate, murmuró ella a Babur, soy tu asesina, la asesina de mis propias esperanzas. Acércate y déjame que mire cómo mueres.

Malik Solanka abrió los ojos y leyó la nota manuscrita: «Profesor sahib, sé la respuesta a su pregunta. Las últimas palabras de Neela. La tierra se mueve. La tierra gira alrededor del sol».

De lejos, el pelo del chico seguía siendo dorado, aunque el que le crecía debajo era más oscuro. Cuando cumpliera pronto los cuatro años, el cabello rubio habría desaparecido casi. El sol brillaba mientras Asmaan pedaleaba en su triciclo con fuerza, bajando por un sendero inclinado en la floreciente primavera de Heath.

-¡Miradme! -gritaba.- ¡Voy realmente deprisa! Había crecido y su dicción era mucho más clara, pero seguía revestido del esplendor de la infancia, la más brillante de las vestiduras. Su madre corrió para mantenerse a su altura, con el largo cabello enroscado bajo un amplio sombrero de paja. Era un perfecto día de abril en el punto álgido de la epidemia de fiebre añosa. El gobierno era a la vez el primero en las encuestas e impopular, y el primer ministro, Tony Ozymandias, parecía escandalizado por la paradoja: ¿qué? ¿Que no os gustamos? ¡Pero si somos *nosotros*, muchachos, somos los buenos! Pueblo, pueblo, isoy *yol* Malik Solanka, viajero de un antiguo país, permitió resignado, mientras miraba a su hijo desde la intimidad de un bosquecillo de robles, que un perro labrador negro lo olisqueara. El perro siguió, después de haber decidido que Solanka no era apropiado para sus fines. El perro tenía razón. Había pocos fines para los que Solanka se sintiera apropiado en aquel momento. *Nada más queda*.

Morgen Franz no corría. El *jogging* no le decía nada. Sonriendo miópicamente, el editor descendía pesadamente por la cuesta hacia la mujer y el niño que esperaban.

¿Has visto, Morgen? Ha sido una buena carrera, ¿no? ¿Qué diría papá?

La tendencia de Asmaan a hablar siempre a todo volumen llevaba sus palabras hasta el escondite de Solanka. La respuesta de Franz fue inaudible, pero Malik podía escribir fácilmente sus frases.

-Genial, Asmaan, tío. Eres un fenómeno.

Las viejas gilipolleces hippies. Dicho sea en su honor, el chico frunció el ceño.

-Pero ¿qué habría dicho papá?

Solanka sintió una pequeña oleada de orgullo paterno. Has estado bien, chico. Has recordado a ese hipócrita budista quién es quién.

El Heath -o al menos el Kenwood- de Asmaan estaba tachonado de árboles mágicos. Un roble gigante caído, con las raíces retorcidas al aire, era una de esas zonas encantadas. Otro árbol, con un hueco en la base del tronco, albergaba a una serie de criaturas de cuento, con las que Asmaan entablaba diálogos rituales cada vez que pasaba por allí. Un tercer árbol era el hogar de Winnie the Pooh. Más cerca de Kenwood House había extensos macizos de rododendros dentro de los cuales vivían brujas y en donde las ramitas caídas se convertían en varitas mágicas. La escultura de la Hepworth era un lugar sagrado, y las palabras «Barbara Hepworth» habían sido parte del vocabulario de Asmaan desde el principio. Solanka sabía qué camino tomaría Eleanor, y sabía también cómo seguir al grupito sin ser notado. No estaba seguro de estar listo para ser notado, no estaba convencido de estar listo para aquella vida. Asmaan pidió que lo llevaran el siguiente tramo del camino, porque no quería subir con el triciclo. Era una antigua pereza, consolidada por el hábito. Eleanor tenía problemas de espalda, de forma que Morgen subió al chico sobre sus hombros. Aquello había sido siempre algo especial entre Solanka y Asmaan. «¿Puedo subirme a mis hombros,

papá?» -«A *tus* hombros, Asmaan. Di "tus hombros"» «Mis hombros». Ahí va todo lo que quiero en este mundo, pensó Solanka. Me limitaré a mirarlo un rato. Me limitaré a cuidarlo desde aquí.

Una vez más, se había retirado del mundo. Hasta escuchar su buzón de voz era duro. Mila se había casado, Eleanor dejaba mensajes tensos y abatidos, que hablaban de abogados. El divorcio estaba casi hecho. Los días de Solanka comenzaban, pasaban, terminaban. Había dejado el subarriendo neoyorquino y había alquilado una suite en el Claridge's. La mayoría de los días solo salía para que las limpiadoras pudieran entrar. No hablaba con los amigos, no hacía llamadas de negocios, no compraba el periódico. Retirándose pronto, permanecía rígido y con los ojos abiertos en su cómoda cama, escuchando los ruidos de la furia distante, tratando de oír la voz silenciada de Neela. El día de Navidad y el de Nochevieja se hizo servir la comida en la habitación y miró una televisión descerebrada. Aquella expedición en taxi al norte de Londres era su primera salida real en meses. No había estado nada seguro de poder ver siquiera al chico, pero Asmaan y Eleanor eran animales de costumbres, y sus movimientos relativamente fáciles de predecir.

Era un fin de semana de las vacaciones y había atracciones en Heath. Al volver a la casa de Willow Road -se pondría a la venta en cualquier momento-, Asmaan, Eleanor y Morgen deambularon entre las diversiones y puestos habituales. Asmaan se estaba acercando a Franz, observó Solanka: riéndose con él, haciéndole preguntas, con la mano perdida dentro del gran puño de nudillos peludos del tío Morg. Se subieron juntos a los coches de choque y Eleanor les hizo fotos. Cuando Asmaan apoyó la cabeza en la chaqueta de Morgen, algo se rompió en el corazón de Malik Solanka.

Eleanor lo vio. Él estaba sin hacer nada junto a un tiro al coco y ella miró hacia él y se quedó rígida. Luego sacudió la cabeza con vehemencia, y su voz pronunció en silencio pero categóricamente la palabra «no». No, aquel no era buen momento; después de tanto tiempo sería un choque demasiado grande para el niño. *Llámame*, dijeron sus labios. Antes de cualquier encuentro futuro tenían que discutir cómo, cuándo, dónde y lo que había que decir a Asmaan. Habría que preparar al chico. Solanka había sabido que ella reaccionaría así. Se apartó y vio el castillo elástico. Era de un azul vivo, azul como un iris, con una escalera elástica a un lado. Se subía por los escalones hasta una plataforma elástica, se deslizaba uno y se bajaba dando tumbos por una ancha pendiente elástica, y luego se botaba y rebotaba a placer. Malik Solanka pagó su dinero y se quitó los zapatos.

-Un momento -gritó la enorme encargada-. Solo para niños, oiga. No se permite a los adultos.

Pero él fue demasiado rápido para ella y, con su largo abrigo de cuero flotando en la brisa, se subió de un salto a los bamboleantes escalones, dejando a niños asombrados luchando por mantenerse a flote en su estela y, en lo alto de las escaleras, de pie sobre el parque de atracciones en la plataforma tambaleante, comenzó a dar saltos y a gritar con todas sus fuerzas. El ruido que surgía de él era terrible e inmenso, un rugido del infierno, el grito de los atormentados y los perdidos. Pero sus saltos eran grandes y magníficos; y no tenía la intención de dejar de dar saltos ni desistir de sus gritos hasta que el chico mirase, hasta que Asmaan Solanka lo oyera a pesar de la mujer enorme y de la multitud que se estaba formando y de la madre moviendo los labios y del hombre que tenía al niño de la mano y, sobre todo, de la falta de un sombrero dorado, hasta que Asmaan se volviera y viera allí a su padre, a su único padre verdadero volando por los aires, *asmaan*, el cielo, invocando todo su amor perdido y lanzándolo muy alto al cielo como si fuera un ave blanca que se hubiera

sacado de la manga. Su único padre verdadero emprendiendo el vuelo como un pájaro, para vivir en la gran cúpula azul del único cielo en que había podido creer nunca.

-¡Mírame! -gritó el profesor Malik Solanka, con los faldones de su abrigo de cuero batiendo como alas. ¡Mírame, Asmaan! ¡Salto muy bien! ¡Salto cada vez más alto!